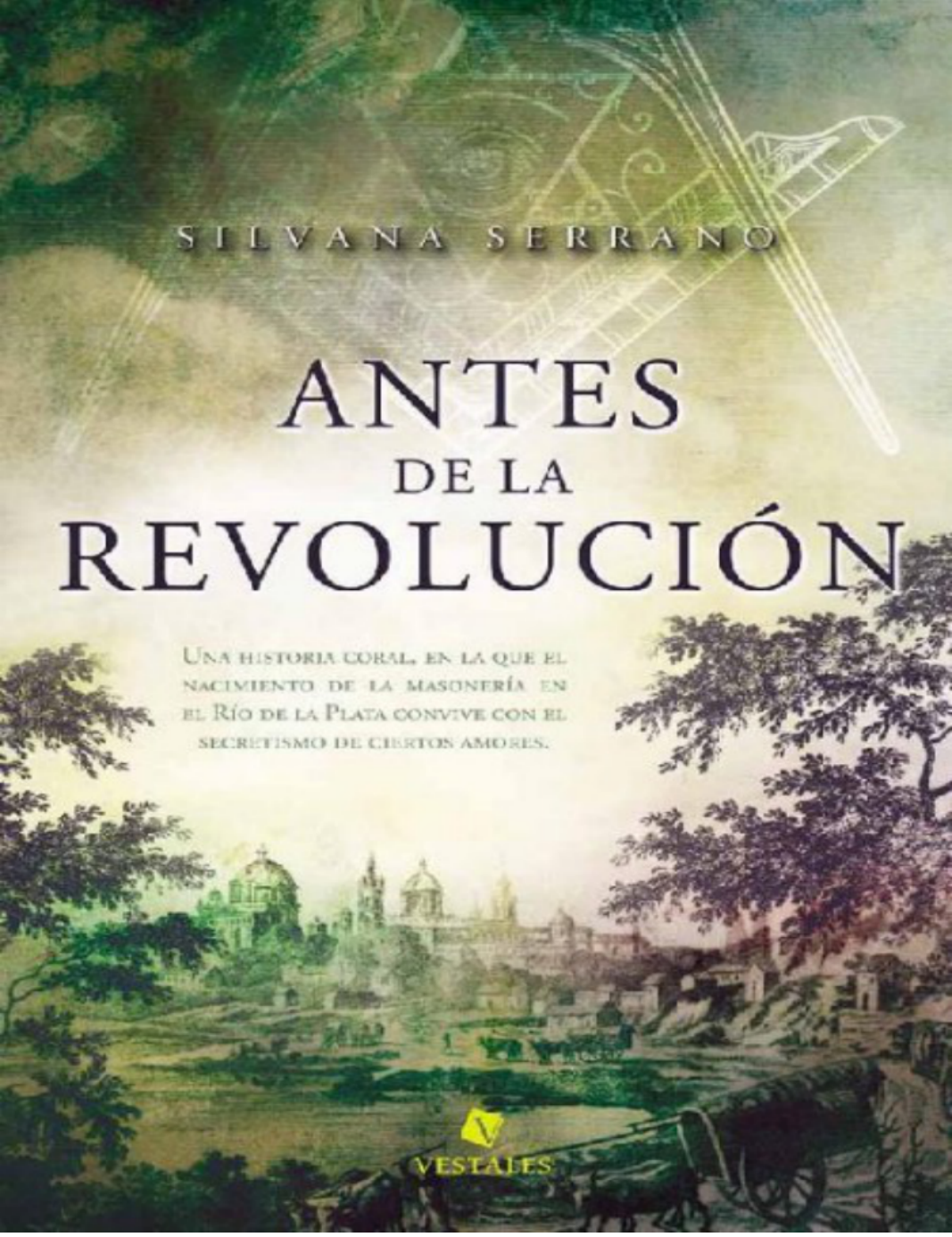
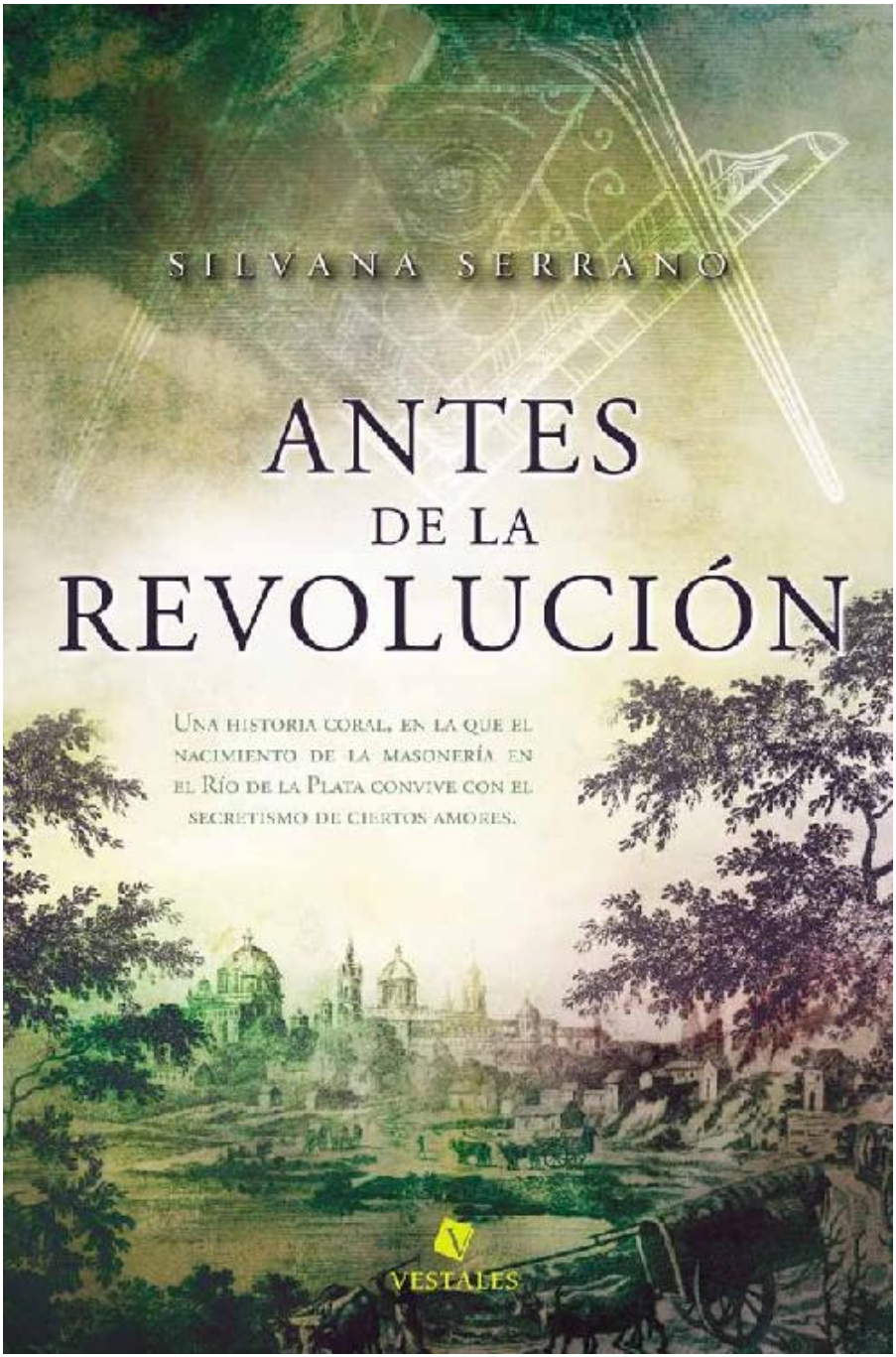

SILVANA SERRANO
ANTES
DE LA
REVOLUCIÓN
UNA HISTORIA CORAL EN LA QUE EL NACIMIENTO DE LA MASONERÍA EN EL RÍO DE LA PLATA CONVIVE CON EL SECRETISMO DE CIERTOS AMORES.
VESTALES


SILVANA SERRANO
ANTES
DE LA
REVOLUCIÓN
UNA HISTORIA CORAL, EN LA QUE EL NACIMIENTO DE LA MASONERÍA EN EL RÍO DE LA PLATA CONVIVE CON EL SECRETISMO DE CIERTOS AMORES.
VESTALES

Serrano, Silvana
Antes de la revolución / Silvana Serrano. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2016.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3863-65-3

1. Novelas Históricas. I. Título.
CDD A863

© Editorial Vestales, 2016
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-3863-65-3
Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2016

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A Néstor, Vanesa y Laura Serrano.
Porque, si no los tuviera,
habría sido imposible escribir esta novela.

Ayuda a tu hermano a cruzar el río
y verás que tú también has llegado a la orilla.

Proverbio chino

Capítulo I

Buenos Aires, verano de 1795.

Corrió hasta quedarse sin aliento. No sabía si se trataba del miedo a ser descubierto lo que le dificultaba la respiración o la sorpresa por lo que acababa de hacer. Puede que tampoco se tratase del miedo ni la sorpresa, sino del tajo que tenía en el vientre. Había recibido una herida profunda antes de dejar atrás el cuerpo sin vida de su contrincante. "El infeliz lo tenía merecido", se consoló.

Se detuvo en una esquina oscura y se apretó el vientre a la altura de la herida. En la palma de la mano sintió el calor pegajoso de la sangre y un dolor intenso lo instó a rechinar los dientes. No podía cruzar toda la ciudad en ese estado; perdería la conciencia a mitad de la Plaza Mayor y quien lo encontrase no dudaría en presentarlo a las autoridades. Lo que había hecho podía verse como un delito, aunque para él llevara otro nombre: justicia. Sin embargo, nadie lo entendería así sin explicar las razones que lo habían llevado a asesinar a ese hombre, y él tampoco estaba dispuesto a darlas.

No cruzaría la ciudad. Apenas si le quedaban fuerzas para avanzar unas cuantas manzanas después de haber dejado atrás el zanjón de Granados. Advirtió que estaba muy cerca de la casa del relojero Antonini. El italiano sabría qué hacer.

Con esa idea en mente, echó a correr con las últimas fuerzas que le quedaban. Dos manzanas más y se vio frente al portón del que tantas veces se había colgado cuando era un niño desgreñado y sucio. Vaciló; era muy tarde para presentarse en una casa de familia, por lo que resolvió abrir aquel portón mientras sus ojos vigilaban el entorno y comprobaba que nadie lo hubiera seguido. Estaba a salvo en el último patio del solar de los Montiel. Una vez dentro del establo, se echaría a cabecear unas horas sobre algún fardo. Si tenía suerte, despertaría antes de que lo hicieran los esclavos para escabullirse sin dejar rastro y presentarse donde el relojero.

La suerte no estuvo de su parte. Al amanecer, cuando el negro de los Montiel entró a buscar los granos para alimentar a las aves de

corral, se topó con un bulto tembloroso sobre la paja. Tardó en reconocer aquel rostro pálido, sudoroso y lo espantó la mancha oscura que cubría buena parte de su camisa.

—¡Lito! ¡Lito! —lo llamó varias veces. Un buen zamarreo logró su objetivo.

Abel Rojas abrió los ojos a duras penas. Cuando trató de incorporarse, un dolor lacerante a la altura del estómago se lo impidió. Creyó que el techo del establo se le venía encima y al mareo lo sucedieron las náuseas. Oyó el apellido Bracamonte en boca de Pascual, hizo acopio de todas sus fuerzas para impedir que el negro cometiese una imprudencia.

—Ni se te ocurra —resolló—. De esto, ni una palabra a nadie.

—Va a morirse delante de mis ojos, ¿y espera que me quede de brazos cruzados?

—No voy a morir.

—¿En qué lío se metió? Si mi ama se entera de que usted está aquí nos corta la cabeza a los dos.

—Si haces lo que te digo, nadie tiene por qué enterarse de nada. Ve por agua —barbulló al cabo.

Pascual obedeció. Cuando Abel Rojas –a quien todo el mundo llamaba Lito– vació la escudilla y se refrescó la garganta, descubrió que la negra Carmen lo observaba con palmario nerviosismo.

—Mejor se va. Usted sabe que en esta casa los amos no son lo que en la suya.

Lito asintió sin pronunciar palabra. Un fuerte mareo frustró sus intenciones de incorporarse, por lo que debió dejarse caer nuevamente sobre la paja. Había perdido el dominio del cuerpo. El dolor en el vientre se le reflejaba en los miembros inferiores; las náuseas amenazaron con arrebatarle el poco líquido que había conseguido ingerir.

—¡Por san Benito que este chico se muere! —vaticinó la esclava.

Empezó a inquietarlo el fatalismo de aquellos dos. ¿Tan profunda era la herida que le había infligido aquel infeliz? ¿Cuánto tardaría en infectársele? Había perdido mucha sangre, lo sabía, necesitaba que lo

viera un médico, pero no podía ser en aquella casa. Tenía que marcharse cuanto antes.

Abel Rojas no era un muchacho violento ni proclive a las peleas, nunca había lastimado a nadie en toda su vida. Era un hombre trabajador. Desde chico había aprendido lo que significaba aquello de ganarse el pan con el sudor de la frente, cuando vendía nueces por las calles de Buenos Aires y su madre se escaldaba las manos en las toscas del río para lavar ropa: un trabajo que hacían las negras y alguna que otra blanca con igual suerte que ellas. La vida los había tratado mal al principio, tanto a María Rojas como a su hijo natural, fruto de una relación que la condenó a la miseria y al deshonor. Pero todo cambió cuando el destino decidió barajar nuevamente las cartas y ambos conocieron a Honorio Gálvez. Honorio servía a don Lorenzo Bracamonte y, a pedido de su patrón, cuidó de la casa de María Rojas mientras a ella parecía habérsela tragado la tierra. Cuando la madre de Lito finalmente apareció, Honorio Gálvez supo que la desesperación orilla al error y que aquella madre soltera se defendía a los manotazos contra el monstruo de la miseria. Se enamoró de María, y ella de él; a partir de entonces, la suerte cambió tanto para la madre como para el hijo.

Conformada la familia, los tres se trasladaron a la hacienda que don Lorenzo Bracamonte había comprado en el Talar de la Punta de los Olivos. Allí trabajaba su familia, a pesar de que a Lito le habían reservado las tareas más livianas a instancias de la patrona. La señora Bracamonte quería que el hijo de María estudiase, pero debió conformarse con que el chico aprendiese lo básico y se entregase de lleno al trabajo del campo.

Amaba la estancia. Allí se sentía libre, completo. En La Luz vio nacer a sus tres hermanos y comprendió que su madre finalmente tenía lo que se merecía: un compañero que la veneraba y protegía, y unos críos que complementaban su felicidad. A Lito no le importó quedar al margen de esa vida; él ya estaba mayor y podía solo. Trabajaba de sol a sol, la mitad del día a pie y la otra mitad a caballo. A los veintitrés años se sentía más hombre que muchos jóvenes de su edad.

Lito se obligó a reconocer el lugar en el que se encontraba. Pensó en pedirle ayuda al señorito Miguel, el único varón de la casa Montiel, pero descartó la idea de inmediato. No era justo involucrar al muchacho. El único que podía ayudarlo era el relojero, vecino de los Montiel. La pregunta de la negra Carmen le recordó que no estaba solo en aquel establo.

—¿Qué quiere que hagamos, chico?

—Déjenme solo —pidió—. Cuando vuelvan, ya me habré ido.

* * *

Inesita se pinchó la yema del dedo índice con la aguja. Para evitar que la sangre echara a perder la seda del pañuelo que bordaba, se llevó el dedo a la boca y mordió la carne blanda unos segundos. Miró de soslayo a la criada, la encontró nerviosa, quizá más que ella, y decidió compartir sus miedos con la negra.

—Gabina nos meterá en un buen lío.

La esclava la miró con el ceño fruncido. La señorita acababa de arrancarla de sus cavilaciones y tuvo que aclarar la mente para entender lo que le decía. Inés comprendió entonces que la negra y ella no estaban preocupadas por lo mismo y decidió averiguar qué la tenía tan inquieta. Hizo a un lado la labor y la miró fijamente.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada.

—Una respuesta rápida. Más bien diría que acabas de escupirla. ¿Hay algo que quieras contarme, Carmela?

—¡Y yo qué voy a querer contarle que usted no sepa, niña! Si su señora madre despierta de la siesta y la señorita Gabina no está de regreso, en buen lío ha de meternos a todos.

—Eso mismo pensaba —admitió la muchacha al tiempo que cerraba la caja de labores y se ponía de pie—. Este nuevo capricho de mi hermana puede costarnos muy caro. Solo deja que mi madre lo descubra.

—¡Virgen santísima!

La esclava se persignó en un revoleo de dedos; al cabo, su mano derecha acabó abierta sobre el pecho. El corazón de la negra batía al son de los tambores de Monserrat. La palabra “descubra” le había horadado la cabeza de una oreja a la otra. No podía dejar de pensar en Lito y en el momento en que lo había creído lejos, ella y Pascual se asomaron al establo y lo encontraron inconsciente. ¿Qué iban a hacer con el chico? Entre dientes, Lito les rogaba que no informasen a nadie su presencia en la casa. “Ese chico se muere, y a nosotros nos cuelgan

en la plaza", había sentenciado la negra Jacinta.

Por esas horas, todos los esclavos de la familia Montiel estaban al tanto de la situación.

La puerta de calle se abrió y, desde el estrado, Carmen e Inesita vieron llegar a Gabina acompañada por Pancha, otra de las criadas. A la menor le volvió el alma al cuerpo y suspiró el alivio.

—¡Nos tenías muy preocupadas, mujer! Te demoraste más de la cuenta.

—¡Ha estado increíble!

La sonrisa deslumbrante de la mayor contrastaba con el ceño fruncido de la otra. Gabina se quitó la mantilla que llevaba en la cabeza y se la dejó caer sobre los hombros. Hizo lo propio con los guantes mientras Panchita se acercaba a recogerlos.

—Ciertamente, es lo que dice tu apariencia —tuvo que admitir la menor.

—El señor Gaitán asegura que soy el diamante en bruto de la compañía. Incluso ha mencionado que pronto designará los papeles de la obra en la que debutará como director teatral. Si todo va bien, puede que me incorpore al elenco antes de lo previsto.

—Dime que no hablas en serio —se inquietó Inés—. Una cosa es tomar clases de teatro y otra muy distinta es pisar un escenario.

—¿Y para qué iba a querer alguien estudiar teatro si no es para pisar alguna vez un escenario? ¿Te das cuenta? Conocer a Damián Gaitán es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Fue una especie de señal encontrármelo en aquella tertulia y descubrir a qué se dedicaba. ¡Ni qué decir que haya aceptado mi incorporación a la compañía! Tengo mucho por aprender y, a partir de hoy, mi prioridad serán las clases que ese buen hombre está dispuesto a darme.

La boca de Inés se abrió, aunque no salió de ella sonido alguno. Conocía demasiado a su hermana como para saber que era inútil cualquier intento de disuasión y, como siempre, se rindió ante la personalidad avasallante de Gabina. De las muchas cosas que hacía para sacar de quicio a su madre, no cabían dudas de que aquella se llevaría el premio, pero ¿qué podía hacer Inés al respecto? Y lo peor era suponer que terminaría enredada en las mentiras que su hermana inventaría para salir de la casa a escondidas de doña Clara Montiel.

—¡Carmela, muero de hambre! —exclamó Gabina—. Prepara el mate y dile a Jacinta que ponga a freír los pastelitos.

La negra se retiró a cumplir el mandado mientras rumiaba por dentro sus propias preocupaciones. Ya había cruzado el primer patio cuando Jacinta le salió al encuentro.

—Lito despertó. Le pidió a Pascual que vaya donde el relojero.

—¡Lo que necesita ese chico es un matasanos, no un relojero!

—Pues yo no sé, pero, si Lito dice que el señor Antonini va a sacarlo de aquí, mejor nos damos prisa antes de que se nos muera a nosotros.

Carmen volvió a persignarse. El negro Pascual salió por los fondos del solar mientras los demás criados fingían una calma que no sentían. Apreciaban a Lito, pero a quien más querían era a doña Consuelo, la hija mayor del difunto Cipriano Montiel. Si algo le sucedía al protegido de doña Chelo, ella no les perdonaría a sus antiguos criados la falta de no haber sido informada a tiempo. Por otro lado, Lito lo había prohibido terminantemente. ¿Qué hacer? “Pues que lo arregle el relojero”, resolvieron.

Mientras esperaban que don Santiago Antonini se hiciera cargo del chico, Carmen cebó el mate a las señoritas con el cuerpo presente y la mente en el establo. Gabina, eufórica como estaba, ni lo notó; sí Inesita, quien percibió con claridad la zozobra de la criada. Más tarde, cuando se quedaron nuevamente a solas, la increpó sin rodeos:

—¿Vas a decirme qué es lo que pasa o tendré que averiguarlo por mi cuenta? He tenido que repetirte las cosas todo el santo día.

—¡Ay, mi niña! A usted qué voy a esconderle si me conoce mejor que nadie. Pero, antes de saber, tiene que jurarme…

—¿Desde cuándo he tenido que jurarte algo, Carmela? —la interrumpió—. También me conoces mejor que nadie y sabes que no soy ninguna chismosa. El juramento que me pides es casi un insulto.

—No se ofenda, amita, sucede que lo que tengo para decirle es muy grave.

—Entonces dilo de una buena vez.

—¿Se acuerda de Lito, el muchachito roñoso al que su santa

hermana le compraba nueces y metía a la cocina a escondidas de doña Clara para darle de comer?

—Por supuesto que lo recuerdo. Hoy día está empleado en La Luz. —Inés hablaba de la estancia de don Lorenzo Bracamonte, esposo de su hermana Consuelo—. El muchachito roñoso al que te refieres se ha convertido en un joven trabajador y responsable.

—Pues el muy trabajador y responsable nos acaba de meter en un buen lío, niña. Esta mañana…

Carmen le contó todo. No solo porque necesitaba compartir el peso de lo sucedido, sino porque estaba segura de que podía confiar en la discreción y madurez de la muchacha. Inesita era la menor de los hermanos Montiel y, aunque en lo físico eran el día y la noche, su carácter se asemejaba mucho al de doña Consuelo, la mayor. Una muñequita de porcelana rubia, muy blanca de tez y ojos verdes del olivo, que rezumaba la sabiduría de los años que no se han vivido, amparada en el ejercicio de las virtudes con las que había nacido. Inés era paciente, mesurada, generosa, y a diferencia de Gabina, jamás obraba por impulso.

—Pascual fue a dar aviso a don Antonini —concluyó la criada—. Según Lito, el relojero vendrá por él, ¡y a otra cosa!

—A quien debieron avisar es a mi cuñado —discrepó la muchacha.

—El chico se negó rotundamente a que diéramos parte a don Lorenzo, y ya sabe lo que dicen: la voluntad de un moribundo es palabra santa.

—¿Tan mal está?

—Mire niña, yo no sé cuánta sangre llevamos los mortales en el cuerpo, pero a este se le ha salido una buena cantidad.

—¿No explicó en qué circunstancia se lo hizo?

—¡Qué va a explicar si se lo pasa dormido el inocente!

—Te diré lo que haremos, Carmela. Esta noche, la familia está invitada a cenar en casa de los Escalada. Le diré a mi madre que no me siento bien y me quedaré aquí para ocuparme personalmente del asunto. Debo asegurarme de que Lito será atendido por un médico, lo lleven donde lo lleven.

* * *

Recién cuando doña Clara Montiel y sus hijos, Miguel y Gabina, salieron para lo de los Escalada acompañados por Pancha y Severo, Inesita dejó su alcoba y se dirigió al establo. El sol había desaparecido en el horizonte, pero todavía quedaban unos minutos de claridad. Esto permitió que la muchacha observara el semblante del herido sin el efecto mortecino que proyectaría la luz de una vela. Aun así, el color grisáceo en el rostro de Lito la asustó.

La frente perlada del joven daba cuenta de su estado febril, y temblores convulsivos sacudían el cuerpo que Severo y Pascual habían colocado sobre los fardos de heno.

—Se ve muy mal —susurró Inés al tiempo que posaba su mano derecha en la frente del muchacho—. Hay que traer al médico.

—Lito nos prohibió que…

—¡Me tiene sin cuidado lo que les haya dicho este inconsciente! —espetó la muchacha con una vehemencia que pocas veces usaba para dirigirse a los esclavos—. Si algo le pasa a Lito, los haré responsables por no haberme avisado a tiempo que teníamos un herido en la casa. Pascual, ve por el doctor Justo. ¡No te demores! Jacinta, trae un cuenco de agua fresca y varios paños.

Que la señorita Inés tomara el toro por las astas alivió a los esclavos; el herido dejaba de ser su responsabilidad.

Mientras Pascual regresaba al solar, acompañado por el galeno, Inesita se ocupó de enfriar la cabeza de Lito a fuerza de intercambiar paños embebidos en agua fresca. Aunque no tenía experiencia en cuidar enfermos, había visto a Consuelo hacer lo mismo en la frente de sus hijos cuando tenían fiebre. Estaba muy preocupada por el muchacho y no dejaba de preguntarse qué hacía Lito en ese establo, quién lo habría herido, por qué les había prohibido a los criados que avisaran a Bracamonte u otros allegados lo que estaba sucediendo. Por último, ¿qué relación tenía Lito con don Santiago Antonini, el relojero?

Las respuestas a todos estos cuestionamientos debieron esperar a que el doctor Justo García lo revisara y explicase a Inesita la gravedad del asunto.

—La herida es profunda y ha perdido mucha sangre. Aparentemente, el corte no parece haber afectado ningún órgano vital.

El mayor peligro es la infección —continuó García—. La prioridad es mantenerlo limpio y, en lo posible, fresco. Por otro lado, el paciente debe ser hidratado: fuércenlo a beber caldo e infusiones a todas horas.

Inesita pagó la visita al galeno y lo despidió tras un pedido inusual que ni ella pudo creer que se atrevería a expresar:

—Don Justo, le ruego que no comente con nadie lo que ha visto.

—Cuenta con mi discreción, niña. Cualquier novedad, no dude en llamarme.

—Así será. Muchas gracias.

* * *

Santiago Antonini apareció cerca de las once de la noche por el portón de mulas que daba a los fondos del solar. Como Lito seguía inconsciente, Inés se hizo cargo de la situación y habló con el relojero. Le daba mucha vergüenza interrogar a su vecino, pero debía hacerle saber a ese hombre que el doctor Justo había desaconsejado que movieran al herido hasta que se recuperase al menos un poco.

—Lamento que haya venido hasta aquí en vano. Desconozco las razones que tuvo Lito para pedir por usted, pero le aseguro que en esta casa lo cuidaremos como es debido.

—¿En un establo?

La pregunta mordaz del relojero la intimidó. Inés miró a Lito y se mordió el labio inferior. ¿Dónde más podía llevarlo? El nerviosismo que le provocó pensar qué pasaría cuando su madre se enterara de lo que sucedía en los fondos de su propia casa la hizo vacilar.

—Será mejor que lo deje en mis manos, señorita. He traído a uno de mis criados para que me ayude a trasladar al muchacho.

El hombre había dado una orden, o así lo entendió Inesita. La ofuscó que no tuviera en cuenta ni sus dichos ni su preocupación, pero no se atrevió a imponer su voluntad.

—Dígame al menos adónde piensa llevarlo.

El relojero sonrió de lado. Pensó que bien podía ignorar cualquier interrogatorio, pero se apiadó de la muchacha y exhaló una bocanada de aire antes de decir:

—Lo llevaré a mi casa. Estará bien atendido, se lo aseguro.

—¿No cree que deberíamos dar parte a su familia?

Antonini levantó la mano para callarla.

—Por ahora, será mejor que nadie sepa dónde está. No sabemos en qué lío se metió el *ragazzo*. Debemos ser cautos.

—Entiendo.

Pascual y un negro corpulento que acompañaba a don Santiago colocaron el cuerpo inerte de Lito sobre una tabla. El movimiento lo despertó y, apenas abrió los ojos, se encontró con los de Inés. Ella caminaba en silencio, sin despegarse de la tabla en la que era transportado.

—Agua —lo oyó balbucear.

—¡Quietos! —ordenó ella a los esclavos—, iré por un cuenco.

Antonini se mostró impaciente, pero no opuso resistencia. Esperó a que la señorita Montiel regresara con el agua y se la diera a beber al herido.

—Rezaré por ti, Lito —prometió en voz baja antes de apartarse de él—. Estarás bien.

Habían jugado juntos cuando eran niños, pero la vida y las clases sociales a las que pertenecían los habían segregado. En la estancia de los Bracamonte, pocas veces habían cruzado un saludo en esos años. Pertenecían a mundos diferentes. Inés no supo qué la llevó a tutearlo cuando, en realidad, Lito y ella eran dos desconocidos. Se justificó habida cuenta del estado delicado del muchacho y de su sincera preocupación, y por eso mismo se había atrevido a apretarle la mano al realizarle la promesa.

Inés permaneció en la calle hasta que la oscuridad los tragó más allá de la lumbre de un farol. Se llevó la mano abierta al pecho. Los latidos del corazón hacían bailar sus dedos.

—¿Crees que Lito se pondrá bien? —preguntó a Carmen cuando la esclava la instó a entrar en la casa.

—A Dios gracias, eso dejó de ser problema nuestro, niña.

Capítulo II

Gabina escuchaba a su acompañante con un gesto de total indiferencia. Después de reñir incontables veces con su madre, por fin había aceptado comprometerse en matrimonio con un joven militar que pasaba más tiempo en los fortines de frontera que en Buenos Aires. Martín Urquijo de Astorga era un buen partido, sobre todo, porque, a diferencia de los otros candidatos que doña Clara Montiel había tratado de imponerle a su hija, Martín era joven. Estaba a punto de cumplir los treinta y, además de haber heredado un patrimonio para nada desechable, su carrera militar iba en ascenso más rápido de lo que se esperaba.

Sin embargo, a Gabina todo eso la tenía sin cuidado; lo que más deseaba en el mundo era dejar la casa materna, independizarse y dar vuelo a su último antojo, el de ser actriz. Pero, como la independencia de una mujer era imposible, ya que de depender de los padres pasaba a depender del marido, usaría lo segundo para alcanzar su meta. Tampoco lo de ser actriz le sería más fácil si estaba casada; para la clase alta de la sociedad, daba lo mismo ser actriz que una mujer de mala vida. Pero si Martín Urquijo de Astorga pasaba más de la mitad del año espantando indios en la frontera, bien podía su esposa ocuparse con cualquier asunto sin que él lo supiera.

En eso pensaba Gabina mientras su prometido le contaba alguna anécdota del oficio que lo ocupaba. Al otro lado del salón de los Escalada, su madre conversaba con los anfitriones y con su hijo Miguel, en un intento por simular que la velada no había sido urdida exprofeso para que los novios se encontraran.

—Cuénteme algo de usted, Gabina —pidió Martín—. Desde que llegué estuve hablando sin parar para no aburrirla, pero creo que he conseguido exactamente lo contrario.

—¿Qué quiere saber?

—Por ejemplo, qué cosas le gustan.

—Me gusta mucho el teatro —tentó la joven, y miró a su prometido de soslayo para medir su reacción. Él levantó las cejas y sonrió con pesar.

—Me lo pone usted difícil, querida; el único teatro que teníamos

en esta ciudad se incendió hace tres años.

—Imagino que sabrá que, aun habiéndose estropeado La Ranchería, existen vecinos que prestan sus salones para representar las obras de nuestros mejores dramaturgos, ¿verdad?

—Eso he oído. Prometo averiguar dónde y cuándo se llevará a cabo la próxima función.

—No se moleste, don Martín —se apuró a decir la chica—, me temo que los próximos días estaré muy ocupada. —La desilusión pintada en los ojos del militar la conmovió, por lo que apuntó—: Mi madre y yo nos proponemos terminar el ajuar cuanto antes. Faltan pocos meses para la boda.

Urquijo sonrió complacido, y ella lo secundó.

—Tiene razón. Debo confesarle que mi prioridad también es la celebración de nuestro matrimonio y por eso mismo he debido postergar mi nombramiento en el Cuerpo de Blandengues de la guardia de Luján.

—Postergar… —repitió Gabina en voz baja—. Eso quiere decir que, una vez desposados, se marcha a la frontera.

—Nos marchamos —la corrigió él.

A Gabina se le esfumó la impostada sonrisa y lo miró pasmada.

—¿No creerá que sería capaz de abandonarla una vez casados? —inquirió Martín.

—A decir verdad, nunca me imaginé viviendo en otro sitio que no sea esta ciudad y, para serle franca, tampoco me agrada la posibilidad. Un fortín de frontera, rodeado de salvajes, es el último lugar donde a una dama le gustaría vivir.

Don Martín sonrió mientras se disponía a sacarla del error.

—En primer lugar, no viviremos en el fuerte. Los soldados pueden tolerarlo, pero nunca me atrevería a llevarla a usted a un lugar como ese. He comprado una propiedad en la villa de Luján que en estos momentos se está remozando y que espero sea nuestro hogar. En cuanto a marcharse de la capital, es eso o pasar la mitad del tiempo separados. Entiendo que debe de parecerle un enorme sacrificio tener que alejarse de su familia, pero le prometo que viajaremos a Buenos

Aires al menos dos veces al año.

La decepción de Gabina se palpaba en el aire. Pronto, aquella sensación fue convirtiéndose en una contrariedad que la sumió en un profundo malestar. Sabía que, una vez casada, su obligación era seguir al marido adonde fuera, pero no había pensado en esa posibilidad, sino en esperarlo en Buenos Aires año tras año. Tuvo la impresión de haber construido sus sueños sobre las nubes y, en ese momento, un mínimo chaparrón los soltaba para que se dieran de bruces contra el suelo.

—La noto sorprendida. ¿De veras creyó que sería capaz de abandonarla una vez casados?

Quiso responderle que sí, que eso era precisamente lo que había hecho que aceptara su pedido de mano. Desde luego, no lo hizo; permaneció callada, con un rictus que manifestaba a las claras su contrariedad.

Urquijo la observó con detenimiento. La sonrisa de su prometida lo fascinaba, pero envarada la encontraba aún más encantadora que de costumbre. El intenso sonrojo de sus mejillas y el entrecejo fruncido le conferían un aire aniñado que lo cautivaba.

Las tres hijas de doña Clara, viuda de Montiel, eran rubias; de piel marfileña y ojos verdosos, pero dos características diferenciaban a Gabina de las otras: su cabello era mucho más claro, y un aro oscuro circundaba el verde claro de sus ojos. Martín se percató de eso recién entonces, cuando su prometida los abrió al borde de lo imposible y lo miró fijo.

—Señor Urquijo…

—No es necesario ese trato, Gabina —la interrumpió él con un tono de súplica—. Está enfadada, y lo entiendo. Debí hablarle de mis planes el día que pedí su mano, pero la verdad es que no creí que sería tan importante donde viviríamos mientras estuviéramos juntos una vez celebrada la boda.

—Pues lo es. Resulta que es aquí donde vive mi familia y de solo pensar en separarme de ellos…

La primera clase de teatro estaba dando resultado, se dijo Gabina. Se felicitó internamente al notar que las lágrimas le habían empañado la visión sin el mayor esfuerzo. Separarse de su familia la tenía sin cuidado, lo que no quería por nada del mundo era dejar la ciudad,

puesto que era allí donde iniciaría su carrera como actriz.

Urquijo le tomó una de las manos entre las suyas y la miró a los ojos.

—Su sensibilidad me conmueve, Gabina. Debo admitir que no la imaginaba tan apegada a sus afectos, pero, si alejarse de su familia supone un sacrificio, mañana mismo me presentaré en el Fuerte y hablaré con el virrey en persona para pedir mi traslado.

—¡De ninguna manera hará tal cosa! —repuso la joven—. Tendremos que pensar en una solución que nos conforme a los dos.

Que su futuro esposo se quedara con ella en Buenos Aires tampoco le servía, de manera que Gabina debía tratar de convencerlo de que lo mejor sería convivir a medias, es decir, que él se fuera solo a la frontera y ella se quedase en la capital. Ese era el único modo de tener un poco de libertad para hacer y deshacer a su antojo. En ausencia de su marido podría tomar las clases, estudiar los papeles, ensayar junto al elenco y actuar usando un nombre artístico tal como se lo había aconsejado Gaitán.

Martín se llevó a los labios la mano que sostenía y la besó sin apartar los ojos de la muchacha. Aquel breve contacto tomó por sorpresa a Gabina porque no había esperado sentir lo que sintió: un cosquilleo en la boca del estómago. Si bien era apuesto y muy varonil, Urquijo no había despertado en ella el más mínimo interés. Al menos, no hasta ese momento.

—Cuando la conocí —le oyó decir a su prometido en un tono de voz cautivadoramente grave—, supe que usted era la mujer con la cual quería casarme. Y no lo digo por su belleza, Gabina, sino por ese halo indómito que la rodea. Me gusta cuando alza su barbilla y me mira directo a los ojos. Solo quien tiene instrucción militar sabe distinguir a un contrincante de su talla, y usted representa un desafío que no estoy dispuesto a dejar pasar.

—Habla como si yo fuera su enemiga en lugar de su futura esposa.

—Permítame ponerlo en estos términos —pidió el oficial—: usted está al frente del territorio que me propuse conquistar desde el día que la vi por primera vez.

—¿De qué territorio estamos hablando?

—Su mundo, Gabina. Su mundo entero.

—¿No cree que es pretender demasiado?

—Puede que sí, pero estoy dispuesto a intentarlo.

Durante el trayecto de vuelta a su casa, Gabina no pudo quitarse a Martín Urquijo de la cabeza. El beso en el dorso de la mano había dejado algo más que un roce tibio y húmedo en la piel, la había marcado con algo que Gabina no fue capaz de identificar. No conocía el deseo carnal, la sensación en la boca del estómago al momento del contacto era tan novedosa para ella como el haber querido absorber, de una vez y para siempre, el perfume de la colonia que Urquijo llevaba esa noche. Por otro lado, estaba la extraña manera con que él había parangonado la conquista de su afecto. Su mundo, un territorio que solo le pertenecía a ella, invadido por el hombre con el que iba a casarse.

—¿Cómo ha ido, querida? —La pregunta de su madre no la sorprendió porque la esperaba; lo que le molestó fue que la obligase a romper el silencio con el que se encontraba muy a gusto—. El teniente estuvo muy pendiente de ti durante toda la velada.

—Todavía no es teniente, madre. ¿Sabía que don Martín quiere llevarme a Luján una vez celebrada la boda? —inquirió con fastidio.

—El día que pidió tu mano hizo algún comentario al respecto.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no creo que el lugar donde vivan una vez casados importe. Tienes veinticuatro años, Gabina; si dejas escapar esta oportunidad, puede que no haya otra. Ningún hombre se arriesgaría a desposar a una mujer tan mayor.

La joven tragó saliva para ayudar a pasar aquel trago amargo. Lo que decía su madre era cierto, había pasado el límite de la edad casadera. Las mujeres de veintitantos que no habían conseguido marido, corrían el riesgo de convertirse en eternas solteronas. Pensó en su hermana Pilar, a quien doña Clara casó a los dieciséis años con un hombre provecto y por esos días gozaba de su viudez. Gabina no había querido repetir la experiencia, prefería no independizarse nunca a tener que ser la esposa de un hombre en edad para ser su padre o, en el peor de los casos, su abuelo.

—No quiero irme de Buenos Aires —barboteó al tiempo que el

esclavo Severo alzaba el farol para que el señorito Miguel abriera la puerta del solar que por esas horas se cerraba con llave.

Habían llegado a casa. Una vez dentro, Panchita los asistió mientras se quitaban los ligeros abrigos.

—Vivir en Luján no puede ser tan terrible, querida.

—Madre, no lo entiende. No quiero irme —repitió de manera pausada—. O me ayuda a convencer a don Martín para que desista de su idea, o rompo el compromiso que asumí engañada.

Doña Clara tensó la mandíbula. No era la primera vez que Gabina la sacaba de las casillas ni que la desafiaba con poner fin a un compromiso. Ya lo había hecho en dos oportunidades con la pérdida, en ambas, de la posibilidad de estar bien casada. La chica era rebelde; no veía la hora de que un hombre se hiciera cargo de ella y la pusiera en vereda. Miró a su hijo Miguel como quien pide apoyo, y el muchacho musitó un "buenas noches", sin recoger el guante. Doña Clara se dejó caer, vencida, en el sillón de la sala.

—¿Serías capaz de arruinarte la vida por una nimiedad semejante? —La viuda conocía de sobra la respuesta, pero aun así formuló la pregunta con un dejo de hartazgo.

—Mi lugar está aquí; no pienso irme a ningún otro lado. Ayúdeme a convencer a Urquijo de que es lo mejor para todos.

—¿Y qué se supone que debo decirle? "Mi hija no tolera la idea de marcharse lejos de nosotros" —la remedó con cierto sarcasmo—. ¡A eso no se lo traga ni el más cándido, Gabina! Todo el mundo sabe que te importa bien poco la familia.

—Él va a creerlo.

—¿Y cuál es la verdadera razón para no querer irte de Buenos Aires? ¿Acaso se trata de un hombre?

—Créame, madre, será mejor que no pregunte lo que no le gustará saber.

—¿Acaso se trata de otro hombre?

La risa de Gabina reverberó entre las cuatro paredes de la sala.

—Le aseguro que no.

—Debo admitir que has picado mi curiosidad, querida. ¿De qué se trata?

La joven miró fijamente a su madre. La tentación por revelarle la verdad le burbujeó la sangre. Adoraba esos momentos en que ponía en vilo la paciencia de doña Clara Montiel, paladear el dulce hormigueo del desafío. Por fin, soltó la frase con descarada audacia.

—He decidido convertirme en actriz.

La mulata que presenciaba la escena entre madre e hija abrió los ojos como huevos y contuvo la respiración al tiempo que observó a doña Clara. Su ama tardó unos segundos en reaccionar, segundos en los que el tiempo pareció detenerse y el oxígeno desapareció de la sala.

Gabina estudió cada fase por la que su madre pasó del pasmo a la confusión, hasta que el cerebro procesó la información recibida, y la cólera se desató como una tormenta de verano.

—Esto tiene que ser una broma, Gabina.

—No es ninguna broma, madre.

Doña Clara se incorporó como una fiera y la chica no tuvo tiempo de anticiparse a lo que seguía. La mejilla izquierda de Gabina recibió el primer latigazo, cuyo ardor le atravesó la carne. Hasta el cuello le dolió por la fuerza con que había girado la cabeza tras la bofetada. Pero el orgullo le impidió frotarse la mejilla; soportó la humillación del golpe con entereza, y así continuó mientras su madre le profería toda clase de insultos.

Esperó a que la tormenta amainara, si bien a doña Clara le tomó mucho tiempo desahogar su furia. Después de eso, lo siguiente fue el llanto desconsolado de la viuda, preguntándose en voz alta qué sería lo que había hecho mal para recibir ese castigo.

—¡No tienes derecho a hacerme esto, Gabina! ¿Actriz? No piensas ni en mí ni en tus hermanos. ¿Qué va a decir la gente? Sin duda, que eres una cualquiera. ¡La hija de Cipriano Montiel resultó ser una ramera!

Gabina respiró hondo. No permitiría que su madre la manipulase, aunque, muy en el fondo de su ser, sabía que algo de todo lo que decía era cierto: la gente de su clase la condenaría, y esa condena alcanzaría a quienes llevasen su mismo apellido. Se infundió fuerzas pensando

que el tiempo y la costumbre lo acomodaban todo. Sería la comidilla de los chismes por unos meses y luego la olvidarían. Lo mismo había sucedido con doña María Mercedes González y Benavidez, una joven viuda con tres hijos que, acuciada por las deudas, decidió usar sus dotes de bailarina en el teatro de La Ranchería. Tanto escaseaban las actrices, que María Mercedes logró salir adelante con los cien pesos mensuales del nuevo empleo. Pero el padre de la viuda había recurrido a la justicia por considerar que el trabajo innoble de la mujer ensuciaba el nombre de su distinguida familia. La justicia había fallado a favor de la actriz, consideró el derecho que tenía la mujer a sufragar su manutención, aun en perjuicio de su familia.

Gabina admiraba a doña María Mercedes, tanto por su trabajo como por la valentía con que lo había defendido ante la sociedad. Cuando quitó de su cabeza a la viuda, advirtió que su madre había dejado de llorar y permanecía en silencio, pensativa. “Ha recuperado el control de los actos y ahora urde un plan para esconder la basura bajo la alfombra”, pensó la muchacha.

—Hablaré con don Martín —le oyó decir—. Lo convenceré para que se queden en Buenos Aires. ¡Te casarás con ese hombre, como que me llamo Clara Peralta Iñiguez viuda de Montiel! Luego, ya verá él lo que hace contigo.

La solución materna: sacarse de encima el problema al casarla con un hombre que lejos estaba de imaginar la joya que representaba Gabina. “Da igual, se dijo la joven. Me iré de esta casa y seré libre de hacer lo que me dé la gana.” Ya tendría tiempo de pensar cómo lo haría una vez casada, ya que el día que descubrió la vocación de actriz se prometió a sí misma que haría hasta lo imposible por cumplir su sueño.

El plan estaba en marcha.

* * *

En la alcoba, Pancha la ayudó a deshacerse el peinado y a desvestirse. Se metió bajo la manta y, cuando estuvo a punto de soplar la vela de la palmatoria que había en la mesa que separaba los dos camastros, advirtió que su hermana Inés tenía los ojos abiertos y la miraba con una expresión indefinida.

—Te desperté. Lo siento.

—No me despertaste, llevo dos horas tratando de conciliar el sueño sin conseguirlo.

—¿Oíste los gritos?

—¿Qué gritos?

—Madre ya lo sabe.

Inés se incorporó asustada. El corazón le latía tan deprisa que hasta le dolió el pecho.

—¿Cómo lo supo? —preguntó con un hilo de voz.

—Se lo he dicho yo. No ha sido tan malo, después de todo. Ahora que lo sabe, hará lo imposible para que la boda se lleve a cabo cuanto antes.

Inés se dejó caer nuevamente. Respiró aliviada. Por un momento creyó que Gabina hablaba de otra cosa, de Lito, de todo lo que había pasado esa noche. Volvió sobre las palabras dichas por su hermana y preguntó:

—¿Qué fue exactamente lo que le dijiste?

—Que quiero ser actriz. Tuve que morderme la lengua para no responder a ninguno de los insultos con los que me calificó injustamente —añadió entre dientes—. Todavía me arde la mejilla izquierda.

—¿Te pegó?

—¿Que si me pegó? ¡Estuvo a punto de decapitarme con uno de sus mejores reveses!

—Deberías olvidarte de la idea, Gabina. Madre no dejará que te salgas con la tuya. No esta vez.

—Una vez que esté casada dejaré de ser su problema. Lo dejó bien claro.

—¿Y a tu prometido cuando piensas decírselo?

—No estoy segura si quiero contárselo a don Martín.

—Gabina, no puedes engañar a tu futuro esposo. ¿Qué pasa si él no está de acuerdo con que seas actriz?

—Quizá no haya necesidad de contárselo nunca.

—¡Sandeces! Tarde o temprano lo sabrá. Esas cosas siempre se saben. Por otro lado, hacer algo así a sus espaldas es casi lo mismo que cometer adulterio.

—Estoy muy cansada, Inés. No puedo pensar en eso ahora, demasiado tuve con mamá esta noche.

—Prométeme que lo pensarás mañana, entonces. El señor Urquijo se merece saber la verdad antes de la boda.

—¿Y si una vez que lo sepa no quiere casarse?

—Es un riesgo que debes asumir.

—No sé si quiero perder la última posibilidad de irme de esta casa.

Inesita hizo una mueca y cerró los ojos. Mientras ella trataba de dormir para dejar de pensar en Lito, su hermana admitía para sus adentros que lo que acababa de decir no era del todo cierto. Contarle la verdad a Martín Urquijo tenía sus riesgos; el primero, que él rompiera el compromiso y Gabina perdiera el medio para conseguir lo que deseaba, entre otras cosas, irse de casa; lo segundo, que el único hombre que acababa de despertar su interés, más allá de la conveniencia, la rechazara. Su orgullo, sin dudas, se resentiría.

Por primera vez en las pocas semanas que llevaban comprometidos en matrimonio, Gabina había experimentado el inefable deseo de ser besada por Urquijo de Astorga, un joven bien parecido y determinado a conseguir lo que quería. “Igual que yo”, pensó la muchacha.

Don Martín le había prometido que la visitaría la próxima semana. Esperaría ese día para repetir lo que había sucedido esa noche entre ambos y comprobar si lo que había sentido era real. El perfume de su prometido se le esfumó de la nariz durante el trayecto a la casa y el anhelo de volver a olerlo era tan fuerte que la asustaba. Quería otro beso, esta vez en la boca, y que su incipiente profesión la ayudase a disimular el efecto.

Gabina sopló la vela y cerró los ojos. Para conciliar el sueño, imaginó que el calor que le prodigaba la manta era provocado por los brazos fuertes que la envolvían. ¿Sería así como dormiría en el futuro, entregada al abrazo de su esposo? Otra vez percibió un cosquilleo a la altura del estómago y, con esa placentera sensación, se quedó dormida.

Capítulo III

Pilar separó apenas los párpados y espió a su amante de turno. El hombre acababa de salir de la cama para vestirse a las apuradas. Le esperaba un largo viaje hasta La Florida, la estancia que la viuda de Esquivel había heredado de su esposo y en la que él, Anselmo Balderas, trabajaba como capataz.

Cuando el hombre giró para despedirse de ella, la mujer cerró los ojos con rapidez. Una vez satisfecha, no permitía que su empleado se le acercase demasiado y se tomara ciertas atribuciones. Lo de ellos era una relación eventual y esporádica, sin preliminares ni cortejos empalagosos. Hacían lo que tenían ganas de hacer y a otra cosa. Nada de compromisos, una vez que el encuentro sexual terminaba, cada uno seguía con su vida como si nada hubiera pasado. Ella era la patrona y él su empleado, y así debían funcionar al dejar la cama.

Anselmo no solía viajar a Buenos Aires, excepto cuando algún asunto urgente demandaba una consulta a la señora Esquivel. El día anterior había llegado para plantearle un problema con la peonada a la patrona, y ella le había sugerido que se quedara a pasar la noche. No lo dudó. Hacía meses que ella no se presentaba en la estancia y siempre era grato retozar con una mujer de piel delicada y que oliera a jazmines. A pesar de que las cosas siempre habían sido claras entre ellos, el capataz de La Florida no perdía las esperanzas de que aquellas relaciones ocasionales se transformaran en algo estable y duradero. Por cierto él no era un hombre de clase, pero tampoco se tenía en baja estima. Anselmo era un hombre de cuarenta años, sano, fuerte y trabajador. A la hora de satisfacer sus apetitos carnales, daba a la par de lo que pedía, por eso estaba donde estaba, en la alcoba de una viuda joven y bella. Doña Pilar estaba en una buena posición económica, podía volver a casarse si así lo deseara y, en lugar de eso, prefería mantener su independencia y lo elegía a él por encima de cualquier otro hombre para calmar su apetito. ¿Por qué no soñar con algo más, a futuro?

Balderas la besó en la frente y salió de la alcoba sin hacer ruido. Pilar se desperezó y esperó hasta que unos golpes suaves en la puerta le indicaron que ya podía dejar la cama.

—Pasa —gritó para que la criada la oyera.

Gilberta la ayudó a vestirse mientras ella le daba algunas

indicaciones.

—Dile a Margarita que debe cambiar las sábanas de mi cama; a Clemente que no olvide pasar por lo de don Gaspar a recoger el jerez que encargué hace una semana. En cuanto a ti, Gilberta, llevarás a Lucio donde mi hermana Consuelo a pasar el día. Hoy celebran el natalicio de su hija Valentina.

—Lucito se va a poner muy contento cuando lo sepa.

—¿Contento? Ese chico no sabe lo que es estar contento.

De no haber sido una simple criada, Gilberta habría replicado: "Si no sabe lo que es estar contento, es por tener la madre que tiene". Pero no dijo nada, simplemente movió la cabeza de un lado a otro, segura de que su ama no podía verla.

Lucio Esquivel nació ocho meses después de que su padre amaneciera muerto en la cama. Si bien fue un acontecimiento sorpresivo, puesto que el hombre no sufría ninguna enfermedad aparente, a nadie le sorprendió demasiado. Don Simón era un hombre de edad avanzada, y el médico no dudó en establecer que el deceso fue producto de una repentina parálisis de las funciones vitales. Lo que sí tomó por sorpresa a todos fue el estado de gravidez de la viuda cuando la noticia se regó por todo el vecindario. Después de casi seis años de matrimonio sin concebir, las especulaciones malsanas no tardaron en adjudicar el embarazo a un escandaloso comportamiento de la mujer cuando el cuerpo de su esposo todavía no se enfriaba en la tumba. Pero, una vez nacido Lucio, las cuentas cerraron bien y Pilar salió bien parada del asunto, aunque la llegada de la criatura no se trató de un acontecimiento feliz.

Pilar no quería al niño. Había hecho muchas cosas para evitar que naciera, desde beberse los asquerosos brebajes que le preparó una curandera, hasta barrer y hacer toda clase de esfuerzos con el propósito de que de su vientre se desprendiera la criatura. Nada dio resultado y, finalmente, lo parió sumando al dolor físico una tremenda frustración personal. La libertad que le otorgaba la condición de viuda la menguaba el hecho de ser madre de un recién nacido.

Con los años, la convivencia entre madre e hijo se tejió en la más absoluta indiferencia entre uno y otro. Pilar trataba a Lucio con frialdad, y él mamó esa costumbre como si fuera la leche de su nodriza. La mayor parte del tiempo lo pasaban separados y, cuando compartían un espacio entre cuatro paredes, ni siquiera se miraban.

A pocos días de cumplir los seis años, Lucio Esquivel era lo suficientemente inteligente como para saber que no todas las relaciones entre madres e hijos eran así. Pasaba mucho tiempo en casa de su tía Consuelo como para probar su teoría. Sus otras tías, Inés y Gabina, también eran amorosas con él y con sus primos.

Para paliar la soledad en una casa en la que no se sentía querido, Lucio contaba con la salvadora presencia de Gilberta. La negra le había tomado cariño y hasta se hacía cargo de algunas travesuras para que la cólera de su madre no se centrara en él. Aun así, el niño aprendió a edad temprana que el amor no era cosa de elecciones, que así su madre no lo quisiera, él no podía dejar de amarla en esa distancia helada que ella imponía.

Gilberta dejó la alcoba de su ama y golpeó otra puerta. La abrió sin necesidad de permisos; su niño del alma era demasiado joven para esconderse a esos ojos maternales. Lo halló despierto, todavía en la cama, estudiando con mucho interés la bolita de madera ahuecada que hacía girar entre los dedos.

—Dios y la virgen me lo protejan.

—Amén.

—¿Qué es eso que tiene en la mano?

—Una piña —replicó el niño al tiempo que se la enseñaba.

—Muy bonita. ¿Sabe quién cumple años hoy? —Lucio asintió—. Su tía Chelo lo ha invitado a pasar el día en la Casa Grande para celebrar el natalicio de Valentina.

"Qué poco lo conoce su madre", pensó Gilberta al ver que la sonrisa en los labios del niño le alcanzaba los ojitos pardos. Lo dejó dar unos saltitos sobre el colchón antes de apremiarlo para que se dejara vestir.

—¿Mi madre irá con nosotros?

—No. Su madre está muy ocupada.

—¿Con Anselmo?

Gilberta frunció el entrecejo y los labios. No le gustaba para nada el tal Anselmo, pero menos le gustaba que doña Pilar lo metiera en la casa con tanta desvergüenza, sin importar siquiera que su hijo se

enterase.

—Ese señor Balderas se fue ayer por la noche.

—Dices mentiras, Gilberta. Dios te va a castigar. Hace un momento, Anselmo me regaló esta piña —añadió mientras hacía girar la bolita delante de la nariz.

—¿Ese hombre se atrevió a entrar a esta alcoba?

—No. Yo estaba en el pasillo. Iba a llamarte para que me trajeras mi desayuno cuando lo vi salir de la alcoba de mi madre.

La negra rezongó en voz baja mientras abrochaba las hebillas de los diminutos zapatos.

—Así que tiene hambre —resolvió cambiar de tema.

—Mucho.

—Pues si se porta como un señorito le traigo unos pastelitos de membrillo con la leche.

—Siempre me porto como un señorito.

—Eso es bien cierto.

Le apretó ambos carrillos entre los dedos regordetes antes de dejarlo solo a la espera del desayuno. Era habitual que Lucio comiera en la alcoba, en una pequeña mesa que doña Pilar había hecho instalar en el dormitorio del niño para esos fines. El resto de la casa era un terreno que el pequeño pisaba solo cuando la madre dormía la siesta o se ausentaba.

De camino a la cocina, Gilberta encontró a la negra Jesusa barriendo el patio.

—¿Te enteraste, Gilberta? Parece que tendremos visitas. Doña Pilar recibió un correo del hermano, el que vive en Córdoba.

—¿El cura?

—Ese mismo.

—Así que el padrecito Julián viene de visita —aventuró la negra.

—El que viene no es el padrecito sino un amigo de él. No pongas

esa cara; por lo que alcancé a oír se trata de un fraile.

—¿Y doña Pilar qué dice?

—¡Está que saca humo por la chimenea! Imagínate, con lo santurrona que es, venírsele a instalar un cura en su propia casa.

—¡No seas descarada, Jesusa!

—Yo solo digo lo que sé. La señora está que calienta la brasa. Mandó a Clemente por su jerez y a Margarita a limpiar los cuartos que dan a la calle. Parece que es ahí donde piensa instalar al fraile, bien lejos de los otros dormitorios.

—Te dejo, Jesusa. Hoy llevo a Lucito a casa de sus primos y ya voy retrasada.

—La señora se va, total acá nos aguantamos nosotros el chubasco.

Gilberta siguió hasta la cocina negando con la cabeza. Cuando doña Pilar no conseguía descargar sus nervios y frustraciones en alguien, lo hacía inclinando la botella. Todos los criados de la casa sabían que la viuda guardaba en su mesa de noche una petaca hecha con vejiga de cerdo en la que metía el jerez que compraba en lo de don Gaspar. A la negra le parecía mentira que la muchacha que había conocido cuando el finado Esquivel la trajo luego del casorio se hubiera convertido en una mujer fría, inescrupulosa y desvergonzada. Ciertamente, ella había sido testigo de todo lo que esa chica había sufrido a lo largo de su matrimonio, pero eso no le alcanzaba para justificar semejante cambio. Una jovencita dócil, sufrida y hasta melancólica, de buenas a primeras se había transformado en un verdugo de su propia salvación: tenía un amante, bebía hasta perder la conciencia y no quería ni se dejaba querer por nadie. Era evidente que de tanto ser infeliz en su matrimonio, una vez libre no supo cómo volver a empezar y no perdía la costumbre de lastimarse a sí misma.

* * *

Gilberta ayudaba en la cocina de la Casa Grande, donde las criadas se esmeraban en adornar el pastel de cumpleaños para homenajear a la primogénita del matrimonio Bracamonte. Dolores, una negra de edad avanzada y una mota blanca en la cabeza, dirigía la comitiva y mandaba a las más jóvenes a servir los refrescos al patio en el que los críos jugaban a la ronda bajo la supervisión de las jóvenes tías.

En determinado momento se acercó a la ventana que daba a una

larga galería en forma de L, y desde allí se detuvo a observar a Lucio, que reía como pocas veces a fuerzas de las cosquillas que le prodigaba doña Consuelo, como prenda por haber perdido el juego. La emoción de verlo tan feliz se le atravesó en la garganta y le nubló la visión.

—Es un niño adorable. —Oyó que comentaba Dolores, parada a su lado y mirando en la misma dirección que ella. Asintió, no podía hablar—. ¿Cómo está Pilarita?

—Bien, señora.

—No me diga "señora", Gilberta. Las dos sabemos que yo soy tan esclava como usted a pesar del cariño que me guardan en esta casa.

—Doña Consuelo no la trata como a una criada.

—Es verdad, pero eso es lo que soy. Pagaron una fortuna por una negra que no sirve ni para levantar un balde. Mire mis manos —añadió, enseñando a Gilberta unos dedos de huesos deformes y achacados.

—Pagaron una fortuna porque no la quieren para servir, Dolores, sino para cuidarla.

—Ese negrito que ve ahí es mi nieto —dijo la anciana, al tiempo que señalaba a un moreno de unos doce años que corría por el patio para evitar ser atrapado por los demás niños—. Su padre se llama Pascual y su madre, Jacinta. Sirven en el solar de los Montiel. Cuando pueden, vienen a verlo. Ya casi es un hombrecito.

A Gilberta se le volvió a ceñir la garganta. El nieto de la negra Dolores era hijo de padres esclavos y aun así se veía feliz. ¿Por qué su niño Lucito no tenía la misma suerte?

—Dolores, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Diga, nomás.

—¿Usted cree que tenemos derecho a querer tanto a los hijos de nuestros amos?

—Lo que yo creo es que el amor no entiende de derechos. Los amos ponen en nuestras manos las vidas de esas criaturitas indefensas; las alimentamos y cuidamos, las velamos en las noches más crudas; nos hacemos madres sin cordón ni sangre. El amor no entiende de derechos —repitió—, es una necesidad. No se prive de amar a Lucito

porque no lo haya parido. A veces no es del vientre de donde sale el amor que los niños necesitan.

—Ya lo creo.

Un silencio que decía más que muchas palabras se prolongó hasta que Dolores miró a su interlocutora de frente y dijo:

—Pilarita no es una mala persona. Se ha descarriado a fuerza de huir de su propio dolor. No le suelte la mano, Gilberta. Mi niña creció rodeada de afecto y un día se encontró sola; ninguno de nosotros pudo ayudarla.

—Algunos comentan que es igual a la madre.

—Eso es mentira. Doña Clara goza haciéndole daño a los otros; Pilarita se castiga a sí misma.

—¿Y qué hay de los que la rodean, Dolores? A veces, el castigo a uno mismo les pesa más a los otros.

—Eso es porque el dolor ciega. Deje que mi niña abra los ojos, espere, pero no le suelte la mano, Gilberta. En cuanto a Lucio, le agradezco a Dios que lo haya puesto al cuidado de una mujer como usted.

—Gracias, Dolores.

La anciana le palmeó el hombro y sonrió. Luego, arrastrando los pies, volvió al fogón donde acercó la pava llena de agua con la que se disponía a preparar el mate.

* * *

Mientras Lucio y sus primos jugaban en el patio, las hermanas Montiel se reunieron alrededor de la mesa que las esclavas habían colocado en la galería. Cayetana les cebaba el mate que la dueña de casa hizo preparar con canela. A Consuelo –hija natural del difunto Cipriano Montiel– la hacía inmensamente feliz recibir a sus hermanas en la Casa Grande, un solar que su esposo había hecho remozar doce años atrás y que por esos días era una de las propiedades mejor vistas de la ciudad.

—Creí que mi cuñado llegaría a tiempo para celebrar el natalicio de su hija Valentina —comentó Gabina.

—Lorenzo no está en La Luz —explicó su hermana—. Sucede que, a su regreso, recibió un recado urgente de parte del señor Antonini.

Inesita dejó de masticar el bocado de pastel que tenía en la boca y prestó atención a lo que decía la hermana mayor. Que el señor Antonini hubiera mandado a llamar a su cuñado podía significar que algo malo le había sucedido a Lito.

—¿Antonini, nuestro vecino? —se aseguró Gabina.

—El mismo. Anteayer —continuó la dueña de casa—, uno de sus vecinos fue asesinado y el alcalde cree que fue uno de sus esclavos.

—¿Y por qué han mandado a llamar a tu esposo? —quiso saber Inesita.

—El italiano supuso que las influencias de Lorenzo pueden ayudar a que no se cometa una injusticia. Don Bartolo Guzmán propinó una brutal golpiza a su criado: a los pocos días, una de las negras de la casa lo encontró tirado en el despacho. Lo habían degollado. El alcalde, don Martín de Álzaga, señala al negro Calixto como responsable del crimen.

—No sería la primera vez que un esclavo comete un acto semejante para vengarse del maltrato de su amo.

—Gabina, en este caso es verdaderamente imposible que Calixto haya cometido el crimen; las heridas que le dejó ese salvaje de Guzmán lo tienen postrado hace días. Espero que Lorenzo pueda convencer al alcalde y se abra un proceso de investigación para encontrar al culpable.

Inesita devolvió el mate a la negra Cayetana y rezó para que nadie advirtiera el temblor en sus manos. Antonini se había llevado a Lito al día siguiente de que el vecino había sido asesinado. Luego, había mandado llamar a Bracamonte para que lo ayudase a defender al negro Calixto de las acusaciones de Álzaga. ¿Qué tenía que ver Lito en todo ese asunto? Inés podía jurar que, a esas alturas, su cuñado sabía que el muchacho estaba escondido en casa del relojero, pero… ¿escondido de quién? ¿Por qué? ¿Antonini había llamado a Bracamonte para proteger a Calixto o a Lito?

Respiró hondo y se dijo que aquello tenía que ser fruto de la casualidad. Lito estaba herido, eso no tenía por qué significar que hubiera hecho algo malo. Y, si Bracamonte tenía alguna relación con el relojero, no era de extrañarse que su empleado y protegido la

tuviera también. El asesinato de Guzmán era un asunto aparte.

—En qué te has quedado pensando, niña —la azuzó Consuelo al verla tan ensimismada. Inesita reaccionó con presteza y desvió la atención de su hermana.

—Gabina no te ha dicho nada, pero finalmente se atrevió a confesarle a nuestra madre que quiere ser actriz.

—Vaya. ¿Y cómo ha sido, Gabina?

—Como lo imaginas: terrible. A mi madre casi le da un ataque.

—Pues, por muy raro que esto les pueda llegar a sonar, siento pena por doña Clara. No debe de ser nada fácil para una madre aceptar algo así.

—Lo dices como si quisiera trabajar en un burdel en lugar de un teatro.

—Gabina, entiendes a lo que me refiero. En primer lugar, no está bien visto que una dama trabaje.

—Sin embargo, tú lo hiciste. Hace años trabajaste como maestra en la Casa de Expósitos y, según yo recuerdo, nuestro padre estuvo de acuerdo.

—Mi situación era otra, Gabina. A ti te han criado para dirigir una casa. Que seas una buena esposa y tengas muchos hijos es lo que se espera de ti. Además, tu comparación no cuadra: no es lo mismo ser maestra que actriz.

—No es lo mismo, por supuesto, pero tampoco estamos hablando de una profesión indigna.

El silencio que secundó sus palabras la entristeció. Consuelo tampoco aprobaba que quisiera dedicarse a la actuación y, si no lo hacía ella, la menos timorata de todos sus conocidos, quién lo haría. Se sintió incomprendida.

—Cayetana, haz el favor de llamar a Panchita —pidió al tiempo que se ponía de pie y recogía los guantes y el abrigo que había dejado sobre una silla—. Inés y yo nos retiramos.

—Creí que se quedarían a cenar —protestó la dueña de casa.

—Lo lamento, Chelo. Mi madre no nos ha dado permiso de

quedarnos hasta tan tarde.

Las tías saludaron a los niños y se marcharon. Una vez en la calle, Inés le reprochó a su hermana el modo tan intempestivo con el que se habían despedido de Consuelo.

—Ni por un momento creas que no me doy cuenta de lo que pasa; te molesta que los demás no aprueben tus caprichos, Gabina.

—¡Que no es un capricho, Inés! ¿Cuándo lo van a entender?

A punto de cruzar la Plaza Mayor, un joven militar que salía del Fuerte se les acercó.

—Buenas tardes, teniente —lo saludó Inesita.

Martín Urquijo no la corrigió, pronto lo ascenderían a teniente del Cuerpo de Blandengues de la Frontera de Buenos Aires. Se inclinó ante las damas a modo de saludo y miró detenidamente a su prometida. Gabina tenía las mejillas coloradas y se sopló unos mechones de cabello que se le habían soltado del recogido; un gesto poco delicado que, sin embargo, hizo sonreír al militar.

—Si me permiten, sería un honor para mí escoltarlas hasta su casa.

Inés estuvo a punto de aceptar el ofrecimiento cuando Gabina se le adelantó.

—Lo siento, don Martín, pero mi hermana y yo no vamos a casa.

—En ese caso, las acompañaré adonde ustedes me digan.

A Gabina le molestó que Urquijo diera por hecho que iban a la casa. “Otro que da por supuesto que es allí donde una mujer debe estar”, se dijo. Pero, como la respuesta de su prometido no llegó acompañada de ningún gesto de contrariedad, sino más bien lo opuesto –don Martín parecía contento–, tuvo que pensar rápidamente adónde podían ir para no quedar como una mentirosa.

—Vamos a casa de mi hermana Pilar —soltó lo primero que se le vino a la cabeza, rogando que Inesita le siguiera la corriente.

Su hermana no dijo nada, sin embargo, el modo en que la miró fue suficiente para que Gabina supiera lo que pensaba. Caminaron los cuatro hacia el oeste. Los novios por delante y, unos pasos más atrás,

Inés y Panchita.

—Espera a ver la cara que pone Pilar cuando nos vea aparecer en su casa —aventuró en voz baja la menor. La criada, a su lado, asintió con un movimiento de cabeza y un suspiro de resignación.

Las hermanas Montiel no solían visitarse. La verdad es que no se llevaban muy bien. Cada vez que coincidían en algún sitio, Gabina y Pilar acababan discutiendo e Inesita se había cansado de intervenir para que las cosas no pasaran a mayores. Todo comenzaba cuando Gabina dejaba caer algún comentario mordaz en relación a la conducta de la joven viuda, y Pilar no se lo dejaba pasar. Para Inés, lo que hiciera su hermana puertas adentro de su casa la tenía sin cuidado, pero lo que sí solía ponerle los pelos de punta era todo lo que tuviera que ver con su sobrino Lucio. No podía entender que Pilar no quisiera a su hijo y ni siquiera se esmerase en disimularlo.

Llegaron al solar de la calle San José. Al primer toque de aldaba, la negra Jesusa les abrió la puerta.

—Las dejo, señoritas. Doña Gabina, ha sido un placer.

Martín tomó la mano enguantada de su prometida y se la acercó a los labios. No la tocó sino con la mirada, fija en los ojos verdes de la muchacha. Ella sintió que el pulso se le disparaba.

—Gracias por su compañía, don Martín. Y no olvide que prometió visitarme la semana entrante.

—Cómo olvidarlo. Estaré contando las horas.

Inesita tuvo que tironear a su hermana para que entrase, ya que fue incapaz de moverse por sí sola después de aquel intenso cruce de miradas. Jesusa les pidió que esperasen en la sala mientras iba por su ama.

—Tú dirás qué hacemos aquí, Gabina —protestó Inés en cuanto se quedaron solas.

—Hemos venido a visitar a Pilar.

—Muy graciosa. Debo recordarte que la última vez que ustedes dos se vieron, tuve que intervenir para que no se arrancaran los ojos como gallos en una riña.

Gabina resopló. Lo que decía su hermana era cierto, como

también lo era que, a pesar de llevarse a las patadas, ella y Pilar se parecían más de lo que estaban dispuestas a admitir. Por eso chocaban, por decirse las cosas de frente y sin tapujos, por ser tan pasionales e impulsivas.

Pilar entró a la sala y su afectada sonrisa no alcanzó a disimular la incomodidad que le generaba aquella imprevista visita.

—Jesusa, tráenos algo de beber —ordenó a su criada.

—Enseguida, señora.

—¿Se puede saber a qué debo este honor?

—Buenas tardes, Pilar. Estamos bien, gracias por preguntar —replicó Gabina.

La viuda de Esquivel torció la boca en un gesto que pretendía ser una sonrisa y suspiró antes de tomar asiento junto a Inesita, que ignoró el comentario de Gabina para responder a Pilar.

—Venimos de casa de Chelo. Como no te vimos allí, pensamos que sería bueno pasar a saludarte.

Ni Pilar le creyó ni Gabina la desmintió, y ambas dejaron que Inesita llevara la conversación. Ninguna de las tres se sintió cómoda en todo el rato que pasaron juntas; la relación entre las hermanas se había deteriorado de tal forma que parecía imposible repararla. Hablaron de las cosas que se hablan cuando no se quiere o puede tocar asuntos importantes, profundos; hablaron de trivialidades, de géneros y vestidos de moda. Cotillearon a desgano, casi por obligación, para llenar los dolorosos silencios que envuelven a las personas que alguna vez se han querido mucho y ya no comparten prácticamente nada.

—Gilberta nos ha dicho que recibiste carta de Julián —comentó Inés a modo de pregunta.

—Yo no llamaría carta a unas escasas líneas que responden a un pedido concreto —repuso la viuda—. Un fraile amigo suyo necesita hospedaje y Julián ha tenido la feliz idea de ofrecerle mi casa.

—¿Un fraile? —se mofó Gabina al tiempo que soltaba una carcajada—. Pagaría por ver cómo te las ingenias para esconder los trapos sucios en presencia del religioso. Una cosa es fingirse santa una hora al día, otra bien distinta es tratar de aparentarlo las veinticuatro.

—No te preocupes, Gabina, haré el mismo esfuerzo que hago cuando te tengo enfrente.

—Conmigo no necesitas fingir: sé perfectamente quién eres.

—¿Cuándo dejarán de reñir como niñas? —intervino Inesita, harta de estar en medio de ese cruce sempiterno entre ambas—. Me pregunto hasta dónde serían capaces de llegar si nadie las detuviera.

—Al fondo del meollo —apuntó la mayor—. Tal vez deberías dejar que Gabina suelte todo lo que lleva atravesado en la garganta de una buena vez. Se cree superior a mí por haber desafiado a madre y espantar a todos sus candidatos. Piensa que acabará mejor que yo.

—Te equivocas —terció la aludida—. Si me siento superior no es por no haberme casado a los dieciséis, sino por no hacerle pagar a terceros mis desgracias.

—¿A cuáles desgracias te refieres? —contraatacó Pilar—. ¿A tejer puntilla, coser canutillos…? No tienes ni la menor idea de lo que dices.

Inés se levantó iracunda del sillón en el que estaba sentada entre ambas.

—¡No pienso perder un solo minuto más escuchándolas! Y lo peor es saber que nunca llegarán a entenderse mientras continúen señalándose los defectos, como si no fueran idénticas. ¡Son tal para cual!

La menor de las Montiel se dirigió a la puerta de calle con una determinación pocas veces vista en esa joven tan mansa y pacificadora. Panchita y Gabina la alcanzaron a media manzana.

No cruzaron palabra en todo el trayecto. Inés parecía enojada, aunque, en el fondo, la espoleaba una profunda tristeza por lo que acababa de pasar. Le dolía que Gabina y Pilar no se entendieran, y, más, que la distancia entre ellas creciera hasta convertirlas en completas extrañas. ¿Cómo era posible? No solo las unía la sangre, una vida en común las había ungido años atrás cuando, además de hermanas, eran amigas inseparables.

Capítulo IV

Américo Robles desmontó frente a la propiedad cuya dirección había memorizado antes de salir de Córdoba. Se trataba de una casa pequeña, a diferencia de los grandes solares que ocupaban la misma manzana. Tiró de las riendas, y el moro se echó a andar a la par de él hasta que dieron con un portón desvencijado que el jinete supuso que se trataba de la entrada de servicio a la propiedad. No tuvo que llamar a nadie, apenas chistar a un negro que alcanzó a ver desde la cerca. El esclavo se acercó sin reservas.

—¿Aquí vive don Santiago Antonini?

—Sí, señor.

—Haga el favor de decirle que Américo Robles lo busca.

El hábito franciscano que llevaba puesto le provocaba un fastidio ingente. No hacía buen tiempo y la humedad sofocaba el aire. Mientras el negro se metía en la casa para darle el mensaje a su amo, Robles se desabrochó el botón que ajustaba la tirilla del cuello y contempló los alrededores. Ni un alma transitaba las calles por esas horas; eran las tres de la tarde, comprobó, echando mano al reloj que llevaba en su bolsillo.

El relojero, oriundo de Italia, no tardó en salir por los fondos de la casa y ordenar al esclavo que llevase el caballo al bebedero que había junto al establo. Saludó a Robles en un impecable español, a pesar de su innegable acento extranjero, y lo conminó a entrar. Una vez dentro de la casa, le ofreció un refresco que Robles aceptó de buena gana.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Mejor de lo previsto, don Santiago.

—Me alegra escuchar eso. Le confieso que me tenía algo preocupado su tardanza. Claro que… —El relojero sonrió y se dispuso a aclarar—: Cuando el padre Montiel escribió para informarnos de su llegada, no sé por qué imaginé que se trataba de un hombre mayor. ¿Qué edad tiene, don Américo?

—Treinta y siete.

—No los aparenta. Debería dejarse crecer la barba —bromeó el italiano—. ¿Ya tiene dónde hospedarse?

—No se preocupe por eso, señor. Solo me apersoné en su casa para hacerle saber de mi llegada.

—Eso está muy bien. Como ya le debe de haber explicado el padre Montiel, los miembros de la orden evitamos los mensajes a través de terceros o escritos.

—Lo sé.

—En cuanto esté instalado, deberá decirme dónde se lo puede encontrar en caso de que lo necesitemos. —Robles asintió—. Y recuerde, nada de mensajes escritos. Sabe dónde vivo y pronto conocerá a otros miembros de la orden.

Américo volvió a asentir. Estaba exhausto tras haber cabalgado desde el amanecer y deseaba llegar cuanto antes al aposento que su amigo, el padre Julián Montiel, se había asegurado de proveerle en Buenos Aires cuando saliera de Córdoba.

—Antes de que se vaya —añadió Antonini—, quisiera presentarle a una persona. Venga.

Siguió al dueño de casa hasta un estrecho patio interno y, desde allí, se dirigieron a un cuarto apartado. El italiano abrió la puerta y le hizo señas para que entrase. Tardó en acomodar la vista en la penumbra que reinaba en el interior de la alcoba. Un muchacho de pocos años lo observaba desde la cama mientras Antonini los presentaba.

—El señor es Américo Robles, Lito. El hombre que esperábamos y que pronto pasará a formar parte de la orden —apuntó—. Señor Robles, este joven es el hermano Abel Rojas.

Robles no pudo evitar que el pasmo se reflejase en un gesto de cejas elevadas. El tal Abel Rojas parecía un crío. El dueño de casa sonrió antes de aclarar:

—No permita que este rostro infantil lo engañe, mi amigo. Así como lo ve, Lito es uno de nuestros mejores hombres.

—Un gusto, Lito —lo saludó con gesto amable.

—El gusto es mío, don Américo.

—Nuestro muchacho ha sufrido un accidente hace poco más de una semana —terció el relojero al tiempo que señalaba la venda que circundaba el torso del muchacho a la altura del vientre—. Tan pronto como se recupere, lo tendremos de vuelta en el rodeo. Lito vive en una estancia a pocas leguas al norte de Buenos Aires —explicó—, pero asiste a todas las reuniones de la orden y hace las veces de mensajero cuando necesitamos comunicar alguna novedad a los miembros.

—Lo tendré en cuenta. Espero que se mejore pronto —se despidió Robles antes de salir de la alcoba y comprobar que tampoco afuera corría una gota de aire que lo ayudara a tolerar el calor húmedo, tan propio de Buenos Aires.

Antonini lo despidió en el mismo portón por el que lo había recibido. Una vez montado, Robles revolvió en su memoria hasta dar con otra dirección, la del solar del difunto Simón Esquivel. Se caló el sombrero que lo protegía del sol, espoleó su caballo y hacia allí se dirigió.

* * *

Jesusa asomó la cabeza mota tras la puerta y se quedó viendo al hombre que acababa de usar la aldaba para hacerse anunciar.

—Usted dirá qué se le ofrece —dijo.

—Mi nombre es Américo Robles y vengo de parte del padre Julián Montiel. ¿Su ama está en casa?

Tras las faldas de la negra, surgió una cabecita de pelo oscuro y crespo. Lucio observó con timidez al recién llegado.

—Mi señora no tarda en levantarse. ¡Pero pase, pase! —Lo exhortó Jesusa—. Enseguida lo anuncio, padrecito —añadió al fijar sus grandes ojos en el hábito que llevaba el hombre.

Robles se dijo que luego sacaría a la esclava de su error. Él no era sacerdote, tampoco fraile, aun cuando fingiera ser esto último para guardar las apariencias. El padre Montiel había creído que el uso del hábito ayudaría a morigerar la desconfianza de los porteños que vieran con malos ojos que un hombre solo ocupase habitaciones en casa de una viuda.

El pequeño que había usado de escudo las faldas de Jesusa

permaneció en la sala de recibo mientras la esclava iba por su madre. A pesar de la timidez, continuó observando al recién llegado a una distancia prudente.

—Tú debes ser Lucio —inquirió el hombre. Un movimiento de cabeza de parte del niño lo confirmó—. Tu tío me ha hablado de ti.

Robles estaba acostumbrado a tratar con niños. Era profesor de música y, aunque sus alumnos no fueran tan pequeños como Lucio Esquivel, sabía cómo desenvolverse con ellos. La paciencia es la mejor virtud de un maestro, recordó, y al tiempo que repasaba la estancia en la que se encontraba, insistió con señas y sonrisas hasta lograr que el crío se le acercara un poco más. A continuación, palmeó el asiento del sillón que tenía a su lado.

—Puedes sentarte aquí. No muerdo.

Antes de que pudiera convencerlo, la dueña de casa se presentó y Lucio no precisó más que una fría mirada de su parte para desaparecer. Jesusa recibió indicaciones y salió por la misma puerta que el crío. Robles, una vez de pie, saludó a la viuda de Esquivel y se presentó formalmente.

—Es usted bastante más joven de lo que esperaba —comentó ella, sin disimular la sorpresa—. Por otro lado, su rostro me resulta algo familiar. ¿Nos conocemos?

—Fui profesor de música de su hermana Gabina.

Pilar se tomó unos segundo para procesar el dato. Finalmente, recordó al señor Robles. Aunque años atrás le habría prestado poca atención, rememoró sin dificultad los días en que ella y la negra Dolores habían barrido la ciudad en busca del profesor Robles y su hermana Consuelo. Las malas lenguas decían que se habían fugado juntos, pero Pilar sabía que no era así. Su madre había echado a Consuelo de la casa al morir el esposo; don Américo se prestó a ayudar a la bastarda de don Cipriano Montiel: la sacó de Buenos Aires y la llevó hasta Luján, donde finalmente la había encontrado Lorenzo Bracamonte.

Lo que sí era sabido por todos era que el profesor estaba enamorado de Chelo. Ese recuerdo la hizo sonreír.

—Américo Robles —repitió la viuda—. Jamás lo habría relacionado con el hábito que lleva hoy día. ¡Quién lo diría!

La sonrisa socarrona de la viuda de Esquivel lo incomodó. Tanto más el tono que usó para expresar las últimas tres palabras.

La negra Jesusa llegó con una bandeja que contenía una jarra de horchata y dos vasos. Américo agradeció internamente no tener que compartir siquiera eso con su anfitriona, un recipiente donde ambos tuvieran que posar los labios.

—Puedes retirarte, Jesusa. Yo me encargo. Y bien, señor Robles… —dijo una vez que estuvieron solos—. ¿O es que debería llamarlo "hermano"?

—Robles está bien —convino él. La paciencia era una virtud que solo practicaba durante las clases y, en exclusiva, para con los alumnos.

—¿Hace cuántos años ingresó a la orden? —preguntó ella luego de servir los refrescos.

—Hace unos pocos meses —mintió él.

—Eso quiere decir que le llevó mucho tiempo descubrir su vocación. ¿Me equivoco?

—Nunca es tarde para descubrir lo que uno quiere en la vida.

"No hay duda, se está divirtiendo conmigo", pensó, ofuscado al ver la sonrisa mordaz que la viuda no se cuidada en ocultar. De pronto le dieron ganas de quitarse el maldito disfraz y meterse en una tina de agua helada. Lo necesitaba, el calor y la humedad lo estaban matando.

—Es posible. Pero no va a negarme que, en algunos casos, ese descubrimiento llega luego de haber sufrido… Cómo explicarlo… ¿Una desilusión, tal vez?

Las pausas deliberadas de doña Pilar insinuaban más de lo que decían. Lo estaba sacando de las casillas.

—Hable claro —exigió.

—No se ofenda, señor Robles. Simplemente, siento curiosidad por saber qué es lo que lleva a un hombre como usted a tomar los hábitos.

—¿Un hombre como yo? Sigo sin entender a qué se refiere.

—Usted estuvo enamorado de mi hermana. No se moleste en negarlo.

—No pienso hacerlo, lo que quizá deba recordarle es que eso sucedió hace muchos años.

"Otra sonrisita así y no respondo", se dijo Robles al tiempo que apretaba con fuerza el recipiente de lata que tenía entre las manos.

—En fin. No es mi intención entretenerlo con liviandades, hermano. Si usted está de acuerdo, le indicaré cuáles son sus aposentos.

Pilar se puso de pie y el huésped la imitó. Caminó tras ella, concentrado en el recorrido que hicieron hasta llegar a una puerta interna que daba a dos amplias estancias. El primer cuarto era un dormitorio, sobriamente decorado, donde podía verse una cama grande, armario, cómoda y mesa de noche. En uno de los rincones, una otomana tapizada a juego con las cortinas de una ventana que, Robles calculó, daría a la calle. Otra puerta separaba la alcoba de lo que se veía como una sala de recibo y despacho. Dos sillones rodeaban una mesa baja y, al fondo, un escritorio con silla y anaqueles vacíos a ambos lados. Por último, una tupida alfombra de colores oscuros le otorgaba cierta distinción al ambiente.

—Todavía huele a humedad —comentó Pilar—. Espero que sea suficiente para que se sienta cómodo. No es lujoso, pero esta sala cuenta con una puerta que da a la calle, lo que la vuelve, si se quiere, independiente del resto de la casa. Puedo hacer trabar la otra puerta, la que da al corredor interno, pero eso complicaría el acceso a los criados que se ocuparán de mantener todo limpio y en orden. Se hará lo que usted disponga.

—Por el momento, no veo inconveniente en que la puerta sea utilizada por los criados —dijo para dejar en claro que solo ellos podían entrar. Lo único que le faltaba era tener a esa mujer metiendo las narices en su intimidad.

—Muy bien. Olvidé preguntarle por su equipaje.

—Estimo que llegará mañana, a más tardar.

—Sobre la cómoda del dormitorio tiene una jofaina —prosiguió la mujer—. Mandaré a Gilberta con una jarra de agua. ¿Se le ofrece alguna otra cosa?

—Nada, se lo agradezco. Y, desde ya, lamento las molestias que mi estancia pueda llegar a causarle.

—Hospedarlo no me causará ninguna molestia, señor Robles, en tanto ambos tengamos presente una cosa: que lo reciba en mi casa a pedido de mi hermano Julián no significa que nos debamos más que un buen trato. Usted no se meterá en mis asuntos ni yo en los suyos.

Al escuchar la fresca diatriba de la viuda, Robles no pudo hacer otra cosa que sonreír. Doña Pilar resultó ser una mujer de carácter. Sabía por el padre Julián que la viuda pisaba los treinta, que la habían casado con un vejete a los dieciséis y que llevaba unos seis años sola. Lo demás estaba a la vista: era una mujer muy bella y se mantenía en forma. En su rostro ovalado destacaban los pómulos separados por una nariz recta y bien proporcionada. Las cejas en un arco perfecto y de un rubio que rozaba el castaño, igual que su melena, coronaban unos ojos verde oliva. Pero lo más cautivador en ella, al margen de la hermosura, era la intensidad de una mirada que reflejaba carácter, determinación, arrojo. Claro que, en una mujer, eso podía considerarse un conjunto de defectos en lugar de virtudes.

Pilar se encerró en el dormitorio y tomó la petaca que guardaba en la mesa de noche. El trago de licor la ayudó a componerse. Deseaba escribirle a Julián y soltarle un par de frescas. ¿En qué estaba pensando cuando decidió mandar a su casa a un hombre como el señor Robles? El hábito franciscano no había impedido que lo viera con otros ojos; ella no era ninguna santa y el atractivo del profesor la había mareado. De aquel joven que visitaba el solar de sus padres para instruir a Gabina en el uso del pianoforte, no quedaba más que la primitiva fisonomía a la que ella poca atención le había prestado en esos tiempos. Don Américo Robles se veía muy diferente ahora. Tanto que, de no haber sido por el hábito, ella no habría dudado en seducirlo.

Por eso necesitaba aquel trago fuerte, para borrar esos ojos pardos de la mente. Tal vez no fueran los ojos sino el modo en que la habían mirado todo el tiempo. ¿Cómo es que a un hombre así, joven, intenso y varonil, le había dado por ser fraile? En el caso de su hermano Julián, buen mozo como cualquier Montiel, la vocación temprana hizo que todos comprendieran que el muchacho estaba más cerca del cielo que de la tierra. Pilar sonrió al imaginar la cantidad de doncellas porteñas que se habían desilusionado al saber que Julián sería cura y no padre de familia.

El licor no estaba dando resultado, la mente se le volvía insistente al repasar la fisonomía del profesor. La mandíbula cuadrada; la nariz aguileña y algo achatada; el bozo oscurecido por el vello bien rasurado ensombrecía un labio superior más fino que el inferior.

Usaba el cabello negro muy corto y las patillas, igualmente prolijas, casi rozaban el hueso de su quijada.

"Es prácticamente un cura", se recordó. La situación que había previsto incómoda, comenzó a divertirla bajo los efectos del alcohol. Rio al pensar que Dios deseaba poner a prueba la fidelidad de uno de los suyos. ¿Acaso se sentía ella una herramienta del Demonio? Guardó la petaca casi vacía antes de que el juicio y la voluntad la abandonaran por completo. Tenía que arreglarse para la cena, una cena que pensaba compartir con su huésped. Sería divertido. Después de todo, Julián se lo había servido en bandeja.

* * *

Gilberta dejó la jarra con agua sobre la cómoda, junto a la jofaina. Preguntó al fraile si se le ofrecía algo más; él apretó los labios, como si dudara en pedir alguna otra cosa.

—Me gustaría conocer las costumbres elementales de la casa para no entorpecer el normal funcionamiento de las mismas.—La esclava lo miró con el ceño fruncido y Robles decidió ser más preciso—: Por ejemplo, a qué horas se come, si la señora Esquivel tiene por costumbre celebrar tertulias en el salón, si se levanta temprano… En fin, detalles que usted considere que debería tener en cuenta.

Gilberta respiró hondo y se tomó unos segundos para responder.

—La señora despierta cerca de las once. El almuerzo se sirve a las dos en punto. En esta casa no se celebran tertulias desde que el amo nos dejó, pero doña Pilar suele asistir a algún que otro sarao en casa ajena. La cena se sirve entre las ocho y las nueve. ¿Qué más me había preguntado? —inquirió al cabo de una pausa.

—¿Qué hay del niño? —No lo había mencionado antes, pero decidió hacerlo en ese momento.

—¿Lucito? ¿Qué quiere saber exactamente?

—Pues…

La negra pareció leerle la mente y tras un mohín que él no supo interpretar, dijo:

—El niño Lucio se lo pasa la mayor parte del día encerrado en su alcoba. A doña Pilar no le gusta tenerlo dando vueltas por la casa.

Le gustó la sorpresa que llenó los ojos del hombre al oírla. Gilberta amaba a Lucio; si se ponía de su lado al fraile con respecto a la situación del más pequeño de la casa, una voz con más autoridad que la de ella bien podía mejorar las cosas. Tal vez, el amigo del padre Julián Montiel podría obligar a doña Pilar a portarse como una verdadera madre y revertir ese vínculo frío, que no hacía más que distanciarlos con el paso de los años.

—Le dejé agua y unas toallas, padrecito. Cualquier cosa que se le ofrezca, no tiene más que abrir esa puerta y pedirlo. Siempre habrá algún esclavo cerca.

—Gracias. Gilberta —la detuvo antes de que la mujer se diera la vuelta—, no soy cura, ni siquiera estoy ordenado de manera oficial, por lo que agradecería que no me llamasen más que por mi nombre. Explíqueselo a los demás.

Ella asintió antes de añadir:

—La cena estará lista en unas horas.

Robles no se movió aun después de que Gilberta saliera. Repasó nuevamente la estancia en la que se encontraba. A pesar del olor a humedad y encierro que flotaba en el aire, todo se veía pulcro y ordenado. Recordó la pequeña casa que había comprado en la ciudad de Córdoba y que meses atrás decidió vender para trasladarse a Buenos Aires. No era un hombre adinerado, trabajaba como profesor para ganarse el sustento, y tampoco se quejaba por eso. Hacía lo que amaba y vivía cómodamente.

Mientras se quitaba el hábito y la ropa que tenía debajo, se le vino a la mente la conversación mantenida con la viuda de Esquivel. No fue para nada agradable que le recordase lo enamorado que había estado de su hermana Consuelo. El orgullo herido tras el rechazo le había durado un par de semanas, y el dolor por el amor no correspondido, unos cuantos meses. Pero, finalmente, había dejado eso atrás. Una vez instalado en Córdoba, se puso a trabajar y ofreció sus servicios en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Allí fue donde conoció a Julián Montiel, quien tras ordenarse sacerdote en Chuquisaca, fue destinado a la Catedral de la docta.

Los unió la empatía ni bien se reconocieron. Ambos estaban lejos de sus familias –la de Robles, en Montevideo; y la de Montiel, en Buenos Aires–, vivían de su vocación y tenían una personalidad similar. Cuando Julián supo que Américo había ayudado a Consuelo el

día que doña Clara la echó de la casa, al afecto que sentía por su amigo se le sumó el sentimiento de gratitud. Forjaron un lazo estrecho, casi familiar, y algunos deseos en común permitieron que las influencias del padre Montiel se movieran para que su amigo viajara a la capital virreinal a fin de encontrarse con un grupo de hombres que bregaban por concretarlos.

Por eso, Américo lo había dejado todo atrás nuevamente. Se sentía un itinerante de la vida, si bien lo ilusionaba pensar que esta vez sería diferente, que bien podía la orden atarlo definitivamente a un lugar.

No le temía al hábito con el que él y su amigo habían planeado guardar las apariencias; desde la última vez que Robles había permitido que todo el mundo supiera que estaba enamorado, nunca más volvió a demostrar sus sentimientos por nadie. La pregunta que se hacía recurrentemente era: ¿había vuelto a enamorarse alguna otra vez? No podía asegurarlo, aunque sospechaba que no. Las mujeres que pasaron por su vida después de Consuelo Montiel no habían hecho mella más allá de su cama. Tampoco es que fueran tantas. Américo apreciaba mucho su intimidad y se cuidaba de no enredarse con mujeres que lo expusieran al escándalo. Sus amantes ocasionales nunca reclamaron más de lo que dieron y, por lo general, siempre se trató señoras o señoritas tan discretas y reservadas como él.

Refrescarse el cuerpo con un paño húmedo lo ayudó a relajarse. Tenía muy en claro que el presente era lo único que debía importarle en ese momento. El futuro dependía de eso, de proyectos y acciones a conciencia. La vida no era más que un cúmulo de causas y consecuencias.

Cuando terminó de asearse, volvió a colocarse la misma ropa. Hasta que el puestero de Areco no llegase con el arcón que contenía todas sus posesiones, tendría que resignarse a oler a caballo y sudor, se dijo. Su estómago gruñó, como una manera de recordarle que pronto tendría que reunirse en la mesa con la dueña de casa y armarse de paciencia para soportar las sonrisitas o comentarios mordaces que, sin dudas, le destinaría.

Jesusa llamó a la puerta unas horas más tarde para invitarlo a pasar al comedor. Desde la cama donde estaba tendido con los brazos cruzados bajo la nuca, le hizo saber que no tardaba en acudir a la cita.

* * *

Tal como lo supuso, Lucio no estaba presente. Los niños no compartían la mesa con los adultos, pero en una casa donde solo vivían el chico y su madre, Robles pensó que bien podía hacerse una excepción. Poco tardaría en entender que, con una madre en el estado en que encontró a la señora Esquivel, lo mejor que le podía pasar a la criatura era permanecer encerrado en su alcoba. Doña Pilar estaba achispada. No lo supo solo por el perceptible olor a alcohol en el ambiente, sino por la lentitud con que se expresaba y movía.

Robles miró la jarra que Gilberta colocó sobre la mesa, junto a la fuente de verduras y la carne hervida. Lo tranquilizó comprobar que, tras el vidrio color musgo, el recipiente contenía agua. Volvió los ojos hacia la negra y esperó que su mirada inquisitiva fuera lo suficientemente elocuente. La esclava no era ninguna tonta y lo captó al vuelo; se alzó de hombros por toda respuesta.

—¿Qué estás esperando, Gilberta? ¡Sirve de una buena vez! —ordenó la señora, arrastrando las palabras—. En esta casa, señor Robles, solo hay una cosa más apetitosa que la comida de la negra Margarita. —Él la miró en silencio, al tiempo que entornaba los párpados—. ¿No quiere saber a qué me refiero?

La criada movió la cabeza en señal de desaprobación, por lo que Américo supo que había interpretado correctamente la desvergonzada indirecta de la viuda. Cerró los ojos pensando en el bueno de Julián, a quien de seguro le habría dado un ataque ante semejante situación.

—Con la comida me basta, señora —masculló de muy mal talante.

—Desde luego. Olvidé que su merced es ahora un hombre de Dios. —La carcajada de Pilar rebotó entre las cuatro paredes del espacioso comedor—. ¿Sabe, profesor? No entiendo a la gente como usted.

—Eso es evidente.

—¿Tan mal lo trató la vida?

Estaba a punto de llevarse el primer trozo de carne a la boca cuando la pregunta de ella lo detuvo. Decidió responderle a fin de aclarar la situación y, en lo posible, evitar futuras conversaciones que versaran sobre lo mismo.

—Nunca es la vida quien nos maltrata, sino al revés. Cada nuevo día nos presenta la oportunidad de seguir siendo lo que somos o

cambiar lo que no nos gusta. Si lo hacemos bien, la vida será lo que deseemos que sea.

—¡Qué fácil parece ser todo para los hombres! —señaló ella—. En cambio, a las mujeres más nos conviene resignarnos que otra cosa. Pregúnteme qué podía haber cambiado a los dieciséis años. Nada. Ni aun en los años que siguieron hubo un solo día que se presentara como una oportunidad de cambiar lo que no me gustaba.

Cenaron en silencio, cada uno sumergido en una realidad bien distinta. Robles no había podido rebatir los argumentos de la viuda. En algún punto, le dio la razón. Sin embargo, entendía que la muerte de don Simón Esquivel le había brindado a Pilar la escasa libertad a la que podía aspirar una mujer. Ella podía decidir por su cuenta si volvía a casarse o no, y en el primero de los casos, con quién.

Mientras él pensaba en eso, ella consideraba cuánto de cierto había en eso de que la vida fuera lo que uno deseaba. Resignarse a su suerte le había parecido la única salida después de la boda con Esquivel, pero, a medida que el tiempo transcurrió, el miedo a morirse de pena si no hacía algo para torcer su destino acabó por jugarle una mala pasada. Había hecho algo imperdonable en el pasado. No contaba que nadie más lo supiera, lo sabía ella, y ese secreto le pesaba en la conciencia. De algo estaba segura: si se pudiera volver el tiempo atrás, habría actuado de la misma manera. El sentimiento de culpa era bastante ambiguo en su caso. La sentía, pero, a su vez, consideraba que la culpa era el precio que pagaba por su actual bienestar. “De no ser por Lucio –se recordó–, el presente sería perfecto”.

La amargura, una vieja amiga suya, hizo su aparición antes de que Gilberta le ofreciera una porción de la natilla que se disponía a servir como postre. Lo rechazó con un gesto de la mano y una vehemente sacudida de cabeza.

—Espero que no le moleste, señor Robles, pero hoy he tenido un día muy ajetreado y necesito descansar —dijo al tiempo que retiraba la silla de la mesa y se ponía de pie.

—Faltaba más, señora Esquivel. Le deseo una buena noche.

—Y yo desearía que no usara el apellido de mi difunto esposo para dirigirse a mí. —Américo no pudo evitar mirarla a los ojos.

Percibió un dejo de cansancio y frustración en los de ella. Asintió en silencio, abrumado por un inefable sentimiento hacia la mujer que tenía enfrente. No se trataba de pena; lástima era la última cosa que

podía generar una mujer como esa en un hombre como él. Pilar lo tenía todo, ¿qué le impedía, entonces, ser feliz?

—Que descanse, doña Pilar —la saludó con un amago de sonrisa.

—Gracias.

La vio tambalearse hacia la puerta con el semblante descompuesto. La criada trataba de orientarla con sutileza para evitar que se golpeara contra muebles o marcos. Robles negó con la cabeza y suspiró. Vaya hogar en el que había caído.

Capítulo V

Inesita entró en la cocina, esperó a que Jacinta se retirase y, una vez a solas con Carmen, preguntó:

—¿Has podido averiguar algo?

—La criada de don Antonini no dijo mucho: que Lito pasó dos semanas en la casa de su amo y luego desapareció.

—¿Y lo de don Bartolo Guzmán? ¿Qué más se ha sabido del caso?

—El negro Calixto está libre. El alcalde no pudo comprobar nada en su contra.

—Eso quiere decir que las autoridades estarán buscando al asesino.

—Vaya uno a saber lo que buscan. Cuando sospechan de un negro, parecen perros de caza. Luego, si creen que el asesino es blanco…

—No digas eso, Carmela.

—Yo solo digo lo que veo. El señor Guzmán era un hombre malo, todos sus vecinos lo dicen. Pero era blanco, y solo a un blanco se le puede perdonar que haga justicia al borde de la ley.

—¿Tú crees que se ha tratado de eso? ¿Piensas que alguien pudo haber matado a don Bartolo por el modo en que trataba a sus esclavos?

—Usted me perdonará, niña, pero, si así fue, bien merecido lo tuvo.

—No me parece que un asesinato de estas características sirva para escarmentar a nadie. Para eso está la Justicia.

—Ninguna ley colgaría a un blanco por maltratar a su esclavo. En cambio, hay que ver lo que pasa cuando las cosas son al revés.

Inés sacudió la cabeza y desistió. No discutiría más el tema con Carmela. En cambio, volvió sobre lo que más le interesaba.

—¿Qué hay de la herida de Lito? ¿Habrá sanado bien?

—Pregúntele a su cuñado. La esclava del relojero dice que don Lorenzo pasaba por la casa varios días a la semana.

—No puedo preguntárselo a él, Carmela. Se lo contará a mi hermana y ella querrá saber el porqué de mi interés.

—La misma pregunta me hago yo —espetó la negra, mientras se plantaba frente a Inesita con los brazos en jarra—: qué interés tiene por ese muchacho.

—Lito es casi de la familia —precisó ella con las mejillas encendidas.

—El "casi" no lo hace familia.

—Me preocupo por él como me preocuparía por cualquiera de ustedes, Carmela —repuso taxativa.

La esclava dejó caer los hombros y volvió a poner las manos sobre la masa del pan.

—No tengo por qué dudar de su palabra, mi niña. Usted siempre ha sido tan buena como doña Consuelo. Pero más le vale no engañarse a sí misma con cuentos que a una le pueden sonar a verdad. Porque si llega a ser otra cosa lo que le pasa con el Lito, a su madre le da un ataque de los buenos y usted va a sufrir.

—Te digo que no es nada, Carmela. Quítate esas ideas de la cabeza.

—Mejor así.

Inesita volvió a la sala de donde se había escabullido a fin de conseguir la información que había mandado a pedir a la criada. Su madre continuaba hablando con don Martín Urquijo mientras Gabina permanecía inusualmente callada. Las visitas de su prometido no habían ido más allá de un leve cruce de miradas que, en lugar de generarle curiosidad, la aburría.

Inés pensó que su madre manejaba muy mal la situación; si en verdad deseaba casar a Gabina con el militar, lo mejor era darles un espacio y permitir que unos breves e inocuos momentos de intimidad los entusiasmasen a ambos; o por lo menos a su hija, cuya manía a abandonar todo lo que la aburría estaba más que probada.

De pronto, a la menor de las Montiel se le ocurrió una idea que casi la hace saltar del sillón. Se le aceleró el pulso de solo pensar que podía volver a ver a Lito y ayudar a su hermana al mismo tiempo. Aprovechó la pausa cuando Pancha entró a la sala con el segundo plato de masas y otra pava de agua caliente.

—Está haciendo mucho calor —comentó—. Es una pena que las autoridades no nos permitan bañarnos en el río a todas horas.

—Pues yo creo que los baños públicos deberían estar prohibidos, sea cual sea la hora —repuso doña Clara.

—Por eso me gusta tanto ir al campo durante el verano —suspiró Inesita. Luego miró al prometido de su hermana y continuó—: Gabina y yo solemos visitar la estancia que los Bracamonte poseen en el Talar de la Punta de los Olivos todos los veranos. Las cabalgatas al atardecer y los baños en el río son nuestras actividades preferidas.

A Urquijo le brillaron los ojos cuando miró a su futura esposa. Sonrió.

—Con esta humedad, el calor es casi intolerable en la ciudad —prosiguió la muchacha—. Sin contar que, en pocos días, ni siquiera podremos salir de la casa a tomar fresco a la orilla del río.

—¿Y eso por qué? —se interesó el joven.

—Las celebraciones de carnaval —apuntó ella, satisfecha al comprobar que doña Clara ceñía el entrecejo.

—Los desmanes durante el carnaval son imparables, señor Urquijo, y nadie se molesta por poner fin a estas celebraciones paganas —dijo la matrona.

—Deberíamos hablar con Chelo y organizar una escapada a La Luz. ¿Qué opinas, Gabina?

—Nada me gustaría más, Inés. —La mirada que le dispensó al decir lo siguiente fue más elocuente que sus palabras—: Lamentablemente, tengo compromisos asumidos en Buenos Aires.

—¿Qué clase de compromisos? —se interesó Urquijo.

—Sí, ¿qué clase de compromisos? —repitió doña Clara en un tono de voz un tanto amenazador.

Acorralada, Gabina pensó en una respuesta que la alejara de la verdadera razón que tenía para quedarse: las clases con Gaitán.

—¿Acaso la inminente boda les parece poco? —tentó—. Por otro lado, no es justo que don Martín haya dejado su puesto en la frontera para estar conmigo y yo desaparezca. Tendré que soportar el calor —concluyó hierática.

—¿Por qué no nos acompaña, señor Urquijo?

Gabina pensó que la pregunta de Inesita se podía comparar con una cuchillada en el vientre. Si las miradas causaban el mismo efecto, su hermana sufriría el contragolpe.

No lo sufrió. Inés lucía muy entusiasmada y doña Clara hizo sus propios cálculos. Alejar a Gabina de la ciudad la tentó más que ninguna otra cosa. Si Martín Urquijo se decidía a acompañar a sus hijas al campo, ella no se opondría.

—Debo admitir que la invitación es tentadora —dijo el militar.

—Nuestro hermano Miguel está allí hace una semana. Será divertido pasar unos días juntos en el campo —insistió Inesita—. Madre, ¿usted qué dice?

—Creo que tenemos tiempo suficiente para terminar el ajuar antes de la boda. Por mí, no hay problema; organicen ese viaje lo antes posible.

* * *

A Inés le temblaban las manos mientras se colocaba una sobrefalda de brocatel de seda en el dormitorio. Doña Clara le había dado permiso para salir, y Carmen la ayudaba a cambiarse. Iría a casa de Chelo sin pérdida de tiempo. Tan entusiasmada estaba que no escuchó entrar a su hermana hasta que ella cerró la puerta con premeditada violencia.

—¿Y a ti qué te ha dado? —inquirió bruscamente.

—Lo he hecho por ti, Gabina. Tú y don Martín podrán pasar tiempo a solas en La Luz, en cambio aquí…

—¿Y a ti quién te ha dicho que eso es lo que yo quiero?

—Vi cómo se miraban mientras mamá no paraba de hablar. Te mueres por estar sola con él.

—Podrías haber sugerido un paseo por La Alameda en lugar de viajar al campo. ¡Tendré que suspender mis clases de teatro!

—Nos divertiremos, Gabina. Piensa en lo mucho que disfrutarás de tus paseos a caballo en compañía de don Martín. Los baños en el río…

—Nunca te vi tan entusiasmada por ir a La Luz. ¿Estás segura que este viaje es solo por mí?

Carmen miró de soslayo a la muchacha y no hizo falta que dijera lo que pensaba. A Inés se le encendieron las mejillas.

—Pues no. No es solo por ti —admitió—. Yo también sufro de tedio estos días. La semana pasada Consuelo nos invitó a pasar una temporada en La Luz, y tú te negaste sin siquiera consultarlo conmigo. Le diré que hemos cambiado de opinión.

—Saldré con ustedes —resolvió la mayor—. Tendré que decírselo personalmente al señor Gaitán.

—¿Quién es Gaitán?

—Damián Gaitán es quien me da clases de teatro, Inés. Dirige su propia compañía de actores y pronto presentará una obra en la que piensa incluirme como parte del elenco.

—¿No deberías pedir una cita para hablar con alguien tan importante?

—Por suerte para mí, don Damián es de lo más accesible. Y así como él se toma la molestia de instruirme en el arte, le corresponderé explicándole personalmente por qué faltaré a nuestras citas durante los próximos días.

—Accesible o no, no deberías ir a ver a ese hombre tú sola, Gabina.

—Lo sé. Ustedes vendrán conmigo.

Inés no opuso resistencia. Haría cualquier cosa con tal de que su hermana no le echara a perder los planes. Si Lito se había ido de casa del relojero, lo más probable era que estuviera en la estancia. Necesitaba asegurarse de que la herida estuviera curada, de que ya no corría peligro. Quizá, si se animaba a hablarle, también le preguntaría cómo se la había hecho. Desde que lo despidió en el portón trasero de

la casa, Inesita no había podido sacarse a Lito de la cabeza, esa era la verdad. Una verdad que no estaba dispuesta a confesar ni a Carmen, la criada con la que mantenía una relación casi tan cercana como la que tenía con sus hermanas, a excepción de Pilar.

Ella y la negra siguieron a Gabina. Habían caminado ocho cuadras cuando la esclava comenzó a protestar.

—Nos estamos alejando demasiado. Es peligroso.

—Carmela tiene razón —convino Inés—. ¿Falta mucho, Gabina?

—Es en la próxima manzana. Además, el único peligro aquí es deshidratarnos con este calor del infierno.

Los trajes de ambas jóvenes estaban confeccionados con muselina, un género apropiado para los días de calor, pero a eso había que sumarle varias capas de enaguas, el jubón y la sobrefalda de tela más gruesa, las medias de seda y la gorguera que llevaban al cuello. Como tantas otras veces, envidiaron la simplicidad del atuendo de los criados.

Llegaron a la puerta de una casa cuyo frontispicio se hallaba en completo deterioro. Paredes descascaradas y postigos desvencijados en las ventanas daban un aspecto lamentable a la vivienda. A Inés le llamó la atención la rama seca que pendía de la aldaba, completamente herrumbrada. Apretó la mano de su hermana e inquirió en voz baja:

—Dime que no es aquí donde vive el director del que hablas.

—Los actores no son gente adinerada —sentenció la otra al tiempo que llamaba a la puerta.

—Ya veo. Haz lo que tengas que hacer y vámonos, Gabina. Este lugar me da miedo.

Las recibió una mulata que vestía un atuendo extraño para ser una esclava. Inesita supuso entonces que se trataba de una de las actrices de la compañía; su hermana le había dicho que la mayoría de los actores que Gaitán dirigía eran mujeres.

Mientras escuchaba las razones de Gabina, la mujer masticó tabaco con la boca abierta y no se cuidó de mirarlas de pies a cabeza.

—Entren. Damián no tardará en recibirlas.

Se metieron a la casa como si fueran un bloque indivisible, hombro con hombro. La morena se rio abiertamente y negó con la cabeza antes de dejarlas solas en una sala cuyo deterioro edilicio se acentuaba en muebles, tapices y alfombras.

Damián Gaitán no tardó en aparecer. Llegó mesándose el cabello revuelto y con la chupa abierta, lo que dejaba al descubierto la fina batista de la camisa. No llevaba casaca, un detalle que a Inés le generó rechazo. Ningún caballero de buen ver se presentaba frente a una dama sin casaca y, en el peor de los casos, la chupa debía estar abrochada sin excepción. El hombre era muy alto y de contextura delgada.

—Preciosa —dijo inclinándose frente a Gabina —, ¿a qué debo el honor de tu visita?

El trato que le dispensó a su hermana, sumado a la mirada libidinosa del hombre, acabó por encender las alarmas de la menor de las Montiel. Deseaba irse de allí cuanto antes.

—Don Damián, le presento a mi hermana Inesita.

—Es un placer, mi querida. Tan bella como la otra —añadió, al tiempo que la estudiaba sin miramientos—. Tomen asiento, por favor.

—No hace falta; lo que vengo a decirle no nos tomará más que un par de minutos. Ha surgido un imprevisto y deberé ausentarme unos días de la ciudad.

—¿Piensas abandonar tus clases, querida?

—Por supuesto que no, don Damián. ¡Jamás! Se trata de un asunto muy delicado. Mi tía ha enfermado gravemente y no tiene quien la cuide. Mi hermana y yo tendremos que quedarnos en su casa un par de semanas hasta que su salud mejore.

—Tu tía —repitió el actor al tiempo que procesaba la noticia. Se rascó la barbilla con evidente preocupación—. Qué penoso contratiempo. Tendré que dejarte afuera del elenco que nombré para interpretar mi próxima obra. No me quedará otro remedio que darle tu papel a nuestra prodigiosa Gloria.

La mulata que las había recibido se inclinó hacia delante con histrionismo, igual que hacían los actores sobre el tablado para saludar a su público al finalizar una obra.

—¡No diga eso, don Damián! —exclamó Gabina con ojos arrasados—. En pocos días estaré de regreso y trabajaré muy duro para recuperar el tiempo perdido, se lo prometo.

—Además de las clases de teatro, dulzura, tendrás que estudiarte el libreto. ¿Estás preparada para asumir tanta responsabilidad?

—¡Claro que sí! Se lo dije, no hay nada en el mundo que desee más que ser actriz.

—Una cosa es decir y otra es hacer, querida. No me gustaría apostar a un capricho de niña rica; no solo expongo mi nombre sino el de todos los integrantes de la compañía.

—No lo defraudaré, señor Gaitán. ¡Se lo prometo!

Inés advirtió que su hermana estaba al borde de las lágrimas y que esa vez no fingía. La había impresionado la facilidad con que mentía y se inventaba la historia de una tía enferma, pero enseguida se dijo que aquello tendría que ver con las dotes de actriz. No le gustaban las mentiras aunque, a decir verdad, tampoco le gustaba ver a Gabina tan angustiada.

—Eso ya lo veremos, tesoro. Ocúpate de la pobre enferma y ven a verme en cuanto estés libre. Entonces, hablaremos con más calma, tú y yo.

Don Damián tomó la mano enguantada de Gabina y se la llevó a los labios. Inés dio un paso hacia atrás, en caso de que él quisiera hacer lo mismo con ella. Ese hombre le producía rechazo. No podía entender cómo su hermana no se daba cuenta del modo en que la miraba.

—No se imagina cuánto se lo agradezco, don Damián.

No bien salieron de la casa, Inés le soltó una retahíla de amonestaciones.

—Te llama “querida” de una manera repugnante. Eso cuando no usa otros epítetos como “preciosa”, “tesoro” y no sé cuántos más. ¡Es muy desagradable!

—No exageres, Inés.

—Que no exagere, dices. ¡Gabina, ese hombre te come con los ojos!

—No voy a negarte que el señor Gaitán es un hombre poco convencional; sucede que es actor y los actores son personas fuera de lo común. Pero me ha dado una gran oportunidad, Inesita.

—No estaba presentable. Nos recibió a medio vestir.

—Esa es la diferencia más notable entre tú y yo —replicó la mayor—. Te escandalizas con demasiada facilidad.

—Deberías cuidarte más. Sobre todo ahora que estás comprometida en matrimonio.

Siguieron discutiendo acaloradamente hasta llegar a la Casa Grande, donde las recibió Dolores.

—¡Por san Benito, si parece que están a punto de desmayarse! Les traeré agua fresca.

Consuelo recibió la noticia como era de esperarse, con alegría. Le gustaba ir a la estancia con los niños, pero lo disfrutaba más cuando podía llevarse también a sus hermanos. Mientras Inés y Gabina vaciaban los vasos de agua que Dolores les sirvió, la dueña de casa comentó:

—Me gustaría invitar a Pilar.

—No te cansas. Te dirá que no, como siempre —terció Gabina.

—Al menos puedo intentarlo con Lucito.

—A él lo dejará ir. Siempre que pueda sacárselo de encima, le abre la jaula sin pensarlo dos veces.

Ultimaron los detalles del viaje: la presencia de Martín Urquijo y su escolta las libraba de tener que esperar a que don Lorenzo se desocupara para acompañarlas. Lo único que dejaron pendiente fue la visita a casa de Pilar.

—Mañana voy a verla —prometió Consuelo—. Ustedes ocúpense de tener listo su equipaje. Saldremos el sábado no bien amanezca.

* * *

Robles examinó el mueble pasando la yema de los dedos a lo largo de la madera lustrada. Se trataba de un Silbermann original. A mediados de ese siglo, el mismísimo Johann Sebastian Bach había actuado como agente de venta de los pianos Gottfried Silbermann. Le costaba creer

que la viuda de Esquivel tuviera un instrumento semejante cubierto por un crespón, en un rincón apartado del salón. ¿Lo tocaría alguna vez?

Lucio lo observaba sin parpadear. Con los días, se había acostumbrado a la presencia del hombre en la casa. Le gustaba mucho más que Anselmo, el capataz de la estancia que él había visto salir del cuarto de su madre. Por otro lado, el señor Robles nunca le pedía que lo dejara solo, sino al contrario: todas las veces que él se asomara a la sala cuando su madre dormía la siesta, el hombre no solo lo animaba a entrar, también le pedía que se sentara a su lado. Se medían en silencio durante unos minutos. Luego, Robles sacaba el reloj de bolsillo y se lo ofrecía sin mediar palabra. A Lucio le encantaba estudiar aquella pieza magnífica de oro y plata, y había empezado a agradecer el préstamo con una tímida sonrisa.

—¿Sabes tocarlo? —La voz de Robles sonó ronca por la emoción. Lucio negó con la cabeza—. Yo podría enseñarte.

—¿De veras?

Era la primera vez que le dirigía la palabra, pero el profesor manejó su sorpresa y actuó con total normalidad.

—Claro que sí. ¿Te gustaría aprender? —La ilusión en la mirada del crío lo hizo sonreír—. Hablaré con tu madre y, cuando ella lo disponga, empezaremos con las clases.

El gesto de alegría de Lucio fue cubierto por una sombra de desilusión. Sin duda alguna, el niño supuso que su madre se negaría. Quiso infundirle ánimo a través de una palmada en el hombro y volvió a cubrir el instrumento con el género.

—Ven conmigo. Quiero mostrarte algo —dijo al cabo.

Su equipaje había llegado días atrás. Las pertenencias de Robles fueron ocupando los espacios vacíos de aquellas dos habitaciones que ahora constituían su hogar. Los anaqueles cubiertos por partituras y libros, trajes en el armario, efectos personales en los cajones de la cómoda, y un estuche de madera y cuero que prefirió tener a mano sobre la mesa baja de la pequeña salita.

Para Lucio fue como entrar en un recinto sagrado. Varios cuartos de esa casa le estaban vedados: la alcoba materna, el despacho y aquel extraño anexo que, según Gilberta, el señor Esquivel había hecho construir para reunirse con sus amigos.

Robles tomó el estuche negro y lo abrió a partir de dos delicados herrajes de bronce. Dentro, había un instrumento de cuerda y una vara con hilo tensado.

—¿Sabes qué es? —El niño negó con la cabeza—. Se llama violín. También te enseñaré a tocarlo. Este será nuestro secreto, ¿qué te parece?

Esa tarde, el precario vínculo entre ambos quedó establecido a través de un secreto, que consistía en esperar a que doña Pilar se retirase a su alcoba después del almuerzo para encerrarse juntos y dar vuelo a las clases de violín. Robles no pensaba obrar a espaldas de quien le había abierto las puertas de su casa, ya hablaría con ella del asunto, se dijo. Lo que sí deseaba era que Lucio confiara en él; la soledad de esa criatura lo conmovía.

Esa misma noche sacó el tema mientras compartía la cena con la viuda de Esquivel.

—Espero que no le moleste, pero esta tarde vi el piano que tiene en el salón. Un Gottfried Silbermann original. La felicito; no cualquiera puede costearse un gusto semejante. Imagino que sabe tocarlo.

—Fue el regalo de bodas de mi difunto esposo. Solía tocar cuando era joven. Mi hermano Teo, que en paz descanse, tocaba la guitarra y yo lo acompañaba en el pianoforte.

—Cuando era joven —repitió él en voz baja—. ¿Eso significa que ya no lo hace?

—La última vez que toqué… —Doña Pilar se detuvo.

Robles tuvo la impresión de que la mente de la mujer había retrocedido en el tiempo. Tenía la mirada perdida, los labios separados y la rigidez propia de las esculturas. La luz de las velas que estaban sobre la mesa en sendos candelabros de plata se reflejó en la superficie acuosa de sus ojos.

—Fue hace mucho tiempo —le oyó decir finalmente.

No supo cómo, a través de qué arcano mecanismo, ella se recuperó de aquel trance y concluyó la frase como si nada hubiera pasado. Él suspiró.

—Una verdadera pena. Santo Tomás de Aquino aseguraba que la

música tiene poderes, nos dispone de un modo sensible y, según el género, produce un cambio misterioso dentro de nosotros.

—Charlatanerías de santos.

—No estoy de acuerdo. La experiencia me ha demostrado lo veraz de esa teoría. Las personas pueden sentir tristeza o alegría de acuerdo a lo que oyen. La música eleva el espíritu.

—¿Lo dice como fraile o como músico?

—Soy músico desde que tengo memoria. Es probable que mis aseveraciones partan del amor que siento por lo que hago. De cualquier manera, siempre digo que no se pierde nada con probar. Me gustaría tocar para usted cualquier día de estos.

La propuesta la tomó por sorpresa. Pilar llevaba unos minutos escuchando atentamente los dichos de su huésped; pero, más que escucharlo, lo observaba. Los ojos de ese hombre eran hipnóticos. Apenas se había apartado de ellos para detenerse en el movimiento de esos labios, de esa quijada. De manera que el pedido la encontró por otros senderos y no tuvo tiempo ni ganas de negarle algo al hombre que tenía en frente.

Asintió, insegura de estar haciendo lo correcto. Hacía años que en su casa no se oía otra música que la que tocaban sus más íntimos recuerdos. Asociaba a la música con celebraciones, y ella no tenía ánimos para celebrar nada.

—Por otro lado —continuó él—, me gustaría retribuirle la gentileza que ha tenido al hospedarme en su casa. Si usted está de acuerdo, he pensado en la posibilidad de darle clases de música a Lucio.

—Si quiere perder el tiempo…

El comentario lo molestó. Apretó los dientes y se cubrió la mitad inferior del rostro con las manos, entrecruzando los dedos bajo de la nariz. Esa mujer lo sacaba de quicio con una pasmosa habilidad.

—Entonces, me da su consentimiento —tentó.

—Haga lo que quiera, señor Robles.

* * *

El jueves, a media mañana, Américo oyó el golpe del aldabón sobre la puerta principal. Apoyó la jícara vacía en la bandeja que Jesusa le había traído con el desayuno. Mayormente, prefería beber una infusión ligera en su salita a tolerar el malhumor con el que despertaba la viuda de Esquivel todos los santos días. Él lo atribuía al malestar propio de quien acostumbra a beber por la noche. Una lástima, pensó, sin embargo, desde que convivía con esa mujer, ese sentimiento iba transformándose en repudio.

Se incorporó y, cuidándose de no hacer ruido, abrió la puerta de la alcoba, la que daba hacia un corredor interno de la vivienda. Desde allí escuchó una voz que se le hizo familiar, aunque hacía años no oía.

Comprobó que se trataba de Consuelo Montiel, ahora señora Bracamonte, cuando alcanzó un hueco en forma de medio arco en la pared, cubierto por una celosía de madera con pequeños orificios en forma de cruz semejante al que podía encontrarse en los confesionarios de las iglesias. Ni doña Pilar ni su hermana podían verlo; él sí las veía a través de aquel panel enrejado. Sobre todo, las oía con claridad.

Lo impresionó volver a ver a la mujer que tanto había amado años atrás. La primogénita de don Cipriano –"la bastarda", como solían llamarla algunas lenguas viperinas del vecindario– seguía siendo una mujer de rasgos tan exóticos como bellos. En su atavío se advertía el poder económico del esposo y, en los modales, la clase a la que pertenecía. Robles sonrió al comprobar, sin embargo, que la bonhomía que la caracterizaba se mantenía intacta: bastaba escucharla o ver sus ojos para saber que se trataba de una mujer sencilla, bondadosa y honrada.

—Tienes mi permiso para llevarte a Lucio, pero conmigo no cuentes.

—Será divertido, Pilar. Imagínate, todas juntas en la estancia, como cuando éramos más jóvenes y nos reuníamos a comer frutas en el patio del solar.

—Si hay algo que no me parece divertido es rememorar viejas épocas, Chelo. Lamento que te hayas tomado la molestia de venir hasta aquí solo para que te diga que no. Podrías haber mandado a una criada con el mensaje.

—Quería verte. Hace mucho tiempo que no nos visitas.

—¿Qué caso tiene? La última vez que estuvimos juntas hubo entre

nosotras más silencios que palabras. Fue muy incómodo.

—Tienes razón, lo fue. Pero no puedo negar que te extraño. Quizá, si todos hiciéramos un esfuerzo…

—¿De verdad crees que forzar las cosas sirva de algo? —la interrumpió Pilar.

—Has cambiado tanto.

—Todos cambiamos, Consuelo. La vida nos cambia, las experiencias nos cambian.

—No en lo esencial. Sé quién eres, como también sé que lo que te tocó vivir pudo haberte endurecido. Pero eso ya pasó. Déjalo atrás, Pilar.

—Qué fácil parece, ¿verdad? A ti no te casaron con un viejo asqueroso que fingía ser un caballero cuando, puertas adentro, se portaba como el peor de los bárbaros. Qué fácil es pedir que olvide cuando tienes un esposo que vuelve imposible que imagines siquiera la tortura que representa estar casada con un hombre al que no solo no amas, sino aborreces con todo tu ser.

—Pilar…

—Tranquila, no tengo intenciones de arruinarte la mañana con mis desgracias. Ese ha sido siempre el problema, Consuelo: todos lo sabían, pero de ciertas cosas es mejor no hablar.

La señora Bracamonte sacó un pañuelo de la manga de su jubón y se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas. Pilar se cruzó de brazos. Se encontraban una frente a la otra, en sillones contiguos.

—Le pediré a Gilberta que prepare el equipaje de Lucio. —Consuelo asintió—. Ahora, si me disculpas, debo prepararme para salir.

—Gracias por permitirme llevar a Lucito —dijo la mayor al tiempo que se incorporaba, presta a marcharse—. Sabes cuánto lo amamos. A él y a ti —añadió.

No hubo respuesta, ni siquiera una mirada que indicase alguna reacción por parte de Pilar. Consuelo se marchó con hombros caídos, devastada, mientras la dueña de casa sacaba pelusas imaginarias de su falda, inconmovible.

* * *

Robles no se inmutó. La escena que tenía ante sus ojos lo llenaba de culpa. Había juzgado mal a doña Pilar.

Una vez que Consuelo dejara la casa de su hermana, Pilar apoyó el torso contra el respaldo del sillón y se frotó el rostro con ambas manos. Américo tardó en comprender que las había dejado allí con la intención de frenar de alguna manera la avalancha de lágrimas que acabó por desatarse. Los hombros de la mujer se sacudían por los espasmos de un llanto que lo desgarraba de solo verla.

Advirtió que flexionaba las piernas por debajo de la basquiña y se tendía sobre el sofá. Debió luchar contra el impulso de consolarla. La advertencia de ella cuando lo recibió en la casa había sido clara: "Usted no se meterá en mis asuntos, ni yo en los suyos". Se tragó las ganas y volvió sobre sus pasos. Cuando estuvo dentro de su alcoba, apoyó la frente contra la madera de la puerta y permaneció así durante varios minutos, hasta que la idea lo hizo reaccionar y, entonces, supo qué hacer.

* * *

Había sentido la misma opresión en el pecho infinidad de veces. Cuando Jesusa despidió a Chelo y se marchó a la cocina, Pilar se dejó caer sobre el sofá. Se frotó el rostro con vehemencia, tratando de exorcizar aquella sensación abrumadora. Pero esa vez no dio resultado, la enorme fortaleza que le acorazaba el pecho se vino abajo y las lágrimas se abrieron camino entre los escombros. Y ya no pudo parar, a pesar de que un gramo de raciocinio la impelía a hacerlo por miedo a que alguien la viera en semejante estado de vulnerabilidad.

Ella evitaba llorar. La joven frágil había muerto el mismo día que enterraron a su esposo. Luego, solo se permitió ese quebranto en la soledad de la alcoba y cuando no había manera de superarlo. ¿Cómo haría para detenerse ahora? La amargura no sabía solo a sal, le llegaba a la garganta con la acritud de la bilis; los espasmos se volvían incontrolables. Le temblaba el cuerpo.

No supo cuándo empezó a escuchar los arpegios del piano. Al principio, tuvo la impresión de que la música era parte del aire, una melodía triste que acompañaba a su llanto. Se sobó la nariz con la manga del jubón, se ovilló más sobre el sillón, y dejó que los acordes la sedaran. No quería moverse. Las lágrimas cesaron y ella cerró los ojos. ¿Qué pieza era aquella? ¿Quién la tocaba?

“La música tiene poderes, nos dispone de un modo sensible, produce un cambio misterioso dentro de nosotros.”

Robles la encontró dormida al cabo de unos minutos. Había repetido en el piano su pieza favorita: “Preludio en do mayor”, de Johann Sebastian Bach. A él lo serenaba escuchar la breve composición musical que el alemán había creado para preceder a una obra mayor. De allí su nombre: preludio; que antecede.

El hombre tardó unos segundos en ir hasta su alcoba, tomar la capa del armario y volver a la sala para colocar la prenda sobre el cuerpo ovillado de doña Pilar. Luego de arroparla como si fuese una niña, la contempló otro rato. Dormida, no se esforzaba por ser lo que no era; dormida, la frialdad y soberbia que erigía como armadura desaparecían; dormida, Pilar dejaba de sangrar su infortunio. Lo que veía era una mujer joven, bella y muy vulnerable.

Capítulo VI

Gabina agitó el abanico con ímpetu. No se trató del típico movimiento que las mujeres hacían con coquetería para seducir a un hombre; el calor la sofocaba. Tampoco es que pudiera echarle la culpa al sol, lo que más la acaloraba eran las miradas de don Martín. Esa mañana, al iniciar el viaje a La Luz, lo encontró más atractivo que otras veces. Le había crecido un poco la barba, lo suficiente como para otorgarle una apariencia rebelde que disentía con el traje militar impecable que vestía. Le gustó verlo de uniforme. Llevaba chupa y calzón rojo, casaca azul de solapa roja y botines altos de paño sobre las medias. A través de un correaje claro que le cruzaba el pecho, cargaba un arcabuz y, en la cintura, el sable corto en vaina de cuero. Un tricornio con pluma y escudo completaban el conjunto.

Volvió a mirarlo desde la carreta donde viajaba sentada sobre mullidos almohadones. Él cabalgaba al paso junto al vehículo; dos de sus hombres iban detrás y otros dos, a la vanguardia. Lo atrapó observándola, igual que las veces anteriores.

—Acabarás quebrándote la muñeca —le susurró al oído Inesita—. Deja de mover así el abanico.

—No aguanto el calor.

—Quizá deberías pedirle a tu príncipe que te suba a su corcel y cabalgue a toda velocidad.

Las risitas de ambas captaron la atención de Consuelo, que sonrió aún sin saber de qué se trataba. La mayor llevaba en su falda a su hijo Gabriel, de cinco años. Lucio, Valentina y Luz jugaban sobre los cojines con unas piedras que hacían rodar a través del poco espacio que quedaba libre en la carreta.

Por fin, después de sufrir durante horas las sacudidas del vehículo, el camino se emparejó. Más adelante, el cochero de los Bracamonte viró hacia el este. Urquijo tuvo que silbar a los soldados que iban adelante para que retrocedieran. Al trote, se colocaron nuevamente en posición. Un sendero arbolado conducía al casco de la estancia.

En la galería principal de la casa los esperaban María y Honorio Gálvez.

Poco a poco, los recién llegados fueron apeándose del carro con gestos que reflejaban las molestias sufridas durante el extenuante viaje. La última en bajar fue Gabina, que amagó con tomar la mano de su prometido. Él prefirió asirla por la cintura y auparla en el aire hasta que los chapines de la joven tocaron el suelo. Una sensación inefable atravesó el vientre de ella, un cosquilleo que se dispersó hacia las piernas y la dejó tambaleante.

—¿Se siente bien?

—Mejor que nunca —le respondió sin mirarlo; las mejillas rojas de calor y vergüenza.

—Bienvenidos —los saludó María—. Será mejor que entren. La casa se mantiene fresca a esta hora.

Los soldados se disponían a bajar el equipaje cuando Honorio, el capataz de La Luz, los detuvo con un gesto de la mano.

—Ya se ocuparán los criados de eso. Los caballos necesitan agua, lo demás puede esperar. ¡Lito! —gritó haciéndose sombra con la mano y mirando hacia el sector de los corrales.

A Inesita se le eyectó el corazón. Tenía un pie sobre el escalón por el que se accedía a la galería frontal cuando vio que Lito se acercaba a la casa a paso ligero. Vestía como un hombre de campo: camisola clara de presilla al cuello, cerrada por un cordón a la altura de la clavícula y sujeta en la cintura por una faja rústica, que a su vez cubría la parte superior del calzón de bayeta castaña, embutido en botas de caña alta.

Lito se quitó el sombrero de paja que lo protegía del sol y saludó a los soldados con un movimiento de cabeza. Luego, miró hacia la casa. Inés se reprochó en sus adentros haberse quedado rígida como una piedra y a medio camino, pero sentía que las piernas no le respondían. No tenía cómo probarlo, pero le pareció que Lito le daba las gracias con la mirada. Bajó la suya y alzó la falda con ambas manos para avanzar. Ni el fresco de la casa le quitó la sensación de ahogo que la acompañó hasta la noche, una noche que poco a poco fue cubriendo el cielo de estrellas resplandecientes.

Los niños fueron los primeros en despertar. No tardaron en oírse los alaridos propios de los juegos en los jardines que María cuidaba con esmero. Sus hijos y los de los patrones conformaban un grupo uniforme, sin distinción de clases sociales, algo que hacía posible la generosidad infinita de la señora Bracamonte.

La algarabía despertó a las muchachas que compartían un dormitorio en la planta alta del caserón. Inesita se puso una bata y abrió el postigo del ventanal que daba a una terraza con la baranda cubierta por enredaderas.

—¡Hace un día maravilloso! —gritó a su hermana al asomarse por el pasamanos y respirar el aire puro que le ofrecía el campo—. Viviría toda la vida en un lugar como este —añadió sonriente.

—Pues a mí tendrían que encadenarme —replicó Gabina, que se detuvo a su lado—. La ciudad huele mal, es cierto, pero es menos aburrida. Aquí no hay nada, ni teatro, ni ferias con desfiles… Ni siquiera vecinas para cotillear un rato. ¿De qué habla esta gente?

—Supongo que tendrán poco de qué hablar; debe de haber más por hacer que por decir.

—¡Qué tedio! A no ser que le toque a una un marido divertido y juguetón. —Las dos se echaron a reír hasta que Gabina se puso seria y dijo—: Inés, ¿qué piensas de don Martín?

—¿Qué pienso en cuánto a qué?

—No parece del tipo divertido. Siempre está serio. Tengo miedo de aburrirme con él.

—Si mi futuro esposo me mirase como te mira a ti don Martín, yo no tendría miedo. El teniente está enamorado, se le nota en los ojos. Mamá dice que el amor vuelve tontos a los hombres; quizá sea cierto y tu príncipe solo esté hipnotizado por amor.

—No te burles —protestó cuando Inés se echó a reír a carcajadas.

Paula y Juliana, dos jóvenes criadas mestizas, las ayudaron a vestirse. No había modo de hacerlo solas cuando, por encima de la camisa, debían colocarse la cotilla que ceñía la cintura y se ataba por la espalda. El jubón, peto y falda de Gabina eran de color verde oliva; el conjunto de Inés, un gris perla con flores bordadas en hilo de seda blanco. No usarían el tontillo, ya que el armazón de ballenas que ahuecaba la falda no era muy cómodo para montar.

Después de recogerse el cabello en un moño apretado a la altura de la nuca, bajaron a desayunar; se sumaron a la mesa donde ya se encontraban Miguel, Consuelo y Martín. No tardaron en planear juntos las actividades del día, arengados por la mayor, que se quedaría en casa con los niños mientras los más jóvenes salían a cabalgar.

* * *

El casco de la estancia constaba de dos enormes edificaciones. La principal era la casa donde los Bracamonte pasaban largas temporadas. Se trataba de un bloque simétrico de dos plantas, rodeado por una extensa galería a los cuatro lados. Pintada de blanco, la construcción destacaba entre los árboles que circundaban el claro. Detrás, al segundo bloque edilicio, lo conformaba un enorme galpón que reunía las caballerizas, un almacén de forraje y herramientas, y la vivienda del capataz.

Lito mantenía la limpieza y el orden dentro de la caballeriza con el mismo esmero que su madre lo llevaba a cabo en el hogar. Lo primero que hacía al levantarse era requisar a los animales: alimentarlos y cepillarlos antes de sacarlos al corral, donde continuaba la faena diaria con los animales menores. Todos los peones de La Luz, incluido Honorio, sabían que ese era su espacio; ninguno osaba meterse, ya que don Lorenzo solía decir que el muchacho sabía lo que hacía.

Esa mañana, los huéspedes de La Luz lo vieron empacar el heno que había dejado durante varios días tendido al sol. No tenía el mejor estado de ánimo: había tenido que soportar que los soldados de Urquijo lo mandaran a realizar tareas que no le correspondían. Él las habría hecho de todos modos, le gustaba cuidar caballos, lo que detestaba eran las órdenes marciales de quienes no le pagaban el jornal. “Los milicos son así, se dijo ofuscado, se creen que por llevar uniforme y arma pueden mandar a todo el que se le cruza.”

En cuanto vio entrar a los jóvenes a la caballeriza rumió su descontento. Tendría que interrumpir nuevamente la rutina y hacer lo que le pidieran.

—Buenos días, Lito —lo saludó Miguel.

—Buenos días.

—Las señoritas quieren dar un paseo, ¿crees que puedes ayudarlas a ensillar mientras don Martín y yo preparamos los alazanes?

El muchacho asintió. El trato entre él y Miguel siempre había sido bueno. En varias oportunidades habían salido juntos a recorrer la finca y conversado como si, además de la edad, los emparejara la clase social. Si bien Lito tenía presente quién era, el joven Montiel lo trataba como a un igual. No daba órdenes, a pesar de ser familia de los patrones.

El empleado descolgó los recados y salió del galpón por una amplia puerta lateral que comunicaba a uno de los corrales. Pasó delante de Inés sin siquiera mirarla, actitud que desanimó a la chica. Había albergado la esperanza de que lo sucedido en su casa unas semanas atrás tuviera algún significado para él, que al menos la mirase como lo había hecho el día anterior, con gratitud o lo que fuera que sintiera respecto a ella. Se reprochó ser tan romántica. Ya lo decía su madre: los hombres eran carne e impulso, no usaban la cabeza más que para los negocios y, en caso de comprometer el corazón, se volvían tontos de capirotes.

Una vez que las cabalgaduras estuvieron listas, Urquijo ayudó a montar a Gabina. Ella se lo agradeció con una sonrisa. Detrás, Inesita colocó un pie en el estribo y estuvo a punto de impulsar el cuerpo hacia arriba cuando un par de manos en su cintura la elevaron como si no pesara más que una pluma. Acomodada en la silla, miró a Lito con timidez.

—Gracias.

—Gracias a usted —repuso el muchacho con una mirada tan elocuente que hizo a Inesita rebosar de felicidad.

Miguel tomó el papel de guía; de los cuatro, era el que mejor conocía la estancia, a pesar de que sus hermanas habían estado allí en muchas oportunidades. Cabalgaron hacia el este, por un camino que conducía al río a través de un montecito de talas. El ejercicio obró maravillas en el ánimo de todos; la vista era inmejorable y el clima acompañaba. La superficie del río se encontraba calma y apenas se apreciaba la corriente que barría la cuenca hacia El Plata.

Ataron los caballos a las ramas de un árbol y caminaron por la orilla, hasta que Miguel e Inesita se quitaron el calzado para refrescarse los pies. Habían llegado a un meandro donde la costa del río formaba una pequeña playa circular. Urquijo tomó de la mano a Gabina para ayudarla a repechar la cuesta que tenían a su espalda. Se sentaron a la sombra de un tala, desde donde no podían ver a los otros, aunque sí oían el siseo de las voces apagadas por el murmullo del río.

—Temí que nunca sucediera —dijo él.

—¿Qué cosa?

—Estar solos. Si no fuera por este viaje, usted y yo nos habríamos casado sin tener siquiera un minuto de privacidad para conocernos

mejor.

—En casa de los Anchorena la tuvimos.

—Eso no es privacidad, Gabina. Yo me refiero a estar solos.

—Ahora tampoco estamos solos.

—Pero, a diferencia de otras veces, nadie puede vernos.

Martín tomó a Gabina del mentón y la besó en los labios. Lo sorpresivo del arrebato no le restó delicadeza al acto. La joven cerró los ojos y lo vivió como lo que era: su primer beso en la boca. El contacto fue breve, y aun así sintió que las entrañas se le movían como serpientes alborotadas. Cuando abrió los ojos la asustó ver que él no sonreía siquiera. ¿Lo habría hecho mal?

—No se imagina el tiempo que llevo deseando este beso —le oyó decir, y aun cuando no se había dado cuenta de que había estado reteniendo el aire en los pulmones, Gabina lo soltó con un suspiro de alivio—. ¿Qué le ha parecido?

—Maravilloso.

El segundo beso fue más arrollador. Urquijo envolvió el cuello de su prometida con ambas manos e inclinó levemente la cabeza. El movimiento de esos labios la instó a separar los de ella. Sin merma de delicadeza, Gabina sintió que la lengua de él rozaba la suya. Deseó que aquel momento no acabara nunca. Había dicho la verdad: el primer beso le pareció maravilloso, pero el segundo no solo lo superaba, era inabarcable en una sola palabra. El cosquilleo en el estómago se expandió por todo el cuerpo. Agradeció el hecho de estar sentada, puesto que sus piernas tenían, en ese instante, la consistencia viscosa de una mermelada.

Cuando el beso llegó a su fin, Urquijo la abrazó. Gabina sintió que la respiración desacompasada del hombre le rozaba el cuello. Era una verdadera tortura, aunque tan deliciosa que celebró internamente que Inesita la hubiera convencido de viajar a La Luz.

Se separaron para verse a los ojos. Esta vez, él sonreía como un niño a quien acaban de regalarle un confite.

—¿Se da cuenta a lo que me refiero cuando hablo de privacidad?

—Está usted en lo cierto. A partir de hoy, haré todo lo que esté a

mi alcance para pasar más tiempo a solas.

—Eso significa que le ha gustado.

—Gustado no es la palabra que yo usaría si acaso pudiera describir lo que ha significado para mí, señor.

—Veo que tendré que mejorarlo si quiero que deje de tratarme como a un desconocido. Gabina, pronto compartiremos mucho más que una vivienda, compartiremos una hogar —precisó. Las mejillas de la joven se convirtieron en brazas. Él le rozó una con la yema de los dedos—. En lo sucesivo, me gustaría que me llamase Martín, a secas.

Bajo la cuesta, en la playita, Miguel regañaba a Inesita en voz baja.

—Si madre se entera, no las dejará volver a la estancia nunca más.

—No hemos hecho nada malo. Por el contrario, a mamá le daría gusto ver a esos dos tortolitos como acabamos de verlos nosotros.

—¿Desde cuándo te comportas como celestina de tu hermana?

—Desde que está comprometida en matrimonio. Miguel, el teniente y Gabina se casarán en unos meses —añadió seria—, ¿qué tiene de malo que se besen antes de la boda? Yo diría que es necesario.

Miguel la miró horrorizado.

—Carmela te ha llenado la cabeza con ideas malsanas —espetó.

—No se trata de eso. ¿No te das cuenta? Don Martín está enamorado de Gabina, y ella tiene la cabeza en otro lado, se muestra tan indiferente que un beso bien puede ayudar a enderezarle las ideas.

—Hablas como si fueras una experta en la materia —receló su hermano.

—¡Déjate de sandeces, Miguel, y ayúdame con este par!

El muchacho se rascó la cabeza y, finalmente, asintió. Después de todo, pensó, Inesita tenía razón: Gabina y don Martín pronto serían un matrimonio y su madre estaría más que satisfecha de haberlo logrado. A veces temía que los dislates de su hermana con respecto a la actuación la dejaran soltera de por vida.

* * *

Cuando llegaron a la caballeriza, Lito se acercó para ayudarlos con los recados. Inesita desmontó antes de que él la alcanzara. Quería demostrarle que era capaz de valerse por sí misma, que no era ninguna niña. Se sentía orgullosa de haber propuesto aquel viaje, responsable de que su hermana y el teniente se mirasen arrobados después de haber compartido la intimidad del beso que ella y Miguel no se atrevieron a interrumpir cuando los espiaron desde la ribera.

Volvía a ser la romántica de siempre, pero no se lo reprocharía esta vez. Se sentía animada, tanto, que no le importó que el ruedo de la falda barriera la paja del establo; mojada como estaba, se le pegaron las brozas a la tela y a la suela de los botines.

Sin perder el buen humor, se sentó sobre uno de los fardos para quitárselos antes de entrar a la casa. Miguel y Gabina salieron para enseñarle a Urquijo los otros caballos. Lito aprovechó la oportunidad para acercársele.

—¿Necesita ayuda? Si quiere, puedo traer un cepillo. Se quitará más rápido.

—Gracias —accedió ella.

Cuando regresó con el cepillo, Lito se arrodilló a los pies de la muchacha y se dispuso a quitar la paja de la falda mediante cuidadosas pasadas.

—¿Cómo está tu herida? —preguntó ella en voz baja.

—Prácticamente curada. Le debo una disculpa, señorita Montiel. Sé que no debí ir a su casa esa noche, pero es que había perdido mucha sangre y la casa de don Santiago estaba más lejos. Pude haberlos metido en un buen lío.

—¿Por qué? ¿Acaso hiciste algo malo?

Lito fingió estar concentrado en la tarea, pero el trato de Inesita lo había desconcertado. No solo lo tuteaba, le hablaba en voz baja como si entre ellos existiera una especie de complicidad. Ciertamente, lo sucedido en el solar de los Montiel era algo que no había trascendido gracias a la discreción de ella y de los criados. A su madre no tuvo que darle explicaciones por los días que había pasado recuperándose en casa de don Santiago Antonini, ya que don Lorenzo Bracamonte lo había ayudado a justificar la estadía en Buenos Aires,

esgrimiendo que lo necesitaba a su lado para supervisar la distribución de una mercancía que había vendido en la campaña.

—Eso depende de quién lo vea —respondió.

—Pediste a los criados que no avisaran a tu madre lo que te había pasado.

—Se habría preocupado en vano.

—Es natural. Yo también me preocupé.

Lito miró hacia arriba y se topó con los ojos cristalinos de la muchacha.

—Estoy bien —dijo, luego volvió la vista al cepillo—. Si levanta los pies puedo limpiar la suela de sus zapatos.

—No hace falta.

—Sus medias también están mojadas —señaló él cuando retiró la mano del tobillo de Inés.

—Metí los pies en el río. Hace calor.

—Hará mucho más calor esta tarde. —La chica asintió.

—¿Sueles ir a nadar?

—Algunas veces, cuando no hay nada que hacer. —Lito volvió a mirarla a los ojos.

—Me gustaría… Si tú pudieras… —La avergonzó más el titubeo que puso en evidencia su nerviosismo que lo que estaba a punto de decir—. Si fuera posible, me gustaría ir a nadar contigo alguna vez.

Ya lo había dicho. Por mucho que la escandalizase ahora haber soltado semejante petición, estaba hecho. Inesita se retorcía las manos sobre el regazo, los ojos fijos en ellas como si esperase la reprimenda que no tardaría en llegar.

Lito aprovecho para estudiar aquel rostro familiar desde otra perspectiva: la nariz respingona, el labio superior en forma de corazón, las cejas en arco, el tupido abanico de las pestañas. De críos, habían correteado juntos incontables veces bajo la vigilancia de doña Consuelo. Sin embargo, ya no podía verla como entonces, cuando lo mismo daba que llevara falda o pantalón, lienzo o seda. Ambos habían

crecido.

Sin embargo, se preguntó Lito, ¿cómo negarle algo a esa joven con rasgos de niña? Era evidente el esfuerzo que había hecho para proponérselo y, por otro lado, él no tenía fuerzas para rechazarla. ¿Qué daño podía hacerles ir a nadar un rato?

—Conozco un lugar… —empezó a decir al tiempo que se ponía de pie. Colgar los aperos en su sitio le brindó la oportunidad de darle la espalda a Inesita mientras hablaba fingiendo naturalidad—. No está muy cerca, y eso es lo que lo vuelve especial. Hasta donde sé, soy la única persona que lo ha visitado.

—¿Me lo enseñarás? —preguntó ella con la ilusión plasmada en la voz.

Lito interrumpió el trabajo y volteó para mirarla de frente.

—¿No tiene miedo?

—¿Miedo? Lo tendría si fuera sola —admitió—, pero iremos juntos. No le temo a nada si estás a mi lado, Lito.

La declaración de Inesita fue más de lo que él esperaba oír. El muchacho asintió, cuidándose de mostrar a través de algún gesto la ansiedad que lo embargaba. La confianza ciega de la señorita Montiel lo henchía de orgullo, lo conmovía en su hombría. No era hombre que se dejara embriagar por encomios, mucho menos cuando llegaban de boca de una mujer. Pero Inesita no era cualquier mujer; a ella la tenía en gran estima. Lito sabía que, de todas las hermanas Montiel, la menor era quien más se parecía a doña Consuelo, una mujer a la que él tenía mucho que agradecerle y a la que admiraba como a nadie.

Acordaron encontrarse allí mismo a la hora de la siesta. La felicidad iluminó sin remedio los ojos de Inés. Almorzó casi a la fuerza, ya que ni el hambre desplazó el hormigueo que sentía en el estómago. Gabina estaba demasiado ocupada observando a su prometido como para notar el arrebol inusual en las mejillas de la menor y Miguel desconocía por completo los signos de un incipiente enamoramiento.

Nadie preguntó nada, ni siquiera Consuelo, ocupada como estuvo durante todo el almuerzo compartido con los niños. Los Bracamonte eran una familia bastante peculiar en cuanto a determinadas costumbres: grandes y chicos se sentaban a la mesa a la misma hora. Eso sí, la siesta se respetaba a rajatabla. Por eso, la anfitriona se

despidió de sus invitados, arreando con ella a los menores.

Un rato más tarde, acostadas en sus camas, Gabina e Inés repasaban las primeras horas de la jornada. Considerando que su hermana no se dormiría tan pronto como ella lo necesitaba, la menor decidió hacerla cómplice de su próxima aventura, no sin antes endulzarle la voluntad.

—¿Cómo ha sido, Gabina? Cuéntamelo todo.

—¿A qué te refieres?

—Los vi besándose bajo el árbol.

La mayor llenó el silencio de suspiros antes de responder categóricamente:

—Ojalá pudiera explicártelo con palabras, Inés. Ha sido maravilloso.

—¿Estás enamorada de don Martín?

—Creo que sí. ¿No es increíble que un beso lo cambie todo?

—Lo increíble es que estuviste a punto de perder la oportunidad de estar a solas con él. Si no hubiéramos venido…

—Tienes razón. Te debo una.

—Pues… Ya sabes lo que dicen: hoy por ti, mañana por mí.

Gabina, que hasta entonces jugaba con un hilo que se había descosido del borde de la sábana, alzó la cabeza para mirar a su hermana. La réplica de Inés la había sorprendido.

—Tengo que pedirte un favor.

—¡Caray! Es que has decidido no esperar a mañana, ¿eh?

—No. Tiene que ser hoy, Gabina.

—Entonces pide, que el beso de Martín me tiene atontada y de buen talante.

—Lito me invitó a ir a nadar —soltó Inesita, aunque al cabo admitió que las cosas no habían sido tal como acababa de expresarlas —. En realidad no me invitó, yo se lo pedí.

—¡Qué descaro! ¿Cómo has podido hacer semejante cosa? Consuelo no lo aprobará —sentenció la mayor.

—Si yo creyera que cuento con el consentimiento de Chelo no estaría pidiéndote un favor a ti, Gabina.

—¿Y se puede saber en qué consiste ese favor?

—Es fácil, solo debes guardarme el secreto.

Mientras lo decía, Inesita quitó la fina manta que la cubría. Su hermana abrió la boca del asombro: estaba completamente vestida y se disponía a calzarse.

—¡Lo tenías todo preparado!

—Sabía que no te negarías a ayudarme.

—Esa es una mentira, planeabas fugarte en cuanto me durmiera, lo cual me parece increíble viniendo de ti. ¿Se puede saber a qué se debe este repentino acto de insubordinación?

La risita de la niña reverberó en las paredes de la habitación.

—Hablas como un militar. Te diré a qué se debe: además de ir a nadar, me anima saber que estaré con Lito.

—¡Válgame Dios! El roñoso.

—No lo llames así. Nunca me ha gustado que nuestra madre utilice ese calificativo para mentar a un niño que ha pasado tantas penurias.

—¡Pero es que Lito ya no es un niño!

—Y tampoco es un roñoso, Gabina. No te preocupes —pidió a modo de tregua—. No haré ninguna locura, lo prometo.

—Verte a solas con ese muchacho ya es una locura, Inesita. Da gracias que estás hablando con otra loca, que si no…

Inés besó a su hermana en la mejilla antes de salir. El corazón le latía con fuerza. Era la primera vez que se atrevía a infringir las normas y, contrariamente a lo que habría esperado, no sufría remordimiento alguno. Se sentía rebosante, optimista, alegre. Su aventura estaba a punto de comenzar.

Capítulo VII

En la sala del italiano, Robles bebía su segundo licor. No era afecto a las bebidas alcohólicas, pero en ese momento necesitaba un elixir semejante para calmar las ansias y tolerar la mirada recelosa del hombre que tenía sentado frente a él. Don Lorenzo Bracamonte no había olvidado que, en el pasado, Américo había estado enamorado de Consuelo, por lo que su desconfianza era evidente. Como no podían tocar ciertos asuntos delante de Antonini, ambos tendrían que esperar a saldar cuentas en otro momento, en otra parte. Ahora necesitaban conversar sobre la orden, que para eso se habían reunido a altas horas de la noche.

—El señor Bracamonte será su maestro instructor —explicó el relojero—. Como iniciado, hay cosas que debe saber antes de convertirse en aprendiz.

—Comprendo.

—Lo que debe comprender es que, si bien esta no es una reunión oficial, todo lo que se hable entre estas cuatro paredes no puede ser revelado —añadió Bracamonte.

El futuro aprendiz de la orden asintió.

—Este año, finalmente hemos recibido la carta constitutiva de la Grande Loge Géneral Ecossaise de France. Nuestra logia tiene su acta de nacimiento, un documento que, como se imaginará, no puede caer en cualquier mano. Como ya sabrá, luego de la ejecución de Luis XVI en Francia —prosiguió Antonini—, España se ha declarado en contra de la revolución y aliado con Gran Bretaña. En resumidas cuentas, el mundo entero recela de los franceses. Las autoridades del Río de la Plata nos han pegado el ojo a mí y a mis compatriotas, nos vigilan por temor a una conspiración. Es por eso que la orden ha decidido elegir a un guardián de la carta constitutiva que, de ninguna manera, podrá ser extranjero. —Robles miró a Bracamonte, lo que llevó a añadir a don Santiago—: Don Lorenzo es un hombre de absoluta lealtad a la orden, un hermano ejemplar, pero, al igual que muchos de nosotros, tiene una familia a la cual proteger.

Américo asintió. Estaba más que dispuesto a correr el riesgo de conservar entre sus pertenencias un papel que podía llevarlo a la horca de ser descubierto, tanto por las autoridades civiles del

virreinato como por las eclesiásticas. Los masones eran perseguidos por la Santa Inquisición, se lo había dicho el padre Julián, quien, al igual que muchos sacerdotes, no estaba para nada de acuerdo en cuanto a la consideración herética de la orden.

—A todo esto —prosiguió Antonini—, hay que sumarle un hecho fortuito ocurrido días atrás. Mi vecino, don Bartolo Guzmán, ha sido asesinado. El alcalde de primer voto, Martín de Álzaga, acusó con demasiada ligereza a uno de sus criados. Les temen tanto a los jacobinos, que los ven hasta en la sopa que se les sirve a diario, y un negro alzado no es asunto que pueda pasarse por alto. El caso es que este esclavo no pudo haber cometido el crimen, impedido como se encontraba cuando atacaron a Guzmán. Como el alcalde no pudo o no quiso verlo así, decidí intervenir. Don Lorenzo y yo nos hemos hecho cargo de la defensa de Calixto, cosa que a Álzaga no le ha gustado. Esto nos puso en el ojo de la tormenta y, más que nunca, debemos cuidarnos de ese perro de caza.

—Resumiendo, señor Robles —tomó la palabra Bracamonte—, hemos decidido integrarlo a la logia cuanto antes. Se ha fijado la fecha para la asamblea de iniciación y, hasta que eso suceda, me ocuparé personalmente de su preparación. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuándo y dónde se llevará a cabo la asamblea?

—Por ahora no podemos decírselo. Mi familia ha viajado a la estancia —continuó don Lorenzo—, lo cual facilita bastante nuestros planes. A partir de mañana, lo esperaré en mi casa a medianoche todas las noches que hagan falta hasta que la tenida tenga lugar.

—¿La tenida?

—Así llamamos a nuestras asambleas —explicó el relojero.

Los hombres se despidieron en el interior de la sala. Bracamonte fue el primero en salir por el portón de mulas; al cuarto de hora lo hizo Robles, asegurándose de no ser visto por ningún transeúnte. Por esas horas, las calles estaban desiertas, pero los perros sabuesos de Álzaga bien podían estar vigilando la casa del italiano, disfrazados de mendigos o de cualquier otro personaje que no levantara sospechas.

Américo azuzó al caballo y se echó a andar. Al cabo de dos calles, escuchó el paso de un jinete. No tardó en descubrir que se trataba de don Lorenzo, de quien supuso que lo había estado esperando en alguna esquina oscura de las que abundaban en Buenos Aires.

—¿Cómo le ha ido con mi cuñada? —fue la pregunta que le soltó ni bien se le puso a la par.

Robles dedujo que Bracamonte había recibido la carta que el padre Julián le había enviado desde Córdoba con recomendaciones a su discípulo y explicaciones sobre los pormenores del viaje a la capital.

—Es un hueso duro de roer, pero no me puedo quejar. —La risotada de don Lorenzo lo instó a mirarlo a la cara, algo que había tratado de evitar el tiempo que pasaron en casa de Antonini—. Señor, quisiera dejar en claro ciertos asuntos con usted.

—Si se refiere a lo que hizo hace años por quien hoy es mi esposa, sepa que ese asunto ha quedado enterrado para mí. Sería necio de mi parte acusarlo por haberse enamorado de Chelo, aunque es justo reconocer que, por esos tiempos, lo habría matado por habérsela llevado sin dejar rastro.

—La señorita Montiel necesitaba ayuda y se la di.

—Y es por eso que le debo mi agradecimiento —admitió Bracamonte—. Los años nos liman el impulso propio de la juventud, Robles. No lo entendí así en el pasado, cuando llegué del norte y la desaparición de Consuelo me cegó, pero hoy veo lo que hizo desde otra perspectiva. Enamorado o no, ilusionado o no, la ayudó cuando la bruja de su madrastra la echó de su casa y nadie más pudo hacer nada.

—Sabía que doña Consuelo estaba enamorada de usted. No voy a mentirle, habría hecho cualquier cosa por revertir eso —admitió con valentía—, pero, así como liman los impulsos, los años también acaban por enterrar viejos anhelos.

Sin interrumpir el paso lento de su montura, Robles miró a su interlocutor a los ojos antes de añadir:

—Puede estar seguro de que, en la actualidad, mis sentimientos por su esposa no son otros que los que le profesaría un viejo amigo. Sé que doña Consuelo ha sido todo lo feliz que se merecía; me lo ha dicho el padre Montiel, y lo celebro.

—Bien. Aclarado ese asunto, usted y yo quedamos en paz.

Habían llegado a la Plaza Mayor y ambos debían tomar caminos opuestos.

—Mañana lo espero, tal como acordamos —se despidió Bracamonte antes de espolear el caballo y salir al trote.

Robles lo vio perderse en el claro oscuro de la plaza. Luego, miró hacia el río. El inmenso espejo de agua se hallaba bruñido por la luz de la luna. Hacía una noche maravillosa, templada por una brisa fresca que entraba por el este.

Camino a la casa de doña Pilar, se cubrió la cabeza con la capucha del hábito. Después de dejar al caballo en el establo, pensó si convenía llegar al dormitorio atravesando los patios o salir a la calle para usar la puerta independiente. Eligió lo primero.

Maldijo su suerte al advertir la luz de varias velas provenientes de la sala. La curiosidad pudo con él y, antes de darse la vuelta y desandar el camino, prefirió espiar lo que fuera que hacía despierta por esas horas la dueña de casa. Cerró los ojos con pesar cuando la vio empinar una redoma de vidrio y echarse al garguero lo que quedaba del líquido ambarino.

—¿Qué demonios está haciendo? —espetó sin pensarlo siquiera dos veces. De haberlo hecho, habría dado media vuelta y salido por donde entró. Pero ya era tarde para eso.

—Bueno, parece que el fraile trasnochador tiene cara para soltarme un sermón —replicó la viuda con una sonrisa tan aletargada como mordaz—. No me venga con diatribas, que el hábito no lo hace santo. ¿Viene de misa, hermano Robles?

—Creí que teníamos un acuerdo; le aconsejo no meterse en mis asuntos.

—¡Ni usted en los míos! —contraatacó ella.

—Está completamente borracha.

—¿De veras? Pues un aplauso al perspicaz fraile. —Rio ella al tiempo que golpeaba sus palmas con escasa coordinación.

Robles se acercó al sillón en el que la dama se hallaba repantigada y puso los brazos en jarra. Lo bien que haría en irse de allí, pensó, pero en el estado en que se encontraba doña Pilar, supo que no podría siquiera levantarse para ir a la cama.

—La llevaré a su alcoba.

—Vaya. Conque al fin va a portarse como un hombre. —La risa de Pilar despedía vahos de alcohol. Américo la vio alzar los brazos hacia él—. Soy toda suya, profesor. Tendrá que llevarme en andas, me temo que no estoy en condiciones de dar un solo paso.

Resignado, tras un suspiro la recogió luego de colocar uno de sus brazos bajo las rodillas de la mujer y el otro en la espalda. Ella envolvió los propios alrededor del cuello del que la cargaba y se atrevió a olisquearlo.

—Espero que mañana no pueda mirarme a la cara por la vergüenza.

—¿Tan mal nos irá?

La llevó hasta el dormitorio. Una vez allí, la colocó sobre la cama.

—Llamaré a una de las criadas para que la ayude a desvestirse.

—¡Por todos los santos! ¿En el monasterio le borraron la memoria o es que nunca ha desvestido a una mujer?

Otra risotada más y la dejaría tal y como estaba, se dijo. De mala gana, desabrochó las hebillas de ambos zapatos antes de quitárselos y arrojarlos sobre la alfombra. Pilar se entregó como un cordero y lo dejó hacer. Él luchó con las prendeduras de los alfileres que ajustaban el peto, el jubón y la cotilla. Masculló varios juramentos antes de librar a la viuda de tanta prenda. Le siguió el turno a la falda y el tontillo que la ahuecaba. Cuando por fin encontró la prenda íntima, una camisa se lino blanco rematada en puntillas, se dispuso a quitarle lo último: las medias de seda.

Para tormento de Robles, el alcohol que llevaba encima la viuda de Esquivel, en lugar de dormirla, la envalentonaba. La tenía prácticamente desnuda frente a él, con los brazos extendidos de modo muy sugerente.

—Ayúdeme a meterla bajo las sábanas —pidió.

—Hace calor.

—Como quiera. Le deseo una buena noche —dijo antes de retirarse unos pasos.

—¿Qué? No vas a irte ahora, ¿verdad?

La dejó, mientras ella rezongaba como una niña a quien le han negado un dulce.

El maldito hábito que llevaba él le escocía como nunca. Se lo quitó ni bien entró a su alcoba, despotricando contra su juicio al haber aceptado llevarlo para guardar las apariencias de una mujer que se atrevía a seducir hasta a un religioso. El padre Montiel no tenía idea de las cosas que se decían de su hermana. Últimamente se lo pasaba escuchando conversaciones ajenas para entender dónde estaba parado y los chismes entre criadas le habían brindado un panorama para nada halagüeño. Doña Pilar tenía un amante, un tal Anselmo, que administraba la estancia en las afueras de la ciudad. Y, al parecer, había habido otros.

Acabó de quitarse la camisa, los zapatos, el calzón y se tendió en la cama; utilizaba los propios brazos como almohada. Cerró los ojos al tiempo que trataba de repasar todo lo que había conversado en casa de don Santiago, pero solo le venían a la mente las palabras proferidas por una mujer puesta como una cuba. ¡Ni qué decir de las imágenes! No podía quitarse de la cabeza el momento en que había conseguido soltar la cotilla que ceñía cintura y torso de Pilar a través de cruces de cordones en su espalda. La carne blanda bajo el armazón de ballenas, los pechos apenas velados por la tela traslúcida de la camisa. Luego, al librarla de las medias de seda, el agudo contacto con las extremidades que guardaban el tesoro de su femineidad. ¡Él estaba hecho de carne, carajo! Y ahora le pesaba haberse prestado a aquel juego por demás peligroso.

No volvería a tocarla, se dijo. Si había una próxima vez, la dejaría durmiendo la borrachera en donde la encontrase.

Se durmió, sudado de pies a cabeza. Padeció durante una larga noche las pesadillas más sensuales que hubiera tenido jamás.

* * *

Gilberta dejó la bandeja sobre la cómoda y se dispuso a abrir los postigos de la ventana que daba al patio. Doña Pilar se revolvió sobre la cama en cuanto la luz del sol iluminó el dormitorio.

—Le traje el desayuno.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

El movimiento brusco que hizo para incorporarse pareció partirle la cabeza en veinte pedazos. Con un agudo sollozo, Pilar se dejó caer nuevamente. Ni siquiera podía abrir los ojos, cualquier mínimo movimiento, hasta la luz, le provocaba un dolor de cabeza descomunal.

—¡Cierra la maldita ventana, Gilberta!

¿Por qué había tenido que gritar?, se lamentó; el esfuerzo le costó otro mazazo a la altura de las sienes.

—Ha venido a verla don Balderas. ¿Quiere que le diga que vuelva más tarde?

—Oh no… —El gemido de Pilar fue ahogado por la almohada en la que se hundió al oír el nombre del capataz de La Florida.

—Señora —tuvo que llamarla Gilberta.

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Y yo cómo voy a saber! Por más que pregunte, ese hombre nunca suelta prenda. Pide por usted y se acabó, como si fuera el mismísimo rey de la España. Yo creo que se le han subido los humos.

—No te pases, Gilberta, y ayúdame a vestirme de una buena vez. ¿Qué es esto? —dijo al ver la pila de trapos que había al pie de su cama.

—Bueno… Supongo que anoche no estaba usted de ánimos para dejar su ropa en orden.

—¡Qué dices, Gilberta! No pude haberme quitado sola la cotilla.

En cuanto pronunció esas palabras, la memoria se activó como si de refucilos se tratara. Los recuerdos se sucedieron a través de imágenes que la obligaron a cubrirse el rostro con ambas manos.

—Dios mío…

—¿Qué? —inquirió la negra.

—¡Largo, Gilberta! Manda a Jesusa para que me ayude a vestir y le dices a Balderas que espere.

—Lo que usted mande, ama.

Si pensaba que el día no podía ir a peor, Pilar descubrió que estaba en un error cuando encontró a Anselmo Balderas conversando con su huésped en la sala. Robles le dispensó una mirada más que elocuente, y a la viuda se le prendieron fuego las mejillas.

—Supongo que ya se habrán presentado —dijo, sin molestarse en saludar.

—Buenos días, doña Pilar —tomó la palabra Anselmo—. Tendrá que perdonar que haya venido sin previo aviso; no sabía que tenía visitas.

A Pilar le provocó rechazo el cabello grasiento de su empleado, la traza de campesino y el modo en que revolvía el sombrero de paja entre las manos callosas. Se odió más que nunca por permitir que el alcohol le embotara no solo el juicio sino el gusto. ¿En qué condiciones terminaba tras bajarse una botella de licor para dejarse tocar por un hombre así?

—Con visitas o sin ellas, no debe presentarse en mi casa sin previo aviso, Balderas.

—No volverá a repetirse, doña Pilar.

—Señora Esquivel, si no le importa.

—Desde luego, señora. —La incomodidad del rudo hombre de campo era evidente—. Le decía… nos hemos quedado sin provisiones en la estancia. Ya sabe, hay cosas que no se consiguen en pulperías de la campaña.

—Clemente lo acompañará a hacer la compra. ¿Algo más, Balderas?

—Bueno… Recuerde que hay cuentas atrasadas que apuntar en los libros de La Florida.

—Le mandaré un escribiente la próxima semana.

Sin más excusas que lo retuvieran en la sala, Balderas no tuvo más remedio que despedirse. Había viajado con la esperanza de pasar una temporada en la ciudad, ya que los peones de La Luz le habían contado que la señora Bracamonte había llevado al campo a los hijos y a un sobrino. Ambas estancias eran vecinas, por eso, muchas veces era Lito quien se llegaba hasta La Florida para registrar por escrito todos los movimientos en los libros de cuentas. Lo del escribiente había sido

un claro mensaje: ¡largo!

Anselmo dejó la casa de su patrona con el sabor acre del desplante y la frustración. Iría por unas copas y, cuando el esclavo de doña Pilar lo buscase para hacer la compra que se había inventado como excusa, le pediría explicaciones. ¿Quién era el hombre que visitaba a la patrona?

El susodicho se cruzó de brazos en cuanto el capataz atravesó la puerta de calle. No había tenido la gentileza de retirarse y dejar que doña Pilar resolviera sus asuntos a solas para torturarla. Pero, al parecer, ella no había sufrido tanto como el pobre infeliz de Balderas.

—¿Hay algún problema con su puerta? —La oyó preguntar. La miró ceñudo—. Tiene una que da a la calle por donde puede entrar a la hora que le plazca sin atravesar el resto de la casa—agregó ella.

—Lo siento, no volverá a repetirse, doña Pilar —repuso él, usando exprofeso las mismas palabras que dijera el tal Anselmo—. ¿O es que también debo llamarla señora Esquivel?

—No se haga el gracioso.

—Y usted no se haga la desentendida. Si quiere que hablemos de lo que pasó anoche…

—¡No! —El grito de Pilar fue más un pedido de auxilio que una orden.

—Eso supuse.

Robles se retiró antes de que ella pudiera decir alguna otra cosa. La joven se dejó caer sobre el sillón y se apretó las sienes con la yema de los dedos mayores. El malestar duraría horas. Esperaba no tener que ver a nadie más en lo que quedaba del día.

* * *

—Le ofrecería una bebida más fuerte, pero hoy lo necesito más lúcido que nunca.

Bracamonte le entregó a Robles un vaso de horchata y se sentó al otro lado del escritorio. Se encontraban en el despacho, un recinto revestido con madera de cedro y anaqueles repletos de libros. El visitante se mostró de acuerdo.

—Supe que hoy ha recorrido la ciudad y que pasó una hora en la catedral.

—¿Me ha hecho seguir?

—No es nada personal, Robles. Los hermanos deben asegurarse de que usted está limpio. También hemos pedido informes a Montevideo, puesto que de su conducta en Córdoba da expresas garantías el padre Montiel.

—Vaya. ¿Qué pasaría si mi expediente estuviera sucio? Le aseguro que no lo está —se apuró a aclarar—, pero me pregunto qué harían si al cabo de las investigaciones juzgan que no soy digno de saber todo lo que sé cuando lleguen los informes.

—Es un riesgo que decidimos tomar. Usted es un hombre inteligente, Robles, sospecho que no es necesario explicarle lo que pasaría si la orden considera que usted no es trigo limpio y sabe demasiado.

—Ya.

—Estuvo con don Manuel Azamor y Ramírez —continuó don Lorenzo.

La afirmación se oyó como una pregunta disfrazada, por lo que su interlocutor replicó:

—Me presenté ante el obispo a fin de ofrecer mis servicios como organista en la Iglesia Mayor. Me ha pedido que tocara algunas piezas litúrgicas. La próxima semana me uniré a la orquesta que conforma el coro de la catedral.

—Enhorabuena.

—También he repartido pasquines en tiendas y pulperías. Necesito ponerme a trabajar cuanto antes.

—Comprendo. Si necesitara dinero…

Américo levantó la mano para interrumpirlo.

—Tengo más que suficiente, no se preocupe. Cuando me acomode, usaré mis ahorros para comprar una propiedad modesta; de manera que, cuanto antes retome mi antiguo empleo como profesor de música, mejor.

—Supongo que ha escuchado las últimas noticias. En la calle, hoy no se ha hablado de otra cosa.

—Si se refiere al asesinato de Belloso, estoy al tanto del suceso, pero no de los pormenores.

—Se trata de otro aparente ajuste de cuentas —explicó Bracamonte—. Al menos, así lo cree Álzaga, quien ha mandado a apresar al esclavo de don Marcelino Belloso. Algunos testigos aseguran que don Marcelino maltrataba a sus negros y, para colmo de males, sobran testimonios que afirman que los esclavos se muestran más insolentes que nunca.

—¿El alcalde le teme a los negros?

—A quien les teme es a los jacobinos. Aunque el alzamiento de los indios en el Alto Perú sucedió hace más de una década, las autoridades no olvidan de lo que fue capaz un puñado de indios liderados por Túpac Amaru. Por otro lado, tampoco se ha enfriado en sus memorias el levantamiento de los esclavos de Santo Domingo, hace apenas cuatro años. Estos antecedentes no pueden ser soslayados después de la ejecución de Luis XVI en Francia y de las ideas que el líder jacobino, Robespierre, se ha encargado de sembrar dentro y fuera de su país.

—Por lo que entiendo, nada de lo que me cuenta tiene relación con la orden. ¿O me equivoco?

—Por ahora no se equivoca. Sin embargo debo recordarle que la masonería ha llegado a estas tierras de la mano de los franceses. Un puñado de hombres que hoy están en el ojo de la tormenta. El enemigo de España ha cambiado: antes era Inglaterra, hoy es Francia. Es preciso cuidar a estos hombres, quitarles de en medio cualquier piedra con la que puedan tropezar a los ojos de su señoría.

—Entiendo. Pero, ¿tienen los jacobinos algo que ver realmente con estos dos asesinatos?

—No lo sabemos. Uno de mis informantes escuchó cuando una mujer le aseguraba a don Martín de Álzaga que hace unos días reprendió a una de sus esclavas por mal comportamiento y que ella le contestó: “Pronto tendré poder”. Los propietarios tienen miedo, lo cual alimenta las sospechas del alcalde. El caso es que debemos andar con cuidado. Hasta que usted sea iniciado, no volverá a tener contacto con ningún hermano de la orden, excepto conmigo, claro está.

Lo que siguió fue el comienzo de una instrucción que duró hasta la madrugada.

Bracamonte explicó a Robles que, en la antigüedad, los oficios que demandaban especial dedicación, guardaban con celo los secretos de su arte. Tal era el caso de la arquitectura, cuya industria estuvo a cargo de maestros y constructores, quienes se cuidaron de transmitir dichos secretos de generación en generación, únicamente a los merecedores de tal distinción. Para esto, fue indispensable la fundación de agrupaciones selectas y, a su vez, organizarlas en niveles jerárquicos a fin de conducirlas a buen puerto. De manera gradual, los primeros grupos consolidaron un gremio dirigido por maestros, quienes a su vez fueron asistidos por los oficiales que tutelaban a los de menor rango –los aprendices–, encargados de realizar las tareas de menor relevancia en complejas y monumentales construcciones.

Los trabajos solían durar años, razón por la cual los integrantes del gremio de la construcción debían mantener, además de la disciplina, cierta armonía en sus funciones: la convivencia de una sociedad selecta no se sostendría sino a través del convencimiento y la aceptación de los miembros, más que por el sometimiento. De esa manera, el gremio se convierte en una fraternidad, cuyos integrantes se brindan asistencia mutua y, en determinadas circunstancias, a las familias de los mismos cofrades.

Estos cuerpos de albañiles –conocidos como “masones”–, solidarios, organizados, atravesaron períodos de escaso trabajo cuando Europa entró en crisis; se construía muy poco, aunque los gremios continuaron subsistiendo con una tendencia más religiosa que operativa. Por fin, las riquezas de ciertas órdenes militares, como la de los caballeros templarios, financiaron nuevas construcciones y la masonería volvió a operar.

La interacción con militares y personas cultas de diversos credos fue transformando, de manera ineludible, el primigenio objetivo del gremio de la construcción. La fraternidad masónica operativa desarrolló, a partir de entonces, sólidas relaciones con personajes de la nobleza de distintas culturas y religiones, entre quienes se establecieron lazos afectivos y de respeto y a quienes se integró a la masonería en carácter de miembros honorables, que ganaron espacio dentro de las logias como protectores fundamentales. Así, los talleres fueron creciendo en número y cada integrante masón fue aceptado sin distinción social ni de cargo; sencillamente, como un hermano más de la fraternidad a la que pertenecía.

Aquí fue que se produjo una bisagra en la historia de la masonería, que, gradualmente, pasó de ser operativa a especulativa. No todos sus miembros se dedicaban a la construcción, pero todos ellos compartían los ideales capitales de la orden: libertad, igualdad y fraternidad. Los francmasones –albañiles libres– defendían la verdad, el progreso, la ética; trabajaban por el mejoramiento de la humanidad y consideraban a la libertad como el principio indiscutible del ser.

Fueron precisamente esos excelsos objetivos los que pusieron a los masones en un lugar de riesgo. Mientras algunos se unían a sus filas con un propósito filantrópico, otros los desacreditaban y perseguían por considerarlos una amenaza al orden establecido, donde la igualdad y la libertad eran un claro sinónimo de pérdida del poder.

—La Iglesia señala a los masones como adoradores de Satanás —prosiguió don Lorenzo—. El primer documento donde la Santa Sede se expide en referencia a esto, lo escribe su santidad, Clemente XII, en el año treinta y ocho. Se trata de la *Constitución Apostólica In Eminenti*. Trece años más tarde, Benedicto XIV reafirma la condena de su antecesor en un segundo documento: el *Providas*. La Santa Inquisición tendrá por delante la ardua tarea de perseguir y condenar a los miembros de tan herética sociedad. El ocultamiento; más bien diría, el secreto, será indispensable para que la masonería se desarrolle.

—¿Cómo es posible que la Iglesia Católica condene una institución a la que se han unido varios de sus miembros? Tal es el caso del padre Montiel, a quien considero una persona por demás buena y honorable.

—La ignorancia es el primer enemigo del hombre. Cuando alguien está abierto a las nuevas ideas, deseoso de aprender, es posible que se enfrente a una segunda cuestión: el fanatismo extremo. No todos los hombres son tan necios como para no ver lo que tienen delante de sus ojos y, alabado sea Dios, comprenden que el estancamiento es sinónimo de retraso, algo que la Iglesia, sin dudas, no comparte.

Robles asintió. Julián Montiel cumplía el primero de los mandamientos; amaba a Dios por encima de todo y, mientras su inteligencia lo impelía a cultivarse día tras día, su fe lo acercaba más a Dios y a los hombres. La necedad era vencida por la voluntad de hacer el bien, decía. La vocación era una cosa; el fanatismo, otra. El sistema impuesto por la corona de la que era súbdito, muchas veces se contraponía a las libertades y derechos individuales que la Iglesia predicaba. El choque de dos ideologías que se pregonaban afines,

sacudía las bases de todo lo aprendido en el seminario. Como hombre de fe, actuaba en consecuencia, aun cuando tuviera que ir en contra del gobierno y de la Iglesia.

—Los masones no estamos en contra de la religión, lo que no hacemos es dividirla. Creemos en un Hacedor del Mundo, el Gran Arquitecto del Universo, que está más allá de cristianos, luteranos, judíos o calvinistas. Nuestros principios fundamentales son un claro peligro para el poder, y la Iglesia representa ese poder. Luego —continuó Bracamonte—, están las monarquías.

—El nombre de la logia…

Don Lorenzo sonrió antes de tocar ese punto. La Logia Independencia no llevaba ese nombre por mero capricho.

—¿Le parece demasiado ambicioso? —preguntó.

—Aún no lo tengo del todo claro. Usted tiene más experiencia que yo en ese asunto. El padre Montiel me dijo que Túpac Amaru fue amigo suyo.

Robles se refería al descendiente inca que se había sublevado doce años atrás en el Alto Perú, José Gabriel Condorcanqui, a quien todos conocían por Túpac Amaru II.

—Es cierto, pero lo de José Gabriel no tuvo nada que ver con un movimiento independentista. Ciertamente, el cacique fue el primero en cuestionar la dominación española en América. Nadie lo había hecho antes. Pero lo que él pretendía era abolir el sistema que oprimía a su pueblo.

—¿Qué hubiera pasado si triunfaban los rebeldes? ¿No cree que, de haber sido otro el resultado, en 1781 los americanos podríamos haber soñado con independizarnos de España?

—Cuando la rebelión estalla en el Alto Perú, Túpac Amaru sabía que las condiciones no estaban dadas para exigir mucho más de lo que exigió, y ni siquiera eso. Pero de algo estaba seguro: la situación de su pueblo era insostenible. Conocía los riesgos a los que se enfrentaba y aun así decidió rebelarse. Lo que los españoles reprimieron con saña fue el cuestionamiento al poder, puesto que las exigencias del inca debieron ser tenidas en cuenta tras su muerte. Fueron abolidos los corregimientos y el sistema de reparto y se creó la Audiencia del Cuzco para administrar justicia con mayor eficacia —enumeró Bracamonte—. Entonces, ¿por qué descuartizarlo a él y al resto de su

familia si el estallido puso de manifiesto un mal funcionamiento del sistema?

—No podían permitir que alguien cuestionara al poder y no sufriera un buen escarmiento.

—Así es. Un escarmiento ejemplificador. Los revolucionarios están condenados a ser vencidos, Robles. Luego, quién asegura que no germinen en las mentes de los sobrevivientes los ideales que el tirano ha pretendido destruir. Por mucho que les pese a unos cuantos, la vida y lucha de José Gabriel Túpac Amaru fue mejor ejemplo que su muerte.

—Admira su recuerdo.

—Admiré su persona, su temple, su fuerza. Lamento no haber podido hacer nada por él ni por su gente. Estuve en la plaza del Cuzco cuando los ejecutaron —añadió con pesar—. Tuvo que ser muy duro para él ver morir a doña Micaela, a Hipólito… Ningún hombre es capaz de imaginar ese dolor sino hasta que le toca vivirlo. Todavía así de abatido, jamás bajó la frente ni delató a nadie. No —reafirmó—. Lo que admiro hoy no es su recuerdo, sino su legado. Túpac Amaru es mi bandera de lucha.

—¿Cómo es posible que un hombre tan admirable por su inteligencia y valor no haya previsto que podía ser traicionado por uno de los suyos? —se preguntó Robles en voz alta.

—Es muy probable que haya sido uno de los riesgos que decidió enfrentar o… vaya uno a saber —caviló en voz alta—, su sentido de la lealtad le impidió ver con claridad lo que algunos hombres son capaces de hacer.

Bracamonte despidió a Robles cerca de las tres de la madrugada. Aquel penoso viaje en el tiempo hizo que él mismo propusiera saltarse la regla de la lucidez y beber algo fuerte. El invitado entendió que don Lorenzo trataba de paliar el dolor que le producían ciertos recuerdos, y lo acompañó sin reparos.

Una vez en casa de doña Pilar, la oscuridad y el silencio le indicaron que todo estaba en orden. Se tendió sobre la manta con la ropa puesta y no tardó en quedarse dormido.

Capítulo VIII

La Luz, febrero de 1795.

Inesita apretó con fuerza el libro que tenía en las manos. Sus ojos claros miraban sin ver aquel ejército de hormigas negras impresas en hojas amarillentas; su mente estaba en otro lado. Consideró que ya era hora de dar vuelta la página; de lo contrario, Chelo y Gabina se darían cuenta de la farsa de lectura que estaba montando en el salón, junto a uno de los ventanales. Ellas cosían a escasos metros y, de vez en cuando, interrumpían el silencio mediante un suspiro que dejaban caer al mirar hacia fuera. Esa mañana amaneció nublado; pasado el mediodía, una llovizna persistente comenzó a regar los campos de la estancia.

Al poco rato, Miguel y Martín se presentaron en la sala con dados y naipes. Había que matar el tiempo dentro de la casa hasta que cesara, si no el mal tiempo, al menos la lluvia.

El bullicio que se generó entre los jóvenes animó a las mayores. Sin embargo, Inesita necesitaba del silencio para aclarar sus ideas. A decir verdad, no se trataba de las ideas sino de los recuerdos que la asaltaban: le aceleraban el pulso y ponían su cabeza patas para arriba. No había manera de pensar con claridad cuando todos sus sentidos estaban a flor de piel.

La tarde anterior había salido de la casa para encontrarse con Lito. Los caballos estaban listos. Montaron con la premura inherente de lo prohibido; ambos eran conscientes de que lo que hacían no estaba bien; lo mismo les daba. En ese momento no se detuvieron a pensar: los movía la marea de la juventud, una atracción inocente que bien podía convertirse en un peligro del que luego no sabrían cómo escapar, pero asumieron el riesgo con la sangre alborotada y la sonrisa dispuesta.

Después de una larga cabalgata, Lito le señaló a su compañera la dirección que debían tomar. Don Lorenzo había seguido el consejo del flamante secretario del Consulado, don Manuel Belgrano, y había mandado a plantar árboles en el campo. Los jóvenes se apearon al margen del nuevo ceibal, junto a unos arbustos pequeños, aunque muy tupidos, que mantenían oculto el curso del río. Aquel contraste

de verdes, el rojo de la floración de los ceibos y el blanco y amarillo de las manzanillas que cubrían el suelo, maravillaron a Inesita.

—No lo habría soñado más bonito de lo que es —sentenció cuando Lito le preguntó si le gustaba el lugar.

—¡Espera a ver el río!

Por fin había dejado de tratarla con la distancia del "usted", pensó ella, rebosante de alegría.

Caminaron juntos hasta la orilla. La basquiña de la muchacha sufrió el desgarro de las espinas que crecían en los arbustos entre los cuales debieron pasar para alcanzar la playa. El agua del río arrastraba los sedimentos que iban depositándose en el margen. Lo maravilloso del recodo que había elegido Lito era la arenilla suave que cubría esa parte de la costa. A Inés le dieron ganas de descalzarse. A pesar de no estar sola, no solo se quitó los botines sino que se deshizo también de las medias.

—Mojarás tu falda —señaló él, anticipándose a las intenciones de su amiga.

—¿Qué más da, Lito? Hemos venido a nadar, ¿lo olvidas?

—No imaginarás que vamos a hacerlo con la ropa puesta.

La muchacha vaciló. No había pensado quitarse la ropa para meterse al río en compañía de Lito. La fina tela de su ropa interior se volvería trasparente con el agua, además de adherírsele al cuerpo.

—No me quitaré el vestido.

—¿Por qué no? Llevas una camisa debajo de todo ese montón de telas.

—Pero…

—Además, echarás a perder ese bonito traje —añadió él.

La naturalidad con la que Lito le pedía que se desnudase para meterse al agua la decidió. ¿Qué podía pasar? ¿Quién se iba a enterar de su transgresión? Estaban completamente solos en ese recodo.

—Quítatelo. Hazme caso —insistió el muchacho—. Esperaré junto al ceibal mientras tú te lo quitas y te metes al agua. Solo tienes que gritar cuando estés lista —concluyó antes de darse la vuelta y cruzar

los matorrales.

Inés decidió hacerle caso. La cotilla que llevaba ese día se prendía al frente y pudo desvestirse sin ayuda de nadie. El placer la envolvió cuando se sumergió en las aguas cálidas del río. Una vez allí, se quitó las horquillas que ajustaban su recogido y las prendió al escote de la camisa. Llamó a Lito. Cuando lo vio aparecer con el torso desnudo frente a los arbustos, una punzada de alarma le atravesó el estómago. Se zambulló en el agua para inhibir su fuerza. No era momento de pensar, se dijo; había planeado disfrutar la aventura y eso era exactamente lo que iba a hacer.

—No te alejes demasiado —le advirtió él al tiempo que se quitaba las botas.

Pero Inesita no lo escuchaba. Jugaba como una niña, entraba y salía del agua, braceaba ligera, sin el peso de las telas que siempre le impedían moverse a gusto dentro y fuera del río. La corriente se llevó lejos cualquier atisbo de escrúpulos y vergüenza. Lito sonrió, contagiado por el sosiego de aquel paraíso y la alegría infantil de su compañera.

Se reencontraron en el agua. Como en los viejos tiempos, fueron un par de críos que agitaban las aguas para empapar al otro, retándose a una carrera que los dejó exhaustos y rebosantes de vida. Las risas de ambos se perdieron en el chapoteo de brazos y piernas, en el juego sensual de empujones y zambullidas.

—Móntate en mis hombros —propuso Lito—. Te arrojaré al agua cuando estés lista para caer de cabeza.

Inés no lo pensó dos veces. Al cabo de los segundos que le tomó treparse a los hombros del muchacho, se irguió con las manos en alto y se anunció preparada para el salto. A último momento perdió el equilibrio. Cayó de bruces contra la superficie del agua y el susto le abrió la boca. Dejó de dar manotazos cuando los brazos de Lito la atenazaron.

Las carcajadas de él y la falta de oxígeno le impidieron ver lo que sucedía. Solo cuando las respiraciones de ambos se acompasaron, advirtió que estaban abrazados en medio del río; sus pieles separadas por la fina y empapada camisa de batista.

—No —musitó ella en cuanto atisbó el miedo en los ojos de él—. No me sueltes.

—Ya no somos un par de críos, Inés.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Lo sabes. —Las respiraciones de ambos volvieron a agitarse. No podían dejar de mirarse; los ojos de uno y otro se aferraban ingobernables—. Si tu familia nos viera…

—Lito…

No hubo cómo frenar el impulso que los arrasó con la fuerza de un huracán. Se besaron como si lo hubieran hecho cientos de veces. Inés sorteó su inexperiencia en la marejada instintiva de la pasión que se desató en su interior. Jamás imaginó que un hombre y una mujer pudieran unirse de esa manera. Ni siquiera el beso que Urquijo le había dado a su hermana ese mismo día se asemejaba a lo que estaba pasando entre ellos.

Sin separarse, alcanzaron la playa y se tendieron sobre la arena cálida, bajo el cenit del sol. Ahora, el calor que sentían no tenía relación con el astro; los movía una fiebre que nacía adentro de sus cuerpos, en el bullir de la sangre, en las palpitaciones dolorosas donde Inesita nunca las había sentido.

—No puedo hacerte esto —balbuceó Lito, razonablemente dispuesto a separarse de ella pero incapaz de llevarlo a cabo—. Me colgarán si te toco. Yo mismo me mataría antes de hacerte daño.

—No me hacés daño, Lito. ¡Lo juro! No te detengas.

Ninguno de los dos se detuvo. Les sobraría la vida para arrepentirse de lo que estaban haciendo, pero en ese momento no supieron cómo frenar la pasión que sometió por entero sus voluntades.

La delicadeza de las caricias y los besos se rompió en el preciso instante en que se fundieron los cuerpos. La invasión de Lito en la femineidad de Inesita desgarró la barrera que conservaba su inocencia. El dolor la devolvió a la realidad, asomó su cabeza de boca ancha y colmillos sanguinolentos y le robó la ensoñación del momento para llenarla de miedo.

Al cabo de unos segundos, que parecieron eternos para ella, él la embistió con una mueca de dolor en el rostro. Luego, se dejó caer sobre Inés, laxo y sudoroso.

Al minuto siguiente, solo se oyó en el lugar el trino de las aves y

el suave gorgoteo del río.

La muchacha cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, lo que vio le partió el corazón. Lito, tendido a su lado, se cubría parte de la cara con la mano derecha. Advirtió el gesto de desamparo, de culpa, de arrepentimiento que lo embargaba, y rompió a llorar con desconsuelo.

—Lo siento —susurró él—. No te imaginas cuánto lo siento.

Se volvió sobre ella y la abrazó, tratando de confortarla a través de caricias.

—Acabo de arruinarte la vida —sentenció al mirar la mancha de sangre entre las piernas de Inesita. Cubrió su vergüenza con el ruedo mojado de la camisa y cerró los ojos con fuerza.

—No fue culpa tuya —sollozó la muchacha.

—¡Claro que lo fue! Lo que te hice no tiene perdón.

—En todo caso, la culpa no es solo tuya.

—Dime qué quieres que haga, Inés —suplicó más que preguntar —. No llores, por favor, me siento más miserable si te veo llorar.

Ella se sorbió la nariz y barrió las lágrimas de su rostro con el dorso de la mano. No tenía derecho a hacerlo sentir culpable cuando lo que había pasado era pura y exclusivamente su responsabilidad. O, en todo caso, su irresponsabilidad. Verlo sufrir la exhortó a sosegarse y pensar muy bien lo que iba a decir.

—Sé que es una locura, pero no me arrepiento de nada, Lito.

La declaración sorprendió al muchacho. Se incorporó sobre el codo para mirarla a los ojos.

—¿Lo juras?

—Te lo juro —replicó, hizo una cruz con el dedo índice sobre los labios—. Debes pensar que soy una cualquiera, pero…

Lito le cerró la boca de un beso. Esta vez fue todo lo tierno que no le había permitido la pasión que habían compartido antes.

—Jamás pensaría mal de ti, Inés —susurró sobre los labios más dulces que había tenido la oportunidad de probar en sus jóvenes veinticuatro años.

—Te prometo, además, que, así como fuiste el primero, serás el único.

—No digas eso. Aunque me ilusione tu promesa, eso no es posible.

—¿Por qué?

—¡Porque no! Tu familia… —Lito soltó el aire, frustrado. Sobraba explicar lo que sucedería si alguien se enteraba de lo que habían hecho. No solo eso, nadie en su sano juicio consentiría una relación a futuro entre ambos—. Inés, esto ha sido maravilloso, pero no nos engañemos: ambos sabemos por qué no debió suceder.

—Sin embargo sucedió. Es lo que cuenta, ¿no?

Lito suspiró, la besó en la coronilla y volvió a abrazarla con fuerza.

—Dime que cuenta, Lito —imploró Inés—. No estoy arrepentida, pero necesito… —se aclaró la garganta antes de continuar—. Necesito saber qué significó para ti.

—Mucho —respondió él sin asomo de duda—. Más de lo que puedas imaginar.

Volvieron a mirarse, ajenos al mundo y a la realidad. Los miedos de Inés desaparecieron; supo que amaba a Lito con cada fibra de su ser. No estaba arrepentida de lo que había hecho, deseaba entregarle más de lo que le había dado en su virginidad. Deseaba entregarle el alma, la vida entera, su futuro.

* * *

—¡Caramba! Ese libro debe de ser muy interesante. He tenido que zarandearte para que despegues los ojos de él —reclamó Gabina.

—¿Qué sucede?

Inesita enrojeció de vergüenza. Todos los ojos estaban puestos en ella mientras su hermana la regañaba.

—¡Qué va a suceder! Te estoy ofreciendo una galleta —dijo al tiempo que extendía la mano para entregársela—. Acércate a la mesa, Consuelo ha preparado el mate.

Asintió. Cerró el libro y lo colocó sobre la silla en la que había

estado sentada, sumida en sus recuerdos, y se unió al grupo. Echó un rápido vistazo al ventanal, ahora llovía copiosamente.

—¿Qué pasa, Inés? Te veo algo apagada —comentó Chelo en voz baja, pegada a su oreja. Estaba sentada a su lado en el sofá.

—Debe de ser la lluvia —atinó a responderle.

—Los días grises tienen cierto encanto, querida.

—No cuando hay que pasarlo encerrada y muerta de aburrimiento.

—¡Pero si hasta recién estabas más que entretenida con el ingenioso hidalgo! A que es una excelente novela. Cuando lo termines, en la biblioteca encontrarás el segundo volumen de *Don Quijote de la Mancha*.

—Señora, el niño Gabriel pide por usted —le informó una de las criadas que acababa de entrar.

—Bueno. Toca entretener a los más pequeños —dijo Consuelo mientras se disponía a marcharse—. ¡Diviértanse!

Los jóvenes siguieron el consejo; Miguel se propuso enseñar un par de juegos de mesa a sus hermanas. Entre naipes y dados, Gabina coqueteó a gusto con su prometido. Inesita, desconcentrada, fue objeto de chanzas y burlas que, al fin y al cabo, la ayudaron a matar el tiempo.

No había vuelto a ver a Lito desde que se despidieron en el establo el día anterior, tras haber vivido una experiencia que lo había modificado todo. El cambio operado en ella pasó inadvertido para quienes la acompañaban en la casa, pero, en su interior, se sentía otra. Una mujer, eso era ahora. Una mujer enamorada. Deseaba compartir con Gabina su vivencia, aunque era muy consciente de que revelar el secreto la expondría a escuchar una serie de amonestaciones y reproches que no estaba dispuesta a tolerar. No quería que nada empañase esa precaria felicidad. Ya habría tiempo de analizar lo sucedido cuando tocara volver a Buenos Aires. Por el momento, Lito estaba cerca y el corazón mandaba.

* * *

Al día siguiente, el cielo amaneció despejado. El viento responsable de correr las nubes durante la madrugada enfrió el clima y siguió

soplando toda la mañana.

A Gabina la malhumoró enterarse de que Miguel y el teniente saldrían de caza mientras las mujeres tendrían que quedarse nuevamente encerradas. Entonces, mientras desayunaban, les propuso acompañarlos.

—La caza es una actividad masculina —sentenció Miguel.

—¿Quién lo dice? Para los griegos, la diosa de la caza está representada por una mujer: Artemisa. ¡Por algo ha de ser!

La risa de Martín reverberó en el corazón de Gabina, cuyo malhumor se diluyó como por ensalmo.

—Si prometen ser cuidadosas, no veo por qué no puedan acompañarnos —acotó.

Aunque a Inesita no la entusiasmó la idea, cualquier actividad en la estancia que requiriese de monturas le servía de excusa para ver a Lito. Se guardó para ella la posibilidad de que el muchacho también se sumara a la comitiva.

* * *

Lito ajustó la cincha alrededor del fardo y la remató con dos nudos. Las risas de los soldados que habían llegado a La Luz por órdenes de Urquijo lo decidieron a mirar hacia el enorme nogal que había entre la casa y el establo. Los cuatro hombres se divertían al arrojar guijarros a los pies de Juliana, la criada que tendía al sol la ropa que acababa de lavar. Uno de ellos, de mediana edad, lo atrapó observándolo con el entrecejo fruncido y los brazos en jarra.

—¿Algún problema? —espetó el alférez.

Lito no respondió; no había sido una pregunta a secas sino una clara provocación. Le hizo señas a Juliana para que se metiera a la casa y se dio la vuelta para continuar con el trabajo.

—¿Y este mozo de cuadra qué se ha creído? —oyó rabiar al soldado.

—Mejor cierra la boca, Pardo. Yo sé lo que te digo.

El comentario del segundo soldado lo puso en alerta. Por más esfuerzo que hizo para aguzar el oído, los uniformados habían bajado

la voz hasta volverla un murmullo inaudible. Los miró con disimulo mientras se limpiaba el sudor de la frente con la manga de la camisa y advirtió que el tal Pardo arrugaba el entrecejo a medida que su compañero le pasaba quién sabe qué datos.

Lito se había acostumbrado a prestar atención a esos detalles que podrían pasarle desapercibidos a cualquiera. Formaba parte de una orden secreta, clandestina; vivía pendiente de todo, ya fuera para conocer algún dato que sirviera a los hermanos de la Logia Independencia o para asegurarse de que nadie hubiera descubierto aquello que debía permanecer oculto.

—El muerto al hoyo y el vivo al pimpollo —citó Pardo, esta vez, lo suficientemente fuerte como para que Lito lo escuchase.

Sus compañeros le festejaron el dicho. Lito masculló un improperio y decidió ir al corral por los caballos. Más le valdría mantenerse lejos de esos gusanos con uniforme, se dijo. No tenía forma de saber de qué habían hablado, aunque estaba seguro de que se relacionaba con él.

En pocos minutos saldría de caza con Montiel y Urquijo; se había comprometido a guiarlos hasta un pajonal donde abundaban las mejores presas, de manera que se entregó de lleno a la tarea de aprestar las monturas. En eso estaba cuando los invitados de doña Consuelo aparecieron en el cobertizo donde él tenía listos caballos y aperos. La grata sorpresa de ver a Inesita en el grupo le atemperó el malhumor.

—Prepara dos caballos más, Lito —pidió Miguel—. Hoy no estamos de suerte —chanceó al tiempo que señalaba a sus hermanas con el mentón.

Lito asintió. De pronto, la mañana cambió de color tras verse reflejado en los ojos verdes de la muchacha que lo traía insomne. Ella lo saludó con recato y, aun así, su voz pareció transformar el mundo donde él vivía soñándola despierto desde que lo había despedido en los fondos de su casa en la ciudad con un apretón de manos y una promesa: rezaré por ti.

Le costaba creer que Inesita se hubiera enamorado de él. Hacía mucho tiempo que Lito veía a la menor de los Montiel con otros ojos, por más que ella nunca lo hubiera notado. La gracia de que fuera Inés quien lo ayudase cuando su vida estuvo en riesgo, se la debía a la Divina Providencia. Le gustaba más de lo que estaba pronto a admitir

frente a quienes estuvieran dispuestos a borrarle de un plumazo las ilusiones. Lo sucedido en el río había sido para él un sueño hecho realidad. Y, aunque no solía ser tan permisivo con sus sueños, estaba decidido a disfrutar lo que durase.

* * *

Salieron los cinco al galope, mientras los soldados de Urquijo arrimaban una mesa bajo el nogal.

Otra jornada perdida, se dijo Pardo, al tiempo que repartía naipes a sus compañeros. Por más que trató de centrarse en el juego, no pudo quitarse de la cabeza la información que uno de ellos le había dado. No es que le importase lo que ese mozo de cuadra hiciera con la menor de las Montiel, a quienes el otro alférez había visto besándose en el establo dos días atrás. Tampoco le interesaba la mala fama de la otra hermana, viuda de Esquivel, a quien todos tenían por inmoral y cínica. Lo que le revolvía las tripas era ver lo ciego que estaba su superior respecto a su prometida. ¿Acaso Urquijo no se daba cuenta de que Gabina Montiel llevaba la misma sangre que las otras dos?

—¡Te toca, Pardo! —Tuvo que gritarle su compañero para que echara la carta sobre la mesa—. ¿Adónde te nos fuiste?

—A la guardia. —Pardo se refería al fortín donde vivían él y su hermana, a pocas leguas de la Villa de Luján.

—Déjate de sensiblerías y goza del descanso, Remigio. ¿O me vas a decir que en este momento preferirías ahuyentar infieles en la campaña?

—La vida ociosa no es para mí —repuso de mal talante el alférez.

Le agradaba Buenos Aires, admitió para sí, lo que no le gustaba era el motivo por el que Urquijo había viajado a la capital y abandonado el puesto en la guardia. Admiraba al teniente, un joven de su misma edad que había sabido aprovechar cada enfrentamiento con los indios para escalar en la milicia; un hombre decidido, culto e inteligente. La admiración de Pardo se quedaba a medio camino en parangón con el amor que su hermana le profesaba al futuro teniente de Blandengues. La pobre Isidra moriría de pena cuando supiera que Martín iba a casarse con otra.

Remigio Pardo recibió una patada bajo la mesa y decidió soltar todas las cartas de una vez antes de levantarse.

—Sigan ustedes, hoy no estoy para juegos.

Los demás, sorprendidos, lo vieron alejarse pateando guijarros.

—¿Y a este qué le ha dado?

—Debe extrañar a la Isidra.

—No es eso —intervino el tercero—. Está que echa humo por lo del compromiso de Urquijo con la Montiel. No hay que ser adivino para saber que él y su hermana tenían el ojo puesto en don Martín desde que la Isidra se le metió en la cama al oficial.

—Ya decía yo que eso no tenía futuro.

—Baja la voz si no quieres que Pardo te vuelva a romper la nariz, Florentino.

—¡Me rompió la nariz por decirle las cosas como son! Si quiere sembrar en sal, que lo haga. ¡Por algo dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver!

* * *

Gabina sostenía el arcabuz de caza. Tras ella, Martín le indicaba cómo debía acomodar el arma y le susurraba al oído las consideraciones del caso.

—En España, los arcabuceros de la Real Ballestería se encargan de producir y mantener el armamento de caza destinado al servicio del rey y su familia.

—¿Incluidas las mujeres? —preguntó ella sin moverse un milímetro.

—Incluidas las mujeres —afirmó el militar—. Coloque la otra mano aquí —dijo al tiempo que guiaba la mano derecha de Gabina hacia la cureña del arma. Luego añadió—: Este arcabuz ha salido de esos talleres.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la marca que cada arcabucero real graba en la pletina de la llave. Aunque no lo crea, estas armas son codiciadas en todo el mundo por su fiabilidad y precisión técnica.

—Sin embargo, Miguel dice que el mosquete es mejor y que

prácticamente ha reemplazado el uso del arcabuz en los ejércitos.

—Su hermano tiene razón, pero lo que tiene en las manos, Gabina, no es un arma de guerra sino de caza.

—¿Puedo dispararla?

—Le enseñaré el procedimiento para cargarla.

Por increíble que pareciera, y aun cuando las armas le importasen muy poco, las lecciones de su prometido la tenían cautivada. La voz grave de Martín, los gestos, la seguridad con que utilizaba la baqueta para prensar la pólvora en el cañón del arma, el modo en que simulaba ignorarla aunque le rozase la mano todo el tiempo seducían a Gabina.

Una vez que el arcabuz de caza estuvo cargado, el joven informó a sus compañeros que se alejaría unos metros para enseñarle a tirar a su novia. El arcabuz era un arma de corto alcance; extremaría precauciones, pero aun así prefería alejarse unos cien metros de los demás. Todos se mostraron de acuerdo.

—Unos pasos más y entramos en terreno anegado —dijo Lito a Miguel, una vez que el militar se marchó—. ¿Está seguro que quiere avanzar?

—Desde luego. Sabía lo que era un pajonal antes de que nos trajeras.

El joven Montiel advirtió que el guía fruncía el ceño al tiempo que observaba el suelo de soslayo. Miró en igual dirección y entendió de qué se trataba; alzó los ojos al cielo y se tragó un juramento.

Inesita lo miró desconcertada.

—¿Sucede algo malo?

—Tus chapines, eso sucede. ¿Cómo se te ocurre traer chapines a un pajonal?

—No pienso poner un solo pie en el lodo, Miguel. Me quedaré aquí, esperándolos; ustedes no se preocupen por mí.

Su hermano miró a Lito, vacilante.

—Olvídelo, don Miguel, no podemos dejarla sola en un lugar como este.

—¿Qué podría pasarme? —insistió ella.

—¡Maldita sea! ¿Crees que podrás defenderte de un cerdo salvaje arrojándole uno de tus preciosos chapines? —ironizó Miguel.

—Me quedaré con ella —propuso Lito.

—¡Qué bien! Don Martín trae los bultos y nosotros nos lo echamos al hombro.

Inés le dedicó una mirada furibunda a su hermano mientras Lito insistía en quedarse con ella. Finalmente, Miguel aceptó; después de todo, no le parecía justo haber tenido que llevar a sus hermanas para que su futuro cuñado lo pasara a lo grande y él fuese el único damnificado. Se alejó antes de que Lito se arrepintiera.

—Lo siento, Lito. No pretendía arruinarles la mañana, fue Gabina quien… —se disculpó Inés.

—¿Arruinarnos la mañana? No sé la de ellos, pero la mía, te aseguro que va mejor de lo que esperaba.

El muchacho soltó la pistola de chispa inglesa que don Lorenzo le había regalado el verano anterior y tomó a Inesita por la cintura. La postergación y el deseo encendieron el beso en el que ambos se fundieron a continuación. Al separar las bocas, se pegaron frente con frente.

—No he dejado de pensar en ti cada minuto desde que nos separamos —susurró él.

—Tampoco yo. Lito, ¿qué pasará cuando me marche de La Luz? ¡Ayer casi muero de angustia y solo han sido veinticuatro horas!

—No pienses en eso ahora. Tenemos varios días por delante para estar juntos.

La promesa de Lito la animó: pasarían más tiempo juntos. El día anterior la había torturado el hecho de tenerlo tan cerca y no poder verlo, aunque debía admitir que su peor miedo fue imaginar qué pasaría si él no quería volver a estar con ella. Lito acababa de aniquilar ese miedo. Por otro lado, le había confesado que pensaba en ella cada minuto del día. No podía sentirse más feliz.

A más de cien varas de distancia, Martín abrazaba a su prometida. La espalda de Gabina apoyada contra el pecho del hombre y las manos

de ambos entrelazadas sobre su vientre. Urquijo le rozó el cabello con los labios a la altura de la coronilla.

—Tendré que marcharme pronto si quiero solucionar lo de la casa antes de la boda —comentó.

Ella se mordió el labio. Comenzaba a pesarle el hecho de no poder contarle la verdad a Martín. Estaba segura de que un hombre como él no comprendería, que no aceptaría que una mujer de bien pudiera convertirse en actriz. Y menos, si la mujer en cuestión era su esposa. Esconderle algo al marido era una cosa, porque marido no era sinónimo de amado, pero ¿cómo le oculta uno los sueños a la persona que ama?

—Tal vez debería pensarlo mejor —dijo.

—¿Eso quiere decir que tengo posibilidades de llevarme a mi esposa después de la boda? —quiso saber él. Había un dejo esperanzador en voz.

—¿Preferiría que así fuera?

—Gabina —dijo él, volteándola para mirarla de frente—. Lo único que deseo es estar a su lado cuando nos casemos. No estoy seguro de que mis superiores me otorguen el beneficio de un traslado a Buenos Aires cuando se me necesita en la guardia. Si rechazan mi pedido y usted se niega a acompañarme, nuestro matrimonio no superará los dos meses de convivencia al año. No sé lo que eso pueda significar para usted. Para mí, le aseguro, sería una verdadera tortura.

—Mi madre dice que, una vez que estemos casados, no puedo negarme a ir donde usted ordene.

—Eso es verdad, pero mi intención no es obligarla. Si separarse de su familia la hace infeliz, estoy dispuesto a marchar solo a la frontera.

—No quiero que se marche —admitió ella.

—Tampoco quiero hacerlo, pero es una posibilidad. En mi profesión, la obediencia es la regla número uno.

—Lo sé.

—Entonces… —Urquijo tomó a Gabina por el mentón y la instó a mirarlo a los ojos—. Prométame que lo pensará.

—Se lo prometo.

Sellaron el pacto con un beso. Lejos del resto, ella pensó que Martín se atrevería a ir más allá. Aunque el más allá fuera ignoto, sabía que la intimidad entre un hombre y una mujer no se limitaba al contacto de los labios. Esperó una caricia, pero las manos de él no se apartaron de su cuello. El roce de esos dedos al borde de la mandíbula le quemaba, pero los añoraba alrededor de la cintura, ciñéndole el talle, transmitiéndole la fibra varonil que él desprendía hasta por los poros.

Se sintió tan frustrada que el beso le dejó sabor a poco cuando acabó. La sensación remitió cuando se dio cuenta de que Martín respiraba agitado.

—¿Pasa algo?

—Deberíamos reunirnos con el resto —replicó él al tiempo que recogía el arma.

—Pero si aún no me ha enseñado a disparar.

—Gabina, si paso un solo minuto más a su lado sin chaperona que nos vigile, le aseguro que esta misma tarde la llevo a Buenos Aires y celebramos la bendita boda antes de que acabe su ajuar.

La declaración de su prometido le dibujó una sonrisa que le alcanzó los ojos. Estaba enamorada de Martín Urquijo. Saber que él se contenía para cuidarla la llenó de emoción. “También me ama”, pensó, al tiempo que le entregaba la mano que él le había pedido al estirar la suya.

Capítulo IX

Buenos Aires, febrero de 1795.

Pilar se ajustó la mantilla y salió de la tienda. El empleado de don Gaspar le había envuelto el pedido tal como ella se lo ordenó. No deseaba que nadie viese lo que llevaba en aquel atado, ni siquiera los criados; por eso salió a la calle esa mañana y exigió a Gilberta que la esperase fuera del comercio.

No habían llegado a la esquina de la tienda cuando un hombre las interceptó.

—¿Todavía aquí, Balderas? —espetó en cuanto lo reconoció. El hombre se quitó el sombrero y sonrió.

—Buenos días, señora. Antes de volver a la estancia, quisiera tratar unos asuntos con su merced.

—¿Qué tipo de asuntos?

Anselmo vaciló. Se lo veía incómodo en presencia de la criada, que no le quitaba el ojo de encima.

—Si no le importa, preferiría explicárselo en la casa.

—Tendrá que hacerlo aquí y ahora, Balderas. Estoy muy ocupada. Por si no lo notó el día de ayer, tengo un huésped en casa.

—No es mi intención importunarla, pero es que se trata de un asunto… personal.

Pilar no estaba de humor esa mañana, pero la perorata de su capataz la exacerbó aún más. Miró a Gilberta de tal manera que no fue necesario ordenarle que se alejara unos pasos.

—¡Hable! —masculló en cuanto quedaron solos en la estrecha acera.

—Los peones de La Florida me han comentado que su hijo está en la estancia de los Bracamonte.

—¿Y eso qué?

—Que como el niño no está, a mí se me ocurrió que podía pasarme por aquí unos días. Su criado me contó lo del fraile. ¡Qué contratiempo!

—En primer lugar, Balderas, su ocurrencia me parece un completo disparate. ¿Quién le ha dicho que podía venir a mi casa cuando le dé la gana? ¿Pasar unos días aquí, dice? Su trabajo está en La Florida, pero, como siga ausentándose sin mi permiso, tendré que despedirlo. En segundo, es cierto lo que le ha dicho mi criado: fray Robles se hospeda en mi casa y va para largo. Pero, por si no he sido lo suficientemente clara, le recuerdo que soy su patrona, no su barragana. A partir de este momento, no vuelva a dirigirse a mí si no es para tratar asuntos de trabajo. ¿Lo ha entendido, Balderas?

No esperó respuesta, se dispuso a avanzar cuando Anselmo la detuvo: la tomó por el brazo.

—¿Esto qué significa?

—Quíteme la mano de encima. ¡Cómo se atreve!

La indignación de la viuda y las posibles consecuencias no lo amedrentaron. El hombre estaba demasiado furioso como para echarse atrás en ese momento.

—Mire. Lo de barragana lo ha dicho usted. Pero, si lo que hay entre nosotros no significa nada, eso la convierte ni más ni menos en una furcia.

Pilar cambió de brazo el paquete que llevaba y le estampó un sopapo. Gilberta corrió hacia ellos y se puso en medio, temerosa de que la reacción de doña Pilar provocase otra mucho peor en el hombre.

—¡Lárguese ahora mismo si no quiere que lo haga meter en un calabozo! —gritó la joven—. Y más le vale sacar todas sus porquerías de mi estancia. ¡Considérese despedido!

—Hágame poner preso y ya verá lo que le espera —replicó él en el mismo tono.

Gilberta estaba desesperada. Los transeúntes, curiosos, comenzaban a detenerse al otro lado de la calle.

—¡Vamos, señora! ¡Vamos a la casa!

—¿Me está amenazando, Balderas?

—La estoy poniendo sobre aviso. Esto no ha terminado.

—¡Vamos, señora! —insistió la negra con un tono de voz que denotaba su angustia.

* * *

Pilar dio un portazo que no bastó para desahogarle la furia. Se quitó la mantilla de un tirón y los guantes con el mismo ímpetu. Tan ciega estaba, que ni siquiera vio que había alguien sentado en el sillón de la sala. Gilberta trataba de apaciguarla sin el menor resultado.

—¡Quién demonios se ha creído que es! ¡Que me parta un rayo si permito que un hombre me amenace de ese modo!

Caminaba de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Su pecho subía y bajaba al ritmo del pulso acelerado que no la dejaba respirar con normalidad.

—¿Qué ha pasado? —La voz, más que la pregunta que había hecho Robles, la detuvo en seco. Abrió los ojos del pasmo.

—Nada —replicó alterada.

—¿Nada? Pero si ha entrado hecha un manojo de nervios.

—Tiene razón. He tenido un altercado con un mendigo que crucé en la calle. Una tontería, sin dudas, pero he debido esperar a cerrar la puerta para descargarme. Sabrá disculpar. Gilberta, deja el paquete en mi dormitorio y pide a Margarita que nos sirva el almuerzo.

Robles frunció el ceño, pero no agregó nada más. Ya le sonsacaría más tarde a la criada el motivo por el que su señora había regresado de la tienda como alma que lleva el diablo.

Pilar no se sentó, tampoco se fue. Se acercó a la ventana que daba a la calle y sin mirar a su huésped, dijo:

—Anoche volvió a salir.

—En el Convento de las Catalinas se llevan a cabo vigilias de oración. Me he ofrecido a dirigir los rezos de las novicias.

La mirada que le dirigió la viuda estaba tan llena de suspicacia que Robles tuvo que respirar hondo y esconder la cabeza. Por suerte

para él, tenía un libro abierto en las manos.

—¿De verdad espera que le crea? —La oyó preguntar. Volvió a alzar la cabeza y la sonrisa ladeada de ella lo incomodó sobremanera.

—¿Me está llamando mentiroso?

—Me resulta poco creíble que las monjas necesiten a un fraile para dirigir sus oraciones. Hasta donde yo sé, parecen arreglárselas muy bien sin hombres. A no ser…

—¿A no ser…?

—Bueno. Ya sabe cómo es de cotilla y malpensada la gente. Alguna vez se ha corrido el rumor de que las monjas y los curas tienen sus asuntillos.

—Una mujer como usted no puede dar crédito a semejante chisme.

—¡Vamos, don Américo! No va a decirme que el hábito hace al santo. Un hombre es un hombre, con o sin sotana.

—Veo con qué estrechez juzga usted a los hombres.

—No se trata de estrechez, los juzgo según mi experiencia. Hasta ahora, ninguno de los hombres que he conocido me ha demostrado ser capaz de resistirse a la concupiscencia de la carne.

—Eso no habla bien de usted.

Pilar se alzó de hombros, indiferente a la acusación del huésped.

—Son todos iguales.

—Generalizar no es bueno. Le digo más, el padre Montiel no cuadra en la descripción que ha hecho de los hombres que conoce. Imagino que tampoco el señor Bracamonte. —La joven sonrió.

—Hace años que no veo a Julián. Quizá mi hermano sea una de las excepciones a la regla. En cuanto a Bracamonte, habría que ver. No pondría las manos en el fuego por nadie.

—Lamento que piense de ese modo.

—Yo no. El que vive de ilusiones, muere de desengaños.

Robles hizo silencio. Cuando doña Pilar bajaba la guardia, en sus dichos se escurrían los sentimientos que la volvían quien era: una mujer despechada, lastimada y sufriente.

Margarita llegó para anunciar que el almuerzo sería servido en unos minutos. Se sentaron a la mesa enfrentados y no volvieron a dirigirse la palabra. Las mentiras de uno y otro flotaban en el aire; ninguno podía arrojar la piedra al pecador, ambos defendían una verdad oculta a la que se aferraban con el último aliento. Para él, una sociedad secreta de la que pronto formaría parte y que lo obligaba a llevar una doble vida; para ella, un oscuro secreto que a nadie podía revelar sin sufrir las consecuencias.

Eran dos condenados penitentes.

* * *

Robles dibujó la última nota sobre el pentagrama. Se había pasado toda la tarde copiando ejercicios y partituras. Además del trabajo como organista en el coro de la Iglesia Mayor, ya tenía dos alumnos esperándolo. Esparció arena sobre la hoja y, una vez seca la tinta, la quitó antes de colocar esa copia sobre las demás.

Dejó el escritorio y se acercó a la ventana. El calor era insoportable por esas horas, la humedad espesaba el aire y un gris tenue había reemplazado el celeste propio del cielo. Pensó en el modo en que la naturaleza anunciaba el cambio. Igual que una orquesta, las ranas entonaban aquel preludio maravilloso que precedía a la lluvia. Hizo tamborilear los dedos sobre el alféizar, como si el muro tuviera teclas y él pudiera exprimir de ellas el sonido que tarareaba su mente.

Al cabo de unos minutos, decidió quitarse el hábito de lanilla que llevaba encima de la camisa y el calzón; no cenaría con doña Pilar: decidió que permanecería el resto del día encerrado si fuera necesario para no tener que colocárselo nuevamente.

Fue así como lo encontró Jesusa al anunciarle la cena: “en paños menores”, como contaría luego a las otras criadas, “porque es que, sin el hábito, a mí me lo pareció”.

—Discúlpeme con su ama —pidió Robles—. Esta noche prefiero comer solo.

La criada le pasó el recado a la señora, quien se apuntó la culpa por haber sido grosera con su huésped esa misma mañana.

—Sirve la cena del señor Robles en una bandeja y me la traes aquí —ordenó a la negra.

Jesusa reapareció con la bandeja al cabo de unos minutos. Pilar la tomó y despidió a la criada con un gesto. Se las arregló para sostener el servicio con una sola mano y llamar a la puerta del profesor con la otra. Cuando la abrió, los ojos de la viuda revelaron sorpresa al verlo sin el hábito. Temió echar al suelo todo lo que cargaba en la bandeja.

—Le he traído la cena —balbuceó, insegura de haber hecho lo correcto.

—No tenía por qué molestarse.

—No es molestia sino la excusa para expresarle mis disculpas. Esta mañana llegué muy nerviosa por el altercado en la calle y me desquité con usted. Lo siento.

—Disculpa aceptada.

Robles tomó la bandeja y atravesó el dormitorio para depositarla en la mesa baja de la salita. Ella no se atrevió a seguirlo, pero, como tampoco se retiró, el hombre volvió sobre sus pasos y la miró a los ojos antes de hablar.

—No quiero que se vaya con una impresión equivocada. —Si hubiera podido hablar, Pilar le habría dicho que era precisamente eso lo que la apabullaba: la impresión. Equivocada o no, encontrarlo sin el hábito le revelaba al hombre que había bajo la prenda—. Si decidí comer solo no fue por el intercambio de palabras que tuvimos esta mañana —agregó Robles—, sino por una cuestión de comodidad.

—No se siente cómodo en mi mesa.

Él movió la cabeza de un lado. El mohín de desconsuelo de Pilar lo exhortó a aclarar:

—No sería correcto que me presentara ante usted sin el hábito, y con este calor he decidido prescindir de él.

—Entiendo. Que lo aproveche —susurró al cabo de una pausa.

Pilar se retiró. La cena le supo insípida sin la compañía del fraile. Cuando acabó, pasó por la sala y se detuvo frente al piano. El instrumento seguía cubierto por el crespón que ella había mandado poner tras vivir la peor noche de su vida. “¿Cuántos años pasaron?”,

se preguntó. “¿Cuántos? Y todavía me siento tan sucia como aquel día”. Sacudió la cabeza y siguió camino hasta la alcoba.

Como cada noche, fue Gilberta quien la ayudó a prepararse para ir a la cama. Durante todo el proceso, la criada la notó más triste que otras veces. No era de extrañarse, doña Pilar solía caer en esos estados de melancolía. En esos momentos de derrumbe emocional, desaparecía la mujer enérgica, de carácter, que se llevaba el mundo por delante y emergía la desamparada muchacha que el difunto Esquivel había traído a esa misma casa años atrás. Lo malo era saber de qué manera acabaría asfixiada esa tristeza; en la mesa de noche, la viuda había vuelto a llenar la petaca con el licor comprado en lo de don Gaspar esa mañana. Porque ella era esclava, no tonta, y sabía muy bien qué había en los paquetes que su ama sacaba discretamente de la tienda de Santa Coloma.

No fue hasta que la tuvo sentada en la otomana para cepillarle el cabello que Gilberta decidió hablar. Había algo que la preocupaba y tenía que soltarlo de una vez.

—Debería hablar con su cuñado para que despache a Balderas de la estancia. No me gustó nada cómo la trató ese hombre.

—¿Desde cuándo tengo que pedirle a alguien que me defienda, Gilberta? Mañana iré a ver al doctor Aguilar para que se ocupe de liquidar cualquier pendiente con el capataz y asunto arreglado.

—¡Pero es que ese hombre la amenazó!

—No le tengo miedo.

—Pues yo creo que debería. El despecho es mal consejero, y Balderas no tiene un pelo de caballero. Si acaso se propone ensuciar su buen nombre…

La carcajada hueca de la señora la llamó al silencio antes de acabar la frase.

—Ensuciar mi buen nombre —repitió la viuda con una nota ácida en la voz—. Dime, Gilberta, ¿de qué me sirve aparentar lo que no soy?

—Una vez me dijo que los apellidos de algunas familias ilustres son como las bonitas alfombras de Grus… Grus…

—Bruselas.

—¡Eso! Que los apellidos son como las alfombras que engalanan un salón. A nadie le importa si debajo hay tierra acumulada, baldosas gastadas o rotas, porque todo queda escondido bajo el paño mullido. Mi señora no dejará que un hombre le quite la alfombra, ¿verdad?

Pilar respiró hondo y bajó la mirada. Sobre los hombros le pesaba el cansancio físico y mental de una larga jornada. No era cierto que no le temiera a Anselmo, pero no estaba dispuesta a mostrarle sus miedos a nadie, ni siquiera a Gilberta. Una vez había permitido que la doblegaran a través de ellos y se había jurado aparentar arrojo hasta en los peores momentos, aun cuando por dentro la consumiera el desasosiego. Su criada tenía razón, ningún hombre volvería a avasallarla y para eso era menester conservar lo único que quedaba en ella: la apariencia, el buen nombre. La rica alfombra de Bruselas.

—Ve a dormir, Gilberta.

—¿No quiere que le trence el cabello?

—No. Déjame sola. Por favor —añadió en un susurro casi inaudible.

* * *

A medianoche comenzaron a oírse los primeros truenos. En el despacho de la Casa Grande, Bracamonte y Robles conversaban a puerta cerrada.

—El norte del continente, a diferencia de las tierras divididas entre España y Portugal, ha establecido un precedente de emancipación en la unión de sus trece colonias contra Inglaterra —explicó don Lorenzo—. La declarada independencia de los Estados Unidos de América fue apoyada por Francia y España, por entonces enemigos de Gran Bretaña; no es de extrañarse que las colonias del Sur vean al Norte como un ejemplo a seguir. A pesar de que las insurrecciones aplacadas en la América hispana durante los últimos años fueron esporádicas e independientes entre sí, los criollos han comenzado a gestar sus propias ideas emancipadoras. El monopolio impuesto por España y los sobreprecios que sufren las mercancías traídas desde los países productores de Europa son un peso imposible de soslayar, pero sería de necios creer que se trata de una mera cuestión económica.

—Por lo que me dice, infiero que la orden masónica ha tenido mucho que ver en la independencia de los Estados Unidos de América, y ahora va por más. Me pregunto si es puro idealismo o existe alguna

otra cosa.

—Me complace que exprese a viva voz este tipo de cuestionamientos. No somos un grupo de fanáticos, Robles. Defendemos nuestros principios, o ideales, como prefiera llamarlos, pero eso no impide que observemos otras cuestiones. No faltará quien, en nombre de la orden, persiga sus propios intereses. ¡Ninguno de nosotros es crío de pecho! Independizarse España podrá ser un romántico ideal para algunos, pero también responde a los intereses de otros. Por un lado, están los precursores velados tras una máscara, aquellas naciones a las que le será muy conveniente que nos quitemos de encima a España; por el otro, estamos nosotros, los súbditos atados de pies y manos, deseosos por soltarnos.

—Mi difunto padre solía decir que es de hombres inteligentes dejarse usar cuando la causa nos beneficia.

—Muy sensato lo de su padre. La orden no necesita adeptos fanáticos, sino hombres inteligentes, Robles. Una vez que entienda eso, estará listo para sumarse a la Logia Independencia.

El siguiente trueno hizo temblar los paneles del ventanal.

—Creo que deberemos dar por finalizada la reunión —dijo Bracamonte—. Pronto le será imposible transitar las calles bajo el aguacero.

—¿Se ha sabido algo más sobre los dos asesinatos que se investigan?

—El alcalde ha interrogado a los criados de Belloso. Todos dicen no haber visto ni oído nada durante la noche en que se llevó a cabo el crimen. Por si acaso, Álzaga mantiene preso a dos de los esclavos de don Marcelino. Con respecto al caso Guzmán, el negro Calixto ha quedado libre gracias al buen desempeño de un procurador de oficio.

Robles asintió. Los recientes asesinatos despertaban su curiosidad; más si se tenían en cuenta las sospechas que circunscribían a ambos casos. ¿Podía ser que los esclavos se estuvieran sublevando? A nadie se le escapaba que tanto Belloso como Guzmán solían azotar a sus negros hasta la inconsciencia. ¿Serían estos casos de justicia por mano propia, de venganza?, se preguntó camino a casa.

Las primeras gotas comenzaron a caer antes de que alcanzara la puerta de calle que daba a sus habitaciones. Se reprochó el olvido de haberla cerrado con llave antes de irse; un descuido que podía

permitirse en cualquier sitio menos en Buenos Aires y habida cuenta de los asuntos en los que andaba metido últimamente. Una vez adentro, Américo se quitó el hábito y lo tendió sobre el respaldo del sillón para que se secara en el transcurso de la noche. Consultó el reloj de bolsillo: las dos de la madrugada. Recién cuando entró a la alcoba advirtió que la puerta que comunicaba con el resto de la casa se hallaba abierta de par en par. Maldijo entre dientes por no haberle puesto el pasador interno antes de salir.

Estuvo a punto de cerrarla cuando oyó el estrépito de un objeto que, supuso, dio contra el mazarí de la sala. Pensó en la escena que le esperaba si acudía a ayudar a doña Pilar, a quien imaginó en estado de ebriedad caminando a tientas sobre la cerámica rota de algún jarrón. Volvió a proferir una maldición y atravesó la puerta. Sin hacer ruido, se asomó al pequeño ventanuco enrejado entre pared y pared. La sala estaba a oscuras, ni siquiera con esfuerzo podía ver la silueta de la joven. ¿Se le habría apagado la vela?

Fue gracias a la luz del relámpago que se coló a través de las celosías de las ventanas que el misterio le fue develado para congelarle la sangre. El fugaz resplandor dio forma a una silueta oscura que nada tenía que ver con la de Pilar. El corazón de Américo dio un salto, para alertarlo ante el peligro. Se palpó el bolsillo y recordó que el cuchillo que llevaba encima para protegerse estaba en el bolsillo del hábito.

Fue por el arma con sumo cuidado para que sus pasos no alertaran al intruso. Volvió a colocarse tras el ventanuco interno esperando que otro relámpago lo ayudara a localizar a la presa. Por fin, la naturaleza encendió la chispa y la sala se iluminó por completo. No había nadie. Esta vez fue más rápido en sus movimientos y cruzó el recinto en dirección al patio. El aguacero no le impidió distinguir con claridad al hombre de capa oscura que corría hacia el sector de los dormitorios.

La certeza de que el supuesto intruso conocía la casa le llegó cuando lo vio asir el pomo de la puerta del dormitorio de la viuda de Esquivel. ¿Y si se trataba de su amante?, elucubró. ¿Qué tal si lo que suponía un asalto a mitad de la noche no fuera más que una cita romántica? Vaciló un momento hasta que decidió no arriesgarse. Podía caérsele la cara ante un papelón semejante, pero no cargaría con la culpa de no haber hecho nada en caso contrario.

Robles corrió hacia el dormitorio. El ruido de la lluvia cubrió el taconeo de sus botas, de manera que su aventón tomó desprevenido al

hombre que se disponía a cruzar el vano de la puerta. Una vez en el suelo, el intruso fue un bulto negro que se propuso reducir sin el uso de su arma. Lo golpeó a puño limpio hasta sentir la viscosidad y tibieza de la sangre en los nudillos.

* * *

Pilar despertó sobresaltada. Tardó en despojarse de la sensación de irrealidad que arrastraba el sueño y comprender lo que estaba pasando prácticamente a los pies de su cama. La puerta del dormitorio estaba abierta, y un bulto enorme se movía a escasos metros de ella. Lo primero que atinó a hacer fue gritar. Saltó de la cama y, mientras la visión se le ajustaba a la penumbra, se dirigió a la cómoda de donde tomó un jarrón de cerámica como arma de defensa.

—¡Encienda una vela!

Reconoció la voz de Robles y, aliviada, hizo lo que le ordenó. La trémula llama no sirvió de mucho hasta que la joven tomó la palmatoria y se acercó a los pies de la cama. Abrió la boca por el asombro que le produjo la escena: don Américo reducía a horcajadas a un Anselmo Balderas semiinconsciente y con la mitad inferior del rostro cubierta de sangre.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hace este hombre aquí?

—¿Lo conoce?

—¡Claro que lo conozco! Es el capataz de La Florida, se lo presenté el día de ayer.

Balderas farfullaba incoherencias tendido sobre la alfombra. Robles se quitó de encima y tomó el cuchillo que había dejado en el suelo para golpearlo a puño limpio y lo mantuvo en posición de defensa, por si el capataz se recuperaba y decidía dar pelea.

—Explíqueme lo que sucedió —demandó Pilar—. ¿Cómo llegaron los dos hasta mi dormitorio?

—Las explicaciones tendrán que esperar, señora. Llame a su esclavo para que me ayude a maniatar a este hombre y a llevarlo con las autoridades. Que sea el capataz de su estancia no le da derecho a meterse en su casa en medio de la noche como lo hizo.

—¡No! —gritó ella—. A este asunto lo resolveré personalmente sin la intervención de autoridad alguna.

—Doña Pilar…

—Haga lo que le digo. Tome —añadió presurosa y le alcanzó a Robles unas cintas de seda que sacó de un cajón de la cómoda.

—¿Qué se supone que quiere que haga con esto? —preguntó incrédulo.

—¡Átelo! Prefiero asegurarme de que ese hombre no intentará dañarnos cuando hablemos con él.

—¿Hablemos?

—No pensará dejarme sola con el hombre que acaba de reducir, ¿o sí?

Robles exhaló el aire, frustrado. Miró las cintas de colores y, de no ser por la situación, se habría echado a reír. Hizo lo que pudo para atarle con seda las muñecas de Balderas en la base de la espalda. Luego, apoyó medio cuerpo del hombre contra la pared del cuarto y cerró la puerta. La lluvia caía copiosa en el patio y salpicaba la galería que protegía la entrada de los dormitorios.

—Le aconsejo que se ponga algo. Su empleado no tarda en volver en sí —dijo Robles.

—Ya no es mi empleado —repuso la viuda al tiempo que tomaba un salto de cama y se lo colocaba—. Esta mañana lo despedí.

La mirada que le dispensó el profesor la instaba a hablar. Era evidente que no pensaba participar de lo que fuera que estuviera a punto de suceder si no le explicaba el resto.

—Balderas se ha tomado ciertas atribuciones que no le corresponden y decidí despedirlo —precisó—. Me ha faltado al respeto, y eso es algo que no puedo permitir.

—Dice que lo despidió esta mañana.

—Ese episodio con el mendigo… Le mentí. El capataz me abordó al salir de la tienda y cruzamos unas palabras tras las cuales tomé la decisión. Amenazó con… —Robles la exasperó con su mirada inquisitiva—. ¡Bueno! Me amenazó y punto. ¿Qué más quiere que le diga?

—¿Amenazó con hacerle daño?

—Moral —apuntó ella—. Dijo que si lo acusaba con las autoridades diría cosas que… no son ciertas.

Robles cerró los ojos y se llevó una mano a la frente. Le quedaba más que clara la razón por la que doña Pilar pretendía solucionar las cosas a su modo, sin intervención de las autoridades.

Balderas abrió los ojos e intentó incorporarse. Soltó un sonido gutural, que evidenciaba dolor, y enfocó la mirada. Había entrado a la casa de su amante por los cuartos que el difunto Esquivel usaba para jugar, apostar y beber con sus amigos y, al comprobar que estos estaban ocupados por el huésped y que la cama no mostraba signos de ocupación, le había hervido la sangre. Imaginó al fraile en la cama de quien, para él, seguía siendo su mujer, revolcándose mientras Balderas se sumía en la desesperación por haberla provocado esa mañana al punto de que lo despidiera sin contemplaciones.

Se había propuesto hacer las paces con ella, pedirle disculpas por el modo en que la había abordado al salir de la tienda, pero, inyectado por la furia de lo que suponía una vil traición, se internó en la casa con la intención de sorprender al fraile y a la dama en una situación comprometedora. No llevaba armas encima, no estaba allí para dañar a nadie, sino para rendirse a los pies de la mujer que amaba, y mientras se dirigía a la alcoba principal se arrepentía de no haber tomado el cuchillo para vengar tamaña felonía.

Anselmo miró a la viuda, luego a Robles –el religioso iba vestido, notó–, y enseguida recordó la embestida por detrás al momento de abrir la puerta del dormitorio. El fraile, ahora sin hábito, no estaba dentro de la alcoba cuando él entró. Esa conclusión lo tranquilizó, aunque no por mucho tiempo: enseguida se dio cuenta de que tenía las manos atadas a su espalda y bufó de impotencia.

—Esto no es necesario, patrona —reclamó en un tono plañidero al señalar sus brazos.

—Ya no soy su patrona, Balderas.

—No me haga esto, doña Pilar —sollozó el hombre—. Cometí un error y he venido a subsanarlo.

—¿Metiéndose en mi alcoba a mitad de la noche?

—Necesitaba hablar con usted. Sabe que sería incapaz de hacerle daño. La discusión de esta mañana… Estoy arrepentido de todo lo que dije. Yo… moriría antes de dejarla.

Robles miró a la mujer, y ella tuvo la lejana impresión de que él no conseguía dominar la sonrisa que pugnaba por asomarle a los labios. ¿Acaso se estaba divirtiendo a su costa?, se preguntó algo colérica.

—No entiendo cuál es la gracia —inquirió.

Antes de responderle, Américo la asió del brazo y la arrastró hasta la otra punta del dormitorio.

—Que me parta un rayo si eso no ha sido una declaración de amor —susurró—. Y, si no me equivoco —agregó—, no es la primera vez que este hombre visita sus aposentos, señora.

El rojo intenso en las mejillas de la viuda y el modo en que apretaba los labios le respondieron sin necesidad de palabras.

—Será mejor que los deje solos.

—¿Qué dice? ¿Está loco? —lo detuvo ella—. No puede dejarme sola con este hombre.

—Este es un asunto entre amantes, y no pienso inmiscuirme.

—¡Le juro que no! Bueno… Admito que alguna vez lo fue, pero… ¡Ayúdeme a terminar con esto, Robles!

—¿Cómo?

—¡Apoyándome! Suéltenos un sermón sobre moralidad. Fingiré ser una pecadora arrepentida, usted haga su parte. Dígale que lo que hicimos está mal, que nos espera el infierno si no hacemos un serio propósito de enmienda. ¡Vamos, que algo debe de haber aprendido en lo que lleva puesto el hábito!

—No tiene vergüenza. ¡Fingir ser una pecadora arrepentida, dice!

Lo espantó la falta de escrúpulos de doña Pilar. Él acababa de aporrear a su amante y, para quitárselo de encima, ella le pedía que, además de golpearlo, lo manipulase a su antojo y conveniencia, que le hablase de moral, del propósito de enmienda. ¿De dónde iba a sacar un discurso semejante si él no tenía la mínima idea de lo que era sermonear como un verdadero religioso?

Se acercó a un Anselmo compungido y lloroso. Sintió pena por él y, por qué no admitirlo, un poco de vergüenza ajena. El hombre no

parecía molesto por la humillación, sino arrepentido y dispuesto a todo por recuperar a su amante. “Muestre un poco de orgullo, Balderas; solo un mínimo de amor propio”, deseó pedirle. En lugar de eso, se agachó frente al excapataz de La Florida y dijo:

—Balderas, la señora Esquivel me dice que es usted un buen hombre y no intentará causar más problemas. Voy a desatarlo para que podamos hablar como personas civilizadas.

Por el rabillo del ojo, advirtió que la impaciencia dominaba a doña Pilar. Rogó internamente para que no interviniera y lo echase todo a perder. Anselmo inclinó el torso hacia adelante y, una vez libre de ataduras, bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Conversemos en la sala —propuso.

Sobre el salto de cama, Pilar se colocó la mantilla más amplia que tenía para cubrirse mejor. El accesorio la envolvía hasta por debajo de la rodilla. Se calzó rápidamente unos chapines y atravesó el patio corriendo bajo la lluvia a la zaga de los dos hombres. En la sala, se ocupó de llenar tres vasos con licor. Ignoró la mirada de reproche de don Américo; ella también necesitaba algo fuerte para serenarse.

Capítulo x

Estancia La Luz, segunda mitad de febrero de 1795.

La primera semana trascurrida en la estancia de los Bracamonte fue apenas el comienzo de una aventura inolvidable entre Inés Montiel y Abel Rojas. Ambos eran conscientes de que, tras esos días maravillosos que compartían marginados del mundo, tendrían que enfrentarse a la realidad y de que la aventura llegaría a su fin al cabo de la siguiente semana. Lo que les esperaba más allá era una pelea descarnada en nombre del amor que se profesaban. Dejaría de ser una aventura para transformarse en una guerra, en la que estaban dispuestos a luchar codo a codo. Los juegos en el agua, amarse con pasión y ternura sobre la marisma y bajo el sol estival, las cabalgatas, las risas y arrumacos a escondidas: todo eso llegaría a su fin.

Inesita se consolaba pensando que no importaba lo que sucediera después, nadie le quitaría esos momentos. Nadie, jamás, le borraría de la piel, de los labios, los besos ardientes que le prodigaba su amado. Lito intentaba empaparse del optimismo de ella, pero, de cuando en cuando, suspendía las caricias sobre el cuerpo marmóreo de Inés y sucumbía al miedo de perderla para siempre.

—No voy a dejar que nos separen —le prometía ella cuando lo notaba sumido en ese trance desesperado—. Primero lo intentaremos por las buenas. Si no están dispuestos a aceptar que nos amamos, será por las malas —añadió una tarde.

—¿Qué significa por las malas, Inés? —quiso saber él.

Se encontraban tendidos sobre una fina manta, a la sombra de un ceibo. A unos pocos metros, la corriente de agua competía con el sonoro concierto de las chicharras. Se sentían llenos de energía, a pesar de haber nadado largo rato. Aquella actividad se había convertido en el juego preliminar que acababa siempre en el mismo sitio, sobre la manta, bajo el ceibo. Una vez consumado el rito amoroso, las respiraciones se aquietaban y las caricias lánguidas hablaban su idioma.

—Nos escapamos —respondió ella.

—¿Adónde iríamos?

—No lo sé. ¿A Córdoba? Le escribiré a Julián. Estoy segura de que él va a ayudarnos.

—Tu hermano es cura, ¿crees que consentirá nuestra unión sin haber pasado antes por la Iglesia?

—Le pediré que nos case. No podrá negarse a hacerlo cuando le diga que ya me entregué a ti. ¿Sabes lo que significa la palabra esponsales, Lito?

—Es una promesa mutua de matrimonio —dijo él, sin apartar los ojos de ella.

—Una promesa que nos hace esposos de hecho.

—Pero yo no quiero ser solo un marido de hecho. Eso nos convertiría en concubinos —agregó hierático—. Lo que yo quiero es ser tu esposo ante la ley y, para eso, debe haber una boda.

—La tendremos.

—Ojalá pudiera ser tan optimista como tú —replicó Lito; se tendió otra vez de espaldas sobre la arena caliente.

Inés se le montó encima y pegó su frente a la de él.

—No podría respirar si creyera, aunque fuera por un momento, que lo nuestro es imposible, Lito. Ten fe, porque, si tú no la tienes, entonces habremos perdido la guerra antes de empezar.

La miró a los ojos y sonrió. En las casi dos semanas que llevaban juntos, la niña que había llevado a nadar al río una tarde se había convertido en una mujer, nada menos que en sus brazos. La rodeó para apretarla contra él y le besó la frente varias veces. Dos tardes más, pensó, y la vería partir con sus hermanas, escoltada por los soldados de Urquijo. Tenían dos días para decidir cómo seguir, quien movería la primera ficha del tablero.

—Cuando llegues a Buenos Aires, esperas a que yo hable con don Lorenzo —declaró, decidido—. No voy a pedirle permiso, sino a ponerlo al tanto de lo nuestro. Luego, hablaré con tu madre.

—¿Y yo? ¿Qué quieres que haga mientras tú expones el cuello en la guillotina?

—Reza, Inesita. Reza para que, tarde o temprano, todos acepten

lo nuestro por las buenas.

Después de decir esto, al apretón de él lo igualó la fuerza que Inesita imprimió en sus brazos para corresponder el gesto. Fue el modo que encontraron para infundirse valor. Sabían lo que les esperaba una vez que todo se supiera.

* * *

Gabina volvió a pincharse la yema del pulgar por coser distraída. El bordado que tenía entre manos era un galimatías de hilos de colores que no respondía a ningún patrón. Consuelo se había reído sin reparo al ver las supuestas flores que su hermana bordaba sobre el pañuelo blanco.

—Si continúas así de distraída, no solo echarás a perder el pañuelo con tus exóticas flores, sino que acabarás por dejarte el pulgar hecho un coladero —chanceó la mayor.

Al otro lado de la mesa, Martín la miró con los párpados entornados y sonrió. Habían estado conversando largo rato sin pronunciar una sola palabra, comiéndose con los ojos. A Gabina, el juego la seducía con tanta eficacia como los cortos besos que su prometido le había robado a lo largo de las dos semanas que llevaban en la estancia. Podía decirse que Urquijo había logrado lo que nadie: tener en un puño a la más indómita y esquiva de las doncellas porteñas.

—¿Jugamos otra partida? —ofreció Miguel mientras recogía los naipes que estaban sobre la mesa.

—Mejor salimos los cuatro a tomar un refresco en la galería, ¿qué dicen? —propuso Gabina—. ¿Inés? —se dirigió a su hermana, quien se encontraba sentada junto al ventanal.

Ella apartó la vista del libro que tenía en las manos y observó, casi con aburrimiento, a los tres jóvenes que esperaban una respuesta.

—¿Qué quieres?

—Que salgamos a ver la última puesta de sol.

La frase de Gabina le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral hasta instalársele en la nuca. “Última puesta de sol”, había dicho. Sonaba como un presagio agorero para ella, teniendo en cuenta que al día siguiente volverían a Buenos Aires y no

vería a Lito los siguientes días. Ciertamente, el sol se pondría para ambos ese atardecer, aunque esperaba que el destino permitiera que volviese a salir, más refulgente que nunca cuando triunfase el amor.

—Salgamos —accedió en un intento de disimular la falta de ganas.

No tenía el mismo ánimo que Gabina esa tarde. A ella se la veía radiante, la sonrisa flamígera le iluminaba los ojos verdes y el amor le brotaba por los poros, como si se tratase de las hojas de un árbol en primavera. Martín Urquijo no se quedaba atrás. Aunque más moderado, no conseguía velar los sentimientos que transgredían su circunspección habitual. Hacía grandes esfuerzos frente a los soldados cuando se acercaba a ellos en compañía de Gabina; no se permitía siquiera sonreír, pero la alacridad de su espíritu era tan evidente que hasta ellos se daban cuenta del cambio operado en el oficial.

* * *

El alférez Remigio Pardo encabezaba el grupo de soldados que habían salido esa tarde a ejercitar a los caballos. Atravesaba los jardines en el lomo del animal cuando se fijó en las dos señoritas que se abanicaban con afectada elegancia en la galería frontal de la casa. Torció el gesto al ver que su superior se acercaba a la mayor para decirle alguna cosa.

—¡Qué engañado está! —escupió con rabia.

No podía creer que un hombre tan inteligente como don Martín se hubiera dejado engatusar por una gazmoña del montón.

—¿A quién te refieres? —preguntó su compañero, que se había puesto a la par. Pardo se limitó a señalar al oficial con el mentón.

—Las Montiel no son de fiar.

—¿De dónde sacas eso, hombre?

—Lo llevan en la sangre. ¿No escuchas lo que se dice de la mayor de las hermanas?

—La mayor es una señora con todas las letras, Remigio.

—No estoy hablando de doña Consuelo sino de la otra, la que quedó viuda y vive sobre San José.

—La gente dice muchas cosas, de ahí a que sean ciertas…

—La viuda de Esquivel ha tenido más amantes que crespones en las ventanas desde que se le murió el marido; todo el mundo lo sabe.

—¿Y eso qué?

—La más chica se acuesta con uno de los peones de esta estancia —continuó Pardo.

—Sí, bueno… Tal parece que don Martín eligió a la mejorcita.

—¿Mejorcita? Hay que ver, Florentino. ¡Hay que ver! Una fruta podrida infecta el barril.

—En todo caso, ese es asunto del comandante, Pardo. Dejémonos de cotilleos de matronas y llevemos los caballos al bebedero.

* * *

Al otro lado de la casa, Consuelo observaba a los niños de brazos cruzados. Les había escondido una bolsa de golosinas en el jardín y ellos se disponían a encontrarla. Valentina, su primogénita, lideraba el grupo de búsqueda y les había pedido que se dividieran para dar más rápido con el botín, al que ella denominaba “tesoro”. Luz, la segunda, revisaba el matorral de geranios, mientras Gabriel, el de cinco años, hacía lo mismo a los pies de un crisantemo.

Chelo puso atención a Lucio. Los últimos días lo había notado algo desanimado. En ese momento, el niño mostraba desinterés por encontrar el tesoro; lo que hacía era recoger flores variadas del jardín, dándole forma a un surtido y particular ramo. Su sobrino la descubrió observándolo y se le acercó con pequeños saltos que evidenciaban su alegría.

—Son para mi madre —dijo y se las enseñó.

—¡Preciosas! A tu madre le encantarán. Tendremos que ponerlas en agua hasta mañana para que no se marchiten.

Entraron a la casa y pidieron a una de las criadas que les alcanzara un jarrón. Mientras Lucio colocaba las flores en el recipiente con agua, Chelo le revolvió el cabello en un gesto cargado de cariño.

—Hoy estás más contento, ¿puedo saber a qué se debe?

Lucio pareció avergonzarse. Se alzó de hombros, como si quisiera restarle importancia a lo que estaba a punto de decir.

—Es porque mañana nos vamos.

—¿Tanto te has aburrido en la estancia? —se asombró Chelo. Él negó con la cabeza—. ¿Extrañas a tu madre? —Lucio asintió; parecía avergonzado al tener que admitirlo.

—No tienes por qué avergonzarte, tesoro. La extrañas porque la amas, y eso está bien.

La tía despejó la frente del sobrino al barrerle los mechones de cabello hacia atrás con la punta de los dedos.

—También ella debe de haberte extrañado muchísimo —susurró. El corazón le dio un vuelco cuando lo vio negar con la cabeza—. Tu madre es cabeza dura, pero te ama, Lucio.

Otra negación del niño y las lágrimas de consuelo pugnaron por desbordarle los ojos. Hizo un esfuerzo enorme por retenerlas.

—Pero es más buena conmigo desde que está fray Robles —soltó Lucio con total naturalidad.

—¿Fray Robles?

—Es amigo del tío Julián. Me está enseñando a tocar el piano y el violín —agregó el chico, entusiasmado al saber que, al día siguiente, vería a su amigo y podrían continuar con las clases.

La mención de los instrumentos musicales hizo que la mujer los asociara al apellido. ¿Podía ser?, se preguntó.

—Dime, Lucito. ¿Conoces el nombre de pila de fray Robles? —El niño asintió.

—Américo.

—Américo Robles —repitió ella, y los recuerdos se asomaron a su boca en forma de sonrisa—. ¿Y dices que te enseña a tocar el piano y el violín? —Otra afirmación—. Es él.

Las piezas encajaban a la perfección. Julián le había contado en una de sus cartas que el profesor estaba en Córdoba y tocaba el órgano en el coro de la iglesia donde él servía. Consuelo tuvo ganas de verlo y agradecerle, después de mucho tiempo, la ayuda que Américo Robles le había brindado años atrás.

—Lucito, amor mío, háblame de tu profesor —inquirió sin poder

contenerse—. ¿Cuánto hace que tomas clases con él?

—Desde que vino a vivir a la casa.

El pasmo le borró la sonrisa de un plumazo. ¿Robles en casa de Pilar? No atosigaría a su sobrino con preguntas suspicaces, se dijo. Al día siguiente arribarían a Buenos Aires y hablaría con Pilar. ¿Por qué no se lo había contado ella misma cuando la visitó antes de viajar a La Luz? La respuesta a esa pregunta la formuló su propio desánimo: la viuda había cambiado mucho los últimos años; la distancia entre ellas era ingente y, aunque se negara a admitirlo en voz alta, la esperanza de volver a ser confidentes se esfumaba como humo en el aire cada vez que intentaba acercársele.

Valentina y sus hermanos entraron alborotados de dicha por haber hallado la bolsa de golosinas que su madre se dispuso a repartir entre los cuatro. Al tiempo que dividía el tesoro, Chelo no dejaba de pensar en Américo Robles. Saberlo en casa de Pilar le aguijoneaba la curiosidad. Lo recordaba un hombre de buenas costumbres, respetuoso, hábil en ganarse la confianza de los niños, generoso y humilde. ¿Fraile? No le extrañaba en lo absoluto, pero… ¿qué hacía un fraile en casa de Pilar? Era la pregunta más recurrente que le venía a la mente. Tenía que averiguarlo.

* * *

—No llores. No es así como se suponía que íbamos a despedirnos —le reclamó Lito.

Se encontraban abrazados en un rincón oscuro del establo. Inés no lograba contenerse. Separarse de Lito no era fácil, sobre todo cuando el miedo de que no volvieran a verse le horadaba el alma. Le temía a la oposición categórica de su madre, al obstáculo social que les partía el mundo a la mitad.

—Lo siento —sollozó.

—Tranquilízate —pidió él. Apretó el abrazo para solazarla allí—. Recuerda que, si no es por las buenas, será por las malas, pero estaremos juntos pase lo que pase.

Ella asintió y, obediente, puso todo de sí para serenarse. Tampoco quería despedirse de Lito en esas condiciones; sin embargo, cada vez que pensaba en lo cuesta arriba que se les haría el camino, la atería la posibilidad de perderlo.

—¿Y si me encierran en un convento?

—Me vestiré de monja para rescatarte. —La risa compungida de la muchacha lo llenó de ternura—. Inés, mírame —pidió. Ella obedeció—. Te amo como nunca imaginé que sería posible amar, ¿lo entiendes? Otra habría sido la historia si tú no me amaras; no pienso dejarlo, enfrentaré lo que sea por ti, por nosotros.

Le prometió que iría a verla cuando se celebrase la asunción del nuevo virrey, y eso la animó un poco.

—Confía en mí, Inesita.

* * *

La carreta se puso en marcha tras los dos soldados. A la zaga iban Pardo, otro de los alférez y Urquijo. Los de rango inferior comentaban lo mucho que extrañaban el puesto de la guardia.

—Falta muy poco para que el cielo los encuentre corriendo nuevamente detrás de un malón, señores—dijo el oficial.

—Los milicos no somos nada en tiempos de paz —terció Pardo—. Si no fuera por los salvajes, ni siquiera tendríamos razón de existir en esta tierra.

—Se equivoca, soldado. Nuestra razón de existir es garantizar la paz, no la pelea.

—¡Bah! No va a decirme que no le bulle la sangre cuando cortamos el viento a caballo persiguiendo a esos herejes o encendemos la mecha de un fusil.

Urquijo sonrió. Pardo estaba en lo cierto: él amaba su profesión y sabía que era en el fulgor de la batalla cuando la sabia de la vida borboteaba en las venas de un militar de pura cepa. A pesar de haberse criado en un hogar tranquilo, donde un sobresalto respondía a la caída de un jarrón o a cualquier otra nimiedad doméstica, vestir el uniforme que llevaba en ese momento tenía un enorme significado para él: era responsable de la seguridad de otros, representaba la fuerza de la autoridad contra lo que fuera que amenazase la paz de la tierra y la gente que la habitaba, y estaba dispuesto a dar su vida por eso.

La mirada se le escapó hacia la caja del carro, donde Gabina conversaba con su hermana mayor. Martín no pudo evitar pensar en lo

mucho que habían cambiado las cosas las últimas dos semanas. Al momento de comprometerse en matrimonio con la señorita Montiel, la chica le gustaba, y mucho. No podía negar que conquistarla había representado un desafío al principio. Después de todos los momentos compartidos con ella en la estancia de los Bracamonte, la atracción generada entre ambos se había convertido en otra cosa. ¿La amaba? ¿Estaba enamorado de Gabina Montiel? No podía asegurarlo. Lo que sí sabía era que la pasión que ella le despertaba se había vuelto incontrolable, que la deseaba como a ninguna otra mujer. Quería darle una vida soñada, un hogar, criados, hijos; protegerla con su vida si fuera necesario.

—Cuando uno está solo —caviló en voz alta—, el peligro es aire fresco en medio de un calor agobiante. ¿Qué miedo puede uno tener al desenvainar un arma si nadie lo espera?

Pardo comprendió el mensaje del oficial. De manera que, se dijo, una vez casado con la gazmoña, Urquijo no disfrutaría del aire fresco, lo amedrentaría desenvainar el arma ante la posibilidad de acabar muerto en la batalla. Un mal presentimiento le endureció las facciones.

—¡No andará pensando dejar la milicia, don Martín! —espetó.

El oficial apartó los ojos de Gabina y los posó en el soldado que tenía a su lado.

—El que nace chicharra muere cantando, Pardo. Aunque mis padres –que en paz descansen– soñaron una vida distinta para mí, no ignoraron que por mis venas corría la sangre de varias generaciones de oficiales. La carrera militar me puso donde debía estar y no renunciaré a ella por nada; eso sería como negarme a mí mismo.

—¡Más vale así! Por un momento —suspiró el soldado—, creí que nos largaba la guardia y se quedaba entre estos porteños estirados.

—No olvide que está hablando con un porteño, soldado —le recordó el oficial. Contuvo la sonrisa al notar la incomodidad del subordinado—. No renunciaré al cuerpo, aunque… es muy posible que pida mi traslado —concluyó.

Los ojos de Pardo parecían querer devorárselo. Le costaba creer que el mejor oficial del Cuerpo de Blandengues renunciara a su puesto en Luján por una mocosa que lo llevaba de las narices aun antes de abrírsele de piernas. ¿O la muy mosquita muerta ya daba uso al milenario secreto que echaba a perder al más viril de los hombres? A

Dios daba gracias porque a él nunca había logrado engatusarlo una hembra, por muy dispuesta que fuera. Un verdadero macho era desaprensivo y jamás se dejaba dominar por mujer alguna. La imagen que tenía de su admirado oficial se resquebrajó hasta hacerse polvo frente a sus narices.

—¿Qué le pasa, Pardo? ¿Por qué esa cara?

—Nada. Pensaba en Isidra —añadió con maledicencia.

Martín Urquijo le dedicó una mirada furibunda, aunque se contuvo al replicar:

—No debería hablar de este asunto con usted, Pardo, pero haré una excepción por tratarse de su hermana. Isidra es una buena mujer y, como pocas, ha comprendido desde el principio que la nuestra era una relación circunstancial y nada más que eso. Además, por si no lo sabe, rompí todo lazo con ella antes de viajar a Buenos Aires.

—Claro que lo sé —expresó, rencoroso, el soldado—. La pobre quedó hecha polvo después de hablar con usted.

—Lo lamento, pero no pienso hacerme responsable de una ilusión que nunca alimenté. Y, por las buenas, le digo: no vuelva a mencionarme este asunto, Pardo. Regrese o no a la guardia, su hermana y yo hemos terminado. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

El oficial espoleó el caballo y se adelantó al trote hasta ponerse a la par de la carrera. Pardo lo siguió con la mirada, tragándose la bilis que se le arremolinó en la garganta.

Capítulo XI

Ciudad de Buenos Aires,
segunda mitad de febrero de 1795.

Los gritos de Gilberta se hicieron sentir desde la puerta de calle hasta el pequeño despacho donde Pilar escribía una carta a su hermano Julián. La viuda frunció el ceño y dejó la pluma a un lado de la hoja antes de incorporarse y rodear la mesa, dispuesta a comprobar lo que estaba sucediendo.

Alertado por esos mismos gritos, Robles soltó el violín que tocaba en sus aposentos privados. Llegó a la sala al mismo tiempo que la dueña de casa y sonrió al ver al causante de tanto alboroto. Lucio recibía los estridentes halagos de Gilberta y una cálida bienvenida. El crío portaba en las manos un ramo de flores variadas y reía ante el aspaviento de la criada.

—¿Qué escándalo es este, Gilberta! —la amonestó la dueña de casa.

Robles dejó de sonreír. Sus ojos habían descubierto a otra persona tras el niño, una mujer que lo miraba con reconocimiento y afecto. Consuelo desvió la mirada para dirigirla hacia su hermana.

—Buenas tardes, Pilar.

—Buenas tardes —replicó la otra con fría solemnidad.

—Anda, Lucio —arengó la recién llegada; empujó suavemente al chico para que se acercara a su madre—. Entrégale tu regalo.

—Son para usted —le dijo, al tiempo que le tendió el ramo de flores a su madre.

La mujer lo tomó sin que se le moviera un solo músculo de la cara. Musitó un "gracias" que nadie hubiera podido oír de no ser porque el silencio se sentía como una neblina espesa dentro de la sala.

—Las juntó él mismo en los jardines de La Luz —le hizo saber Consuelo, a quien la incomodidad reinante no le malversaba la sonrisa —. Señor Robles —se dirigió al hombre—, es un placer volver a verlo.

—El placer es mío, señora.

—Gilberta, sírvenos algo para beber —ordenó la anfitriona con mal disimulado fastidio.

La malhumoró ese inesperado encuentro entre Chelo y su huésped, el modo en que se habían reconocido en silencio y sonreído como dos enamorados tímidos e inexpertos. Por otro lado, Lucio, que le había entregado un ramo de flores que la había sacado de eje. No sabía cómo proceder con el niño. Era su hijo, lo había abrigado en su vientre, pero no se sentía madre en el excelso sentido de la palabra.

—Por mí no te molestes, Pilar, no puedo quedarme —dijo la señora Bracamonte—. Acabamos de llegar de la estancia y apenas si he pasado por casa a saludar a Lorenzo antes de traerte al niño.

—¿Y te tomaste la molestia de traerlo personalmente cuando podías mandarlo con uno de tus criados? —espetó ella.

Luego sonrió, mordaz, asumiendo que su hermana estaba al tanto de la presencia de Robles y que haber llevado a Lucio le había servido de excusa.

—Para mí no es ninguna molestia, querida. Y si decidí venir sin pérdida de tiempo es porque Lucio me lo ha pedido expresamente. Le urgía verte; te ha echado de menos.

Pilar volvió a desestabilizarse. No sabía cómo defenderse de esos golpes bajos. Miró a la criatura que tenía en frente, él la observaba expectante, como si esperase algo que no estaba preparada para darle.

—Bienvenido —dijo.

A Robles le encendió la sangre tanta frialdad. En toda su vida, jamás había experimentado dos sensaciones tan viscerales y contrapuestas con respecto a alguien. Las personas generaban simpatía o animadversión; en el peor de los casos, indiferencia; sin embargo, no era normal sentir que las dos primeras se fundieran en una sola, que uno oscilara entre ambos extremos.

Decidió tomar el toro por las astas y recibir a Lucio con afecto. Se acercó a él, le revolvió el cabello impostando una sonrisa y acabó en cuclillas hasta que los ojos de ambos se encontraron a la misma altura.

—También nosotros te hemos echado de menos —dijo. ¿Por qué había hablado en plural? La voz de la razón fue clara y contundente:

por el niño—. ¿Lo has pasado bien?

El pequeño asintió.

Doña Consuelo se despidió de todos con un ademán de la mano. En ningún momento perdió la sonrisa, a pesar de la incómoda situación. Por el contrario, su hermana no hizo el menor esfuerzo y le devolvió el gesto con un asentimiento apenas perceptible.

Clemente y Jesusa, los esclavos, se llevaron el pequeño baúl con las pertenencias del niño, y Gilberta se hizo cargo de él. En la sala quedaron Robles y la viuda de Esquivel, envueltos en un silencio que parecía tener más peso que sus propios cuerpos.

—No me mire así.

—Así, ¿cómo? —inquirió él.

—Como si hubiera hecho algo malo.

—¡Pero si es usted un dechado de virtudes! ¿Qué podría reclamársele?

—No se meta en mis asuntos —contraatacó ella, mientras alzaba la falda para marcharse.

—Claro que no. Hasta que el agua no vuelva a llegarle al cuello, sabré mantenerme al margen.

Pilar ya le daba la espalda cuando la vio detenerse en seco. Podía imaginar el gesto de dientes apretados, las fosas nasales dilatadas por la furia, el cuerpo en tensión. Deseaba verla explotar como pólvora seca, que toda esa rabia contenida estallase en mil pedazos frente a sus ojos. Empezaba a creer que había algo debajo de ese odio, un dolor inconmensurable amasado durante años.

—Está cobrándose lo de Balderas —le oyó decir entre dientes.

—No acostumbro a cobrar favores.

—¿Está seguro? —espetó ella. Se dio vuelta para mirarlo a los ojos—. Piénselo bien. Por lo que acabo de ver, mi hermana estaría dispuesta a pagarle lo que hizo por ella.

—Su hermana es una señora de bien, una mujer inigualable. No la ensucie con difamaciones absurdas.

—Sigue enamorado de ella, ¿verdad?

Aquello lo tomó por sorpresa. Pilar parecía medir su reacción al tiempo que esperaba una respuesta que él no demoró en darle.

—No.

Fue categórico, preciso, dueño de la seguridad que le daba haber estado frente a la mujer de la que había estado enamorado alguna vez y por la que ahora solo sentía un afecto inocente, exento de pasión e intenciones. Pilar continuaba estudiándolo, buceaba en sus ojos pardos, se debatía entre creerle o no. Él le sostuvo la mirada al tiempo que se acercó hasta que ambos quedaron a un brazo de distancia.

—Ponga ese ramo de flores en agua —dijo.

El tono de voz, grave, vibrante, provocó un estremecimiento en Pilar. No se trató de una orden, una amenaza, tampoco un pedido y, sin embargo, era todo eso al mismo tiempo. Miró el ramo de flores que llevaba en las manos y asintió. Luego, huyó de la sala sin mirar atrás.

* * *

Américo salió de la Iglesia Mayor por la puerta trasera. Manuel Azamor y Ramírez había hecho un excelente trabajo desde su nombramiento como obispo de Buenos Aires, se dijo. A pesar de que la fachada del templo no estaba terminada, el interior de la catedral daba cuenta de una cuidadosa administración y constituía la obra más visible de un hombre metódico y dedicado. Una verdadera pena que el deterioro de su salud impidiera a Azamor continuar dirigiendo la sede episcopal; sufría una grave afección al hígado, enfermedad que lo obligaba a pasar más horas en reposo que administrando sacramentos.

Robles se caló el sombrero de copa y echó a andar en dirección a la plaza. Tenía previsto visitar a dos nuevos alumnos y confirmar su asistencia a la tertulia que se llevaría a cabo en casa de los Anchorena. No sería un invitado más, le habían encargado amenizar la reunión junto a otros músicos locales.

Frente al Cabildo, un grupo de vecinos conversaba acaloradamente. Aunque no llegó a oír lo que decían, le llamó la atención que el mismísimo alcalde en persona saliera del edificio y se dispusiera a calmarlos. Se acercó con la intención de averiguar lo que sucedía. La voz de don Martín Álzaga se hizo escuchar por encima de las protestas.

—Estoy trabajando en ello. No pierdan la calma, señores.

—¡Deberían vigilar mejor a esa gente! —gritó un vecino que se hallaba entre la multitud—. ¡Dentro de poco, no habrá quién controle a los negros!

—¿Dónde se ha visto que un esclavo sepa leer y escribir? —lo secundó una dama de buen porte.

—Les aseguro que este es el único caso que se ha visto hasta ahora —insistió el alcalde—, y ya tomamos nuestros recaudos. En cuanto a lo demás, repito que estamos muy cerca de esclarecer los crímenes.

—¿Y qué nos dice de las pintadas? —exigió otro vecino—. ¡Si ningún otro negro sabe escribir, entonces fueron hechas por los instigadores de la sedición!

—Repito: no existe sedición alguna —gritó Álzaga—. ¡Todos a sus casas, que así no se puede trabajar!

A regañadientes, la multitud se fue dispersando. Robles se acercó a un hombre que caminaba en su misma dirección y se propuso sacarle información. ¿A qué gente pedían vigilar? ¿Quién era el esclavo que sabía leer y escribir? ¿Cuáles eran las pintadas que había mencionado uno de los vecinos? Comenzó por esto último.

El hombre le señaló la pared lateral del Cabildo que Robles no había visto hasta el momento. Lo sorprendió la leyenda escrita con cal. “Viva la libertad”, rezaba.

—Y no es la única —informó el vecino—. También han pintado una de las paredes del Fuerte.

—Vaya. Parece que tenemos un alborotador en la ciudad.

—¿Uno, dice? —El hombre no disimuló su disgusto y, con marcado acento peninsular, exclamó—: ¡Esta ciudad está infectada de extranjeros revoltosos! Los más peligrosos son los franceses.

—¿Por qué lo dice?

—¡Imagínese! Don Juan Barbarín ha enseñado a leer y escribir a uno de sus esclavos. Cuando el alcalde le pidió explicaciones, dijo que solo así el negro podía ayudarlo en la contabilidad de su negocio. ¡Las autoridades deberían hacer algo con esos hombres! Crímenes,

pintadas, ¿qué más vamos a tolerar?

—¿Está insinuando que los franceses han tenido algo que ver con los recientes asesinatos?

—A don Bartolo Guzmán y a don Marcelino Belloso los han matado sus propios esclavos —afirmó el vecino.

—Tengo entendido que eso aún no se ha podido comprobar.

—Tarde o temprano lo harán —sentenció el hombre—. En pocos días asumirá el cargo el nuevo virrey, don Pedro Melo de Portugal y Villena. Si Arredondo no supo poner un freno a los sediciosos galos, don Pedro tendrá que hacer algo al respecto. ¡Alguien está llenando la cabeza de nuestros negros!

Robles se despidió del español y continuó su camino. El resto del día que pasó en la calle no pudo quitarse de la cabeza lo que el vecino le había dicho. Dos muertes violentas alteraban la paz de los porteños, y aquellas pintadas no hacían más que poner en alerta a las autoridades.

A última hora, se reunió con don Lorenzo Bracamonte en el café de Marsella, cuyo propietario era francés.

—¿Ha visto las pintadas?

—No solo las he visto —repuso Bracamonte—, también he hablado con Álzaga del asunto. Quien haya escrito esas leyendas en las paredes del Fuerte y el Cabildo está jugando con fuego.

—¿Jacobinos?

—Quizá. Lo cierto es que el alcalde así lo presume.

—¿Y qué piensa hacer?

—Pedir facultades extraordinarias al nuevo virrey. Esto significa que irá por todo, lo cual nos obligará a extremar cuidados a todos los miembros de la orden.

Américo permaneció unos segundos en silencio. Luego de que uno de los empleados del café les sirviera, miró detenidamente a don Lorenzo antes de hablar.

—¿Usted qué cree? La gente asocia los últimos asesinatos con las pintadas de esta mañana y las autoridades suponen que son jacobinos

quienes están detrás de todo este asunto. ¿Es posible que algunos republicanos franceses estén tramando una asonada en Buenos Aires?

—Voy a ser franco con usted, Robles. El monopolio impuesto por España echa por tierra los intereses de las otras naciones de Europa que pretenden ampliar el mercado en estas tierras. Hasta ahora, el sistema del contrabando ha sido la vía más efectiva para burlar dicha medida, pero la ambición se alimenta día a día de una y otra parte. Tanto Inglaterra como Francia tienen espías por todos lados, expertos de apariencia inofensiva que buscan una grieta por donde colar el agua que mejor les convenga. Como le expliqué vez pasada, estos personajes disfrazan los intereses comerciales de las naciones que representan con ideales a nuestra medida; puede ser igualdad, república, libertad, lo que usted prefiera. Yo solo compro lo que me hace falta o me puede servir. ¿Entiende?

—Entiendo. Pero lo que acaba de decir no responde mi pregunta.

—Robles, me importa un comino quién está detrás de todo esto, mi único objetivo es preservar a la logia, porque es la logia lo que a nosotros nos conviene. Que Álzaga mordisquee su hueso, eso lo mantendrá entretenido —concluyó.

—¿No teme que los implicados en este asunto sean los propios masones? —decidió preguntar Robles.

—Lo dudo, aunque no acostumbro a poner las manos sobre el fuego por nadie. Lo único que puedo decirle es que Álzaga no le teme más a una posible revolución que al libre comercio. Se ha convertido en el hombre más rico de Buenos Aires gracias al monopolio. Pedirá la cabeza de quien sea con tal de que su fuente de ingresos no se vea amenazada.

Antes de despedirse, Bracamonte le entregó a Robles una nota en donde figuraban fecha y dirección del lugar en el que se llevaría a cabo la próxima tenida de la Logia Independencia, en la que sería iniciado como aprendiz masón.

—Sabe lo que tiene que hacer una vez que memorice los datos —le recordó don Lorenzo.

—Pierda cuidado.

—No nos volveremos a ver hasta entonces.

* * *

Pilar dobló la hoja en cuatro y la metió en un sobre que luego selló con lacre. Detestaba escribirle a Julián; no era fácil llenar una carta con una sarta de banalidades para evitar tocar otros asuntos. Nunca le hablaba de temas importantes, ¿para qué?, razonaba, si hacerlo implicaría mentirle. Dos veces al año le escribía con una única finalidad: no perderlo a él también. Todo lo que deseaba era recibir una respuesta, disfrutar del cariño, entre líneas, que le profesaba su hermano. Julián todavía la quería, posiblemente por estar lejos, por no saber en qué clase de mujer se había convertido. A veces creía que las cartas que le escribía eran un tanto infantiles en su afán por ocultar la verdad. No le importaba, se obligaba a hacerlas para recibir la respuesta.

Mientras marcaba el lacre, un sonido particular se coló a través de la rendija de la puerta. Salió del despacho y se dirigió al salón, donde supuso que Lucio estaría jugando con las teclas del piano. El niño no estaba solo, comprobó; Robles, de pie a su espalda, le guiaba las manos sobre las teclas, le hacía aplastar una por una con la yema de los dedos.

La mujer permaneció en silencio, sin moverse del vano. Envidió la naturalidad con la que don Américo se comunicaba con Lucio. Hasta los oyó reírse de una equivocación que cometió el pequeño al tocar dos teclas a la vez. Pocas veces había escuchado reír a su hijo; todas ellas, al espiarlo cuando jugaba con Gilberta en el patio. Jamás en presencia de ella. Cerró los ojos con fuerza. Se odiaba a sí misma por no ser capaz de superar el rechazo que el niño le provocaba. No podía verlo sin pensar en el padre del pequeño y en la noche más oscura de su propia vida.

—Permiso. —Se oyó la voz de Jesusa—. La cena del señorito Lucio está lista, y Gilberta la espera en su alcoba, ama.

Una vez descubierta, Pilar no tuvo más remedio que mirar de frente a ese par que se hallaba junto al piano. Lucio hizo un amago de salir corriendo, pero don Américo lo retuvo por los hombros.

—¿Qué le ha parecido, doña Pilar? Creo que su hijo tiene aptitudes para convertirse en un excelente organista.

Robles la obligaba a emitir alguna frase alentadora. Sin ánimos de enfrascarse en otra discusión, la viuda de Esquivel asintió.

—Con un poco de práctica, quizá.

—Déjelo en mis manos.

La ilusión iluminó los ojos del pequeño. Robles le revolvió el cabello y sonrió.

* * *

Se presentó en la residencia de los Anchorena con un vestido de muselina color borgoña y un antifaz a juego. Las celebraciones de carnaval llegaban a su fin y los vecinos de Buenos Aires abrían sus puertas a invitados con máscaras diversas y los disfraces más originales. Pilar había preferido llevar un sencillo antifaz que le cubriera la mitad superior del rostro.

Esa noche necesitaba despejarse, pasarla bien. Repasó el salón en busca de un rostro familiar. Comprobó que ninguno de sus hermanos estaba presente. Mejor así, se dijo. Tenía que sacarse esa angustia que le pesaba en los hombros. Encontrarse con cualquiera de los Montiel habría sido como echar yodo en la herida. No la querían, y ella no los necesitaba: eso era lo único que debía recordar.

No hizo más que recibir un trago de mano de uno de los criados cuando la dueña de casa se acercó a darle la bienvenida.

—Doña Ramona —la saludó Pilar.

—Sabrá disculparme, querida, no pude recibirla en la puerta porque mi hijo Tomás acaba de lanzar un huevo de agua por la ventana con tanta mala suerte que la pobre señora Álzaga ha tenido que marcharse sin siquiera entrar. ¡Viera cómo quedó su vestido!

—Una pena. Me habría gustado saludar a Magdalena.

—Perdóneme, querida, pero todavía no sé con quién hablo.

Pilar rio a carcajadas tras el abanico de plumas negras.

—Soy la señora Esquivel.

—¡Oh! Debí haberlo imaginado, es usted la única dama que luce con tanta gracia estas enormes faldas. —Doña Ramona Josefa de Anaya frunció los labios en un mohín casi infantil—. A mí me cuesta no quedar atrapada en cada puerta que cruzo.

—No exagere, señora. Luce usted estupenda.

—Venga conmigo, querida —pidió la matrona—. Quiero presentarle a un amigo de Juan Esteban.

Don Santiago de Liniers había decidido dejar la casa de Juan Esteban Anchorena, su amigo, cuando doña Ramona se acercó junto a una dama que le fue presentada como la viuda de Esquivel. El invitado dedujo cuáles eran las intenciones de la dueña de casa: ayudarlo a pasar el mal trago. La presencia de Martín de Álzaga –un hombre de mucha influencia en la sociedad porteña, más allá del cargo como alcalde de primer voto– en la tertulia lo había colocado en una posición incómoda. El español no se molestaba en esconder su tirria hacia los franceses y, en particular, hacia los hermanos Liniers, quienes habían conseguido un permiso del rey para fundar una fábrica de pastillas de carne en Buenos Aires. De modo que, desde que había puesto un pie en la casona, nadie –excepto los dueños de casa– se había acercado a conversar con don Santiago de Liniers.

Pilar, ajena a este encono e ignorante de los últimos sucesos acaecidos en la ciudad que señalaban a los franceses como posibles conspiradores contra la corona, se mostró más que dispuesta a acompañar a don Santiago el resto de la velada. El francés apenas superaba los cuarenta años, vestía con elegancia, sus modales eran exquisitos y el acento de su lengua madre le otorgaba una cadencia seductora a su español. La disciplina en la escuela militar de la Orden de san Juan había templado su carácter y los avatares de la vida le daban a sus ojos el brillo de la prudencia. Pilar recordó lo que doña Ramona le había comentado antes de presentárselo: “Está casado en segundas nupcias con doña María Martina de Sarratea, casi veinte años menor que él”. Ya quisiera ella haber tenido la suerte de María Martina, se dijo.

Entablar una conversación con don Santiago fue fácil. La condición de viuda de Pilar la colocaba en una posición superior a la de otras mujeres. A diferencia de la mayoría de sus congéneres, no había padre ni esposo que administrara sus bienes; era ella quien comandaba su vida. Descubrir eso, hizo que Liniers la mirase con otros ojos y expresase en voz alta su admiración y respeto.

—A muchos no les parece nada admirable, sino todo lo contrario —comentó ella—. Una mujer independiente, que no necesita de un hombre para sostenerse, es sencillamente inadmisible.

—¿Y a su merced le importa mucho lo que piense la gente?

La mujer soltó una risita tras el abanico antes de responder:

—Nada.

—Me da gusto saberlo, pues, si le importara, me vería obligado a recordarle que está usted hablando con un francés. Tal vez esté poniendo en riesgo su reputación sin saberlo.

—No entiendo a qué se refiere.

—¿Acaso no está al tanto de lo que se dice de los franceses?

Pilar lo pensó antes de responder.

—Que están en guerra contra España.

Don Santiago de Liniers bebió un trago de oporto y se dispuso a explicar:

—Aun si la guerra tuviera alguna incidencia en estas latitudes, cabe destacar que sirvo a España desde hace años y estoy casado con una criolla.

—¿Entonces?

—Hay personas que ponen en duda mi lealtad a la corona española por ser francés.

—¡Qué sandez! La señora Anchorena me ha comentado que, además de ser un oficial al servicio de España hace muchos años, su merced ha conseguido un permiso real para abrir una fábrica de pastillas de carne en estas tierras, de lo cual infiero que la guerra que España le ha declarado a Francia no lo beneficia en nada.

—Sin embargo, hay quienes no piensan como usted. O, lo que es peor, no ven con buenos ojos que me vaya bien en los negocios, precisamente por ser francés.

Liniers miró a Álzaga, que al otro lado del salón conversaba con los señores Villota, Martínez de Hoz y Santa Coloma.

—La Pandilla del Barranco —susurró para repetir el mote con que algunos extranjeros se referían a esos cuatro personajes.

Pilar también los observó. Se decía de ellos que eran crueles, comerciantes avaros e inescrupulosos bajo la apariencia de santurrones.

—La orquesta se prepara para tocar —señaló don Santiago—. ¿Me haría el honor, señora Esquivel? —inquirió, ofreciéndole la mano para guiarla hasta la mesa donde dejarían las copas vacías antes de ocupar

un lugar en la pista de baile.

Al otro lado de la estancia, los músicos tenían listos los instrumentos con que amenizarían la velada. Robles no tardó un minuto en reconocer a la viuda de Esquivel tras el antifaz de plumas y lentejuelas. Había algo en el andar de esa mujer que la distinguía del resto. Se sentó frente al pianoforte y acomodó la partitura al tiempo que observaba a la pareja que tenía a pocos metros.

Se obligó a recordarse que estaba en esa fiesta con un doble propósito. El primero, trabajar; lo segundo era recabar toda la información que pudiera. Volvió a mirar a la viuda de Esquivel y no pudo dejar de preguntarse qué había estado bebiendo. No quería tener que sacarla de allí en condiciones lamentables. Aunque se encontraba acompañada por un caballero como don Santiago de Liniers, un hombre casado y respetable, eso no era garantía de que el alcohol no le nublase la cordura y la indujera a comportarse de manera inconveniente.

Habría deseado pensar en otra cosa, pero mientras con los dedos le arrancaba melodía a las teclas del piano, Robles repasaba en la mente la noche en que su papel como fraile de la orden franciscana le habría granjeado el mejor de los aplausos. La viuda de Esquivel no se había quedado atrás, sentada frente a Anselmo Balderas en la sala de la casa, mostrándose contrita por haber mantenido una relación inmoral con aquel hombre mientras su huésped les soltaba una diatriba a los amantes. ¡Una farsa impecable! Balderas se había tragado el sermón: no era más que un hombre enamorado dispuesto a sacrificar lo que sentía por el bien de la mujer que amaba. Ella confesó conmovida su deseo de enmienda; la culpa de haberse convertido en una pecadora no la dejaba dormir, dijo, y el pobre Balderas se lo había creído sin vacilar.

Ahora, mientras la veía bailar con Liniers, Robles supo que él también se había tragado la farsa de la pecadora arrepentida, por eso le molestaba sobremanera verla coquetear con aquel apuesto francés. Porque coqueteaba, de eso no tenía dudas. El antifaz le velaba la mitad superior del rostro pero no la boca. Sonreía. Separados o juntos, los labios de Pilar no hacían más que enseñarle a su compañero de baile que se encontraba a gusto a su lado. La odió por eso.

Fueron horas de tortura las que Robles vivió en casa de los Anchorena. Primero, porque Santiago de Liniers y Pilar no se separaron en toda la velada y, finalmente, porque los vio marcharse juntos de la tertulia. Doña Ramona mandó a los criados con una

bandeja de empanadas y refrescos para los músicos. No faltó quien se acercara al organista para felicitarlo y pedirle que considerara hacerle una visita a domicilio. Américo era consciente de lo productivo que podía ser su trabajo para la logia; meterse en las casas de los porteños más encumbrados y ganarse la confianza de cada familia garantizaba la red de espionaje que necesitaba la orden. Sabía que era muy bueno en lo que hacía. Amaba la música y, más allá de eso, la profesión lo volvía invisible ante el poder. ¿Quién le prestaría más atención de la merecida a un músico? Los poderosos hablaban de negocios y política frente a él como si no existiera.

Dejó la propiedad de los Anchorena luego de concertar varias entrevistas. Le esperaban potenciales alumnos y una que otra tertulia en la que se había comprometido a tocar. Caminó despacio en dirección a la casa, disfrutando de una noche cálida y despejada. Aunque la apariencia lo mostraba sereno, el corazón le latía desbocado. Empezaba a temer que la historia se repitiera, que el amor lo sorprendiera nuevamente y que la flecha de Cupido fuera a dar en la persona equivocada. Se conocía demasiado y no acostumbraba a mentirse a sí mismo: la viuda de Esquivel le provocaba una marea de sensaciones que lo sumían en el desconcierto. A veces la odiaba, otras lo apremiaba el deseo de cuidarla, de protegerla. Aparentaba ser una mujer desaprensiva y segura de sí, pero, cuando las barreras caían, todo lo que veía era una mujer decepcionada de la vida que se obligada a seguir.

Llegó a la casa con la sensación de haber salido de un confesionario. Admitir lo que le pasaba con doña Pilar era liberador, aunque no lo tranquilizaba. Otra vez le tocaría envenenarse con un amor no correspondido, padecer el duelo de los infortunados y rehacerse. Tal vez el disfraz de fraile no fuera más que un presagio. Sonrió sin el menor atisbo de alegría: la vida religiosa no era para él, así supiera que las mujeres con las que se había acostado y con las que se seguiría relacionando no le dejarían cicatrices en el alma. Definitivamente, no tenía vocación para la vida religiosa.

* * *

Al otro lado de la vivienda de la calle San José, Pilar abrió el cajón de la mesa de noche y tomó la petaca. La mantuvo apretada entre las manos mientras las lágrimas le rodaban por las sienes para acabar en la almohada. ¿Cuándo iba a dejar de dolerle tanto la soledad?, se preguntó. ¿Por qué no podía acostumbrarse a ella y dejar de pedirle a la vida lo que se negaba a darle?

Esa noche, en la tertulia de los Anchorena, había vuelto a comprobar que el hombre más íntegro y leal perdía todas sus virtudes frente a una mujer bien dispuesta. No tenía dudas con respecto a don Santiago de Liniers, una corazonada le decía que el francés era un hombre de principios honestos y, sin embargo, sabiendo que su mujer lo esperaba en su cama, se habría ido con ella de habérselo pedido. Pero no lo hizo. Estaba cansada de llevar la vida que llevaba. El hombre con el que se había casado la defraudó, la mancilló en lugar de cuidarla. A diferencia de Simón Esquivel, quienes llegaron después no querían un hijo, sino apenas un cuerpo en el que descargar ansiedades. No podía culparlos, ella lo había consentido a cambio del efímero goce que recibía. Sus amantes no eran diferentes al alcohol, los tomaba con desesperación hasta sentirse saciada y, luego, la resaca llegaba con el peso de la culpa y el asco hacia sí misma.

Pilar lloró como tantas otras veces, abrazada a una botella en la soledad de su alcoba. No había amado a su esposo, y el castigo fue que él tampoco la amase. No creía en los hombres, y ellos tampoco creían en ella. Ni siquiera podía querer a su hijo. La culpa la aplastó como una montaña de estiércol, y el llanto recrudeció. Estaba cansada, demasiado cansada de vivir así.

Capítulo XII

Buenos Aires, marzo de 1795.

Inesita y Gabina se preparaban para asistir a la celebración que tendría lugar ese día en la Plaza Mayor. El nuevo virrey, don Pedro Melo de Portugal y Villena, asumía el cargo que dejaba don Nicolás Antonio de Arredondo. Todos los vecinos de la capital virreinal se sumarían al festejo. Los empleados del Cabildo y del Fuerte ofrecían un banquete al aire libre, desfiles marciales acompañados por una banda, salva de cañones, el infaltable fandango de los negros y sus tambores, los fuegos de artificio al anochecer; toda esa algarabía pomposa silenciaría el bisbiseo de quienes temían por el futuro del virreinato. Nadie pensaría ese día en una posible conjura jacobina, y menos ellas, dos niñas jóvenes enamoradas cuyos pensamientos se circunscribían a disfrutar del acontecimiento en el que cada una se encontraría con su amado.

Doña Clara entró en el dormitorio de sus hijas y las repasó de pies a cabeza hasta dar el visto bueno.

—¡Están preciosas! Aunque… Inesita, has abusado del colorete.

Gabina se echó a reír.

—Madre, Inés no ha querido ponerse colorete —reveló—. Lo que ve es el color natural de sus mejillas. Quizá se deba a que está algo nerviosa.

—¿Nerviosa por qué? —quiso saber la matrona.

—No ha querido decírmelo, pero yo creo que tiene algún enamorado y espera encontrarlo en la plaza.

La aludida le lanzó a su hermana una mirada furibunda, pero, como no se tomó el trabajo de desmentirla, doña Clara terció:

—A mí no me resulta para nada gracioso. Espera a que pase la boda de tu hermana y me ocuparé de tu futuro —dijo a Inesita—. Durante los festejos en la plaza no te moverás de mi lado. ¿Me has entendido?

—Sí —respondió la muchacha y, al pasar junto a su hermana, añadió entre dientes—: Gracias, tú siempre tan comedida.

Gabina le había quitado las ganas de salir de la casa. Caminaron en fila por la estrecha vereda hasta la Plaza Mayor, escenario de los festejos, donde se encontraron con muchos vecinos con los que doña Clara se detuvo a intercambiar saludos y comentarios diversos. A Inés se le llenaron los ojos de lágrimas cuando don Martín Urquijo se les acercó. La alegría de su hermana le recordó que ella no tendría esa suerte si es que Lito incumplía la promesa de asistir a los festejos.

Sin embargo, el encuentro con la familia Bracamonte hizo que su madre olvidara lo que había dicho antes de salir de la casa. Para doña Clara, ver a la hija bastarda de su difunto esposo pasearse del brazo con uno de los hombres más ricos de Buenos Aires era más o menos como ver al diablo sonriéndole triunfal, de manera que dejó que sus hijos intercambiaran los saludos de rigor y se incorporó al grupo de mujeres con los que solía reunirse a cotillear y tejer.

Miguel Montiel apareció al cabo de unos minutos. A Inés se le alborotó la sangre cuando vio que su hermano se les acercaba; venía con Lito. Seguramente, habían regresado juntos de La Luz, imaginó. Saludó a Miguel como si él acabara de entregarle el mejor de los regalos.

—Es bueno saber que alguien me extraña —bromeó el joven.

—No te imaginas cuánto —replicó ella con los ojos puestos en Lito y las mejillas arreboladas.

Urquijo propuso ir hacia la vieja construcción jesuítica que funcionaba como mercado en la plaza del Fuerte a pedir unas bebidas. El matrimonio Bracamonte rechazó la invitación, llevarían a sus hijos a ver las sombras chinescas que representaba un circense famoso en una carreta que habían apostado frente al Cabildo. De esa manera, los cinco jóvenes se abrieron paso entre la multitud y fueron en busca de unos jugos agrios de naranja, una bebida muy popular y refrescante que se vendía en pulperías y mercados.

* * *

Al otro lado de la Plaza Mayor, Robles alzó a Lucio para colocárselo a horcajadas sobre los hombros.

—Cuéntanos lo que ves —lo animó.

Pilar se sentía perdida. Se arrepintió de haber accedido a salir con el niño porque acaparaba por completo la atención de don Américo. Tampoco es que necesitara que el fraile fuera su sombra, se dijo, pero no entendía por qué había insistido tanto en ir juntos al festejo si no pensaba molestarse siquiera en dirigirle la palabra.

—¡Una vendedora de picarones y alfeñiques! —gritó Lucio al tiempo que señalaba por sobre las cabezas de la multitud.

—¿Desea una golosina? —preguntó Robles a la viuda.

—¿Por qué no? —replicó ella encogida de hombros, un gesto con el que pretendió esconder la emoción que le provocó aquella nimia invitación.

Se adelantaron esquivando a los transeúntes hasta que dieron con la negra que ofrecía a viva voz los manjares que cargaba dentro de un canasto. La vendedora bajó el cesto que llevaba sobre la cabeza y que Lucio había visto a la distancia y les mostró todo lo que tenía: unas masas redondas y esponjosas con un hoyo en el centro que rebosaba de almíbar –conocidos como “picarones”–, barras pequeñas de azúcar cocida –alfeñiques– y las famosas roscas cubiertas de mermelada.

—Elige lo que quieras, Lucio —dijo Robles luego de poner al niño en el suelo.

—Un alfeñique.

—Que sean dos —dijo a la vendedora—. ¿Y usted?

—Un picarón —pidió la viuda.

El hombre se mordió el borde del labio inferior para disimular la sonrisa. De nada le sirvió, doña Pilar se dio cuenta y le clavó el codo en las costillas y estalló en una carcajada abierta y contagiosa.

Caminaron hacia el Fuerte para ver los desfiles marciales mientras comían las confituras. La barbilla de Lucio acabó tan pegajosa como sus manos, y Robles se ofreció a acompañarlo hasta la orilla del río para lavarlo.

—De eso, nada. Voy yo —dijo Pilar.

—Entonces, iremos los tres. Mis manos también están pegajosas —insistió él.

Así fue como los tres acabaron sentados en una enorme roca a orillas del Río de la Plata, disfrutando del jolgorio a sus espaldas y de la vista agradable que tenían por delante. Una brisa fresca les pegaba en el rostro y se llevaba a la rastra el último atisbo de acartonamiento. Lejos de serlo, se sintieron parte de la misma familia, compartiendo un momento de solaz en sus vidas, de la intimidad que les brindaba el pequeño rincón del mundo donde se encontraban.

Pilar deseó que ese día no acabara nunca, que aquel fraile amigo de su hermano no hubiese entregado su vida a Dios y que se quedara con ellos para siempre. Con ellos, repitió su mente: con Lucio, ella, y la posibilidad de forjar ese vínculo entre madre e hijo que a veces le parecía imposible. Ajeno a esos pensamientos, el niño la atrapó mirándolo con los ojos humedecidos y, por primera vez en cinco años, vio dibujarse en ese rostro de virgen niña y solo para él, la tibia sonrisa de una madre.

* * *

"Esta noche, en el fondo de tu casa", le susurró al oído. El corazón de Inés bramó más fuerte que los tambores de la banda militar. Las horas que faltaban para que anocheciera se le harían eternas.

Hasta el momento, las palabras maternas reptaban en su mente, la volvían taciturna, a pesar de estar a pocos pasos de Lito. "Me ocuparé de tu futuro", había dicho después de que su hermana la acusara de estar enamorada. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordarlo. Sabía lo que le esperaba: doña Clara no aceptaría el destino que ella había elegido. Ojalá tuviera la fuerza de Gabina para luchar por lo que quería, pensó; aunque, por otro lado, desaprensiva y rebelde como era, dudaba de que su hermana tuviera mejor suerte que ella.

Sin proponérselo, Inesita miró a su futuro cuñado. Martín Urquijo estaba enamorado de Gabina, de eso estaba segura. Sin embargo, no había que conocerlo demasiado para saber que se trataba de un hombre conservador. Su abolengo era impecable; su disciplina, obsesiva; parecía mesurar hasta los gestos. La antítesis de su prometida, se dijo. Quizá de eso se trataba: la atracción de polos opuestos, el complemento que promueve el sano equilibrio.

Sus ojos verdes cambiaron de objetivo, el corazón le palpitó con fuerza al encontrarse con los de Lito. Ahí estaba su complemento vital, el vendedor de nueces que había pasado sus primeros años en la calle y una temporada en la Casa de Expósitos, el peón de campo, un hombre libre de convencionalismos que se dejaba llevar por la pasión,

que no sabía de cortejos y etiquetas. No importaba lo que pasara, ella y Lito estaban condenados a estar juntos le pesara a quien le pesara. Sonrió.

A su lado, Gabina dio un brinco y le apretó el brazo a la hermana menor. No hizo falta preguntarle qué le pasaba, solo seguir la dirección de su mirada. A pocos pasos de ellas, Damián Gaitán se tocó el sombrero a modo de saludo. La mayor aprovechó el momento en que un soldado que cruzaba la plaza acaparó la atención de su prometido.

—Tengo que hablar con él —susurró al oído de Inés.

—¿Aquí?

—Prefiero que sea aquí y no en su casa.

—Estoy de acuerdo. ¿Y cómo lo piensas hacer? Don Martín no te dejará sola un segundo.

—¡Piensa en algo, Inesita! —la apremió desesperada.

De pronto, como si el que todo lo oye moviera las piezas de un tablero de ajedrez en favor de la muchacha, surgió una gresca entre los puestos de vendedores que se habían instalado en la plaza. Era habitual que algo así sucediera, pero, en ese momento, fue casi providencial. Urquijo corrió al tiempo que desenvainaba el sable; tenía que evitar que el encontronazo entre vendedores pasara a mayores y que alguna de las partes acabara con un tajo en el cuerpo.

La batahola distrajo a los testigos. Gabina retrocedió unos pasos a instancias de un gesto de Inesita y corrió hasta donde se encontraba Damián Gaitán. El hombre pareció disfrutar del nerviosismo que evidenciaba la muchacha que, prácticamente sin aliento, le explicó que acababa de llegar a la ciudad y no había tenido tiempo de hacérselo saber.

Gaitán sopesó la situación. Hasta un hombre de pocas luces como él entendió que la señorita Montiel le ocultaba la verdad a su familia y decidió usar el secreto de la chica a su favor.

—En un par de semanas presentaremos la obra en casa del mismísimo virrey —mintió.

—¡Vaya! Eso es increíble, don Damián.

—Increíble o no, se trata de una inmejorable oportunidad para la compañía.

—¿Qué hay del elenco? ¿Ya ha repartido los papeles?

—Casi todos. —Gabina tragó saliva.

—Señor Gaitán, deme la oportunidad de probarle lo buena que puedo ser en el escenario. Le prometo que estudiaré con ahínco y no faltaré a ningún ensayo.

—Si insistes, querida, puedes reunirte con nosotros todas las tardes a las ocho en punto.

—¿A las ocho? —La decepción ciñó la frente de la muchacha. Gaitán se sintió satisfecho de haberle tendido una trampa que la llevaría directo a sus garras.

—Claro que si el horario es un problema para ti, yo podría hacer una excepción. Tienes talento, dulzura, y no me gustaría que lo desaprovecharas. ¿Te iría mejor a las tres de la tarde? —tentó.

Gaitán era demasiado considerado y flexible, pensó ella; no podía negarse. A las tres, su madre dormiría la siesta y ella podría hacerse una escapada, mientras que a las ocho le sería imposible. Una cosa era salir de día y otra muy distinta era hacerlo cuando el sol se ocultara.

—Tres en punto, don Damián —convino.

—De acuerdo. Que disfrutes de la fiesta, preciosa —se despidió él.

Nuevamente al lado de los suyos, Gabina comprobó que los vendedores habían recuperado la calma gracias a la intervención de Martín, que con su temple y mesura los instó a resolver las diferencias de manera civilizada. Lo admiraba, lo respetaba. Su futuro esposo no merecía que le ocultara la verdad y no estaba dispuesta a perderlo. Se lo contaría poco a poco, decidió, y que Dios la ayudara.

Deseaba convertirse en actriz, ponerse en la piel de los personajes que le tocase interpretar, vivir otras vidas, conmover hasta la risa o el llanto, sentirse orgullosa de sus logros. ¿Por qué no podía tener eso sin perder al amor de su vida?

Sin dudas, lo resolvería. Estaba segura.

A pocos metros de ella, el alférez Remigio Pardo la observaba,

suspicaz. Había sido testigo de su jugarreta, de la rapidez con que la muchacha aprovechó la distracción del resto para hablar a solas con un hombre. Algo escondía la muy ladina, y él estaba dispuesto a averiguarlo.

* * *

Se movió en las sombras, por donde la luz de los faroles no revelaba con claridad el rostro oculto bajo la capucha. Bracamonte lo había citado en una construcción en ruinas, próxima al templo de San Miguel, cuyo edificio había sido abandonado por el difícil acceso en días lluviosos. La zona se anegaba, razón por la cual no había muchas viviendas en los alrededores.

A medida que se acercaba al lugar, Robles repasó las indicaciones que el hombre le había dado:

—Una vez que atraviese el portal de la vieja casona, tomará el sendero que lleva a la puerta trasera del edificio. Habrá una antorcha encendida en las escalinatas.

Se cuidó de que nadie lo siguiera antes de cruzar la reja herrumbrada y rodear el edificio. La maleza crecía por doquier, en tierra y tapiales; las sabandijas aprovechaban la oscuridad para recorrer sus dominios. Estuvo a punto de tragarse una araña cuando su tela le dio de lleno en el rostro por desviarse unos pocos centímetros del sendero. Maldijo por lo bajo y escuchó la carcajada de Bracamonte, que lo esperaba a escasos metros, bajo el dintel de entrada.

—Llega temprano —dijo en lugar de saludarlo.

—Creí que demoraría más en encontrar la vivienda.

Ingresaron juntos. La ansiedad parecía devorar las entrañas de Américo Robles. El ambiente de la propiedad en ruinas no lo ayudó a serenarse; por el contrario, aquel lugar tenía un aspecto siniestro que le erizaba la piel. La voz de Bracamonte rebotaba entre las paredes descascaradas de lo que, otrora, debía haber sido un enorme salón de techo abovedado. Le pidió que se quitara la capa.

Cruzaron dos puertas internas y llegaron a un corredor iluminado por pequeñas antorchas dispuestas en una de las paredes laterales. Al final del pasillo, una puerta maciza que no se condecía con el resto de la casa en ruinas, se hallaba cerrada. Frente a ella, don Lorenzo se quitó la capa y su acompañante observó con extrañeza lo que llevaba

debajo: una especie de mandil blanco con formas geométricas colgaba de su cintura y, a la altura del pecho, un collarín en forma de V con iguales características. El hombre colgó ambas capas en un clavo que sobresalía de la pared al tiempo que decía:

—Todos los elementos que verá esta noche forman parte del rito masónico. El mandil, por ejemplo, es la prenda con la cual los albañiles transportaban las piedras en la antigüedad. Las líneas y dibujos que ve en el mío representan mi grado dentro de la logia.

Bracamonte sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos y prosiguió.

—Ahora, debo cubrirle los ojos; la oscuridad simbolizará su ceguera. Cuando lo presente a la asamblea, el venerable maestro le hará algunas preguntas. Responderá con la verdad, de manera clara.

Robles asintió. A continuación, permitió que Bracamonte le vendara los ojos. No fue miedo lo que le provocó un estremecimiento momentáneo, sino lo frío que se tornaba el espacio al que fue introducido tras el chirrido de los goznes. Con los demás sentidos aguzados, esperó a que el hermano masón que lo presentaba en la ceremonia lo colocase frente a otro de mayor grado.

Respondió a todas las preguntas formuladas de oficio. Aquello era parte del rito, una mera formalidad. Nombre completo, edad, a qué se dedicaba, con quién vivía, dónde vivía –Américo vaciló, pero finalmente llegó a la conclusión de que aquellos hombres sabían todo de él–, si tenía algún problema con la justicia. El venerable le recordó el objetivo principal de la fraternidad:

—Mejorar al hombre. Una persona de bien redundará en un pueblo de bien —añadió la voz grave y profunda—. Profano, ¿estás dispuesto a dejar atrás lo que te ata al hombre individualista y construir un futuro en pos de tus hijos y hermanos?

—Lo estoy.

—Hermano instructor, lleva al profano a la cámara de reflexión.

Jamás había oído nombrar lo de la cámara de reflexión. ¿Adónde se suponía que lo llevaban? ¿Qué era ese sitio? Suspiró con alivio cuando el guía le quitó la venda antes de llegar a otro sitio dentro de la casa. Impedidos sus ojos de visión, se sentía nervioso, indefenso, como si en lugar de estar solo a oscuras lo tuvieran atado de pies y manos.

Bracamonte hizo un gesto con la mano que abarcaba la pequeña habitación que tenían por delante. Apenas se podía ver lo que había dentro con la ayuda de una vela.

—La cámara de reflexión simboliza el vientre materno. Aquí morirá el profano para que nazca el masón que lo reemplazará. La tarea que tiene por delante es sencilla, aunque trascendente. Hará un balance de su vida, se encontrará a sí mismo y, una vez hecho, los símbolos que encuentre en esta cámara lo ayudarán.

Luego, lo palmeó en el hombro y lo dejó solo. En cuanto la puerta de la habitación se cerró tras de sí, Robles observó cuanto lo rodeaba. En el centro, sobre una mesa de madera rústica, encontró una jarra con agua, una hogaza de pan y un puñado de sal. Se frotó el rostro con ambas manos y tomó asiento en la única silla que completaba el mobiliario. Al tiempo que sus ojos fueron acostumbrándose a la escasa luz, las inscripciones en las paredes de la cámara le dieron la bienvenida.

“La libertad nos hace iguales”. “Polvo eres y en polvo te convertirás”. Se extrañó al leer aquella cita bíblica en un ritual que, a ojos del mundo, era considerado pagano.

“Dios, Supremo Arquitecto del Universo, ilumíname”.

Por último, el nombre de Hiram Abif, arquitecto del templo de Salomón en Jerusalén, ocupaba gran parte de la cuarta pared. Se trataba del legendario y venerable maestro constructor, cuya vida y horrorosa muerte le había relatado tantas veces el padre Julián. Debajo de la inscripción, una calavera le daba a la cámara el aspecto de gruta sepulcral más que de vientre materno, caviló.

No tenía idea cuánto tiempo debía pasar en esa habitación, pero comprendía la importancia de este paréntesis en soledad, una especie de bisagra en el tiempo que afectaría su futuro. No más individualismo, de ahora en más tendría que pensar en el resto y actuar en consecuencia. Los antiguos masones –constructores y arquitectos– habían fundado la orden, asociados por el trabajo en común. Actualmente, dicha asociación había cambiado de objetivo. Ya no era una comunidad dedicada a guardar en secreto fórmulas y diseños arquitectónicos. Los miembros honorarios, protectores y aceptados que integraban la masonería especulativa la convertían en una fraternidad más amplia y compleja.

Américo recordó las palabras que su amigo había pronunciado

tiempo atrás, cuando le habló de la orden por primera vez: “Tu hombre viejo quedará atrás –había dicho Julián–, a partir de aquí darás nacimiento a un ser sin ataduras de yerros pasados. La humildad te enaltecerá y la honestidad deberá primar en todos los actos de tu nueva vida”. Él había aceptado la propuesta sin dudarlo. Necesitaba un objetivo por el cual vivir y, al mismo tiempo, que lo ayudase a encontrarse a sí mismo.

Tuvo tiempo de sobra para pensar en él y en su patria. La América colonial crecía vigorosa y rozagante. Los americanos avizoraban la otra orilla del océano con cierta desazón: el europeo era el hombre libre, privilegiado, mientras ellos se sometían a autoridades tan supremas como lejanas. Necesitaban alzar la cabeza, sentirse iguales y capaces de hacer realidad sus ilusiones. La logia masónica les daba esa igualdad pletórica y ansiada. Ostensiblemente, el caldero donde cocer sus sueños de libertad.

Para eso había que comprometerse. La Logia Independencia –a la que estaba a punto de unirse– ya estaba patentada. Un grupo de franceses masones habían conseguido la carta constitutiva de la logia matriz que él debía guardar con mucho celo. La Independencia pariría a sus propios hijos. Eso era lo que pasaba en aquella cámara: el hombre viejo se dejaba morir y daba paso al masón que no ahorraría energía por cumplir el sueño de una sociedad relegada por el poder de los grandes imperios europeos. Una sociedad estancada.

La soledad y el silencio lo dispusieron para el balance de lo pasado y el objetivo a futuro. Cuando ya estuvo seguro del paso que estaba a punto de dar, pensó en la otra parte de su vida, la personal. No sabía cuántos hombres lo esperaban en la asamblea –la tenida, se corrigió–, pero suponía que cada uno de los miembros de la logia vivía su vida al margen de la masonería. Era algo así como doblarse en dos, lo público y lo secreto. No tuvo manera de evitar que un nombre de mujer se le colara en la mente.

Le había mentido a doña Pilar; le urgía enmendar eso. Ya tenía una propiedad en vista y pensaba mudarse antes de fin de mes. Quitarse el hábito no iba a representar un problema: el padre Julián le había entregado una declaración oficial del clero antes de salir de Córdoba, donde se rechazaba su acceso a la orden franciscana sin especificar el motivo. Su condición de laico estaría regularizada una vez que dejara la casa de la viuda de Esquivel y él retomara su vida. Una vida que, por cierto, se negaba a dejarla a ella atrás.

* * *

El silencio puede apretar los oídos. Hay personas que ríen ante la expresión “un silencio que aturde”. Pues bien, cuando se está solo en el más profundo de los silencios, el mínimo roce de una tela, nuestra respiración, el choque entre dientes, puede ser lo único que nos recuerde que seguimos despiertos, que estamos vivos.

Américo comenzó a sentirse mareado. Después de escribir una especie de testamento donde debía constar qué le debía a Dios, a la sociedad y a sí mismo, trató de calcular las horas que llevaba encerrado en la cámara de reflexión. El tiempo se rio de él, imposible descifrarlo cuando diferentes emociones nos atraviesan. Se sintió perdido en un rincón ignoto de Buenos Aires.

Finalmente, la puerta de la cámara se abrió, y Bracamonte lo llamó con una seña sin moverse del vano. No cruzaron palabras, el iniciado dejó que le vendase los ojos por segunda vez.

Al cabo de un corto recorrido se detuvieron frente a lo que, Robles supuso, era la puerta del recinto principal donde se reunía la logia.

—A la puerta del templo llama un profano —oyó decir a su instructor luego de golpear dos veces la madera maciza.

—¿Quién se atreve a interrumpir nuestro trabajo? —inquirió al otro lado una voz grave y solemne.

—Un profano que pide ser admitido. Yo —prosiguió su guía—, don Lorenzo Bracamonte, doy fe de que se trata de un hombre libre y de buenas costumbres.

Sabía que todo era parte del rito de iniciación, pero Américo no podía evitar sentirse nervioso. Llegó a parecerle un tanto ridícula la liturgia, sobre todo cuando Bracamonte le advirtió que, una vez abierta la puerta, debía mantener la cabeza gacha en señal de sumisión y humildad, responder solo a las preguntas directas y permanecer en silencio el resto del tiempo. “Todo le será explicado en su debido momento.”

Por fin se oyó el ruido de los goznes al abrirse la puerta del templo. Caminó unos pasos hasta que lo detuvo un pinchazo en el pecho. Alguien lo había tocado con la punta de una espada o algo parecido.

—Con esta daga simbolizamos la pena que le aguarda si osa revelar nuestro secreto. ¿Qué es lo que viene a pedir?

—Ser admitido masón —respondió.

—Todo masón tiene deberes que cumplir —prosiguió el venerable maestro—. El primero, mantener en secreto todo lo acontecido entre estas cuatro paredes, así su vida corra peligro. El segundo, tiene que ver directamente con el hombre que salió de la cámara de reflexión: luchar contra las pasiones que lo deshonran, no practicar las virtudes que no enaltecen, auxiliar al hermano. A partir de ahora pertenece a una fraternidad, ignorar el infortunio de alguno de nuestros miembros, o delatarlo ante un profano, será considerado traición. Su tercer deber será la obediencia inquebrantable a la logia. Don Américo Robles, ¿se siente preparado para cumplir con las obligaciones que regirán su vida de aquí en adelante?

—Estoy preparado.

—Hermanos, entreguen la copa sagrada al aspirante.

Imposible de calcular cuántas personas había en aquel recinto. Robles bebió del cáliz que se le entregó para consagrar su juramento y permitió que se lo guiase a lo largo del templo para cumplir con la última parte del rito: el choque de espadas a su alrededor, que simbolizaba las pasiones humanas, los obstáculos de la vida. Luego le acercaron la mano a la llama de una vela que apenas le ardió la piel, y alguien sopló sobre su rostro, como símbolo de la renovación del aire.

Por último, se le tomó juramento en voz alta antes de quitarle la venda de los ojos. La luz lo cegó en un primer momento, aunque era escasa, hasta que varios parpadeos lo ayudaron a adaptar la vista.

—En virtud de los poderes que me han sido concedidos por esta orden —expresó el venerable, una voz que ahora tenía rostro— y en presencia del Gran Arquitecto del Universo, te recibo y constituyo como miembro masón, aprendiz en primer grado de la Logia Independencia. De ahora en adelante eres uno de los nuestros, hermano. Te hago entrega del mandil, símbolo del trabajo, y estos guantes; el blanco indica que tus manos están limpias y que así deberán permanecer.

Otro miembro de la Logia Independencia explicó a Robles el significado de todo lo que había en el templo: la escuadra; el compás; los dos pilares de la entrada –el de Jakin y el de Boaz–; las tres columnas que sostenían la llama de la belleza, la fuerza y la sabiduría; el sitial donde apoyaban la Biblia; y una piedra en bruto que simbolizaba la intención de ser pulida. Poco a poco, añadió el hombre

que reconoció como Luis Dumont –de oficio panadero y nacionalidad francesa–, se instruiría en la doctrina.

—El sol preside el día; la luna, la noche; y el maestro gobierna y dirige la logia —concluyó el venerable maestro.

Reunidos en una estancia amplia, rodeados de símbolos esotéricos, Américo Robles contempló los rostros de quienes se acercaron a darle un peculiar apretón de manos como símbolo de reconocimiento y bienvenida. Allí estaban Santiago Antonini, Juan Barbarín –cuyo apellido era en realidad Capdepont–, Pablo Mayllos de Marcana, Despland, Gallardo, Polovio, Sustaeta y Santiago de Liniers, entre tantos otros.

—Sea bienvenido, hermano —dijo el joven que Antonini le había presentado al llegar a Buenos Aires al tiempo que apretaba su mano.

—Lito, ¿verdad?

—Para servirle, don Américo.

Mientras celebraban la nueva adhesión con un ágape, los masones recitaron al unísono la siguiente letanía, que hacía referencia a la logia a la que pertenecían:

—Tres hermanos la dirigen, cinco la iluminan, siete la hacen justa y perfecta.

* * *

La llegada de Zareb al continente americano no se diferenciaba de la de otros africanos cazados por los portugueses en aquella enorme región donde se perdían tantas vidas a merced de los traficantes de esclavos. Lo que la volvía especial a los ojos de Miguel Montiel era su historia personal, aquella que le confió una noche bajo los efectos del alcohol que acabó por quebrantar el espíritu aguerrido de un ser humano que había sufrido demasiado en tan pocos años de vida.

Zareb había crecido en una choza junto a su familia, en la costa oriental de África. Sus padres le habían dado ese nombre por haber sido el primer varón después de haber traído al mundo cuatro mujeres; significaba “guardián”, y casi se podía decir que la elección presagiaba la necesidad de protección ante lo inevitable. Zareb sufría precisamente por eso: no había hecho honor a su nombre. Los cazadores de esclavos, gente de su misma tribu, se habían llevado a sus hermanas mayores para venderlas a los traficantes portugueses.

Estos últimos no precisaban moverse del puerto donde los barcos negreros esperaban por la redituable mercancía humana; el aciago sistema de intercambio con los guerreros locales que exigían armas a cambio de potenciales esclavos les facilitaba la tarea. ¿A qué europeo podía interesarle que un puñado de negros tomara el mando de la tribu local con el armamento que ellos les proveían mientras el negocio continuara favoreciéndolos?

Al llegar a la choza con las presas que había conseguido cazar ese día, Zareb halló a su padre tendido en el suelo. Los "traidores" –así mentaban a los entregadores de su misma tribu– se habían llevado a las niñas y a la mujer. El muchacho se debatió un día entero entre quedarse a cuidar de su padre, herido como lo habían dejado esos miserables, o ir en busca del resto. La fatalidad decidió por él. El hombre que le había dado el nombre que él se proponía honrar, no volvió a abrir los ojos. Recuperar a las mujeres fue su objetivo, la venganza por la muerte del ser querido, su motor.

Zareb partió con la lanza hacia la costa, donde enorme barrigones de madera flotaban en el mar. Supo que iba a morir en aquel intento irracional de recuperar a los suyos, pero también supo que no podría vivir con la culpa si se quedaba a llorarlos entre los matorrales donde se escondía. Desde allí, percibió con claridad el intercambio que hacían los blancos con algunos representantes de las tribus locales: los primeros entregaban barras de fierro, tejidos, bebidas alcohólicas, collares, espejos y armas, a cambio de oro, piles, marfil y, sobre todo, seres humanos.

Aunque algunos pocos lo entendieran como una crueldad, el tráfico de negros respondía a cierta creencia de que los africanos eran grandes y hábiles monos que, adecuadamente enseñados, podían ocupar el lugar de un criado. Ya fuera por ignorancia o conveniencia, hasta el último integrante de la cadena se mostraba indiferente. Y claro está, para lavar cualquier posible cargo de conciencia, cristianizaban a los salvajes monos bautizándolos antes de venderlos en el destino que fuera.

Zareb se contuvo hasta que vio a sus hermanas y a su madre, unidas por un cordón grueso a otras tantas mujeres. Dispuesto a morir, salió de su escondite bramando como una fiera. Uno de los portugueses que vigilaba la preciada carga apuntó su arma hacia el muchacho, pero no alcanzó a dispararle; otro dio la orden de echar sobre el salvaje una red que lo hizo trastabillar y volverse un manojo de piernas, brazos y sogas enredados sobre la arena.

El chico no pudo entender lo que decían aquellos hombres blancos que le palpaban los musculosos miembros, lo cierto es que le quitaron la red y le ataron muñecas y tobillos. Luego, lo unieron a un grupo de hombres de su misma raza, casi todos jóvenes.

Zareb no se rindió, simplemente aceptó con entereza su destino: lo subirían a esa enorme barriga de madera donde subían a las mujeres de su familia. Lo que no imaginó fue que ese vientre flotante era una trampa mortal de pestilencia y hambruna. Su madre murió antes de cumplirse el mes de la travesía y, de sus cuatro hermanas, apenas una sobrevivió. Alika, la más joven, fue subida a cubierta una noche. Zareb no volvió a verla. Prefirió no preguntarse siquiera lo que esos hombres crueles, que no se cansaban de maltratarlos, habían hecho con ella. La vida, tal como la conoció en su África natal, desapareció en ese barco negrero.

—¿Cuándo vas a contarme cómo conseguiste tu libertad? —preguntó Miguel Montiel mientras ambos compartían unas copas en el burdel de la parda Antonia.

Zareb sonrió. No había perdonado a los blancos, pero Miguel le había demostrado lo impensable: no todos los blancos eran iguales. El hecho de haberle ofrecido su amistad a un negro, por más liberto que fuera, le dio una lección a Zareb. Tanto en África como en el resto del mundo había gente mala, avara y traicionera, como buenos de alma.

—El amo que me compró en el Brasil me llevó a trabajar a su trapiche. A los pocos años, me convertí en el esclavo más rendidor de todos los ingenios azucareros de la región. Don Frigerio prometió nombrarme capataz si conseguía que los otros esclavos del molino alcanzaran el mismo rendimiento.

—¿Lo conseguiste?

—Logré que trabajaran a destajo para ocupar el puesto del sanguinario capataz y, así, beneficiarnos todos. El amo no solo incumplió su promesa, sino que pidió al encargado del trapiche que castigase al negro que bajara su rendimiento. Cepo, grilletes, mutilaciones y máscaras de hierro.

—¡Miserables!

—Como era de suponer, los esclavos del ingenio me señalaron como el responsable de tanto padecimiento. Una noche me sacaron a la rastra de la *senzala* y me molieron a palos. Pasé días sin poder moverme, aunque no fui el único; mis compañeros fueron cayendo

como moscas en manos del capataz, que los exigía hasta el agotamiento. La producción se vio afectada y don Frigerio me llamó a su despacho. A espaldas del capataz, nuevamente hizo un trato conmigo: si yo conseguía normalizar la situación no solo cumpliría su palabra, al cabo de un año, me daría la libertad.

—Aceptaste.

—Acepté. Fueron meses de mucho trabajo. Mi sistema no era de látigo, de modo que los demás esclavos se sintieron aliviados y se prestaron a colaborar.

—Vaya. Me alegra que lo hayas conseguido, Zareb.

El negro asintió; tenía la mirada mezclada entre los dedos callosos de sus manos. No tenía caso contarle a don Miguel que el amo Frigerio había muerto antes de cumplirse el año y ninguno de sus hijos, herederos del ingenio azucarero, dio crédito a la palabra de un negro trapichero. No hubo carta de libertad para Zareb. Jamás la habría.

—¡Anímate, Zareb! —lo azuzó su amigo—. Todavía no hemos hecho la noche.

Miguel y Zareb –cuyo nombre cristiano era Fidel–, hacían un buen equipo en las mesas de juego. Así se habían conocido y ganado sus pequeñas fortunas, o lo que ellos denominaban “hacer la noche”. Aunque para Miguel el juego solo fuera un entretenimiento, sabía que su compañero necesitaba el dinero que ganaban para sobrevivir, así como Zareb entendía que aquel joven de buena cuna le brindaba la oportunidad de ganarse la vida sin riesgo de rebenque ni humillación. ¿Por qué lo hacía? A poco de conocerlo lo supo: Miguel no era como todos los blancos que había tratado desde que lo arrancaran de África. Era un joven respetuoso del otro, miraba a los ojos con la firmeza de las almas trasparentes. Eso posibilitó que, contra todo pronóstico, naciera entre ellos una sincera amistad.

Capítulo XIII

Buenos Aires, finales de marzo de 1795.

El orador comenzó su discurso evocando a Hiram Abif, fundador legendario de la orden. Sobre el atril descansaba la Biblia que había utilizado para leer, frente a los hermanos, los versículos de la segunda parte de las crónicas que mencionaban al rey Salomón, Hiram y la construcción del templo de Jerusalén. A continuación, recordó en presencia de la asamblea lo que la tradición masónica enseñaba.

—El gran arquitecto Hiram guardó con celo poderosos secretos que hicieron posible la construcción del sagrado templo de Jerusalén. La envidia desquició a tres de sus obreros, quienes lo emboscaron para que los confesara. El primer obrero lo golpeó en el hombro. Hiram se negó a hablar y trató de escapar. El segundo lo golpeó en la nuca y el tercero le partió la frente.

Robles esperaba sentado su turno. Tenía las manos enguantadas abiertas sobre los muslos, tal como señalaba el rito. En cuanto Antonini acabase el discurso inicial, tendría lugar su primera disertación frente a la logia. En cada tenida se enseñaba a los aprendices, se recordaba la doctrina al resto de los hermanos y se manifestaba un propósito particular, de acuerdo a los tiempos que corrían y a las necesidades del pueblo en general. La Logia Independencia crecía a paso firme, pero para hacer honor a su nombre, necesitaban más y más miembros; hombres íntegros, de coraje, oradores convincentes que dieran el ejemplo de una vida sin mácula y de amor a la libertad.

Santiago Antonini le cedió la palabra al aprendiz.

—Tres siglos —pronunció Robles cuando estuvo frente al atril, ante una audiencia silenciosa e inmóvil—. Tres siglos de poder y leyes de hierro. Las colonias americanas llevan tres siglos de sumisión ciega a la autoridad de una monarquía por la que jamás se ha sentido representada y amordaza la opinión de sus súbditos mediante la ignorancia y el castigo impartido a través de los funcionarios que personalizan un sistema, por sobre todas las cosas, excluyente e injusto. Déspotas de mano férrea, nuestros gobernantes nos dicen a quiénes debemos comprar manufacturas y vender el fruto de nuestra

tierra, impiden la lectura de impresos extranjeros, la apertura a nuevas ideas, persiguen a muerte a quienes osan pronunciar siquiera las palabras “libertad” y “república”.

En el templo donde se llevaba a cabo la tenida, el discurso del nuevo integrante de la logia mantenía anquilosados a los presentes. Nadie quería moverse un milímetro para no interrumpir la alocución, cuyo propósito era sembrar una idea clara, precisar el problema con el que lidiaba la sociedad a la que pertenecían y, unidos, establecer un plan de acción a futuro.

Las ideas que habían atravesado el océano con los masones franceses se ajustaban a las necesidades de los criollos. Esta circunstancia abonó la tierra donde las semillas de antiguas rebeliones, finalmente, comenzaban a germinar.

—La mayoría de nosotros —continuó Robles— ha oído hablar de Jean Jacques Rousseau. Nos está expresamente prohibido pronunciar su nombre o hacer mención a su obra. Igual que esta logia, esos conceptos deben permanecer ocultos para que el déspota triunfe, puesto que la ignorancia es la sangre que alimenta el sistema defectuoso y retrógrado que nos domina.

Santiago Antonini se inclinó hacia el hombre que estaba sentado a su derecha. Bracamonte aguzó el oído para escuchar lo que el italiano le decía.

—Y usted no le tenía fe.

—Obra del instructor, don Santiago —baladroneó Lorenzo, henchido de satisfacción ante el discurso de su discípulo.

* * *

Bracamonte se encontraba en la oficina del alcalde, quien se negaba a dar explicaciones de su accionar. El flamante virrey del Río de la Plata le había otorgado a Álzaga las facultades extraordinarias requeridas y los allanamientos se llevaron adelante sin dilación. Una pintada amenazante en el frente del templo de San Francisco había sacado de quicio al funcionario, por no hablar del nuevo crimen que tenía en vilo a toda la sociedad: otro español degollado, esta vez, en plena calle del barrio de La Merced.

—El detenido se encuentra incomunicado —dijo don Martín, y con eso dio por zanjado el reclamo de un ciudadano que respetaba, pero frente al que no estaba dispuesto a ceder.

—Me dirá al menos de qué se lo acusa —exigió don Lorenzo.

—En primer lugar, de entorpecer las investigaciones al negarse a declarar. Si me permite un consejo, señor Bracamonte, consígale un buen abogado a su protegido. Lo han encontrado a pocos metros de un cuerpo recién acuchillado. ¿Qué hacía el señor Abel Rojas en una calle a oscuras a las dos de la madrugada? No ha sabido explicarlo —concluyó Álzaga.

Lorenzo dejó el Cabildo con un humor negro, producto de la frustración. ¿Qué hacía Lito a las dos de la madrugada en la calle? Acababa de salir de la reunión de la logia; él lo sabía, pero tampoco podía decírselo a las autoridades. La mala suerte había propiciado que el muchacho se encontrase a la hora y en el sitio exacto donde la patrulla barrial había encontrado al hombre que acababan de asesinar.

Otra de las preocupaciones de Lorenzo era que también habían detenido a Luis Dumont, Barbarín y Mayllos, tres miembros de la Logia Independencia.

Luego de pasar por el despacho de su abogado y pedirle que se presentara de inmediato en la oficina del alcalde como defensor de Abel Rojas, se dirigió a casa de su cuñada. Era indispensable recabar toda la información que pudiera y, para eso, necesitaba la ayuda de Robles. Él lo recibió en la sala privada y escuchó con semblante serio las últimas novedades.

—El templo de San Francisco amaneció con una pintada. Por más empeño que puso Álzaga en cubrirla antes de que los vecinos la vieran, a media mañana no hubo vecino que no supiera de ella.

—¿Qué decía? ¿Lo mismo que las anteriores? —Bracamonte negó con la cabeza antes de responder:

—Esta vez han ido más lejos. Se han encontrado pasquines en todas las esquinas con la misma leyenda: “Álzaga, dentro de un año, irás a la guillotina, tú y cuantos andan en averiguaciones”.

—¿A qué averiguaciones se refieren? ¿A la de los asesinatos o a la de una posible rebelión jacobina?

—Imagino que para el alcalde ambas cosas están relacionadas. No es un dato menor que a los muertos los precediera su mala fama en cuanto al trato brutal a los esclavos.

Robles se levantó y se acercó a una mesa pequeña donde tenía

una limeta con jerez. Sirvió una medida del fino vino blanco en dos vasos y volvió a sentarse frente a don Lorenzo.

—Gracias —dijo Bracamonte al tomar el que se le ofreció—. Han detenido a varios franceses. Era de esperarse que esto sucediera, lo que no alcanzo a comprender es por qué se llevaron a Lito.

Américo había vuelto a ver al muchacho en la tenida que se llevara a cabo la noche anterior. A diferencia del día en que Antonini se lo había presentado, al joven masón se lo veía con más ánimo, se podría decir, jubiloso. Claro que, aquella primera vez, Lito convalecía en una cama, reflexionó Robles; no era extraño que los días de reposo y encierro apagaran la alacridad de espíritu de cualquier mortal. Sin embargo, y al margen del tema que estaban tratando en ese momento, el hombre no pudo dejar de hacerse la pregunta en voz alta.

—¿Qué le sucedió a Lito? Cuando lo conocí —precisó—, don Santiago dijo que había sufrido un accidente y que por eso se encontraba haciendo reposo en su casa.

—Lo hirieron en una pelea de arrabal. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque, ahora que lo pienso, se me hace muy extraño que, en lugar de convalecer al cuidado de su familia o en casa de sus patrones —añadió—, lo haya hecho en ese cuartucho apartado que hay en la vivienda del relojero.

Bracamonte sonrió de lado y se acabó el jerez de un solo trago.

—Algo me dice que no fue una simple pelea de arrabal —dijo Robles—. ¿Por qué ocultarse en lo de don Santiago? ¿Qué fue exactamente lo que hizo?

—Despenó a un desgraciado —admitió don Lorenzo. El profesor asintió.

—Y ese desgraciado…

—No fue Guzmán, si es lo que está pensando.

—Puede que alguien haya delatado al muchacho. Quizá, su detención tenga que ver con ese crimen o con el hecho de que el alcalde relacione a Lito en los otros asesinatos.

Don Lorenzo frunció el ceño. No lo había pensado, pero podía ser que Robles tuviera razón.

—¿Cuándo encontraron el cuerpo del señor Ibáñez? —preguntó Américo, en referencia al último español que habían asesinado en Buenos Aires.

—Anoche, cerca de las dos.

—Lito no dirá nada —sentenció—. Preferirá que lo lleven a la horca antes de defenderse explicando a la justicia por qué estaba en la calle a esas horas.

—Se ha negado a declarar. Mi abogado debe de estar haciendo gestiones en el Cabildo en este preciso instante para entrevistarse con él. Le he pedido que tramite un permiso para que yo también pueda hacerlo.

—¿En qué puedo ser útil, don Lorenzo?

La pregunta de Robles fue sincera: quería ayudar.

—Por ahora, lo único que podemos hacer es averiguar por nuestra cuenta quién está detrás de las pintadas, si tienen alguna relación con los crímenes y, sobre todo, procurar que la atención de Álzaga no se desvíe. No tengo que explicarle lo perjudicial que sería para nosotros que el alcalde meta las narices donde no debe.

—Por supuesto. Tendré mucho cuidado.

* * *

Martín Urquijo salió del Fuerte y, antes de cruzar la Plaza de Armas, se hizo sombra con la mano para mirar el cielo. Algunos cirros traslúcidos interrumpían el inmaculado celeste; era una buena señal, ese tipo de nubes ligeras con aspecto de plumas no representaban amenaza de lluvia. Esperaba que el tiempo se mantuviera así y le permitiera viajar a la guardia de Luján sin pisar barro.

Ensimismado como estaba, no advirtió que uno de sus soldados cruzaba la plaza en dirección opuesta a la suya. Pardo lo interceptó, se dobló sobre las rodillas para recuperar el aire; había corrido varias manzanas para llegar a tiempo. Hizo una seña a su superior cuando le preguntó para qué lo buscaba y respiró hondo varias veces, hasta que por fin pudo hablar.

—Señor, usted sabe cuánto lo respeto —resolló.

—Vaya al grano, soldado.

—Lo haré, pero antes quiero que entienda que si me he tomado ciertas atribuciones es por…

—¿Ciertas atribuciones? —lo interrumpió el oficial. El preámbulo del alférez lo estaba impacientando—. Pardo, llevo prisa. ¡Suelte el rollo de una buena vez!

—Tendrá que acompañarme si quiere saber de qué se trata. No me atrevo a contarle lo que acabo de ver.

—¡Carajo, Pardo, parece usted un cotilla de tres al cuarto!

—Se trata de la señorita Montiel. Su prometida —precisó el hombre—. La crucé en la calle hace un cuarto de hora. Iba acompañada por una de sus criadas.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

—Me hice la misma pregunta cuando me asaltó una corazonada y decidí seguirlas.

—Pardo…

El modo en que Urquijo apretó la quijada y masculló su apellido inquietó al soldado, por lo que se decidió a interrumpirlo sin dilación.

—Señor, la señorita Montiel acaba de entrar a un burdel.

La declaración del alférez le atravesó el pecho como si se tratase de un filoso puñal. El pulso se le disparó a una velocidad que le produjo dolor. Urquijo giró sobre sus pies y corrió hacia el Fuerte. No tardó más de unos minutos en desatar el caballo del poste y montarlo para volver a cruzar el portón. Apretó los dientes mientras esperaba a que Remigio Pardo hiciera lo propio y se reuniera con él.

—Andando, soldado —ordenó cuando lo tuvo a la par.

El caballo sufrió la presión de las piernas del oficial y la tirantez del bocado que lo instaba a retroceder. Protestó con un relincho y amenazó con encabritarse, pero Urquijo logró controlarlo.

—Pardo —resolló ni bien dejaron la plaza de Armas a la carrera —, ruegue por su alma si esto es otra de sus bromas pesadas.

—Mi sentido del humor no llega tan lejos, señor.

* * *

Inesita extendió frente a ella la mantilla de seda y volvió a colocársela sobre el regazo para continuar tejiendo la puntilla en los bordes. Mientras la madre dormía la siesta, ella mataba las horas en el estrado, a la espera de que Gabina apareciera de un momento a otro. Su hermana jugaba con fuego, pensó, al tiempo que negaba con la cabeza; una cosa era ensayar con todo el elenco y otra muy distinta era reunirse a solas con Gaitán. Si alguien se enteraba, no la salvaría ni la presencia de Panchita. Los criados hacían las veces de chaperones, pero cierto era que no se podía confiar el honor de las doncellas a cualquiera, y bien sabía Inés que eso era cierto. Una carabina segura era una madre, tía o hermana, o algún hombre de la familia. No obstante eso, aun si algún vecino veía a Gabina Montiel entrar a esa casa y decidía no poner en duda su moral, posiblemente se preguntaría qué razones tenía una señorita de buen ver para visitar a un actor. Inesita no quería ni pensar en el lío en que se metería su hermana si alguien la descubría entrando o saliendo de esa propiedad.

Inés revolvió la caja de labores hasta dar con el hilo que necesitaba para bordar la mantilla.

—¡Niña! —El grito de Carmen le hizo dar un brinco en la silla.

—¡Virgen santa, Carmela! —protestó con la mano abierta sobre el pecho. El corazón le latía frenético—. ¿Qué son esos modos?

—¡Espere que le cuente y me deberá el chocolate!

Era frecuente que las noticias en Buenos Aires corrieran de boca en boca al servicio de los criados. La servidumbre lo sabía todo, solo había que ir al mercado, al río donde las lavanderas, barrer las veredas, y las novedades se expandían como lenguas de fuego en campo seco. Los amos solían repetir el dicho “chocolate por la noticia y mermelada por la pavada”, cada vez que un criado recitaba el parte diario.

—Lito está preso —soltó Carmela.

—¿Qué?

La caja de costura cayó al suelo y decenas de bobinas rodaron sobre la alfombra.

—Acaba de contármelo la criada del relojero.

—No puede ser —balbuceó la muchacha.

—Anoche, el comisario de faroles del barrio de La Merced mandó por la patrulla al notar que una de las cuadras que vigila estaba completamente a oscuras. Parece que alguien se había ocupado de apagar farol por farol.

—Continúa, Carmela.

—Cuando la patrulla llegó, el Carnicero ya había hecho de las suyas.

—¿Qué Carnicero?

—Así menta la gente al asesino del cuchillo, señorita.

—¡Dios mío, Carmela! ¿Qué tiene que ver todo esto que me cuentas con Lito?

Doña Clara entró en la sala, se acercó a su hija y observó con el ceño fruncido la caja de costura que seguía patas arriba sobre la alfombra del estrado. Luego, miró a Inesita y preguntó:

—¿Se puede saber por qué tienes esa cara de angustia? ¡Carmen, qué esperas para recoger este desastre!

—¡Eso puede esperar, Carmela! —Intercedió la hija—. Antes, termina lo que me estabas contando.

La criada se retorció las manos al tiempo que miraba a una y a otra. Finalmente, optó por obedecer a las dos y, mientras se arrodillaba para recoger las bobinas, dijo:

—La patrulla se topó con Lito a unas pocas casas de distancia de donde se hallaba el cuerpo. Llevaba un cuchillo.

La mente de Inés rodaba como una noria. Desde el día de los festejos en la Plaza Mayor, Lito había ido a verla todas las noches. Ella lo esperaba en el establo, siempre a la misma hora, y no se separaban hasta que Carmela –quien de mala gana había aceptado ayudarlos para que doña Clara no los atrapase en falta– los despertaba casi al alba. Inés se pasaba el día entero rogando que el sol se escondiera para que la luna los volviese a reunir. Cada noche, menos la anterior.

—¿Quién es Lito? ¿De qué cuerpo hablan? —interrogó la viuda de Montiel.

—Tengo que ir a casa de Chelo…

—¡Un momento! De aquí no se mueve nadie hasta que me expliquen lo que está sucediendo.

—Ya oyó a Carmela, madre. Parece que ha habido otro asesinato y la patrulla se ha llevado preso a Lito.

—¡Ese nombre no me dice nada, Inés! ¿Quién demonios es Lito?

Como la chica tardaba en responder, Carmela se le adelantó.

—Usted lo conoce, ama. El chico nos vendía nueces cuando era un crío y hoy día se emplea en la estancia de doña Chelo.

—Sigo sin entender por qué tanto alboroto —insistió doña Clara.

—Madre, tengo que averiguar si don Lorenzo está al tanto de lo que le sucedió a Lito.

—¿Y a ti qué te importa si lo sabe o no? ¡Si lo que acaba de contar esta negra es cierto y ese… ese Don Nadie ha cometido un asesinato, no tienes nada que hacer en casa de los Bracamonte!

—¡Lito no asesinó a nadie! —gritó Inesita.

La reacción de la chica dejó boquiabierta a la viuda de Montiel. No solo le había levantado la voz; al parecer, estaba decidida a desobedecerla.

Inés se acercó al perchero donde tenía su mantilla y un par de guantes. Miguel entró a la sala en ese preciso momento y pidió explicaciones.

—¿Solo me ha parecido o están discutiendo? Inés, ¿por qué lloras? —inquirió, preocupado.

—¡No irás a ningún lado! ¿Me has oído? —gritó doña Clara.

—Lo detuvieron a Lito —sollozó la muchacha—. Anoche ha habido un crimen en el barrio de La Merced y la patrulla cree que Lito tuvo algo que ver.

—No puede ser…

El desconcierto enmudeció a Miguel. No daba crédito a lo que Inés le acababa de decir.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —repitió doña Clara—. ¿Ustedes

qué saben? ¿Quién es el tal Lito para que armen tanto jaleo por su detención?

—¡El hombre que amo, madre! —respondió Inesita.

Esta vez fue la mujer quien se sintió arrollada por el desconcierto. Fue incapaz de moverse de su sitio mientras Miguel se colocaba la capa y le pedía a su hermana que se diera prisa. La acompañaría a hablar con Lorenzo.

* * *

Álzaga abrió la tapa del reloj que el oficial ejecutor de la alcaldía, don Pedro Muñoz de Olaso, había requisado en casa del panadero Luis Dumont. Sonrió. El alguacil había irrumpido en el despacho; le aseguraba que tenía que ver la imagen grabada en la tapa del artefacto. Se trataba de una mujer de gorro frigio, un distintivo asociado con la libertad. La prueba irrefutable que necesitaba para seguir adelante con los allanamientos, se dijo don Martín.

Al otro lado del escritorio, el abogado que Bracamonte había enviado para hacerse cargo de la defensa del detenido Abel Rojas esperaba una respuesta.

—Muñoz —dijo al alguacil—, acompañe al doctor Carmona hasta la mazmorra.

La ilusión de poder atrapar a los peces gordos hizo que Álzaga perdiera interés en la investigación de los tres crímenes cometidos. Lo que él buscaba era desenmascarar a los conjurados jacobinos, encontrar la imprenta de donde salían pasquines y pegatinas que arengaban por la libertad y, sobre todo, probar que su peor enemigo estaba metido en el asunto. Le urgía sacar a Liniers de Buenos Aires. No iba a permitir que un francés se enriqueciera a costa de la merma de sus ventas montando una miserable fábrica de pastillas.

—Su señoría —tomó la palabra Muñoz de Olaso—, el esclavo del panadero está esperando que se le tome declaración.

—Me ocuparé personalmente de eso —repuso taxativo—. Doctor Carmona, supongo que lo veré mañana.

—Así será, su señoría —se despidió el abogado y se dispuso a seguir al alguacil para reunirse con su cliente en las entrañas de aquel edificio.

* * *

Gabina no quería apartar los ojos del papel que sostenía en la mano derecha. Frente a ella, Gaitán la escuchaba repetir una y mil veces la letra que ya se había aprendido de memoria. El hombre se había quitado primero la chaqueta y luego la chupa, desarmándose en disculpas por el bendito calor que lo tenía a mal traer. Por último, para rematar la incomodidad de la joven y su criada, se desató el cordón que sujetaba el cuello de la camisa.

Panchita se mantenía como una columna de granito a unos pasos de su ama. No le gustaba el aspecto de abandono de la casa y, menos, la actitud rapaz de ese hombre. Percibía costumbres desagradables en la sala en la que se encontraban. Botellas de licor sobre muebles y mesas, un fuerte olor a tabaco y sudor, una cortina pesada que velaba el interior de la propiedad, pero que no alcanzaba a tapar los pasos y murmullos que tenían lugar al otro lado, aquel que no veía y, sin embargo, intuía. La señorita Gabina hacía caso omiso a las advertencias, se esmeraba tanto en complacer al director de la compañía que no prestaba atención a nada que no fueran los consejos de Gaitán.

—¿Qué le pareció esta vez, don Damián? —preguntó Gabina—. Memoricé por completo el libreto que me facilitó la semana pasada.

—Tu problema no es la memoria, eso está claro.

—¿Entonces?

—Te falta soltura, querida. Pero no te aflijas, te enseñaré cómo se hace. Quítate los zapatos —ordenó al cabo.

Gabina vaciló. Gaitán tenía experiencia, había actuado en el famoso circo de don Joaquín Olaes antes de dirigir su propia compañía y le estaba dando una gran oportunidad a ella al sumarla al elenco de su próxima obra. No quería que llegase el día del ensayo general y que el resto de los actores se riera de su paupérrima interpretación.

Gaitán dejó el desvencijado sillón, se acercó a una mesa de donde retiró un vaso que luego llenó con un líquido ambarino.

—Esto te ayudará a relajarte —comentó mientras se lo ofrecía a la joven.

Gabina negó con la cabeza y se quitó los zapatos. No necesitaba

emborracharse para hacer bien su trabajo, se dijo. Se quedó quieta mientras el maestro se acercó para quitarle las horquillas que le aseguraban la melena en un moño.

—Mueve los hombros, dulzura. Eso es.

Pancha comenzó a temblar. Gaitán estaba demasiado cerca de su ama y le había apoyado las manos en los hombros. Sin ser del todo consciente, retrocedió unos pasos hasta que su espalda quedó contra la puerta de calle. La propiedad no tenía zaguán, ese pequeño espacio que mediaba entre la sala de recibo y la entrada principal de una vivienda. La mulata sintió el calor que despedía la madera; en contraste, un sudor frío le perló la frente.

En simultáneo, vio a la señorita Montiel peinarse la melena rubia con los dedos abiertos a pedido de su maestro y sintió el cimbronazo en la espalda. Alguien aporreaba la puerta. Los ojos de Pancha se abrieron de espanto.

El dueño de casa frunció el ceño y, finalmente, ordenó a la mulata que la abriera.

Cuando lo hizo, leyó en la expresión del hombre que tenía por delante que se había vuelto invisible. Que Pancha estuviera o no en esa casa, daba igual. Todo lo que Martín Urquijo vio fue a su prometida en una situación inadmisible.

Se había negado a creer que Gabina estuviera tras la puerta que le señalara Remigio Pardo tras apearse del caballo. ¿Un burdel? ¿Cómo era posible que la joven a la que pensaba desposar estuviese en un sitio como ese? De un segundo a otro, su futuro se desmoronó como una columna de arena cuando la verdad desató el huracán y la realidad se enseñoreó frente a sus narices.

Gabina jamás habría imaginado que los ojos de Martín podían llegar a mirarla con semejante desprecio, que alguien pudiera apretar tanto los dientes sin quebrárselos. Atinó a acercarse, pero una mirada de clara advertencia la detuvo en seco.

—Martín… —exhaló, más que decir.

Urquijo levantó la mano para instarla a callar.

—Pardo, acompañe a la señorita Montiel hasta su casa.

—Sí, señor —replicó el soldado que se encontraba tras el oficial.

El oficial dio media vuelta, caminó hasta el poste donde había sujetado al caballo y lo montó de un salto. Se marchó sin mirar atrás, erguido de rabia, humillada su hombría, y hecho pedazos el corazón.

* * *

Pilar se acercó a la ventana de la alcoba. Le gustaba esa hora donde no se oía más que las chicharras en patios y calles desiertas cuando todo Buenos Aires dormía la siesta. Luego de dar vueltas en la cama decidió que no perdería más tiempo en intentar lo imposible. No podía dejar de pensar; en su cabeza se entremezclaban recuerdos, sensaciones, deseos y un sin fin de propósitos. No era feliz y, en lugar de resignarse a eso, comenzaba a experimentar la necesidad de intentarlo.

Tenía los ojos fijos en un punto incierto del patio cuando el crujido de una rama le llamó la atención. En la planta de jacarandá que circundaba un cantero de material cubierto de tierra, vio a Lucio balanceándose a horcajadas sobre una de las ramas. Sintió una leve contracción en el estómago. El juego le pareció algo peligroso, sobre todo cuando advirtió la ausencia de criados que vigilaran al niño. Estuvo a punto de gritarle que se bajara; se arrepintió. Permaneció quieta y silente, absorta en la contemplación de ese rostro inocente al que no sabía mirar de frente. La culpa no era del crío, se dijo. ¿Acaso era de ella? Tampoco, se consoló. En todo caso, no estuvo ni estaría en manos de ninguno de ellos el poder de cambiar las cosas.

Sin embargo, la voz de su conciencia no la dejaba en paz. Lucio era un niño de seis años; ella, una mujer adulta.

No apartó los ojos del chico que se mecía sobre la rama a pocos metros de su ventana. El corazón le latió a golpes de tambor, violento, agorero. Difícil de identificar el instinto cuando se lo ha negado durante tanto tiempo. Un sudor frío le surcó la espalda cuando oyó el segundo crujido de la madera. Luego, todo resultó muy confuso, una alucinación por la que fue arrastrada más allá de la conciencia y la voluntad. Sin saber cómo, se vio a los pies del jacarandá tratando de reanimar el cuerpo inerte de su hijo, desgañitándose la garganta al pedir auxilio.

Se le habían taponado los oídos, anegado los ojos, estrujado las entrañas en el preciso momento en que la rama cedió y, en la caída, la cabecita de Lucio rebotó contra el borde macizo del cantero.

* * *

Los hermanos franceses, Luis Enrique y Santiago de Liniers y Bremond, discutían en el despacho de la propiedad que habían alquilado al vasco Isidro Lorea. Se trataba de una finca en donde, finalmente, habían instalado la fábrica de pastillas de carne con la que planeaban mejorar sus finanzas, ya que el título de conde del mayor y un segundo matrimonio muy conveniente del menor no bastaban para que los acreedores no les mordieran los talones. La producción iba bien, lo que daba trabajo era saldar las deudas y cubrir al mismo tiempo los gastos que generaba el nuevo proyecto.

La idea de establecer la fábrica en la colonia había surgido de la excelente aceptación que la conserva de carne había tenido en Europa. Se trataba de un proceso de elaboración sencillo que consistía en hervir durante varias horas trozos de carne vacuna para enfriarlos luego en recipientes de hojalata que se cerraban al vacío y conservaban el alimento durante tres años. Si bien podía utilizárselo como un nutritivo y espeso caldo una vez que se lo volviese a hidratar, también podía consumírselo en el mismo estado en el que era envasado, lo cual convertía a estas pastillas de carne condensada en una verdadera opción proteica para los enfermos de hospitales, ejércitos y navegantes.

Pero ya por lo innovador del producto o por las deudas que tenían los hermanos Liniers, la fábrica no estaba rindiendo los frutos esperados a corto plazo.

Don Santiago insistía en animar al conde.

—Hemos conseguido lo impensado —decía—: la Real Orden para establecer la fábrica en Buenos Aires y una exclusividad de ocho años sin competencia. Debemos tener paciencia, Luis.

—Me cuesta trabajo tener paciencia cuando los funcionarios locales ponen tantas trabas —replicó el mayor con palmario mal humor—. Primero fue el procurador general del Cabildo, desbaratando nuestros planes de instalar la fábrica en la zona del Retiro. Ahora es el codicioso alcalde. ¡No creas que no me doy cuenta de lo que pasa, Santiago! Álzaga va tras nosotros. Te aseguro que ese hombre es quien le llena la cabeza a don Benito.

Luis Enrique se refería a don Benito González Rivadavia, a quien le debían unos meses de alquiler de una propiedad en el barrio de Santo Domingo. El conde estaba seguro de que detrás de las constantes intimaciones que recibían de Rivadavia estaba la mano de Álzaga. Esa tarde habían recibido un duro golpe al enterarse de que

las exigencias pasaron de lo verbal a lo legal.

Don Santiago miró por la ventana. El sol había desaparecido, la noche era inminente y los grillos comenzaban a orquestar bajo el crepúsculo. Se rascó la barbilla al tiempo que sus ojos se perdían en la lejanía. Le preocupaba Bloud, el compatriota que dirigía la fábrica como maestro mayor. Las ideas republicanas del hombre no afectaban su trabajo, pero, a la luz de los últimos acontecimientos, Álzaga podía considerarlo un peligro para la estabilidad del virreinato. En varias oportunidades, don Santiago lo había oído justificar la ejecución del monarca francés Luis XVI y hablar de Robespierre como el pensador más emblemático de la época. Si los dichos de Carlos Bloud trascendían, las autoridades no dudarían en cortar el árbol de raíz y cerrar la fábrica.

Por supuesto, nada dijo a su hermano sobre el maestro. A veces creía que el título nobiliario que había heredado el primogénito de la familia Liniers no se condecía con el espíritu de Luis Enrique. De los dos, el más pertinaz y emprendedor era Santiago. Quizá, se dijo, la condición de segundón lo impelía a luchar con denuedo para posicionarse en la sociedad, a no darse por vencido fácilmente.

—Ten calma —musitó—. Ya va siendo hora de ir a casa a descansar, Enrique. Mañana será otro día.

* * *

Los grillos hicieron silencio cuando el estruendo de puertas abiertas a empellones los sorprendió en plena noche. El alcalde de primer voto y su séquito hicieron honor a la potestad otorgada por el nuevo virrey. La fábrica de pastillas de los hermanos Liniers fue escenario de una batahola de gritos y golpes. En el procedimiento, los ejecutores del allanamiento arrojaron al suelo todo lo que encontraron a su paso e irrumpieron en el sector de servicio, sacando de la cama a los empleados que no atinaban a comprender lo que se les preguntaba.

—¿Dónde guardan las armas? —exigía el funcionario español—. ¡Levanten colchones y revisen hasta los ladrillos! —ordenó a sus hombres—. En este antro se cuecen revolucionarios y se imprimen pasquines sediciosos. ¡Nadie duerme esta noche hasta que aparezca la imprenta!

Pero la imprenta que Álzaga se empeñaba en encontrar no apareció en la quinta de Lorea. Sin embargo, se le inflamó el pecho cuando uno de los oficiales que llevaba adelante el procedimiento de

requisa entre los empleados le trajo varios papeles con la misma leyenda que rezaban las pintadas de los últimos días.

—¿Conque “viva la libertad”, eh? ¡Yo les voy a mostrar cuánto vale la libertad cuando sean condenados a pasar el resto de sus vidas en la cárcel, sarta de revoltosos!

El dueño de esos impresos resultó ser Carlos Bloud. El maestro francés y algunos cuantos compañeros fueron apresados esa noche. Desde luego, ni la imprenta ni el armamento que el alcalde necesitaba para implicar a Liniers en una posible conjura aparecieron. Para no quedar en ridículo, Álzaga decidió conservar los pasquines y engrosar la lista de detenidos. Los forzaría a hablar igual que había hecho con el esclavo del panadero Dumont, quien, durante la toma de declaración, había esbozado el apellido Liniers. La detención de los franceses se producía por efecto dominó: la mayoría se conocía entre sí y, aunque eso no significase que todos ellos planeaban la supuesta conjura, al alcalde le convenía para llegar al hombre que más le interesaba.

* * *

En el despacho de la Casa Grande, el doctor Carmona le explicaba a su cliente lo que había sacado en limpio después de haber interrogado a Lito.

—No hay pruebas suficientes para retenerlo en la cárcel mucho tiempo. El cuchillo que llevaba en la cintura estaba limpio, sin rastros de sangre. Lo que me preocupa es que el muchacho no colabore. No ha querido explicarme siquiera a mí, que soy su defensor, qué hacía allí a esas horas de la madrugada.

—Doctor Carmona, si el chico no habla, lo hará su testigo.

—¿Testigo? Mi cliente asegura que al momento de oír la voz de alto, las únicas personas que vio en la cuadra fueron las de la patrulla y el comisario de faroles.

—Lito no estaba solo. Él y mi cuñado volvían de un lupanar por esas horas. Don Miguel se asustó al oír las pisadas de la patrulla cuando se encontraban en medio de una cuadra sin iluminación y echó a correr sin pensarlo dos veces.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué huiría de la patrulla?

—Porque nunca pensó en la patrulla sino en el Carnicero. Como

se imaginará, Carmona, el joven Montiel ha oído hablar de los crímenes que mantienen en vilo a toda la comunidad, en especial a los dueños de esclavos. Naturalmente, el miedo lo llevó a reaccionar sin tener en cuenta a su acompañante.

—Entiendo. Si mi cliente no fuera tan tozudo, lo habría sacado de la cárcel hoy mismo. ¿Por qué no me explicó cómo fueron las cosas cuando se lo pregunté este mediodía?

—Doctor, mi cuñado y Lito son muy amigos —exageró Bracamonte—. ¿Cree que un hombre de honor como lo es su cliente acusaría de cobarde a un amigo?

—Le prometo que no se verá como cobardía sino como instinto de supervivencia, don Lorenzo.

—Cuento con su impecable pericia en estas lides, Carmona. Miguel Montiel está dispuesto a declarar. Este asunto se resolverá mañana mismo.

—Ni que lo diga. Pídale a su cuñado que se reúna conmigo antes de ir a la alcaldía. Tengo cita a las tres de la tarde en el Ayuntamiento. A más tardar a las cuatro, el señor Abel Rojas estará libre.

—Eso espero.

Bracamonte despidió al abogado en la puerta de calle y regresó a su despacho, donde lo esperaba su esposa.

—¿Se lo creyó? —disparó la mujer.

—Lo crea o no, Carmona sabe cómo hacer su trabajo. No te preocupes, Lito quedará libre mañana mismo.

—Quien me preocupa ahora no es Lito, Lorenzo. Todavía no salgo de mi asombro —confesó.

Inesita había llegado esa tarde a la Casa Grande acompañada por Miguel. Una vez enterada de que su cuñado estaba al tanto de la detención de Lito, los nervios de la muchacha se consolidaron en una angustia que la desbordó. Llorando sin consuelo, dijo que estaba dispuesta a hundirse en el fango para salvar al hombre que amaba. Si Lito estaba en la calle a las dos de la mañana, dijo, le contaría al alcalde que era porque a esas horas se reuniría con ella en el establo de su casa. “No me importa lo que piensen. Lito y yo pasamos todas las noches juntos porque nos amamos y vamos a casarnos.” La

sorpresa enmudeció al matrimonio Bracamonte, no así a Miguel, quien expuso el segundo plan.

—¿Cómo pudo habérseme pasado cuando estuvimos en La Luz? —se preguntó Consuelo en voz alta—. Porque lo de ellos tiene que haber comenzado en la estancia, ¿no crees?

—Es posible —convino su esposo—. De cualquier manera, ¿qué podrías haber hecho, querida?

—No lo sé. Hablar con ella, tal vez; abrirle los ojos y explicarle que doña Clara jamás lo aprobaría.

—¿Crees que Inesita no lo sabe? ¡Por favor, Chelo! Ya oíste a tu hermana: se han enamorado y están decididos a casarse, le pese a quien le pese.

—Ella puede darse el lujo de ser todo lo romántica que le apetezca mientras su madre no lo sepa. Luego, ya veremos hasta dónde es capaz de llegar esa mujer con tal de arrancarle las ilusiones a una de sus hijas.

Consuelo no solo pensaba en Inés, también lo decía por Pilar. En su fuero íntimo, culpaba a doña Clara por la infelicidad de su hermana. ¿Qué sucedería una vez que la mujer supiera lo de Inesita con Lito? No podía siquiera imaginarlo sin que se le erizara la piel.

* * *

Un silencio de sepulcro espesaba el aire de la casa. Bastó ver el semblante de Gilberta para que Robles justificara el latigazo que sufrió al cruzar el umbral. La preocupación ensombrecía el rostro moreno de la mujer, que se contuvo apenas unos segundos para ponerlo al corriente. Entre sollozos, le contó que Lucio había trepado el jacarandá. Farfulló el resto en un galimatías de lamentos en el que Américo trató de hilvanar cada palabra: caída, golpe, ojos cerrados, doctor.

A pesar del impacto que le produjo la noticia, apretó el hombro de la criada en un vano intento por consolarla.

—¿Puedo verlo?

—Seguro —asintió la mujer al tiempo que se restregaba los ojos con el mandil.

En la alcoba del niño habían encendido velas de todos los tamaños; algunas, finas y altas, alumbraban desde los candelabros; otras, más bajas y gordas, se deformaban sobre platillos de cerámica. El humo enviciaba el aire que flotaba denso como una neblina gris y, entre las llamas, pequeñas imágenes de santos imprimían al ambiente la entidad de un templo.

Robles apretó los dientes. No supo definir si le chocaba más esa especie de velorio prematuro o la alarma a la que su pulso respondió desbocándose. Ver el cuerpecito inerte que reposaba sobre la cama en el centro de la alcoba no abrevió su conmoción. Cuando apartó los ojos de Lucio, advirtió la presencia de la madre junto a la ventana. No se dejó ver la cara: apenas él puso un pie en el dormitorio, ella giró el rostro. Sí alcanzó a ver que llevaba un rosario con cuentas de nácar entre los dedos.

—Prepararé una tisana —dijo Gilberta antes de retirarse.

Américo dejó la puerta abierta y se adentró unos pocos pasos. No conseguía despegar los ojos de la espalda de la viuda. Doña Pilar no llevaba la típica gorguera alrededor del cuello, por lo que el escote en forma de bote de su vestido dejaba a la vista la piel delicada de su nuca. Se había recogido el cabello en una trenza que giraba sobre uno de los hombros. Esa breve inspección bastó para entender la razón por la que ella escondía el rostro. Los hombros le temblaban: estaba llorando.

Avanzó otro poco, lo suficiente como para plantarse a escasos centímetros de la mujer y ofrecerle el pañuelo que sacó del bolsillo del hábito.

—Gracias —musitó ella sin voltearse.

—¿Qué dijo el médico?

—Lo de siempre: hay que esperar. Ha tenido que entablillarle el brazo, pero es posible que el desmayo que sufrió… —Pilar tragó saliva y se obligó a continuar—. Se golpeó la cabeza al caer —añadió con un hilo de voz.

—¿En algún momento recuperó la conciencia? —preguntó alarmado.

—Sí. —El llanto de la mujer recrudeció, y Américo debió esperar hasta oír lo siguiente—: No bien lo hizo pidió por Gilberta.

Lo conmovió el dolor con el que ella pronunció las últimas palabras. Al margen de la preocupación, era palpable la tristeza que ceñía el corazón de esa madre. Lucio había pedido por la mujer que cuidaba de él, por la persona que lo protegía y le prodigaba cariño. Eso hacían los niños en condiciones extremas, acudían al afecto más cercano, al amor primigenio que, en condiciones normales, no era otro que la madre.

El accidente sacudió el instinto maternal que Pilar mantuvo a raya durante años, pero también puso de manifiesto la inevitable consecuencia. Ningún vínculo, por más sanguíneo que sea, crece en ausencia del afecto. Desarrollarlo, fortalecerlo, depende de la voluntad que se le aplique a esa relación que en un principio parece mágica, milagrosa, sobrenatural. Pero la tristeza de Robles no era tan honda como la de Pilar, él podía apreciar la situación sin ese velo de pesimismo que crea el dolor. “No todo está perdido”, se dijo, al apreciar aquella clara manifestación de afecto. Por mucho que se negara a reconocerlo, la viuda de Esquivel amaba a su hijo.

Al poco rato, Gilberta apareció con una bandeja y le entregó a cada uno una jícara con té de manzanilla. Américo acercó una silla al borde de la cama e hizo señas a doña Pilar para que la ocupase. Velarían juntos el sueño de Lucio.

Capítulo XIV

En la habitación de Pilar, Gilberta trenzaba el cabello de su ama frente al pequeño óvalo espejado del tocador. Una profunda tristeza se respiraba como el perfume lúgubre de las flores de un campo santo. A la negra se le apretó el corazón al rozar la mejilla húmeda de la viuda. "Por san Benito, rezó en silencio, que no vuelva a pasar."

La súplica fue premonitoria porque el pasado se coló a través de las rendijas de puertas y ventanas. Los ojos de la esclava se encontraron con los de su ama y las palabras que oyó fueron eco de otras que atravesaron los años con el filo de un cuchillo.

—Ayúdame, Gilberta.

La negra soltó la trenza a medio hacer y retrocedió un paso. Lo que no hizo fue apartar la vista del reflejo.

—Lo sabes todo de mí. Solo tú puedes ayudarme a acabar con esto de una buena vez.

Continuaban observándose fijamente a través del espejo. Gilberta tragó saliva antes de preguntar:

—¿Qué me está pidiendo?

—Lo mismo que te pedí hace más de seis años.

—¡No!

Gritó, como si las palabras de la dama la hubieran quemado. Pilar giró sobre el escabel hasta quedar frente a frente con la criada.

—¡No lo soporto más! ¿No te das cuenta? —sollozó.

—Haga un esfuerzo.

—¡Cada día de esta maldita vida ha sido un esfuerzo, Gilberta!

—Eso puede cambiar.

Pilar rio sin alegría, con el sarcasmo nacido de la angustia que la

embargaba.

—Tienes que ayudarme —insistió.

—Si su merced me vuelve a pedir semejante cosa, le juro por san Benito —amenazó la negra al tiempo que se hacía la señal de la cruz —, que me voy de esta casa para siempre.

* * *

Robles secó la tinta y dejó la pluma sobre el escritorio. La persona que llamaba a su puerta se advertía impaciente. Le tomó unos segundos reconocer a don Santiago Antonini a través del postigo; las facciones del italiano se hallaban desfiguradas de preocupación. Quitó el cerrojo y abrió. Ninguno de los dos habló hasta que la puerta de calle volvió a quedar cerrada.

—Algunos de nuestros hermanos han sido detenidos —informó el relojero. Se lo veía muy alterado.

—Lo sé.

—Por ahora solo se trata de investigar la presunta conspiración jacobina, pero no podemos confiarnos; si Álzaga presiona demasiado, temo que los más débiles suelten la lengua.

Antonini abrió su capa y extrajo un envoltorio que guardaba bajo el brazo.

—Planeábamos entregársela en la próxima tenida.

—¿De qué se trata?

—La carta patente de la Logia Independencia —explicó al dársela —. A partir de este momento, usted será su guardián.

—¿Acaso teme que las autoridades la busquen?

—No sé cuánto sabe Álzaga, pero, por lo que se ve, está decidido a todo. Anoche allanaron la fábrica de los hermanos Liniers. Si no lo detuvieron un fuero militar y un título de nobleza, qué puede esperar un pobre relojero como yo.

—Don Santiago, le ruego sea honesto conmigo: ¿sabe quién está detrás de la supuesta conspiración?

—Señor Robles, lo único que usted debe saber es que el objetivo

de la orden es allanar el camino, crear conciencia. Lo que haga un grupo de exaltados e impacientes queda fuera de nuestra competencia. Por su bien, es todo lo que puedo decirle.

El italiano se despidió sin decir más. Robles respiró hondo y miró el envoltorio que tenía en las manos antes de decidir dónde lo guardaría. Por muchos huecos ocultos donde pudiera esconderlo, aquellas dos habitaciones no le pertenecían; consideraba muy injusto el hecho de mantener un documento probatorio tan peligroso en casa de doña Pilar y resolvió ocultarlo en el estuche del violín que había dejado sobre la mesa. No era el lugar más seguro, pero al menos no quedaría en la casa, puesto que él llevaba consigo el instrumento cada vez que salía.

"No será por mucho tiempo, trató de animarse. Una vez que Carmona me entregue las escrituras, dejaré esta casa."

Otra vez llamaban a su puerta; en esta oportunidad, desde el interior de la propiedad. Cerró el estuche y se dispuso a abrir.

—Espero no molestar —dijo la mujer—. Quisiera hablarle unos minutos.

—En ningún caso sería una molestia, Gilberta. Adelante —la invitó a pasar.

Por más que Robles insistió, la esclava se negó a ocupar uno de los sillones de la salita. De pie, restregándose las manos en el mandil, Gilberta pareció vacilar. Para distenderla, el hombre preguntó por la salud de Lucio, a quien no había visto despierto, a pesar de haber pasado casi toda la noche en la alcoba del niño.

—San Benito sabe que conmigo no se juega —sentenció la negra con una arrogancia que Américo no le conocía—. En esta vida le he pedido poco, pero cuando le prendo una vela es para que haga el milagro o pierda una devota.

—Si la amenaza ha surtido efecto, ¡enhorabuena, Gilberta!

—Mi niño despertó con el hambre de un ejército.

—Buena señal. ¿Qué ha dicho el médico?

—Que Lucito está bien, más allá del hueso roto. —Américo asintió—. A mí quien me preocupa más es la señora. —El hombre la miró inquisitivo, y la negra decidió tomar asiento antes de soltar el

resto.

Por la mañana, Lucio abrió los ojos y se sorprendió al ver a su madre dormida en la silla que estaba junto a la cama. Murmuró una palabra que despertó a las dos mujeres, pues Gilberta también estaba presente, solo que el niño recién pudo ver a su nodriza cuando ella se asomó por encima del hombro de doña Pilar. El postigo de la ventana se hallaba cerrado y la vela de la mesa de noche proyectaba una luz tenue y deficiente.

—¿Cómo te sientes, Lucio? ¿Sabes quién soy? ¡Háblame! ¿Puedes hablar?

Pero la sorpresa del pequeño mutó en confusión. Finalmente, el miedo le negó la palabra. ¿Qué hacía su madre en esa habitación? ¿Por qué razón le tocaba la frente y lo miraba de esa forma? Parecía enojada, puede que hasta furiosa. ¿Habría hecho algo malo y no lo recordaba? Temeroso, miró a la única mujer en la que podía confiar: Gilberta. Solo en esos ojazos negros halló el solaz que le devolvió el habla.

—Nana… —musitó antes de echarse a llorar.

El corazón le latía muy deprisa, el miedo lo puso a temblar. Deseó que su madre se alejara y que los brazos de la negra lo protegieran.

—No se calmó hasta que mi señora se hizo a un lado y permitió que yo lo contuviera —le contó Gilberta a Robles. No había un ápice de orgullo en su voz, sino todo lo contrario—. Cuando Lucio respondió a mis preguntas y me pidió el desayuno, supimos que no había de qué preocuparse. El galeno lo confirmó una hora más tarde.

Robles hizo silencio. Comprendía el dolor que podía sentir una madre al descubrir que su hijo no confiaba en ella y prefería otros brazos en los momentos más críticos.

—Quizá —dijo—, la señora Esquivel debe aprender una lección.

—No lo entiende, fray Robles. Mi ama no aprende lecciones, se ahoga en ellas.

—Explíquese.

—Doña Pilar se hace la fuerte, pero no es más que un pájaro herido. Cuando llegó a esta casa era una niña dulce y bondadosa. Toda esa luz se apagó con el tiempo. Don Simón, Dios lo tenga en su

santa gloria, nunca se dio por enterado o no le importó. Mi señor solo quería un hijo; en cuanto a lo demás, su mujer era un adorno más en esta casa.

—Perdóneme, Gilberta, pero aunque lo sienta tanto como usted, creo que su ama ha decidido desquitarse con quien no debe.

—Le contaría muchas cosas si no hubiera jurado guardar el secreto —acotó ella antes de suspirar largamente—. Pero hay algo que sí puedo, y quiero contarle. Hace algunos años, antes de morir don Simón y cuando todavía recibíamos la visita de las hermanas de doña Pilar, la negra Dolores me dijo que mi señora sufría de melancolía, una enfermedad que, como bien debe saber, algunos galenos confunden con locura. Temí que alguien más descubriera lo que la negra había visto y se llevaran a la muchacha a una casa de orates. Mi ama se pasaba horas y horas en silencio, con la mirada perdida. Una noche sufrió una crisis de llanto y la obligué a tomar una copa de licor. En realidad, fueron dos. No solo dejó de llorar sino que pareció animarse. No estoy orgullosa de haber considerado que el alcohol la estaba ayudando. Esa jovencita ansiaba la muerte como el agua un sediento; lo único que yo quería era arrancarle esas ideas de la cabeza, sedarla en los momentos más críticos.

—Lo que hizo es terrible, Gilberta.

—Lo sé. Me lo he reprochado hasta el cansancio, pero por esos días yo estaba convencida de que ayudaba a doña Pilar. Un mal día —prosiguió la mujer—, la encontré sentada frente al tocador, trenzándose el cabello. Dejé la bandeja con el servicio en una mesa y me coloqué a su espalda, dispuesta a culminar la tarea, cuando advertí que lloraba en silencio. Se me partió el corazón. ¿Usted sabe lo que es una despenadora? —espetó con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

La pregunta de Gilberta, aparentemente fuera de contexto, descolocó a Robles.

—Se llama así a las personas que ayudan a morir a los enfermos. Quitan la pena, ponen fin a un sufrimiento que no tiene remedio.

Entonces, sin necesitar más explicaciones, Américo lo entendió.

—Doña Pilar me pidió ayuda. Una conocida mía hace esos trabajos.

—¡Pero su ama no estaba realmente enferma! Quiero decir… su mal era absolutamente reversible.

—Eso mismo dijo mi amiga. Para contentar a doña Pilar, se nos ocurrió mezclar unas gotas de leche con agua en uno de los frascos donde Isabel pone sus brebajes de hongos malos. Eso fue lo que me traje a la casa, un veneno que ni pinta de veneno tenía. ¡Pero mi ama qué iba a saber de aquel engaño! A lo sumo, pensaría que su mala suerte era tanta que ni las pócimas mortíferas le funcionaban.

—¿Nunca le comentó nada al respecto? ¿No hizo preguntas al comprobar que aquello no funcionó?

—Nunca. Claro que…

—¿Qué?

—A los pocos días la muerte visitó esta casa.

—Don Simón Esquivel.

—Sí. Quizá, doña Pilar nunca probó ese fiasco inofensivo. La muerte repentina de su esposo la libró de una carga pesada y es probable que eso la haya hecho cambiar de parecer.

Robles se puso de pie y se acercó a la ventana. Con los brazos puestos en jarra miró sin ver lo que tenía frente a sus narices.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —lanzó algo turbado.

—Porque ella ha vuelto a pedirme ayuda.

La respuesta de Gilberta lo sacudió. Cerró los ojos en un vano intento por aflojar el duro bloque en el que se convirtió su pecho. Algunas personas aprendían a superar el dolor; sin embargo, otras se pasaban la vida buscando la forma de acabar con él de la peor manera. Gilberta tenía razón: Pilar no era lo que parecía. Era una mujer débil, un pájaro herido, tal como la había descrito. La realidad la golpeaba y la imagen que ella había creado de sí misma se resquebrajaba y la volvía un ser indefenso, desesperado.

Tragó saliva antes de hablar para que su voz sonara como debía y no trasluciera el dolor que le había causado saber que Pilar deseaba acabar con su vida. Otra vez.

—¿Qué quiere que haga, Gilberta? ¿Acaso cree que está en mis manos curar ese tipo de locura?

—No diga eso, fray Robles. Doña Pilar no está loca.

—Lo está si piensa que es mejor dejar huérfano a ese niño a seguir conviviendo con su dolor. Esa actitud es despreciable, egoísta.

—La cabeza de mi señora no funciona como la nuestra. Hay que ver cómo algunos aprenden a nadar en la tristeza y otros se ahogan en ella, con inútiles manotazos.

—¡Entonces, tendrá que aprender a nadar, Gilberta! —espetó furioso—. Nadie vino a este mundo preparado para sufrir; sin embargo, a todos nos llega la hora. No digo que sea fácil, ni siquiera imagino lo que puede llevar a alguien a esos extremos, pero dejarse morir tampoco es la solución.

Había usado un eufemismo porque no podía siquiera pronunciar la palabra suicidio.

—He visto cómo le enseña música a mi niño —oyó decir a Gilberta—, cómo ha sabido sacarle una sonrisa y lo animó a superar su timidez.

—¿Qué está queriendo decirme?

—Le estoy pidiendo que enseñe a nadar a doña Pilar.

—¡Por favor, Gilberta! Aquí no se trata de…

Américo respiró hondo. Necesitaba calmarse para pensar con claridad. Lo enfurecía la actitud de Pilar, pero, poco a poco, comprendió que no se trataba de él, sino de ella. No podía negar que la viuda le importaba y mucho, por eso lo sentía como algo personal, como si ella lo estuviera defraudando de alguna manera. No era así como debía analizar las cosas, se dijo.

—Déjelo en mis manos, Gilberta. Eso sí, le pido que me mantenga al tanto de cualquier novedad.

—Téngalo por seguro, fray Robles. Confío en usted.

* * *

El niño lanzó un puñado de maíz por los aires y las aves de corral picotearon el forraje. El esclavo de la familia Antonini volvió a abrir la bolsa de granos, ofreciéndosela al pequeño, cuando los oficiales de justicia se abrieron paso por el portón de mulas.

—Quédese aquí, señorito —pidió a la criatura.

El hijo del relojero obedeció. Uno de los oficiales que cruzó el portón a caballo atropelló sin miramientos al esclavo que osó interponerse en su camino. Lo siguiente fue inentendible para un niño de cuatro años.

El hombre que dijo llamarse don Pedro Muñoz de Olaso leyó un documento frente a su padre. La señora Antonini lloraba mientras los ayudantes del alguacil le requisaban la vivienda, destrozándolo todo, incluso las herramientas con las que su esposo reparaba relojes y cincelaba las piezas de oro y plata que, en esas manos de artista, se convertían en verdaderas joyas.

Muñoz de Olaso desdobló un papel que le trajo un ayudante y sonrió.

—¿Reconoce esto? —preguntó mientras se lo mostraba a don Santiago Antonini. La nota que tenía por delante rezaba: “Viva la libertad”. Una mujer de gorro frigio aparecía al pie de la frase.

—Claro que sí. Se trata de la página de un libro de ilustraciones que traje de Milán. El dibujo me ha servido de modelo para grabar dos relojes y una tabaquera a pedido de uno de mis clientes. Hay una buena cantidad de ilustraciones similares a estas en mi taller.

—Ya veremos qué más encontramos en su tienda, señor. Mientras tanto, tendrá que acompañarme a la alcaldía.

—¡No!

El grito de la mujer de Antonini no melló al alguacil. Su esposo, en cambio, procuró tranquilizarla, asegurándole que no había por qué negarse a colaborar cuando los oficiales hacían su trabajo.

—Estaré de vuelta cuando se haya resuelto este mal entendido —prometió.

Ni él ni su familia pudieron imaginar hasta dónde llegaría el Álzaga para descubrir a los responsables de la supuesta conspiración. El error de Antonini fue intentar sobornar a Muñoz de Olaso mientras se dirigían al Cabildo, al ofrecerle dinero para hacer desaparecer el nefasto impreso que él decía usar como modelo para sus grabados.

Su suerte quedó sellada esa misma tarde.

* * *

El escritorio que don Martín de Álzaga ocupaba en la alcaldía se hallaba atiborrado de papeles. El alguacil Muñoz de Olaso le explicaba a uno de los empleados según qué criterio debía ordenar los documentos, tarea bastante complicada teniendo en cuenta que ni siquiera él sabía a quién querría interrogar primero su superior.

—Me pone todas las actas de detención de ciudadanos franceses aquí —resolvió apoyando el dedo índice en un punto de la mesa—; el resto, en otra pila.

—Buenas tardes.

El saludo del doctor Carmona lo tomó por sorpresa. Muñoz ciñó el entrecejo y respiró hondo; el alcalde todavía no había llegado al Cabildo después del almuerzo, y ya tenía al letrado metiendo las narices en el despacho.

—Buenas tardes, doctor. Si viene a ver a su cliente, le advierto que tendrá que esperar a que el alcalde lo autorice.

—El guardia de la puerta me dijo que su señoría todavía no se presentó.

—Así es. Anoche dirigió en persona el último procedimiento y se marchó de esta oficina prácticamente de madrugada.

—Ya veo. —Carmona frunció los labios—. Se lo ve muy cansado, alguacil.

—Lo estoy doctor, pero alguien tiene que poner un poco de orden para no quedar tapados de documentos.

—Entiendo. ¿Han podido avanzar algo en la investigación?

Muñoz de Olaso observó al abogado con cierta suspicacia. El alcalde le había pedido absoluta reserva, eso significaba que no podía hablar del tema con nadie que no formara parte de la investigación que don Martín llamaba “la conspiración de los franceses”. Bajó la guardia cuando el doctor Carmona hizo un comentario respecto a otra causa: los tres asesinatos perpetrados en el término de cuatro semanas. Se relajó del todo al recordar que el abogado estaba allí por el único detenido relacionado con ese caso.

—El cirujano que llevó a cabo todas las autopsias asegura que se trata del mismo asesino —informó—. Acabo de recibir su último informe.

—¿Puedo verlo? Lo que diga ese documento es fundamental para mi defendido —señaló.

El alguacil asintió, revolvió entre los papeles que había sobre el escritorio hasta encontrar el informe del cirujano y se lo pasó al abogado.

Al doctor Carmona le tomó pocos segundos hallar la prueba irrefutable que necesitaba para sacar al protegido de Bracamonte de la celda en cuanto leyó la sentencia categórica del médico: "…corte trasversal profundo a la altura de la tráquea, de borde lineal y paredes lisas, con extremos agudo y escotadura, de lo cual se infiere ejecución firme de derecha a izquierda…".

Carmona interrumpió la lectura del documento y lo sacudió frente a las narices de Muñoz de Olaso.

—¡El asesino es zurdo, alguacil!

El oficial abrió la boca para responderle cuando el ingreso intempestivo del alcalde de primer voto lo detuvo. Álzaga se veía crispado, y Muñoz no tardó en comprender lo que pasaba. Detrás de don Martín entraron al despacho los hermanos Liniers.

—¡Esto ha sido un abominable atropello! —gritó el menor, don Santiago.

—Cuide el tono que usa para dirigirse a la autoridad —lo reconvino Álzaga—. No pienso tolerar que ni usted ni nadie califique de atropello al claro procedimiento de un funcionario público.

—Quizá deba recordarle que soy un oficial al servicio de su majestad y que sus fueros no están por encima de los míos.

El recordatorio incomodó al alcalde. Por más prerrogativas extraordinarias que hubiera recibido del virrey Pedro Melo de Portugal, Álzaga sabía que, si Santiago de Liniers decidía acudir al mismísimo rey, él llevaría las de perder, habida cuenta de lo poco, por no decir nada, que había conseguido al allanar la fábrica de pastillas de los Liniers. Por lo tanto, intentó poner paños fríos sobre las ascuas.

—Caballeros, les ruego que serenemos los ánimos y hablemos del asunto como gente civilizada. Romero —se dirigió al empleado que ordenaba los papeles sobre la mesa del escritorio—, tráiganos algo de beber.

—No se moleste, su señoría. No pienso permanecer un solo minuto más en este despacho.

—Entiendo su ofuscación, don Santiago. —El trato pretendía limar las asperezas, aunque el gesto furibundo de Liniers le decía que no sería tan sencillo—. Pero debe comprender que estamos frente a una situación bastante compleja.

—Si se refiere a la supuesta conspiración de la que se habla en toda la ciudad, quien debe entender que no soy un enemigo de la Metrópolis es usted, su señoría. Mi lealtad es con España, a la que sirvo desde hace ya muchos años.

—Hemos encontrado pasquines que arengan la sedición en guarda de uno de sus empleados —informó el vasco.

El gesto de los hermanos Liniers fue de absoluto pasmo. El abogado José María Carmona, quien hasta entonces había permanecido en silencio y sin moverse del lugar, carraspeó. Recién entonces el alcalde advirtió su presencia en el despacho.

—Doctor —expresó a modo de saludo.

—Buenas tardes a todos. Su señoría, no quisiera parecer impertinente, pero en vista de que he sido el primero en llegar a este despacho…

—¿En qué puedo ayudarlo? —lo interrumpió Álzaga sin disimular su turbación.

—El informe del cirujano que llevó a cabo la autopsia del señor Ibáñez deja expresa constancia sobre la inocencia de mi defendido. Aquí dice —prosiguió el letrado al tiempo que devolvía el documento — que el asesino, tanto en este como en los dos casos anteriores, ha seccionado el cuello de las víctimas de derecha a izquierda, lo cual demuestra que es zurdo.

—¿Y eso qué? —se impacientó el alcalde.

—Mi cliente es diestro, su señoría. Exijo se lo deje en libertad ahora mismo.

—¡Muñoz! —gritó Álzaga. El oficial ejecutor dio un paso al frente —. Ocúpese de verificar lo que dice el señor Carmona y haga lo que tenga que hacer.

—Sí, señor.

Don Martín se dejó caer en el sillón que había detrás del escritorio y se restregó el rostro con la mano derecha. Esperó hasta que el doctor Carmona y Muñoz de Olaso se retiraran y, mediante una seña, instó a sentarse a los hermanos Liniers. Le esperaba una larga jornada; internamente, deseó que mejorara en el transcurso de las horas.

* * *

La celda se encontraba al tope de detenidos. Cuando Lito creyó que no cabrían más hombres, el comisario de turno apareció con más en mitad de la noche. El grupo era diverso; si bien prevalecían los franceses, también había africanos y unos cuantos mulatos. Comerciantes, esclavos, libertos, todos habían caído en la redada.

Algunos no sabían siquiera por qué los habían detenido, aunque sospechaban que se trataba de una serie de coletazos en la investigación que obsesionaba a Martín de Álzaga: los jacobinos y su posible intervención en el Virreinato del Río de la Plata. No era el caso de Lito, único detenido con relación a los tres crímenes cometidos en el transcurso de las últimas semanas.

Aquello no lo tranquilizaba. Si bien no dudaba de que el brillante abogado de don Lorenzo probaría su inocencia respecto del asesinato de Ibáñez, le preocupaba que muchos de los hombres que habían pasado la noche en la mazmorra eran miembros de la Logia Independencia. Leales al secreto que custodiaban con celo, ninguno de los hermanos masones había hecho mención al asunto, pero las miradas eran elocuentes: todos temían que el alcalde descubriera el avance lento y silencioso de la orden en pleno corazón de Buenos Aires.

Había hecho lo posible por mantenerse despierto toda la noche de manera que, cerca de las diez de la mañana, sentado como estaba contra la pared fría y húmeda de la celda, se dejó vencer por el sueño. Lo despertó el ruido que hizo el guardia al abrir el candado con el que mantenían cerrada la reja. El estómago le dio un vuelco cuando descubrió que traían a don Santiago Antonini con las manos engrilladas.

—¡Dios me libre! ¿Usted? —musitó luego de acercársele con disimulo—. La carta patente…

—Tranquilo. No la han encontrado. La saqué de la casa antes de

que todo se precipitara. Era de suponer que vendrían por mí.

—No lo entiendo. Usted no es francés. ¿Por qué lo detuvieron?

—Dominó, hermano. Temo que todos los miembros de la Independencia caigamos como piezas de dominó.

Lito volvió a su lugar. Otra vez sentado contra la pared, percibió el tufo a orina que despedían las bacinillas que los guardias se demoraban en vaciar. El excremento acumulado en un rincón de la celda y el sudor de algunos reos se combinaban al punto de provocarle unas náuseas que le impedían ingerir el potaje que les servían tres veces al día.

Uno de los guardias gritó su nombre.

—Soy yo —dijo al tiempo que se incorporaba para acercarse a la reja.

—¡Andando!

Carmona y Miguel Montiel lo esperaban en el corredor superior.

—Todo listo, muchacho. Tu testigo ni siquiera ha tenido que declarar.

—¿Mi testigo?

Miguel le hizo una mueca, y Lito guardó silencio.

—Olvídalo; estás libre, los detalles carecen de importancia.

> —Precisamente fue un pequeño e importantísimo detalle el que lo ha sacado de la prisión, señor Rojas —terció el abogado lo que contradecía los dichos de Montiel—. Esta mañana ha llegado el informe de la autopsia realizada al cuerpo del señor Ibáñez, y resulta claro que usted no pudo haber efectuado el corte que le produjo la muerte.
>
> —¡Caray! ¿Y eso cómo lo saben? —preguntó Miguel.
>
> —Como le decía, joven, un nimio y, a su vez, trascendente detalle: el corte fue realizado de derecha a izquierda, de lo que se infiere que el

asesino es zurdo.

—¿Eso significa que a los investigadores les será más fácil encontrar al criminal? Me refiero… ¿No les dará por detener a cualquier zurdo que encuentren por ahí, o sí?

La carcajada del abogado relajó a Miguel.

—Vea, doctor Carmona, sucede que soy zurdo y estuve muy cerca de declarar que anoche estuve en la cuadra donde asesinaron al señor Ibáñez —explicó con el ceño fruncido.

—En ese caso, joven, habríamos hundido el barco para salvar el bote.

Salieron a la calle en completo silencio. Buenos Aires había amanecido gris, como si el clima hubiera decidido acompañar los acontecimientos con un velo lúgubre. A pesar de eso, Lito debió protegerse los ojos al salir a la calle. Nunca había pisado el interior del Cabildo, tampoco imaginó que su primera vez sería para pasar la noche en la mazmorra.

Pensó en su madre, en el bueno de Honorio, en Inesita… El pulso se le alteró al evocarla. Cerró los ojos con fuerza y tragó para deshacer el nudo que le atascó la garganta. A diferencia de las horas que había pasado alguna vez en la cámara de reflexión de la orden, las que pasó en la celda oscura y maloliente del Cabildo lo habían atormentado. Amaba a Inés, de eso no tenía dudas, como tampoco tenía dudas de lo egoísta que había sido en nombre de ese amor. Se obligó a recordar todo lo que ganaría él en caso de hacer realidad sus sueños y lo mucho que perdería ella. Nuevamente se le ciñó la garganta. Porque su amor era genuino, puro, generoso, no permitiría que Inesita malograra su futuro al lado de un hombre como él. ¿Qué podía darle? ¿Cuánto duraría el idilio una vez que la realidad la sacudiera con crudeza y descubriera que había perdido no solo a su familia sino a una vida de corte?

—Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana —masculló en voz baja.

—¿Cómo dice? —inquirió el abogado.

—Que mañana pasaré por su despacho para abonarle el servicio.

—No es necesario, joven, don Lorenzo…

—Doctor Carmona —lo interrumpió Lito—. Sé que don Lorenzo Bracamonte es su cliente, pero a quien ha sacado usted de la cárcel es a mí. No hiera mi dignidad al aceptar el dinero de otro.

—Tiene razón, señor Rojas. Lo veré mañana. Don Miguel —saludó el abogado antes de calarse el sombrero y separarse de los jóvenes.

* * *

Carmen e Inés se miraron a los ojos; la negra negó con la cabeza y suspiró. Ni las infusiones de valeriana ni las horas de sueño habían surtido efecto en Gabina; continuaba igual, o peor que el día anterior. Inesita se sentó al borde de la cama y trató de consolarla a fuerza de caricias. Repetía como mantras los "no llores", "no puede ser tan grave". Nada dio resultado; por primera vez, veían a una Gabina deshecha en lágrimas y sin ánimos de levantarse.

—No dejó que le explicase —la oyó farfullar entre espasmos.

No hizo falta preguntar a quien se refería, las pocas frases que Gabina había expresado desde el día anterior tenían que ver con su prometido. Pardo la había traído a casa, pero de Urquijo nada se sabía.

—Encontrarte en compañía de ese hombre debe haberlo sorprendido —replicó Inesita —, pero estoy segura de que la curiosidad podrá con él y volverá a visitarte. Entonces, podrás contárselo todo, Gabina.

—¡No lo entiendes! Martín no estaba sorprendido sino furioso, Inés. Él no volverá.

El llanto de Gabina recrudeció al recordar la intensidad con que Martín la había mirado en casa de Damián Gaitán. La desgarró revivir una vez más ese momento: él en la puerta, tenso, furioso, e incluso así, mesurado; ella despeinada y descalza, en compañía de un hombre a medio vestir. La escena, debía reconocerlo, aunque le doliera en el alma, gritaba a los cuatro vientos lo que no era. "No basta con ser bueno, sino parecerlo", decía el refrán. ¿Por qué se había arriesgado tanto?

—El señor Urquijo es un hombre inteligente, no se dejará llevar por las apariencias.

—¡Lo conoces tan bien como yo, Inés! Martín es un hombre conservador: la apariencia significa mucho para él.

—Conservadores o no, todos somos así. Frente a lo que vemos, abrimos juicio con demasiada celeridad. Deja que se calme y volverá por una explicación.

—¿Y qué explicación voy a darle! —estalló Gabina. Tenía la nariz roja y los párpados hinchados de tanto llorar—. ¿Qué voy a decirle, si es que vuelve?

—La verdad. Le contarás todo, incluso la razón por la que aceptaste su pedido de mano aún sin estar enamorada. Si no te sinceras con él, hermana, no tiene ningún caso que sigan juntos. Los secretos no están hechos para el matrimonio; tarde o temprano lo echan a perder.

Ese era el problema. La posibilidad de perder a Martín la cercenaba; sacrificar su sueño la demolía por dentro. ¿Por qué tenía que elegir entre ser feliz o hacerlo feliz a él? ¿Acaso eso era el amor?, se preguntó Gabina. Nunca había tenido que pensar en el otro, estaba convencida de que quien no era plenamente feliz no podía hacer feliz a nadie más. Desde luego, nunca antes había estado enamorada. Ese pequeño detalle lo cambiaba todo. Ahora debía preguntarse si valía la pena renunciar a su sueño por la persona que amaba. No estaba acostumbrada a resignar nada, quizá había llegado la hora de cambiar ese hábito.

De algo sí estaba completamente segura: Inesita tenía razón, debía sincerarse con Martín Urquijo.

* * *

Lito cruzó el patio de la Casa Grande. Después de bañarse, cambiarse de ropa y comer el guiso que Cayetana recalentó para él, don Lorenzo lo llamó a su despacho. Tocó la puerta una vez y esperó a que el patrón le indicara que entrase. Respiró hondo al traspasar el umbral, la cara de Bracamonte le advertía que no lo había convocado para celebrar nada.

—Siéntate —ordenó señalando la silla que tenía frente al escritorio—. Mi cuñado acaba de marcharse —añadió sin relajar el ceño—. Me explicó que estuvo a punto de arriesgar su pellejo y testificar a tu favor. Gracias a Dios no hubo necesidad.

—El doctor Carmona es un excelente abogado.

—Y su pericia justifica sus honorarios.

—Con respecto a eso…

—Lo sé, Lito —lo interrumpió Bracamonte—. Si quieres dejar todos tus ahorros en manos de tu defensor, no seré yo quien se oponga. Ya sabrás tú cuánto vale tu orgullo.

—No se trata de orgullo, don Lorenzo, sino de lo que corresponde.

—Lo que corresponde —repitió el hombre mientras dejaba la silla para servirse un trago de licor—. Primero hablaremos de tu estancia en la cárcel y luego discutiremos lo que corresponde, muchacho.

Bracamonte le ofreció el vaso que había servido a Lito y llenó otro para él. Luego, volvió a sentarse tras el escritorio.

—Cuéntame todo lo que hayas podido averiguar mientras te mantuvieron encerrado.

Lito le detalló todo lo que había escuchado en la celda.

Álzaga había colocado espías en varios locales de Buenos Aires y sus alrededores. Según se decía, buscaba la imprenta de donde salían los pasquines y pegatinas, y el armamento que, a su entender, estarían acopiando los supuestos conspiradores. No eran muchas las pruebas que los oficiales ejecutores pudieron recabar en los allanamientos, pero se esperaba que, de los numerosos detenidos, saliera la información que necesitaban para avanzar en la investigación, a través de algunas declaraciones.

—¿Cuántos hermanos han apresado? —precisó Bracamonte.

—Muchos: Barbarín, Dumont, Mayllos de Marcana, Despland… —El muchacho hizo una pausa hasta recordar a los otros—. Gallardo, Polovio y Sustaeta. El último en caer fue Antonini.

—¿Los interrogaron a todos?

—No. El alcalde insistió en interrogar primero a los esclavos que cayeron en la redada.

—¿Algo más?

—El hermano Dumont está preocupado. Han interrogado dos veces a uno de sus negros.

—¿Dijo si el esclavo puede meternos en problemas?

—Don Luis asegura que el negro no sabe nada sobre la logia, pero que es muy suelto de lengua. Es probable que la detención de Antonini haya tenido que ver con la delación del esclavo. Usted y yo sabemos que las primeras tenidas se llevaron a cabo en la trastienda del panadero.

Bracamonte suspiró antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Pudiste hablar con Antonini? —Lito asintió—. La patente…

—Logró sacarla de la casa antes de producirse el allanamiento. El hermano Robles es su nuevo guardián.

—Que la patente esté a buen recaudo es una excelente noticia. Sin embargo, no estoy seguro de que eso sea suficiente para mantener en secreto la existencia de la logia. Álzaga necesita un conspirador que justifique los atropellos que se han llevado a cabo y no se detendrá hasta encontrarlo.

—¿Usted cree que el responsable de las pintadas es uno de los nuestros?

—Sospecho que sí. Las disertaciones de las últimas asambleas han envalentonado a algunos de nuestros miembros, y la prudencia no es una virtud que todo el mundo cultive.

Don Lorenzo se echó contra el respaldo de la silla; dejó pasar varios segundos en silencio sin apartar los ojos de Lito, y él supo que había llegado el momento.

—¿Qué te parece si volvemos al tema de lo que corresponde? —preguntó el hombre, citando las palabras que Lito había pronunciado al inicio.

El pulso agitado retumbó en los oídos del muchacho. Disimuló como pudo el nerviosismo. Bracamonte le estaba pidiendo explicaciones con la mirada, y él debía dárselas. Tragó saliva, procuró ganar tiempo y escudriñar en los ojos de su interlocutor para ver cuánto sabía. Le fue imposible: don Lorenzo era muy hábil cuando de esconder información se trataba.

—Miguel me contó que Inesita vino a hablar con usted ayer por la tarde. Hubiese preferido que lo supiera de mi boca, don Lorenzo, pero ya no puedo hacer nada para remediar eso.

—Solemos quitarle relevancia a la ocasión en la que nos llega una noticia cuando el impacto de la misma es, de por sí, más significativo que cualquier otra cosa. Me pregunto si eres del todo consciente en lo que te has metido.

—Uno no se enamora a conciencia, señor.

Bracamonte no puso evitar la sonrisa. Quería a Lito como a cualquiera de sus hijos; sin embargo, sabía que ese cariño no era suficiente para que la alta sociedad aceptase al muchacho como uno de los suyos. Mayormente, ni siquiera la riqueza conseguía suplir un buen apellido. Lo que sí debió admitir don Lorenzo es que Lito tenía razón: nadie se enamoraba a partir del uso de la razón; las reglas sociales, económicas y culturales quedan marginadas, cuando no desaparecen por completo, en el momento en que el amor llama a la puerta.

—Entiendo lo disparatado que debe de parecerle, pero Inesita y yo nos amamos.

—Enamorarse no es ningún disparate. Cierto es que uno no elige ni cuándo ni de quién. Sin embargo, disparate es permitir que los sentimientos anulen la razón y distorsionen la realidad.

—No siga, don Lorenzo. Sé a lo que se refiere —añadió Lito con voz queda—. Con sus diferencias, las horas que pasé en esa cárcel fueron como las que pasé en la cámara de reflexión antes de ingresar a la orden. Tuve tiempo de sobra para pensar. —Los ojos vidriosos de Lito reflejaban su tristeza—. Amo a Inesita, quiero lo mejor para ella, y lo mejor no soy yo.

—Hijo, me siento orgulloso de ti, aunque no puedo decir que eso me haga del todo feliz —repuso Bracamonte, verdaderamente sentido por la situación—. Sé la clase de persona que eres y, créeme, estoy seguro de que Inés no encontrará hombre que iguale tu nobleza.

—Su madre no lo tendrá en cuenta. Lo que la señora Montiel quiere es un apellido ilustre y, con algo de suerte, una fortuna que asegure el futuro de su familia. Y lo peor es haber llegado a la conclusión de que doña Clara está en lo cierto: Inés merece eso y más. Estaba convencido de que mi amor bastaría, hoy sé que tarde o temprano acabaría destrozándole la vida a la mujer que amo.

—Eres joven, te repondrás de esta renuncia y volverás a enamorarte, Lito.

—No lo creo. De cualquier manera, le agradezco la intención. Intenta ser optimista, pero usted habrá aprendido antes que yo que hay amores imposibles de superar.

Don Lorenzo volvió a sonreír. Lito sabía cómo hacerle tragar cada palabra.

Se despidieron en silencio, agotada la franqueza y sobrado el afecto. Ambos sabían que aquel final entre Inesita y Lito recién empezaba. Restaba, nada menos, que ella lo supiera.

* * *

Consuelo encontró a su esposo con los codos sobre la mesa del escritorio y las manos cruzadas bajo la nariz.

—¿Cómo ha ido? —preguntó. El hombre la miró enternecido antes de responder:

—Es un chico extraordinario; no me atrevería a decir que ha ido bien.

—No comprendo.

—La quiere. Tanto, que ha decidido a renunciar a su amor por el bien de Inesita. Cuando entró a este despacho quería estrangularlo por lo que hizo. Ahora… Ni siquiera estoy seguro de lo que quiero.

—Lo sé, me pasa lo mismo. Se aman, ¿cómo podríamos estar seguros de que estando separados puedan ser felices?

—No lo serán, Chelo. Me avergüenza haber pensado como doña Clara cuando Inesita nos contó que mantenía una relación con Lito a nuestras espaldas. Juzgué al muchacho sin haber tenido en cuenta que, cuando me enamoré de ti, procedí de igual manera. En todo caso, peor: yo no habría sido tan generoso renunciando a lo que sentía para que tú pudieras ser feliz con otro.

—No te tortures, cariño. Quizás encontremos una solución para que ellos puedan estar juntos.

—¿Aquí? Olvídalo, Chelo. La gente de clase a la que tu hermana pertenece le hará pagar caro la anomalía de casarse con un miserable peón de campo. Ya sabes cómo afectan este tipo de cosas, las matronas temerán que sus hijas tomen el ejemplo. Le darán vuelta la cara, no volverán a saludarla ni a invitarla a sus reuniones. Se

convertirá en una paria.

Consuelo no dijo nada. Sabía muy bien lo que era sentirse marginada por la sociedad y, aunque a ella nunca le había importado demasiado, entendía que Inés se había criado de otra manera.

—La cena estará lista en un cuarto de hora, Lorenzo —dijo antes de besarlo en la coronilla y, tal como hacía con sus hijos, le alborotó el cabello con la mano—. Te espero en el comedor.

Capítulo xv

Las notas aisladas del piano lo guiaron hasta el salón, donde Robles encontró a Pilar sentada frente al instrumento. Lo golpeó verla de hombros caídos, como si en ellos sostuviera un mundo, arrancándole a cada tecla negra un sonido aislado, trágico. Utilizaba un solo dedo, el índice de su mano derecha. Tocaba sin hilvanar una melodía, embutida en sus pensamientos.

Sin pronunciar palabra, Américo acercó una silla y se sentó a su lado. La vio tomar aire y exhalarlo lentamente.

—¿Cómo se llama la pieza que tocó la vez pasada? La repitió una y otra vez hasta que me quedé dormida en el sillón.

En lugar de responder, Robles se estiró los dedos y se acomodó frente al piano. Los arpegios del "Preludio en do mayor", de Bach, comenzaron a sonar. Cuando acabó, pasados los dos minutos que duraba aquella composición, volvió los ojos a la mujer que tenía al lado.

—Es muy bonita, aunque triste —la oyó musitar.

—¿Le gustaría aprender a tocarla?

—Aun si lo hiciera, nunca podría interpretarla como usted.

—Mientras siga creyendo que no lo logrará, es posible. ¿Por qué no lo intenta? Ponerse límites no la ayudará a conseguir lo que desea.

—¿Me está dando un sermón, fray Robles?

—¿Serviría de algo? ¿Está dispuesta a escucharme? —inquirió él —. No he venido a darle un sermón, lo que quiero es ayudarla.

—Bien. ¿Por dónde empezamos? —se mofó ella, irguiéndose frente al piano al tiempo que estiraba los dedos como lo había visto hacer antes a él.

Robles apoyó la mano izquierda sobre las teclas; el acorde fue disonante, pero consiguió lo que él deseaba, que Pilar lo mirase a los ojos.

—Le enseñaré a tocar el Preludio si me cuenta por qué está tan triste.

—Eso no es justo.

—Lo tocaré para usted cada vez que quiera —redobló la apuesta.

La mujer parpadeó varias veces. Como leyó que vacilaba y entendió que estaba a punto de convencerla, agregó:

—Si usted confía en mí, le prometo reciprocidad. Sus secretos por los míos.

La tentación fue enorme. Hacía años que Pilar no confiaba en nadie. Dolía, incluso, saber que tampoco nadie confiaba en ella. Respiró hondo y se estrujó los labios con la punta de los dedos. Sintió que el peso de los secretos que había guardado durante años la sobrepasaba y sucumbió a la enorme necesidad de compartirlos. "¡Qué más da!", se dijo, "guardando silencio no he podido enterrarlos". En realidad, había sucedido todo lo contrario, los secretos estaban enterrándola a ella.

—No sé por dónde empezar —titubeó. Los ojos de la mujer se cristalizaron ante el repentino miedo a ser juzgada.

—Comience por dónde quiera. Le juro —agregó él al tiempo que colocaba su mano abierta contra el pecho—, que nada de lo que diga saldrá de estas cuatro paredes.

Pilar tragó saliva. ¿Sería capaz ese hombre de callar lo que estaba a punto de revelarle? Cerró los ojos con fuerza; no podía confesar ninguno de sus pecados si lo miraba a la cara.

—Yo… asesiné a mi esposo.

No pudo ni quiso ver el gesto de estupor que, imaginó, transfigurarían los rasgos de don Américo. Lo que sí percibió claramente fue una mano firme que envolvía la suya y la apretaba con levedad, insuflándole ánimos para seguir. Lo hizo, a pesar de la andanada de lágrimas que debió tragarse mientras hablaba.

—Un matrimonio puede parecer una cárcel cuando uno no está enamorado, pero yo estaba dispuesta a tolerar esa vida como cualquier condenado. Después de todo, para eso me habían preparado desde niña, para ser esposa de cartón, figurín de tertulias e industria de prole. El amor quedaba fuera de escena, disfrazado de respeto y

buenas costumbres. Pero una cosa es resignarse a la cárcel y otra muy distinta es someterse a la tortura sistemática cuando el mundo se reduce a un dormitorio. Esquivel tampoco besó el azote de sus años e intentó vencer a la fuerza la frialdad de natura que padecía. A puerta cerrada, la consumación del matrimonio convirtió mi cama en un altar de sacrificios o, para ser más precisa, en un potro de tormentos.

Américo cerró los ojos e imprimió más fuerza a su mano; continuaba sosteniendo la de ella. Doña Pilar dijo necesitar un trago. Él reflexionó un momento y se ofreció a servirlo. De vuelta a su lado, la vio beber el contenido del vaso de un solo sorbo y esperó. Lo que escuchó a continuación fue semejante a recibir un golpe de machete en la cabeza.

—Me corrompió… artificialmente. Perdí mi virginidad en manos de un degenerado.

Sus manos temblaban. Pilar no podía creer que se hubiera atrevido a contarle a alguien lo que había padecido mientras estuvo casada con Simón Esquivel.

—No estoy segura de que mi esposo hubiera contemplado la idea de tener hijos, pero los años fueron pasando y a la gente le gusta hablar. Antes de que su hombría se pusiera en duda, Esquivel decidió que debía embarazarme. Él poseía la tierra fértil –su joven esposa– solo había que conseguir la semilla.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Acostumbraba a reunirse con sus amigos en las habitaciones que dan a la calle. A puerta cerrada, corrían como agua del tejado las apuestas, el alcohol, el opio. Hubo noches en que escuché las carcajadas de las meretrices que les alegraban la velada hasta el amanecer. En ese antro asqueroso, mi esposo encontró lo que buscaba.

Américo volvió a tomar la mano de la viuda sin apartar sus ojos un instante.

—Estaba aquí, en este mismo lugar, tocando una de mis piezas favoritas cuando Esquivel apareció con ese hombre. Esa noche no habría naipes, ni alcohol, ni meretrices. Esa noche, mi distinguido esposo negociaría los servicios del semental en mis narices. Tuvo la delicadeza de no pronunciar mi nombre siquiera una vez; a partir de ese momento y hasta que mi preñez estuvo asegurada, siempre que hizo referencia a mi persona frente al verraco, me llamó “hembra”.

—Pilar, ¿por qué no pidió ayuda a algún miembro de su familia?

—Lo intenté. Hablé con mi madre sobre los ultrajes de Esquivel. No me atreví a mencionarle lo demás; me sentía demasiado sucia como para desnudar todas mis vergüenzas. Ella dijo que un esposo tiene derechos sobre su mujer y que ni se me pasara por la cabeza acudir a la justicia, porque, además de llevar todas las de perder, ventilar las sábanas de mi matrimonio sería escandaloso y convertiría mi vida en un calvario. Comprendí que tenía razón: Esquivel no viviría eternamente; en cambio, si publicaba mi estigma, quedaría manchada para siempre.

A los tres meses, el médico confirmó mi sospecha: estaba en encinta. El embarazo puso fin a las vejaciones, pero me llenó de zozobra. Me horrorizaba imaginar el monstruo que albergaba en el vientre. Pensé en deshacerme de la criatura, no sin antes asegurarme de que Esquivel no volviera a hacerme daño. Fue entonces cuando tomé la decisión de matarlo.

—¿Cómo lo hizo?

—Qué importancia tiene. Lo hice. Me deshice de él, pero no pude hacer lo mismo con el niño. Uno no pude librarse de todos los males, fray Robles.

—Lucio no es responsable de lo que su esposo le hizo.

—Nunca dije que lo fuera. El niño no es más que una infortunada consecuencia de lo que todos me hicieron. Me entregaron a un monstruo y me dejaron sola.

—¿Por qué habla en plural? Pidió ayuda a la persona equivocada; su madre no debió manipularla como lo hizo, llenándola de miedo. Fue ella quien la entregó al monstruo y luego la dejó sola. Se desentendió de usted, fue cruelmente indiferente ante su sufrimiento. Pilar, puede hacerlo mejor que su madre —añadió con vehemencia—. Sírvase del ejemplo para no cometer los mismos errores.

—Es tarde.

—¡Por supuesto que no! Ese niño la necesita.

—Ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. Todo en él me recuerda…

—¡Pilar! —Robles la interrumpió, asiéndola del brazo para darle un leve sacudón—. Se casó con un hombre despreciable al que ni

siquiera le cabe la palabra enfermo. Lo que él le hizo es imperdonable. ¡Ojalá esté pudriéndose en el infierno! Pero según lo veo, su paso por este mundo dejó al menos dos víctimas. Usted acaba de decirlo mejor que yo: Lucio fue la consecuencia, es absolutamente injusto martirizarlo por el solo hecho de haber venido a este mundo en tan penosa circunstancia.

—¿Qué quiere de mí, Robles?

—Que deje de negarse lo que siente por ese niño. Abra los ojos y verá lo que yo: Lucio es la parte buena de su ser que sobrevivió a un pasado nefasto. Ese niño es todo lo que tiene, su salvación. Componer ese vínculo la recompondrá a usted.

—No me quiere —dijo Pilar y la presa que retenía el ingente dolor de su vida se derrumbó frente a los ojos de Américo.

El llanto desgarrado de la mujer le horadó el corazón. La abrazó. Las tristezas más hondas se exorcizan con agua salada, por eso la dejó llorar hasta saciarse. Había que evacuar un corazón lleno de angustia, aligerar el peso de un alma que arrastraba grilletes de desamparo, soledad y culpa. Limpia de amarguras, Pilar podría mirar los ojos de su hijo y enmendar sus propios errores.

—Llora —susurró, apretándola en sus brazos para que lo sintiera —. Estoy aquí y no te dejaré sola hasta que eches fuera todos tus fantasmas. Lo prometo.

Capítulo XVI

En el cuarto de suplicios, Santiago Antonini fue asistido por el cirujano. El italiano se hallaba desnudo y sujeto al potro de tormento, un aparato de madera en donde se le puso garrote en piernas y brazos. La humillación de tener que quitarse la ropa frente a esos hombres fue una leve advertencia de lo que vendría. El dolor le laceraba los miembros oprimidos por el artefacto de tortura y, al cabo de cada pregunta sin responder, el verdugo intensificaba la presión. Lo estaban amputando lentamente, le cortaron el paso a la sangre, al seccionarle sus tendones. Los gritos descarnados iluminaban los ojos del bárbaro que lo hostigaba y solo durante el silencio de aquellos intermitentes momentos en que se sumía en la inconsciencia, el alcalde permitía la intervención del cirujano para comprobar los signos vitales.

El mutismo de Antonini sacó a Álzaga de las casillas. Tenía la aprobación del virrey para hacer uso de aquel artefacto de tortura, pero debía conservar la prudencia, si no quería malograr la operación. El cirujano se opuso a que continuaran con el interrogatorio.

—Este hombre no dirá nada más —sentenció luego de controlar el pulso del reo.

—¿Nada más? —Se mofó el alcalde—. ¡Hasta ahora no ha dicho una sola palabra!

—Con todo respeto, su señoría, en estas condiciones el detenido confesará hasta lo que no sabe. ¿Es eso lo que necesita?

—¡Bah! ¡Bah!

Don Martín de Álzaga sacudió la mano frente al galeno. Entre allanamientos y detenciones no había conseguido una sola prueba que confirmase la conspiración. Aunque pasquines y pintadas constituían, a su criterio, una clara amenaza. Su esposa le reprochaba una conducta obsesiva; dormía poco y veía fantasmas de revolución a la vuelta de cada esquina. Y, para colmo de males, un cuchillero anónimo continuaba degollando blancos.

El alcalde de primer voto no se detendría hasta que los responsables del miedo instalado en la ciudad estuviesen colgados del

patíbulo en la Plaza Mayor. Le dolía en la carne la frustración de haber tenido que dejar sin proceso a los hermanos Liniers, aunque el procedimiento en la fábrica de pastillas había socavado el tambaleante negocio de esos dos franceses.

—¡Llévenselo! —ordenó rabioso.

Ya le soltaría la lengua al relojero, se consoló. Sus informantes le habían hablado de la estrecha relación que existía entre el italiano y los franceses caídos en la redada. En varias oportunidades se los había visto reunidos en el café de Marsella, un local que él mismo había ordenado clausurar días atrás. Rastrillaría cada milímetro de la ciudad hasta dar con la maldita imprenta y las armas, se juró el vasco.

* * *

Zareb abrió los ojos cuando un viejo harapiento trastabilló con sus pies y por poco se le cae encima. Muchos pasaban la noche en ese hueco nauseabundo del barrio de Monserrat. Durante el día mendigaban alimento y, más de una vez, cuando la caridad escaseaba, simplemente lo robaban en puestos o cocinas descuidadas. Unos pocos libertos, la mayoría tullidos o demasiado viejos para trabajar, añoraban su esclavitud cuando el hambre los acosaba. Zareb no. Él estaba convencido de que la esclavitud se lo había quitado todo y prefería pasar hambre y frío a recibir una orden de quienes se creían con derecho por el solo hecho de ser blancos.

Después de dormir unas horas, atizó las brasas del fogón de la miseria y se dispuso a calentar agua. Don Miguel le había regalado una pequeña bolsa de yerba mate con la que Zareb preparó una infusión verde, oscura y amarga.

Recordó las veces que había muerto. La primera, al cerrar los ojos de su padre. Las otras, cuando perdió a su madre en el barco –"ataúd" o "*tumbeiro*", como se nombraba a los buques negreros donde morían la mitad antes de llegar a destino– y en la impotencia de salvar a sus hermanas. Había muerto por cuarta vez al llegar a la factoría que lo convirtió en esclavo y una vez más cuando la promesa de don Frigerio fue como tinta en el agua para sus deudos.

Sin alma, los ruegos a Changó, dios del trueno, fueron palabras sin voz de un desterrado. Solo, sin más ayuda que sus manos, encendió los cañaverales del ingenio una de las noches más oscuras. Una vez en el monte, Ogún desató la lluvia; los perros del mayoral le perdieron pisada mucho antes de que encontrara el quilombo del que

todos los esclavos hablaban y al que los blancos no se atrevían a llegar. Allí se unió a los cimarrones, hombres y mujeres declarados en rebeldía, que se refugiaban al amparo de la espesura y el difícil acceso al lugar. En el quilombo le quitaron los grilletes y le devolvieron el orgullo. Había vuelto a nacer.

Un conocido silbido lo devolvió al presente. Le pareció algo extraño que don Miguel lo buscase a esa hora de la mañana y se lo hizo saber.

—Una de mis hermanas me hizo un encargo. Pensé que podrías acompañarme. Tengo que llevarle una nota a un tal Damián Gaitán.

Se pusieron en marcha. Durante el trayecto hablaron del ofrecimiento que Miguel le había hecho a Zareb la semana anterior.

—No serías un esclavo, sino un peón.

—¿Cuál es la diferencia?

—Nada menos que tu libertad. Las necesidades también esclavizan, Zareb. Lo que yo te propongo es emplearte en la estancia de mi cuñado y trabajar para ganarte el sustento.

—Me gano el sustento jugando naipes.

—¡Mira nada más dónde duermes! ¿Qué me dices de un techo seguro y un camastro cómodo para pasar la noche?

—Esos son lujos y usted habló de necesidades. Yo no paso ninguna necesidad viviendo como lo hago.

—Si esta miseria te parece bien, ¿por qué dejaste el quilombo?

—Por una mujer.

—Hablando de necesidades —bromeó Miguel con una sonrisa pícara que le llegó a los ojos.

A Zareb también le hizo gracia, pero no volvió a abrir la boca y su amigo respetó el silencio. Estaba acostumbrado a la circunspección del africano, a sus monosílabos o frases cortas. Zareb tenía sus tiempos; tarde o temprano acabaría por contarle toda su historia y los motivos que lo habían traído de Brasil a Buenos Aires.

Miguel se detuvo en medio de la calle desierta, en una manzana donde unas pocas y ruinosas casas se hallaban rodeadas de terrenos

baldíos llenos de maleza.

—Tiene que haber un error —musitó—. Se supone que Gaitán dirige una compañía teatral. Gabina tiene que haberme dado mal la dirección.

Zareb volvió la cabeza hacia ambos lados antes de señalar una casita a mitad de cuadra.

—¿Por qué no pregunta en esa vivienda?

Mientras Miguel hacía lo propio, el negro se sentó entre los yuyos que ganaban la vereda sin marcar. Al otro lado de la calle, justo frente a él y colgada de la aldaba, una rama seca anunciaba los servicios de un serrallo.

Antiguamente, las casas donde se ofrecían servicios sexuales eran señaladas con una rama en la puerta, a partir de la cual se llamó a las servidoras "rameras". Si bien ya nadie utilizaba ese método para anunciar una casa de trato, lupanar o mancebía –como en ese entonces se las denominaba–, algunos regentes entendían que era preciso orientar a los forasteros o eventuales nuevos clientes.

Miguel volvió al lado de su amigo. El gesto de contrariedad que traía dijo más que él.

—¡No sé si es una desvergonzada o muy estúpida! —estalló.

—¿Quién?

—Te dije que debía haber un error, pero no: Damián Gaitán vive en esa… esa… ¡mancebía! Por Dios… ¡Gabina va a matar a mi madre de un disgusto! ¡Compañía teatral! La han engañado o aprendió a actuar de maravillas para que todos nos traguemos su papel de incauta.

—¿Quiere que sea yo quien entregue la nota al señor Gaitán?

—¡Ni nota ni ocho cuartos! Si voy a andar de mensajero quiero saber qué se trae Gabina. Vamos, Zareb. Iremos a casa.

* * *

Lito escuchó las campanadas que indicaban la hora del ángelus. Robles, que enseñaba música a la hija del secretario de la alcaldía, le había dado el dato que necesitaba: algunos de los detenidos serían

liberados ese mediodía. Esperó. El Ayuntamiento parecía un avispero esos días; gente que entraba y salía a todas horas.

Mientras Lito pensaba en los hermanos masones que continuaban dentro de la cárcel, unos ojos verdes lo escudriñaron desde su conciencia. Estaba postergando el reencuentro con Inés y la ahuyentaba del pensamiento cada vez que su recuerdo lo asaltaba. ¿Cómo se le dice adiós a la única persona que hemos amado?, no dejaba de preguntarse. Le costaba encontrar una respuesta que lo ayudara a enfrentar el futuro, aquel que había soñado compartir con ella y que ahora conjeturaba vacío, impredecible.

El movimiento en la puerta del Ayuntamiento lo obligó a concentrarse en la tarea que tenía por delante. El hombre que había estado esperando salió del edificio y se encaminó hacia el Sur. Lo siguió hasta la esquina de San Carlos, a partir de donde, a través de una seña que el esclavo de don Santiago Antonini interpretó correctamente, ambos se dirigieron al Oeste.

Estaban acercándose a la Plaza de Toros de Monserrat cuando un hueco les dio cobijo para hablar sin que nadie los viera.

—¿Cómo estás, Basualdo? ¿Te han tratado bien?

—Tuve que decirles, señor Lito —dijo el negro que ignoró las preguntas del joven—. Querían saber dónde escondía el amo las armas, el papel. Les dije que nunca vi nada de eso en la casa ni en la tienda. Luego me amenazaron con torturarme si no les decía los nombres de las personas que lo visitaban. Tuve miedo de que, si no se los decía, se llevaran a mi señora y su niño.

—No te aflijas, Basualdo. Te ha liberado y no se atreverán a tocar a tu ama.

—Al amo sí lo han tocado. Vi cuando lo arrastraban de vuelta a uno de los calabozos.

—¿Estás seguro?

El negro asintió con la cabeza. Tenía los ojos lacrimosos y enrojecidos.

—Lo pusieron al potro. Lo sé porque uno de los guardias se lo dijo a otro. ¿Van a matar al amo, señor Lito?

—No, Basualdo. Eso no va a pasar.

Lito no estaba seguro de lo que decía. Un escalofrío le surcó la columna cuando el pánico se apoderó de él. ¿Qué les habría dicho Antonini? ¿Había hablado de la logia en medio de los suplicios a los que había sido sometido? Si no era así, ¿cuánto tardaría en hacerlo?

—Vamos —exhortó al esclavo—. Irás a la casa y preguntarás a tu ama si necesita algo, lo que sea. Don Santiago es mi amigo, ¿entiendes lo que te digo, Basualdo?

—Sí, señor Lito.

—No me llames señor. No soy ningún señorito. Cualquier cosa que tu ama y su hijo necesiten, me buscas en casa de don Lorenzo Bracamonte. Si no me encuentras a mí, hablas con él. ¿Has entendido?

—Sí.

* * *

Miguel entró al solar como una tromba. Pisándole los talones, Zareb cerró la puerta de calle y se sintió incómodo ante la mirada atónita de la criada.

—Pancha, dile a Gabina que la espero en el despacho. ¡Es urgente!

—Sí, señorito Miguel.

—No te quedes ahí parado, Zareb. Ven conmigo.

—No creo que a su familia le guste.

—Descuida. Cuando les diga lo que acabo de averiguar, te volverás invisible.

Zareb hizo una mueca, pero lo siguió hasta el despacho. Miguel sirvió licor en dos vasos que tomó de una bandeja de plata pulida que descansaba en una mesa cercana al escritorio que alguna vez había usado don Cipriano Montiel para dirigir los negocios de ultramar.

Al poco rato, Gabina entró en la estancia, acompañada por Panchita. La mulata bajó la mirada cuando descubrió al negro que acompañaba a don Miguel observándole los morados que tenía en el rostro. Juntó las manos, escaldadas de latigazos, y esperó muda, casi invisible, a que la señorita Gabina y su hermano acabaran de conversar.

—¿Has perdido la cabeza, Gabina? —espetó Miguel.

—No sé de qué hablas, pero te advierto que no estoy de ánimos para soportar más diatribas.

Gabina tenía la nariz y los párpados enrojecidos e hinchados de tanto llorar. No sabía nada de su prometido y, para colmo de males, su madre no le dirigía la palabra. Aunque lo segundo era un verdadero alivio después de los gritos que había tenido que escuchar al llegar a casa de la última clase de teatro. Tenía prohibido salir a la calle, por eso había mandado una nota a Gaitán a través de su hermano donde le pedía tiempo para resolver asuntos personales y reiteradas disculpas por faltar a su palabra: no podría formar parte del elenco de la próxima obra a estrenar.

—¿De dónde diablos conoces a ese tal Gaitán?

—Una amiga mía lo conoció cuando don Damián trabajaba con el circense Joaquín Olaes y me lo presentó en la tienda de Santa Coloma. ¿Por qué?

—Un saltimbanqui de mala muerte.

—Ahora es director de su propia compañía, Miguel —apuntó ella.

—¡Lo que dirige no es una compañía de teatro sino un burdel, Gabina!

—¿Qué disparate dices?

—Lo sospeché en cuanto llegué a la dirección adonde me enviaste y luego lo confirmé con un vecino. Gaitán regentea una casa de juegos y meretrices. ¡Un maldito burdel!

—No… puede… ser —balbuceó la muchacha. El pasmo la dejó tiesa como el mármol y un miedo feroz le perló la frente.

—¡Pues es! Y si fue allí donde te encontró tu prometido, ya puedes ir pensando en quemar tu precioso ajuar.

—Tiene que haber un error.

—Ningún error, Gabina. Esta vez has ido demasiado lejos.

—¡No lo sabía! —gimió la muchacha.

—Ahora lo sabes. Y esperemos que madre no se entere porque lo

que le hizo a Panchita será una caricia comparado con lo que te haga a ti.

La mulata sufrió un repentino estremecimiento, y Zareb volvió a mirarle el dorso de las manos. Doña Clara la había castigado por encubrir a la señorita Gabina. Carmen le había contado que la menor, Inesita, confesó a su madre, un rato antes de que ellas llegaran de lo de Gaitán, que estaba enamorada del peón de los Bracamonte. La furia de la viuda de Montiel era ingente para esas horas y, desde luego, la descarga fue a parar a uno de sus criados, en este caso, Pancha.

Zareb se contuvo. Por respeto a su amigo, no abriría la boca hasta que las mujeres dejaran el despacho, se dijo. Odiaba a los amos que flagelaban a sus esclavos, como si además de considerarlos menos que animales, creyeran que tenían derecho a matarlos a azotes.

Gabina lloraba. La indignación que sentía por haber sido engañada de esa manera no era nada en comparación con el tormento que le producía reconstruir en su mente el momento en que Martín la sorprendió en casa de Gaitán.

—Dime que no le has entregado la nota —deseó en voz alta.

—Por supuesto que no la entregué. ¡Qué caso tenía!

—Gracias, Miguel. Y, por favor, no le menciones esto a nadie más.

—No acostumbro a agitar las aguas cuando puedo acabar salpicado, Gabina. ¡Mi hermana en un burdel!

Gabina se dio la vuelta y salió del despacho sin dejar de llorar. Pancha la siguió, mortificada por haber participado en semejante enredo.

Una vez solos, Zareb se acercó a la ventana que daba a la calle y soltó:

—Esa esclava… Pancha —precisó—. ¿Quién la castigó?

Conocía la respuesta, pero quería oírla de labios de su amigo. Miguel bajó la cabeza, avergonzado y dolido.

—En esta casa no se maltrata a los esclavos, Zareb. Mi padre lo tenía prohibido y, a partir de su muerte, siempre se respetó esa voluntad. Ha sido un caso excepcional. Mi madre sufrió una crisis y perdió los nervios. No bien lo supe, armé un buen jaleo y amenacé a

mi madre con irme de la casa. Estoy seguro de que no se volverá a repetir.

Las explicaciones de Miguel no eran una rendición de cuentas. Sabía que Zareb sufría pensando en su madre y hermanas. ¿Qué habría pasado de haber llegado vivas a América? ¿Qué clases de amos les habría tocado a todas ellas? Él veía a los suyos en cada esclavo y no lo culpaba; al contrario, le parecía natural que así fuera. A Miguel también se le encendía la sangre ante el maltrato hacia los negros desde que había escuchado la historia de Zareb, cómo los capturaban en África, cómo llegaban a las factorías y los transportaban al Nuevo Mundo en condiciones infrahumanas. Por último, el azar determinaba en qué manos terminaba cada uno de esos seres, cuya única culpa era haber nacido en el continente equivocado.

* * *

El teniente Urquijo contempló la espaciosa sala en la que se encontraba esa mañana. Las reformas de la casona que había comprado en la villa de Luján para vivir con Gabina lucían ante sus ojos como una pesada broma del destino. Se sintió más humillado que nunca al apreciar las paredes recién blanqueadas, las molduras y arañas de cristal, los muebles nuevos, y respiró hondo para no dejarse llevar por el dolor. La desilusión amenazaba con arrastrarlo a la depresión, pero no estaba dispuesto a permitir que los malos recuerdos acabaran con su entereza.

Isidra Pardo entró con una bandeja en las manos y le sonrió. Martín se volvió hacia el ventanal que daba a los jardines internos de la casa. No se sentía de ánimo para enfrentar lo que había hecho por despecho al regresar de la capital. Mandar a buscar a Isidra a la guardia había sido un error imperdonable. No tenía ningún derecho a jugar con los sentimientos de esa buena mujer.

—Aquí tienes tu desayuno. ¿Prefieres que te lo sirva yo misma o quieres estar solo?

La miró inexpresivo, aunque un feroz remordimiento de conciencia le taladraba el cerebro.

—Ve por otra taza. Tenemos que hablar.

Cuando Isidra estuvo de regreso, llenó dos jícaras con chocolate y le tendió una a Martín. Él se acomodó en uno de los sillones para tenerla de frente, mesa de por medio.

—Lamento haberte hecho venir hasta aquí en balde —espetó—. Fui un egoísta. Sé lo que sientes y no tengo derecho a usar eso en mi favor cuando estoy incapacitado a darte nada más que mi amistad.

—Creí que me buscaste por eso, Martín. Somos amigos, y los amigos estamos cuando se nos necesita. No creas que no estoy al tanto de lo que pasó en Buenos Aires. Cuando Remigio me lo contó no lo dudé: tenía que venir.

—No quiero que te hagas ilusiones, Isidra. Lo último que quiero es romperte el corazón por segunda vez.

—Me habría hecho ilusiones si, al llegar, hubiera encontrado al mismo Urquijo que rompió conmigo antes de irse.

—¿Qué quieres decir?

—Estás enamorado, Martín, y no hay manera de que lo escondas a mis ojos. Te conozco mejor que nadie.

—Enamorado —repitió él con los ojos fijos en el contenido de la taza que tenía entre las manos—. Enamorado de una mujer que no existe. Tu hermano te habrá contado la historia.

—El pobre pensó… ¡Bueno, qué importancia tiene! Sigo sin creerme que una dama como la señorita Montiel haya hecho lo que dice Remigio. Pero no estoy aquí para juzgar a esa joven sino para que me cuentes qué piensas hacer.

—En primer lugar, deshacer ese compromiso. Le di mi palabra a la señora Montiel y no quiero que piense que he faltado a ella sin razón alguna. Estaba pensando en escribir una nota.

—¿Le contarás lo que hizo su hija?

—¡Por supuesto que no! Ya veré qué cuento se me ocurre.

Qué irónico, pensó el teniente, había pensado pedirle a Isidra que se marchara y ahí estaban, conversando como dos viejos amigos. ¿Por qué no podía quererla a ella como quería a Gabina?

—Martín, ¿no deberías hablar con la joven antes de escribirle a su madre?

—Las cosas no se hacen de ese modo en la alta sociedad. Aunque suene absurdo, pedí la mano de Gabina a la señora Montiel y es ante

ella que debo retractarme.

—Comprendo, pero yo no me refería a eso, sino a escuchar lo que tu prometida tiene para decir en cuanto a lo que sucedió.

—¿Pedirle explicaciones a Gabina, dices? —La mujer asintió—. ¡Jamás! Si no le arrojé el guante a su amante fue por no pasar un día más en Buenos Aires. No quiero volver a ver a Gabina Montiel en toda mi vida.

—¿Y dejar que el orgullo te prive de saber la verdad?

—¡Tuve la verdad delante de mis ojos, Isidra!

—No me lo creo. La rabia te ciega, pero tarde o temprano la suplantará la duda. Deja que esa chica te explique lo que sucedió. Si verdaderamente la amas, dale una oportunidad. Una sola. Si lo que dice no te conforma, entonces te habrás quitado una astilla que se puede ir clavando en tu corazón a medida que dejes correr el tiempo. No serás feliz en tanto no sea Gabina quien te confirme lo que has visto.

—Eres una mujer sin igual, Isidra —reconoció Urquijo que suspiró hondamente—. No puedo creer que te pongas de su lado.

—No estoy de su lado, sino del tuyo. Te quiero, Martín, no necesito repetírtelo una y otra vez. Lo que hubo entre nosotros acabó, pero no puedo reprocharte que no hayas sido sincero conmigo. Lo fuiste todo el tiempo. Enamorarme tampoco estaba en mis planes; sin embargo, pasó. ¿Sabes por qué? —Él negó con la cabeza. No se atrevía siquiera a mirarla a los ojos—. Porque eres un hombre maravilloso. Gabina Montiel no puede estar tan ciega como para no verlo.

—Algunas mujeres son pérfidas por naturaleza.

—Algunos hombres también —repuso Isidra—. No por eso descreo de todos.

El teniente se tendió contra el respaldo del sillón y cerró los ojos un momento. El viaje sin descanso de la capital al pago de Luján lo había agotado y, aun así, solo dormía unas pocas horas cada noche. Durante el día se lo pasaba ocupado en variados asuntos, pero la noche era otra cosa. Sabía que el cansancio se le reflejaba en el semblante, además de llevar una barba de días.

—¿Por qué no duermes un poco? —le aconsejó su amiga—. Te

vendría muy bien.

—Isidra Pardo, espero que encuentres al mejor de los hombres, aunque aún no he conocido a nadie que esté a tu altura. Mereces ser feliz.

—Todos merecemos ser felices —repuso ella—. Anda, ve a la cama, teniente. Tus criados y yo tenemos unas cuantas cortinas que colgar.

* * *

Pilar entró al dormitorio de Lucio, y Gilberta dejó suspendida la cuchara, a medio camino entre la escudilla y la boca del pequeño. Ambos la miraron, esperando a que diera una orden antes de volver a marcharse.

—¿Puedo? —preguntó la joven al tiempo que señalaba una silla.

—¿Cómo se le ocurre preguntar, señora? ¡Por supuesto que puede!

—A partir de mañana, Gilberta, Lucio compartirá la mesa conmigo y fray Robles. Almuerzo y cena —precisó—. ¿Estás de acuerdo, querido?

Pilar miró a su hijo a los ojos por primera vez desde que había entrado a la habitación. Habría deseado sonreír, pero la falta de costumbre y el miedo que sentía al rechazo forjaban una barrera difícil de sortear. ¿Cómo echar abajo esa pared que ella misma había levantado entre los dos? “Paciencia”, le había aconsejado don Américo. “Tiempo y paciencia”, le repitió su mente.

El crío asintió. Le dolió ver que la primera reacción de Lucio era siempre la misma, mirar a Gilberta. Como si esperase que la mujer le dijera qué hacer cuando estaba frente a su madre, cómo debía portarse. El miedo a provocar, eventualmente, el enojo de doña Pilar, lo llevaba a pedir consentimiento a la única persona en la que confiaba.

—Quiero que vayas a la cocina a supervisar la cena, Gilberta.

—Pero mi niño no acabó su comida, señora.

—La acabará conmigo, no te preocupes.

La inquietud se apoderó del aire. Lucio bajó la mirada y se preparó para lo peor. ¿Comer con su madre? Últimamente la notaba extraña, si hasta le había parecido verla en su dormitorio en medio de la noche, en vigilia. Cuando eso sucedía, cerraba los ojos y fingía que continuaba dormido.

A su pesar, la negra dejó la cuchara dentro de la escudilla repleta de sopa y se retiró de la habitación. Una vez sola con el niño, Pilar ocupó su lugar.

—Sé lo extraño que debe de parecerte que yo esté aquí —decidió sincerarse—, pero quiero hablar contigo de algo muy importante.

Lucio la miraba en silencio. ¿Qué clase de monstruo había sido durante todos esos años con su hijo?, se preguntó la madre.

—He estado pensando… Tendrás que perdonarme la torpeza, Lucio; ni siquiera sé cómo dirigirme a ti. Seré todo lo clara que pueda, y lo que no entiendas me lo preguntarás cuando haya acabado, ¿de acuerdo? —El chico asintió—. Bien. Eso está muy bien.

Pilar respiraba con dificultad. El pulso se le había desbocado y las palpitaciones de su corazón le provocaban un intenso dolor entre las costillas. Hizo un esfuerzo sobrehumano para dirigir la cuchara a la boca de su hijo sin derramar su contenido. La mano le temblaba.

—Quiero pedirte perdón. —Ni bien pronunció la frase, las lágrimas se echaron a rodar por sus mejillas—. Me porté muy mal contigo. ¿Sabes? —añadió con una sonrisa amarga—. Nunca le he pedido perdón a nadie. Tal vez, cuando era niña, pero no creo que eso cuente ahora que ya soy mayor. A las personas mayores nos cuesta reconocer que nos hemos equivocado y algunas veces hasta nos convencemos de no necesitar que alguien nos perdone. Pero eso no es cierto, Lucio; necesitamos que la gente que nos importa nos perdone.

El crío rechazó la siguiente cucharada de sopa. Negó una sola vez con la cabeza y su madre no insistió.

—Gilberta debe de hacerlo mejor que yo.

—Lo hace igual —profirió él en voz baja.

—Me alegra escuchar eso.

Pilar volvió a sonreír a pesar de las lágrimas. Esa vez, no hubo amargura en la mueca.

—Quiero que seas sincero, Lucio. No espero que me perdones en este momento, lo que necesito es la oportunidad de resarcirme contigo. Es decir, lo que te pido es que ya no tengas miedo de mirarme o hablarme. Prometo… —Las lágrimas se le habían endurecido en la garganta, atascada como una piedra, quebrándole la voz. Lloraba sin consuelo frente a su hijo de seis años—. Prometo hacerlo mucho mejor esta vez.

Sintió la calidez de una mano sobre la suya. Parpadeó varias veces y no consiguió aclararse los ojos hasta que los limpió con la manga del jubón.

—Sí la perdono —creyó escuchar. Lucio hablaba tan bajo que ella tuvo que acercarse lo suficiente como para que su rostro y el de él quedasen a pocos centímetros de distancia—. La perdono —repitió.

A pesar del alborozo de su corazón, el llanto de Pilar se intensificó. Sin proponérselo, cayó de rodillas a los pies de su hijo, las manos se le prendieron a las piernas que colgaban de la silla donde estaba sentado y la cabeza se le hundió en el regazo de la criatura. De pronto, el mundo había girado hasta quedar de cabeza: lloraba sobre su niño y él la consolaba a través de tímidas caricias.

—Dios bendito… Hijo mío, perdóname.

—No llore, madre.

—No. No. No te asustes, mi niño —pidió ella y le tomó el rostro entre las manos—. No lloro de tristeza sino de alegría. Iremos poco a poco, Lucio. Prometo no atosigarte.

Pilar se incorporó y alzó al niño de la silla para colocarlo de pie sobre la misma. Ahora estaban prácticamente a la misma altura. Lo abrazó con todas sus fuerzas, y percibió cómo se desprendía de su alma un dolor instalado allí hacía varios años. Lucio le devolvió el abrazo con dificultad, debido a la tablilla en uno de los miembros, y una sonrisa de arco iris emergió de las entrañas de su madre.

Capítulo XVII

Entrar a la orden había significado un cambio, hasta ahora, imperceptible en su persona. En la masonería encontró ideales coherentes con su línea de pensamiento, una teoría basada en la igualdad de todos los hombres, en la libertad y el bien común, el desarrollo de las personas como base del progreso. La diferencia entre un profano y un masón no se advertía hasta que uno era plenamente consciente del lazo que unía a los miembros de la fraternidad. Uno podía vivir honradamente, respetar las normas que constituyen al hombre como un ser social, con sus derechos y obligaciones. Sin embargo, sin ese lazo invisible semejante al que forja la sangre en un grupo parental, Robles entendía que los individuos estaban destinados a desencontrarse sin un objetivo en común que los uniera. La logia, para él, significaba ese encuentro.

El compromiso de la sociedad secreta era claro: unión. Respetar ese lazo invisible los volvía una especie de bloque indestructible. Hasta ahora, la masonería en el Río de la Plata sentaba las bases de esa unión, pregonaba los principios de igualdad, fraternidad y progreso. Pero no fue hasta que Lito llamó a su puerta que Robles, finalmente, comprobó que el compromiso asumido al ingresar a la orden no era una simple teoría. Uno de los hermanos masones se disponía a actuar, a concretar el pregón, en defensa de otro miembro.

—¿No deberíamos consultarlo con los demás? —dudó Robles.

—Para eso tendríamos que esperar a la próxima tenida y, tal como están las cosas, no creo que podamos reunirnos sin poner en riesgo lo que hemos conseguido hasta ahora —manifestó Lito—. No hay tiempo, don Américo. Por el bien del hermano Antonini y la seguridad de la logia, Álzaga debe encontrar al culpable.

—En este caso, no se trata del culpable sino de un chivo expiatorio.

—El alcalde se encuentra en una situación complicada. Ha sobrepasado sus fueros; de no encontrar al responsable de la conspiración perderá credibilidad, algo que de seguro no está dispuesto a permitirse. Le daremos lo que quiere y todo volverá a la normalidad.

—¿Y usted, Rojas?

—No tengo nada que perder. Es posible —prosiguió con brío para deshacerse del recuerdo de Inés que lo asaltó al decir aquello— que entre los masones haya jacobinos con el ánimo exaltado y poco prudentes. No descarto que el que haya impreso los pasquines y pintado muros en la ciudad sea uno de los nuestros, pero casi todos los hermanos de la logia tienen familia.

—No se quite mérito con eso de que no tiene nada que perder, Rojas. Es usted muy valiente al pretender asumir culpas que no son suyas.

Lito sonrió con amargura. Últimamente había recibido varios elogios y, sin embargo, no le servían de consuelo. Por muy valiente y extraordinario que fuera, jamás estaría a la altura de la mujer que amaba.

Había pensado mucho antes de tomar la decisión de entregarse a las autoridades y para que todo saliera bien necesitaba ayuda. Robles se mostró renuente al principio, pero, al final, reconoció que, como el alcalde siguiera valiéndose de los instrumentos de tortura para interrogar a los detenidos, tarde o temprano saldría a la luz la existencia de una logia masónica en Buenos Aires. No podían arriesgarse, ni por la orden ni por los miembros de la misma. La Logia Independencia debía seguir su camino, adherir más hombres a la causa, conquistar la colonia y convertirla en una nación libre cuyos gobernantes representaran al pueblo en el que habían nacido.

Lito y Américo se pusieron en marcha. Tenían mucho por hacer antes de presentarse en el Cabildo; concretamente, en el despacho del alcalde de primer voto.

* * *

Pilar apretó inconscientemente la mano de su hijo. Se encontraba frente a la puerta del solar donde había crecido. Hizo chocar el aldabón y esperó apenas unos segundos hasta que el rostro de Carmen se iluminó al reconocerla.

—¡Ave María Purísima, señora! Qué dicha tenerla de visita.

—Buenos días, Carmela —saludó Pilar y le devolvió la sonrisa.

La criada los hizo pasar, loando el crecimiento de Lucio y repitiendo, una y otra vez, la alegría de tener a doña Pilar nuevamente

en la casa. En la sala, doña Clara se mostró tan asombrada como la esclava, aunque, en su caso, se guardó para ella cualquier manifestación que indicase cómo se sentía al respecto. Y como nunca había sido una mujer dada a los desbordes afectivos, su hija no se lo tomó como algo personal. Tomó asiento y ubicó a Lucio a su lado.

—Ciertamente, el niño ha crecido mucho desde la última vez que lo vi. Me pregunto de quién heredó esa melena abundante y crespa —dijo la señora Montiel—. Deberías emparejársela un poco, querida.

Pilar acarició la cabeza del niño y decidió ignorar el comentario de su madre. No estaba allí para repetir sus errores poniéndose a la defensiva, sino para zanjar diferencias con sus hermanas.

—¿Cómo está, madre? Es raro encontrarla sola.

—En esta casa siempre he estado sola, aunque las apariencias indiquen lo contrario. He parido seis hijos, uno más ingrato que el otro.

Mientras escuchaba la amarga perorata de su madre, Pilar supo que, de no haber depuesto su actitud frente a la vida, habría acabado exactamente como la mujer que tenía enfrente. Comprendió, en un arcano trance revelador, que la historia personal de cada persona no tiene por qué definir el destino de la misma, que uno siempre puede elegir la manera de hacerle frente a todo lo que acontezca, por más inesperado que sea. Las palabras de Robles fueron reproducidas por el eco de su conciencia: “Nunca es la vida quien nos maltrata sino al revés. Cada nuevo día nos presenta la oportunidad de seguir siendo lo que somos o cambiar lo que no nos gusta. Si lo hacemos bien, la vida será lo que deseemos que sea”.

—Querido, por qué no sales a jugar al patio —sugirió doña Clara a su nieto.

—Gracias, madre, pero como verá, Lucio tiene entablillando el brazo y debe cuidarse. Si no le importa, se quedará aquí para que pueda vigilarlo.

—Como quieras —expresó la mujer y siguió adelante con el monólogo—: No sé cuál es la razón por la que debo pagar este castigo. Aunque sospecho que la clave es haber permitido a tu padre que mantuviéramos en esta casa a la bastarda que trajo al mundo. Esa mestiza fue la fruta podrida que echó a perder a todos mis hijos.

Qué triste, se dijo Pilar. Su madre insistía en responsabilizar a

Consuelo, hija primogénita y natural de don Cipriano Montiel, de cualquier golpe que la vida le diera. Doña Clara siempre había sabido que su esposo no la amaba como había amado a la india que le diera aquella hija mestiza, y la frustración hizo que, a partir de esa certeza, Consuelo Montiel fuera la causante de todos sus problemas.

—Gabina ha puesto en riesgo su compromiso con don Martín Urquijo —explicó la matrona—. Se le ha metido en la cabeza que quiere ser actriz. ¡Dime dónde se ha visto que una dama arruine su reputación de esa manera! En el Fuerte dicen que Urquijo se ha marchado a la frontera. Ruego a Dios que tu hermana no tenga nada que ver con esta repentina partida, pues se supone que su prometido no se iría hasta después de la boda. ¡Y eso no es todo, Pilar! Inés ha enloquecido.

—¿Inesita? —inquirió la hija, completamente asombrada.

—Así como te lo digo. Y no tengas dudas, esta es otra consecuencia de haberle permitido viajar a la estancia de los Bracamonte.

La mujer completó la relato hablándole del supuesto enamoramiento de Inés. Dijo, además, que una ignominia como esa tenía que haber sido instigada por su peor enemiga: Consuelo.

—Está claro que ha llenado de pájaros la cabeza de mis hijas. No permitiré que ninguna de las dos vuelva a poner un pie en esa casa. En cuanto a Miguel, tampoco me fío de que por ser hombre no se deje influenciar. Sale casi todas las noches y hasta se atrevió a traer a la casa a un negro que presentó en calidad de amigo. ¿Puedes creer el descaro? Tuve que pedirle que se retirase de inmediato. Y luego llegas tú y me señalas lo sola que estoy, como si yo no supiera que en esta casa soy la única cuerda. Agradéceme, en todo caso, el haberte sacado a tiempo del caldo venenoso en que se ha convertido esta casa.

—Me gustaría ver a mis hermanas —dijo Pilar luego de respirar hondo y tragarse una réplica que crisparía aún más los nervios de su madre.

—Les he prohibido las visitas.

—Pero, madre, ¡soy su hermana!

—Solo por eso haré una excepción y dejaré que las veas en sus habitaciones. No las quiero en mi sala hasta que depongan la actitud hostil que han adoptado. ¡Como si después de lo que me han hecho

fueran ellas las ofendidas!

Pilar no soltó la mano de Lucio mientras se dirigía al segundo patio. No estaba segura de querer sincerarse con sus hermanas frente a al niño, pero dejarlo al cuidado de doña Clara no era una opción que pudiera contemplar luego de haberla escuchado durante casi una hora. Caldo venenoso eran su lengua, su resentimiento, su modo despectivo de llamar a la gente. Demasiado mal le había hecho al pequeño ella misma como para dejarlo un solo minuto junto a su abuela.

Antes de alcanzar la puerta de los dormitorios, Carmen le salió al cruce con una bandeja cubierta de pastelitos con miel.

—Se los manda Jacinta. ¿No quiere probarlos? Los hizo especialmente cuando supo que usted estaba de visita.

—Ahora no, Carmela, pero puedes llevarte a Lucio a la cocina para que les haga honores. ¿Qué te parece, hijo? —El niño asintió, algo dubitativo—. Adorarás los pastelitos de Jacinta, Lucio —lo animó su madre—. Carmela, vigila a mi hijo mientras hablo con mis hermanas.

—¡Cómo no, señora! Será un placer.

Una vez sola, y aunque supuso que sus hermanas ya la habían oído conversar con la esclava a través de la puerta, se hizo anunciar mediante un breve pero contundente golpe. Fue Gabina quien respondió al otro lado. Se la oyó malhumorada, como quien da un permiso por obligación y no por gusto.

El silencio que secundó a los saludos de rigor acartonó el aire. Inesita lo quebró, al invitar a la recién llegada a tomar asiento en una otomana forrada en damasco que ella misma se encargó de acercar al pie de la cama.

—Espero que te sientas a gusto, Pilar; mamá nos ha prohibido salir de la habitación y…

—Lo sé —la interrumpió ella—. Y para lo que he venido, es mejor aquí que en la sala; allí cualquiera podría interrumpirnos.

Gabina frunció el ceño, pero no abrió la boca. Demasiado tenía con haber sido engañada por Gaitán, abandonada por su prometido, castigada por su madre, como para soportar ahora la presencia de Pilar. ¿A qué venía? La visita le generaba algo de curiosidad, no iba a

negárselo, sobre todo al escucharla decir lo último, pero dejaría que Inesita hiciera las preguntas que destejieran el misterio. Ella no tenía ánimos ni para reñir con su hermana mayor, y eso era ya mucho decir.

—Lamento la situación en la que se encuentran —comentó Pilar —. Madre siempre ha sido una mujer muy difícil.

—¿Alguna vez te ha castigado como a nosotras? —preguntó Inés con sincera inocencia.

—Nunca. Y créeme, Inés, no es algo de lo que pueda vanagloriarme. Siempre he hecho lo que ella quiso —añadió en un tono de voz tan bajo que acabó por fundirse en un suspiro.

—Por algo fuiste siempre su preferida. No tolera que alguien le lleve la contraria.

—No sabía que quisieras ser actriz —dijo Pilar al cabo de una breve pausa, dirigiéndose esta vez a Gabina.

—Me tomaría días contarte las cosas que no sabes de mí —se mofó la otra.

—Precisamente a eso he venido, a saldar una cuenta que bien puede tomarnos días, meses, o quizá años, Gabina.

Las menores la miraron al mismo tiempo, atónitas por el desconcierto.

—Sé lo extraño que debe de parecerles lo que acabo de decir —continuó Pilar—. Hace días que me pregunto por dónde empezar a enmendar los errores que he cometido. Sería oportuno que ambas me dijeran si, en todo caso, no es tarde para eso; si aún cabe la posibilidad de enderezar la rama que yo misma he torcido.

Las miró a los ojos y tragó, no sin dificultad, un orgullo que a nada la había conducido. Le importaba poco que Gabina le hiciera pagar su arrogancia con un merecido desplante; tenía que intentarlo. Después de todo, había llegado a la conclusión de que tras aquel témpano de hielo que las separaba, el amor fraternal que las había unido alguna vez sería capaz de derretirlo si alguna de las partes entregaba las armas. Pilar estaba dispuesta a rendirse.

—No entiendo de qué hablas —dijo Inesita.

—De nosotras. Hablo de lo mucho que las extraño y de lo tonta

que me siento por haber esperado tanto tiempo para reconocerlo.

—Pilar…

—Déjame hablar, Inés —suplicó con un hilo de voz. Le dolía terriblemente la garganta, allí donde las dificultades de su vida volvían a atascársele. Trató de contener las lágrimas, pero enseguida supo que, cuando el desahogo se imponía, la catarata dentro de sus ojos era imposible de detener—. Lo siento mucho. Siento todo lo que ha pasado y ya no puedo cambiar. Dejé que mis desgracias me secaran y convirtieran mi corazón en una pasa. Me equivoqué.

El llanto descarnado no la dejó seguir. Inesita se echó a sus pies e intentó consolarla con una caricia tan trémula como su mentón. Gabina, en cambio, no atinó a moverse de su sitio. Estaba pasmada, aturdida. Aquella Pilar llorosa y vulnerable no parecía la misma que había visitado semanas atrás. Se asemejaba más a la otra, a aquella que al marcharse Consuelo de esa misma casa se hizo cargo de sus hermanitos menores y se convirtió en la segunda persona que les enseñara a expresar los afectos sin moderación. Ella había amado con locura a esa otra Pilar, la había admirado por su docilidad y dulzura. Después de su boda con Esquivel, la amargura se había devorado buena parte de su querida hermana, y la había hecho desaparecer del todo al enterarse de su embarazo. Perdía el control de sus actos al abusar del alcohol, se mostraba fría en extremo cuando estaba fresca y acalorada hasta lo inmoral cuando la bebida la soliviantaba.

¿Qué sucedía esa tarde con Pilar? ¿Por qué lloraba y pedía perdón entre espasmos de llanto? ¿A cuento de qué las visitaba un día cualquiera y hablaba de enmendar errores o enderezar ramas torcidas?

—Sh… Cálmate, por favor —sollozó Inesita—. No tienes que pedirnos perdón cuando no nos has faltado en nada, Pilar.

—Eso no es cierto —intervino Gabina. Igual que las otras dos, también ella estaba conmovida, pero las cosas no se arreglaban así, pensó. Con seguridad, perdonaría a su hermana Pilar así no se lo hubiera pedido jamás, pero lo mejor era decírselo todo a la cara—. ¡Claro que nos faltó! Nos faltó cuando quisimos acompañarla en su duelo y nos echó sin más; nos faltó siempre que quisimos visitar a Lucito y ella nos lo negó; nos faltó en cada gesto de desprecio y rechazo de nuestro afecto.

—¡Gabina! —la amonestó Inés—. ¡Mejor te callas! No es el

momento…

—Déjala, Inés —pidió la mayor—. Quiero que Gabina diga todo lo que piensa.

Gabina dejó la cama donde se encontraba sentada desde su llegada y se colocó frente a ella de brazos cruzados. Inés la miró con cara de pocos amigos, en señal de advertencia; eso no la amedrentó.

—Te revolcaste con un hombre casado cuando el cuerpo de tu difunto esposo aún no se enfriaba en la tumba y la noticia de tu embarazo ya se había esparcido por todo el vecindario…

—¡Gabina, por Dios! —sollozó Inesita.

—¿Sabes una cosa? Yo —continuó la joven: ignoró a la menor y se golpeó el pecho con el puño derecho— celebré tu osadía. Así fueras una fulana para el resto de los porteños, admiré que hicieras lo que te diera la gana sin importar lo que pensaran o dijeran los demás. Estabas encinta, ¿y qué? Para mí no eras más que una joven libre, con todo el derecho a ser feliz. Pero hasta yo, que no he parido un solo hijo, tengo mis límites.

—¡No más, Gabina! —gritó la menor.

—Déjala —repitió Pilar, determinada y serena. Había dejado de llorar.

—Eres la peor madre que he conocido. ¡Si es que hay derecho a llamarte así solo por haber dado a luz! Pudiste haber disimulado tu incapacidad de amar a Lucio, pero no, en eso no intentaste siquiera seguir el ejemplo de tu propia madre, aunque solo fuera por el inocente.

—Soy culpable de todo lo que dices —sentenció la mayor—. Lamento que no haya modo de volver el tiempo atrás y deshacerlo. Pensé… —Pilar respiró hondo antes de seguir—. Estaba tan segura de que lo irremediable del pasado me condenaba a malvivir el resto de la vida, que fui incapaz de corregir el presente. Fui egoísta, soberbia, no dejé que nadie me enseñara cómo hacerlo y arrastré a Lucio a mi propio infierno. He sido una mala madre, si es que hay derecho a llamarme así solo por haberlo traído al mundo —reconoció, con toda la entereza que la culpa le permitió. Pilar recitó de memoria la cita bíblica que había leído esa mañana en la soledad de su alcoba: “No habrá tropiezo para quien camina de día y se guía por la luz de este mundo. Pero tropezará quien camina de noche, siendo hombre que no

tiene luz adentro"—. Igual que Lázaro, también he muerto —continuó —, pero ¿acaso no nos enseñaron en el catecismo que para Dios nada es imposible? "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá" —concluyó.

Algo contrita, Gabina inclinó la cabeza y volvió a sentarse al borde de la cama.

—¿Viniste a darnos una lección de catecismo? —espetó.

—No —aseguró Pilar—. Vine a pedirles perdón. Ustedes, mis más preciados afectos, mis hermanas, son la casa que dejé al partir —añadió, haciendo alusión, esta vez, a la parábola del hijo pródigo—. He despreciado mis raíces, dilapidado mi herencia, y hoy vuelvo a ustedes, sinceramente arrepentida. No espero que me reciban con los brazos abiertos como si nada hubiera pasado, pero les ruego, sobre todo a ti, Gabina, que me des una oportunidad.

Inesita se limpió en vano el reguero de lágrimas que le cubría las mejillas; otras surcaron la misma humedad. Besó las manos de su hermana y rezó, agradecida, por tenerla de vuelta. "Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, recitó su mente, estaba perdido y lo he encontrado".

* * *

Aquel atardecer, no pudo verse al sol desaparecer en el horizonte. El cielo se hallaba cubierto por un capote gris e uniforme. Pilar había mandado a encender las velas que se encontraban en la sala. A pesar de lo difícil que era iluminar por completo una estancia mediante aquellas lánguidas lágrimas de luz, la viuda se había hartado de vivir en la penumbra. Ya no, se dijo, aunque gastase una fortuna en velas de cebo en los atardeceres nublados y el resto de las noches que le quedaban por vivir.

Había cenado con Lucio, arropado a su hijo y ahora repasaba, sentada en el sillón de la sala, la conversación mantenida esa tarde con sus hermanas. A pocos metros de ella, sobre un mueble, varios botellones de vidrio cargados de vinos y licor esperaban que la mujer sucumbiera al deseo.

El corazón de Pilar palpitaba atronador, igual que el cielo de Buenos Aires; se debatía su voluntad entre la honda tristeza y una mera esperanza.

De camino a casa, había considerado que, echadas las cartas sobre

la mesa, solo restaba esperar a que el vínculo con su vida pasada se recompusiera. El abrazo de Inés fue reconfortante al despedirla. En cambio, Gabina se mostró más renuente. No había dicho que no la perdonaba, lo que dijo fue que lo pensaría. Pilar sonrió con tristeza. Gabina era muy parecida a ella, reconoció; le llevaría más tiempo perdonarla o admitir que lo había hecho.

Sumida como estaba en sus pensamientos, no advirtió la presencia de Robles hasta que lo tuvo sentado a su lado. El hombre miró en la misma dirección que ella: un candelabro de plata que iluminaba el bargueño donde descansaban las verdosas limetas.

—¿Ha bebido? —preguntó, directo.

—Ni un solo trago. No lo celebre —se apuró a decir Pilar—; no se imagina cuánto lo deseo esta noche.

—Entonces celebro que no se haya dejado vencer por el deseo.

—¿Alguna vez ha deseado mucho algo? —disparó ella. El suspiro de Américo le apretó el corazón. No se miraban y, sin embargo, ella creyó leer en su silencio una respuesta—. Había olvidado que usted estuvo enamorado.

Él volvió la cabeza y la observó con detenimiento. Estaba muy serio.

—¿Sabe una cosa? No estoy seguro de haberlo estado. Cuando uno es joven, confunde el deslumbramiento con el verdadero amor. Uno admira la belleza, la valentía, la abnegación… Pero el amor no es eso.

—¿Y qué es el amor, fray Robles? No me recite el evangelio —se apuró a aclarar con una mueca—, por hoy he tenido bastante.

Américo arrugó el entrecejo y luego se dejó caer contra el respaldo del sofá. Se debatió unos segundos entre confesar o no lo que él pensaba que era el verdadero amor. Últimamente soñaba todas las noches con Pilar, despertaba sudoroso y aterrado por lo que el deseo por ella le estaba provocando a su alma. No se trataba de un deseo físico, aunque lo sentía, sino de una necesidad apremiante. Quería ayudarla, hacerla inmensamente feliz, asegurarle un futuro donde le sobrarían las risas que hicieran desaparecer los sufrimientos vividos. Pero también había algo de egoísmo en su deseo: quería ser él y solo él quien la tomara de la mano en la reconstrucción de esa vida. Además del ardor que lo invadía al pensarla a su lado, una ternura

infinita lo impelía a imaginarla recostada en su hombro, la cintura apretada entre sus manos. No había sentido eso por Consuelo Montiel, ni siquiera se la había imaginado desnuda compartiendo el lecho. Consuelo era una imagen venerable, perfecta; Pilar era un costal de defectos y virtudes humanas, y él no conseguía imaginársela en un altar sino en sus brazos.

—Si le dijera lo que es el amor, hoy mismo tendría que dejar esta casa —reconoció en voz alta.

Ella, que sonreía a la espera de una respuesta de manual, se puso seria al tiempo que el corazón volvía a desbocársele y las entrañas se removieron en su interior. Escrutó con detenimiento el rostro de su interlocutor. "Qué buen mozo es", pensó. No solo lamentó que fuera fraile, también la afligió su mesura, una cualidad que equilibraba a los rasgos viriles que glorificaban la condición de hombre.

—¿Dejar esta casa? —repitió ella, algo confundida pero decidida a indagar.

—Para hablar de amor es preciso sincerarse, ¿no cree?

—Me confunde cada vez más —confesó Pilar. Y recordó, como si la voz de su memoria se pusiera por primera vez de su lado, la conversación que habían tenido frente al piano unos días atrás—. Sincerarse —repitió a modo de preludio—. Sus secretos por los míos. Eso fue lo que dijo antes de que se lo contara todo.

—Usted necesitaba desahogarse. Me valí de ese truco para que confiara en mí.

—¿Eso quiere decir que no piensa contarme los suyos? ¿Me ha mentido, fray Robles?

—No es lo que quise decir. Aquel era su momento, no el mío. Pero sí, también le he mentido.

—Se contradice y continúa confundiéndome.

Gilberta eligió ese momento para aparecer en la sala. Preguntó si a alguno de los señores se le ofrecía alguna cosa, y Pilar la miró ceñuda al contestar:

—Ahora no, Gilberta. Puedes retirarte a descansar.

Cuando volvieron a quedarse solos, ella se reacomodó sobre el

sillón para quedar frente a él, que continuaba echado contra el respaldo y mirando el cielo raso.

—¿Se siente bien?

—No —fue la lacónica respuesta de Américo.

—Me importa un bledo cómo se sienta, fray Robles —espetó ella, impaciente—. Ahora mismo va a decirme en qué me ha mentido. ¡Y sin sobornos de ningún tipo!

Américo se incorporó lentamente y la miró a los ojos. Ella advirtió una pizca de cansancio, resignación, ¿miedo, quizá?, y algo más que no supo definir.

—Lo de fray es una mentira —lo oyó declarar—. Este hábito es una mentira —añadió, jalonando la toga a la altura de su pecho—. Fue idea de su hermano, el padre Julián Montiel, que yo secundé por conveniencia. Necesitaba un lugar donde hospedarme en Buenos Aires y creímos que esta investidura sortearía los prejuicios de sus vecinos.

Robles observó el gesto de pasmo de Pilar como si estuviera leyendo un poema. Advirtió el momento preciso en que sus mejillas se tiñeron de un rosado intenso.

Ella tragó saliva. Se sintió acalorada al descubrir el engaño y, a su vez, aliviada. Su enojo con Julián y Américo Robles aumentó tanto que hizo desaparecer lo segundo. “¡Qué alivio ni qué ocho cuartos!, rabió su voz interior, este hombre me usó según le convenía, igual que todos los hombres que conozco.” Julián también le había mentido, el único al que le había concedido el beneficio de su confianza.

Se levantó como si un resorte la hubiera expulsado del asiento. Abrió los ojos en todo su esplendor cuando la mano de Américo atenazó una de sus muñecas para detener la intempestiva retirada.

—Tengo todo arreglado. A más tardar, en dos días dejaré esta casa —lo oyó decir.

—Su permanencia aquí no depende de usted sino de mí, señor Robles.

—¿Quiere que me vaya ahora mismo?

—Una mujer decente le diría que sí sin siquiera dudarlo, pero usted sabe muy bien que la hermana de su amigo no es ni por asomo

lo que él sospecha.

Américo se incorporó. De pie frente a ella, a pocos centímetros de distancia, la miró serio y replicó taxativo:

—En todo este tiempo le he demostrado mi más sincero respeto, no por lo que aparenta ser sino por lo que realmente es. Si me concede dos días, se lo agradeceré; de lo contrario, puede estar segura de que me iré de esta casa ya mismo; e igualmente en deuda por haberme recibido en su hogar.

—Vaya deuda. Lo recibí pensando que era usted un fraile.

—Fue por su bien.

—¡Desde luego! Sin su disfraz, puede que además de mi hogar le hubiera abierto mis sábanas.

—No se agravie de esa manera, Pilar. Yo…

Robles se detuvo a tiempo. La tenía tan cerca, tan ofuscada, que a punto estuvo de confesarle lo que había descubierto hacía tiempo: la amaba sin importar los secretos ni las mentiras que los enredaran a los dos en ese tejido circunstancial de sus vidas. Le bastaba ver en los ojos claros de Pilar lo que había dentro de su alma, todo lo demás lo tenía sin cuidado. ¿Cómo explicarle que a gusto se habría metido entre sus sábanas, inflamado por el deseo que ella le despertaba? ¿Cómo decirle, sin denigrarla, que él había preferido forjar otros sentimientos entre los dos, más genuinos y menos carnales, para que los cimientos de su amor fueran sólidos y duraderos? Le había mentido, sí, y con su mentira fue capaz de mantener a raya la necesidad de poseerla con el cuerpo, una barrera que diera crédito a un sentimiento mayor, sublime.

—Suélteme —exigió ella: giró el puño, cuya muñeca él seguía apretando. Hizo lo que le pidió—. Puede quedarse. Después de todo, estamos a mano. Su papel de confesor y consejero fue intachable, debo decir.

—No interpreté ningún papel. Le ofrecí mi ayuda con total honestidad.

—Buenas noches, señor Robles —lo saludó con frialdad; se recogió la falda antes de retirarse.

—Buenas noches, Pilar —susurró él, una vez solo.

Capítulo XVIII

En la sala de tortura, el reo fue atado a una silla en presencia del cirujano, un franciscano y el mismísimo alcalde. El verdugo Ramón Gadea le calzó una manopla con púas de acero, acto con el que daba comienzo a las mortificaciones del día.

Antonini no se hallaba del todo recuperado, pero había tomado una decisión durante la larga y dolorosa noche que le tocó pasar tendido en una celda fría y maloliente. Uno de los guardias de turno, un hombre piadoso y humanitario, le había alcanzado una carta de Lito que él se retiró a leer a la luz de un candil teñido de hollín que colgaba de una de las paredes de la mazmorra. El muchacho lo había sorprendido con una propuesta que le costaba aceptar, pero, como bien le advertía el hermano Rojas, su mujer y su hijo no merecían mayores sufrimientos que los que habían padecido por él hasta la fecha. “Piense en ellos”, lo exhortaba en la carta, seguro de que el italiano aceptaría declarar lo que Lito le pedía solo si él lo considerara en pos de su familia.

Álzaga se acercó a la silla e inclinó el torso hacia delante antes de hablar.

—Por su bien, Antonini, espero que esta vez no nos haga perder el tiempo y suelte todo lo que sabe. —Volvió a incorporarse y a unir ambas manos en la base de la espalda. Caminó de lado a lado delante del reo antes de iniciar el interrogatorio—. ¿Ha estado en el café de Marsella alguna vez?

—Se lo dije ayer: muchas veces. Algunos de mis clientes frecuentan ese local y en varias oportunidades me han encargado hacerles un trabajo en ese café.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Todos referentes a mi oficio. Si revisa el asiento que han encontrado en la tienda, podrá comprobarlo usted mismo.

—¿Tuvo tratos con el francés Luis Dumont?

Don Santiago suspiró. Álzaga repetía las mismas preguntas del día

anterior; y él, iguales respuestas. La lista de nombres, casi todos franceses, siguió su curso. A todos los conocía el relojero y así se lo hizo saber al alcalde. Aunque la mención del último apellido lo puso en alerta.

—¿Conoce al señor Lorenzo Bracamonte?

—Don Lorenzo es uno de mis clientes.

—¿Recibe usted a todos sus clientes en su domicilio particular?

—Su señoría, le recuerdo que es allí mismo donde tengo mi tienda.

—Su tienda, como llama a esa tapadera, tiene un acceso independiente al resto de la vivienda. ¿Me equivoco?

El reo apretó los labios y se instó a controlar los nervios. El aire en aquel recinto de mala muerte se había viciado por completo; el relojero sudaba a mares.

—No. No se equivoca.

—Entonces le repetiré la pregunta: ¿recibe usted a todos sus clientes en las dependencias particulares de su vivienda?

—Don Lorenzo Bracamonte no es un cliente cualquiera. En alguna oportunidad lo he invitado a tomar un trago en mi sala. Como es de público conocimiento, este cliente en particular exporta cuero e importa muchos otros productos que sirven a mi oficio.

—Eso quiere decir que las visitas del señor Bracamonte fueron… ¿Cómo decirlo? —Álzaga se rascó la barbilla—. ¿Reuniones de negocio, diría?

—Diría que sí.

Bastó un gesto del alcalde para que Ramón Gadea, el verdugo, se pusiera manos a la obra. La presión de la manopla hundió las púas de acero bajo las uñas de Antonini y perforaron la carne. El grito desgarrador del italiano rebotó en las cuatro paredes del recinto.

—Como le dije en un principio, Antonini, espero que no me haga perder el tiempo con sandeces. Hemos interrogado a uno de sus criados. El negro dice que don Lorenzo Bracamonte no suele visitarlo a menudo, aunque sí lo ha mencionado como al resto de sus clientes.

Sin embargo, hubo dos semanas en que se presentó en su domicilio prácticamente a diario. Le contaría todo lo que dijo su esclavo, pero, a decir verdad, prefiero darle a usted la oportunidad de explicarnos a qué se debieron dichas visitas.

Antonini cerró los ojos. Había llegado el momento de hablar. Los latidos de su corazón le sacudían el pecho. Pidió perdón por lo que estaba a punto de hacer, aun si el único perjudicado estuviera de acuerdo.

—El señor Bracamonte no me visitó a mí sino a uno de sus empleados —confesó.

—Continúe.

—Abel Rojas se había metido en un lío en los suburbios y recibió una puntada a través de la cual perdió mucha sangre. Cuando lo hallé tirado en la calle, lo único que mencionó fue el nombre de su patrón. Lo llevé a mi casa y allí mandé a llamar a don Lorenzo con uno de mis criados. Fue un acto de misericordia; de haberlo dejado tendido en la calle, el chico habría muerto desangrado.

—Abel Rojas estuvo detenido hace pocos días —le informó el alcalde.

—Lo sé y le aseguro que no tuvo nada que ver con los asesinatos de los cuales trató de acusársele.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo habría mencionado bajo los efectos del opio que le recetó el galeno, así como mencionó otras cuántas cosas en lo que, en un principio, supuse un delirio absurdo. Cuando recuperó la cordura y lo interrogué respecto de sus dichos, el chico me rogó que no le dijera nada a su patrón —aclaró el italiano.

—¿Qué fue exactamente lo que el señor Rojas contó?

—El hombre con el que se había peleado a cuchillo era su socio. Juntos se dedicaban a imprimir pasquines en un rancho a las afueras de Buenos Aires.

—¿Qué tipo de pasquines?

—Usted mismo los vio. Hablaban de revolución y libertad.

—¿Está tratando de decirme que el autor de la conspiración es un crío de veintitantos años?

—Conspiración es el nombre que usted le ha puesto, su señoría. Este pobre infeliz se dejó llevar por las ideas utópicas de un sedicioso y la audacia de la edad. Por lo que supe, el delito que cometieron, además de esparcir pasquines y pintar muros, no pasó de alentar sueños de libertad en algunos negros.

—¿Y dice que Bracamonte no está al corriente del lío en que se ha metido su empleado?

—Estoy seguro de que don Lorenzo no sabe nada, de lo contrario, le habría dado su merecido al muchacho.

Álzaga volvió a rascarse la barbilla. La declaración de Antonini no lo conformaba en absoluto. Estaba seguro de que detrás de las amenazas y arengas de libertad existía una mano experta; por así decirlo, alguien más peligroso que un simple peón de campo.

—¿En verdad espera que crea lo que acaba de contarme?

—De no ser así, me inclino a pensar que su señoría se ha obsesionado con una verdad más intrincada de lo que es en realidad.

—¿Por qué ha esperado hasta hoy para señalar al muchacho?

—Sé por boca de don Lorenzo que ese chico es muy querido por toda su familia. Por otro lado, en el corto tiempo que duró su convalecencia, yo mismo entendí que el muchacho pecó de inocente. Le aseguro que no es peligroso.

—Eso no le toca determinarlo a usted.

El alcalde libró la orden para detener nuevamente al joven Abel Rojas. Los oficiales de justicia salieron del cabildo divididos en dos grupos. Unos irían a la Casa Grande, propiedad de don Lorenzo Bracamonte, donde esperaban saber del muchacho, y otros a la estancia La Luz, en el Talar de la Punta de los Olivos, donde registrarían todo hasta dar con la prueba determinante que el italiano había asegurado que encontrarían entre las pertenencias de Lito.

A Álzaga no le quedó más remedio que liberar al resto de los detenidos.

* * *

En el último patio del solar de los Montiel, Pancha recogía hortalizas de la huerta. Un conocido silbido la envaró, producto del miedo y la alegría. Sufrió una puntada en el pecho antes de asomarse al portón de mulas y comprobar que su cortejante no se daba por vencido.

La emocionaba sobremanera la insistencia de Zareb; por primera vez se sentía atractiva, importante. Carmela la acusaba de darse aires de princesa al rechazar las invitaciones de aquel moreno que hacía suspirar a muchas. No era el caso: Pancha tenía miedo de que su ama descubriera que el negro la visitaba y volviera a golpearla a pesar de lo que él había dicho. “Si te vuelve a tocar, la mato”. Ese africano le encendía la sangre, la atraía como miel a la mosca, y ella no sería capaz de resistírsele mucho tiempo.

—¿A qué viniste? —lo regañó sin convicción, acercándose a él con una sensualidad calculada, medida. Zareb ignoró la pregunta y tomó una de sus manos entre las de él, que se veían enormes junto a las de la mulata.

—No creo que te queden marcas —dijo revisando las heridas que doña Clara Montiel le había infringido, con ese acento portugués en su español que a ella la volvía loca.

—Marcas me van a quedar cuando mi ama te vea otra vez. Ayer pensé que me daba un síncope.

—Te dije que no me vio.

—¡Sí te vio! —porfió ella—. Se hizo la que no, nomás, porque el señorito Miguel le armó un escándalo cuando te echó la primera vez.

—¿Y qué te da miedo? Ya te dije que esa bruja no te iba a tocar nunca más.

—¡Bah! A la señora nadie le dice qué hacer. ¡Ni el hijo le dice! Pero como hoy no ha salido de la pieza en toda la mañana, podrías entrar un ratito a tomarte unos mates.

Zareb sonrió complacido. El inverosímil rechazo de Panchita lo impelía a no darse por vencido.

Se acomodó bajo la higuera del fondo y, después de cruzar amistosos saludos y algunas palabras con Pascual y Severo, recibió el primer mate de manos de la muchacha, feliz de robarle unos minutos a su esclavitud. De no haber sido porque odiaba a la madre de su amigo, supo que habría sido capaz de ofrecer sus servicios como

empleado liberto a doña Clara Montiel. Porque así como había jurado que ningún blanco volvería a mandarlo, haber conocido a Pancha le trastocó las resoluciones. Solo por ella era capaz de congraciarse con la vida. Solo por ella intuía que la extirpación de su tierra había sido un designio de los dioses para que la encontrara.

* * *

Lito estudió el extraño artefacto que había metido en el cuarto que ocupaba en la estancia, un pequeño compartimiento que él mismo había construido como apéndice de aquel enorme establo. Todo lo que había allí dentro le pertenecía. Todo, menos la imprenta de fabricación casera que observaba en ese momento. Se trataba de varias piezas de madera y hierro que formaban una prensa, mediante la cual se conseguía que una pequeña matriz llamada sello, imprimiera su leyenda sobre el papel. Don Santiago Antonini era muy hábil con las manos, reconoció, armaba y desarmaba las máquinas de un reloj con una delicadeza prodigiosa, cincelaba lo que quisiera sobre cualquier superficie y hasta se había dado el lujo de fabricar una imprenta.

Con la ayuda de Basualdo, el esclavo de don Santiago, la había encontrado bajo una estantería de la tienda del relojero que, al correrse, despejaba un compartimiento bajo tierra donde el italiano guardaba la imprenta, una buena cantidad de pasquines, y algunos libros prohibidos escritos en francés. “Seguramente es aquí mismo donde mantuvo escondida la carta constitutiva de la Logia Independencia”, pensó. Los oficiales de la alcaldía no habían encontrado ese reducto imperceptible a la vista.

“El secreto me pertenece”, le había escrito en la carta que mandó a Antonini a través del guardiacárcel que Robles le presentó para llevar a cabo su plan. El italiano entendería a qué se refería. “Lo llevo conmigo y conmigo lo habrán de hallar. Cuénteles la verdad –la palabra “verdad” la había escrito en letra imprenta para diferenciarla del resto–, que maté a mi socio y fui herido por él antes de que usted me encontrara en la calle. Su familia lo necesita –otra frase en letra imprenta para destacar intenciones–, no grave en ellos nuestras equivocaciones.”

Lito cubrió la rudimentaria imprenta con una vieja sábana y se echó de espaldas sobre el camastro. Con la vista fija en los tirantes que soportaban el techo de la habitación, pensó en Inés y en la deuda que aún le quedaba por saldar. Iría a la cárcel, y lo más seguro es que, una vez dictada la sentencia, se lo colgara en la plaza, frente a una

multitud de morbosos espectadores.

Le parecía infame despedirse de ella mediante una carta, pero tampoco se atrevía a mirarla de frente y decirle que lamentaba haber alentado lo que no podía ser. La había mancillado, arruinado su futuro en pleno arrebato de una pasión que estaba condenada a morir desde el principio.

Desanimado hasta lo indecible, se incorporó y buscó entre sus cosas una libreta y la caja que doña Consuelo le había regalado al cumplir los dieciséis. En aquel entonces le había parecido ridículo que la señora le regalase una pluma, pero, con el tiempo, comenzó a usarla para garabatear alguna que otra frase melancólica que no sabía expresar a viva voz y, además, podría tacharlo de idiota frente a la gente. Solía justificarse pensando que muy en sus adentros conservaba el espíritu romántico de los poetas y, aunque jamás se dedicara a escribir como lo hacían bardos o trovadores, bien podía conservar en secreto esa veta artística y soñadora a la que sucumbía muy de vez en cuando en la soledad de su cuarto.

Escribió un "Amor mío" con prolija cursiva. Le gustaba su caligrafía. Sonrió al recordar los tiernos coscorrones que le diera doña Consuelo cuando le enseñaba a escribir. "La mayúscula es más florida, Lito", decía por entonces la patrona.

"Me afligen por igual tu amor y mi vergüenza. Tu amor, porque no lo merezco, mi vergüenza, por no ser capaz de decírtelo a la cara. No puedo remediar la vileza de haber tomado tu inocencia siquiera con mi arrepentimiento. No hay contrición posible por mucho que me esfuerce. Te he amado desde la primera mirada, desde el primer suspiro que partió de tu boca a la mía, aun sin que tú lo percibieras. Eras una niña preciosa, dulce, divertida y, para mi condena, te transformaste en una mujer gloriosa y sin igual de la que cualquier hombre se prendaría. Jamás alimenté la esperanza de tenerte. Tu entrega fue un regalo celestial y un triste desacierto. Lamento no haberlo visto a tiempo, cegado como estuve por esos ojos que me horadaron el corazón apenas me miraste la tarde en que llegaste a La Luz."

Lito soltó la pluma y se restregó los ojos con brusquedad. Pronto vendrían a buscarlo y se lo llevarían para no volver. Le esperaba la horca, pero qué máxima condena podía matarlo si ya estaba muerto sin Inés. Se repitió hasta el cansancio que no podía despedirse de ella por escrito, no era digno para él ni justo para ella, pero ¿qué podía hacer? Estaba seguro de que no volvería a verla una vez que el cielo se

precipitara sobre su cabeza.

Tomó otra vez la pluma y la mojó en el tintero antes de seguir.

“No pretendo justificarme, pero me consuela saber que te amo como nadie jamás podrá hacerlo. Así de profundo me has abierto el alma. Mi pecado: no haberte protegido lo suficiente de este sentimiento, del deseo que, bien sabes, me desvela cuando te pienso. Injusto sería que pretenda ser feliz a tu costa y condenarte de ese modo a vivir al margen del mundo al que te debes. Te ruego que me olvides. Hazlo con la misma eficacia con la que dices corresponderme, para que tu olvido nos baste a los dos.”

Se odió por escribir aquello. Le pedía a ella que hiciera lo que él no era capaz de hacer. Ni en la tumba fría, ni el mismísimo infierno o donde le tocara ir, estaba seguro de que jamás olvidaría a Inés Montiel.

* * *

Pilar escuchó el golpe de la aldaba y esperó a que la negra Jesusa se presentara en la sala para informarle de quién se trataba. Esto último no fue necesario, Gabina entró como si de su casa se tratara y pidió a Pancha que se retirase a la cocina hasta que la mandase llamar. Ella, que se había puesto de pie para recibirla no bien oyó el eco de su voz cantarina en el zaguán, sintió una agradable sensación en el cuerpo al advertir que su hermana tomaba asiento sin esperar que le fuera ofrecido como mandaba la costumbre, indicando que la visita era aceptada por el dueño de casa. “Buena señal”, se dijo, antes de hacer lo mismo y pedir a Jesusa que preparase el mate.

Sin embargo, Pilar no consiguió relajarse del todo. El corazón le batía en el pecho y debió juntar las manos sobre el regazo para que Gabina no notase aquel leve temblor.

—Veo que te has librado de la penitencia y ya puedes salir de tu habitación.

—Se supone que estoy en mi habitación —repuso la más joven, con una sonrisa ufana que se le borró en cuanto recordó el motivo por el cual volvía a desobedecer las órdenes de su madre—. Me costó trabajo conseguir que Panchita me acompañase hasta aquí. Madre se ensañó con ella la última vez que salimos, pero Miguel se aseguró de que eso no vuelva a ocurrir. ¿Sabes? —comentó con renovada sonrisa —, nuestro hermano la amenazó con irse de la casa si mamá volvía a levantarle la mano a un esclavo. Creo que, después de todo, doña

Clara acabará admitiendo que el Montiel más manejable y sumiso fue Chelo.

—Ella jamás admitiría algo así.

—Es cierto, preferiría estar muerta a admitir que se ha equivocado en algo, por mínimo que sea —precisó Gabina y aquello le refrescó la memoria—. ¿Es cierto que mi antiguo profesor de piano volvió a Buenos Aires y tú lo has hospedado?

—¿Quién te lo dijo?

—Chelo. Descuida —se apuró a añadir en cuanto vio enrojecer a Pilar—, también nos contó que don Américo Robles se pasó al otro bando.

La dueña de casa se revolvió en el sillón. Prefería no tocar ese tema con nadie más que su conciencia. Se había pasado la noche en vela pensando en Robles y su mentira. La enfurecía pensar lo fácil que había sido para ella tragarse aquella farsa y confiar en él, tanto, que acabó por confesarle su más oscuro pecado. Antes de saberlo, se había martirizado al asumir una nueva culpa: desear a un hombre que no le correspondía más que a Dios. Ahora se preguntaba, entre otras cosas, si su secreto estaría a salvo con él.

—¡Te lo tenías bien guardado! —se mofó la menor de las dos hermanas.

—Como tantas otras cosas, Gabina. Pero eso acabó. Lo que les dije a ti y a Inesita es cierto: lamento haberme apartado de las personas que más quiero. Las he echado tanto en falta —susurró.

Gabina se inclinó hacia delante y apretó su mano, un gesto que la solazó sobremanera.

—Creí que esta visita bastaría para hacerte saber que estoy de acuerdo en empezar de nuevo, Pilar, pero, como también he venido a pedirte un favor, será mejor que deje algo en claro: eres mi hermana y más allá de lo que pase, por mucho que me empeñe en reñirte, te amo.

La mayor asintió al tiempo que devolvía aquel apretón de mano tan sensible como elocuente. Carraspeó para asegurarse de que la voz no le saldría aflautada debido a la emoción y preguntó:

—¿Cuál es ese favor que vienes a pedirme?

—Oh. ¡El favor! Verás, Pilar —dijo mientras se reubicaba en el sofá—: he sido engañada. No me gusta que me tomen de mentecata, aunque en este caso todo haga pensar que lo soy. Un hombre al que conocí hace poco más de dos meses me hizo creer que dirigía una compañía teatral…

Gabina le habló a su hermana sobre Gaitán. También le explicó, porque venía a cuento, en qué circunstancias la había sorprendido su prometido en la casa que, ahora sabía, no era otra cosa que un lupanar dirigido por aquel ruin embustero.

—Desde que Miguel quitó la venda de mis ojos, me cuesta conciliar el sueño. Ya no por la tristeza de haber perdido a Martín, sino por la rabia hacia ese hombre despreciable. Nuestro hermano asegura que lo mejor es olvidar el asunto. Cómo, me pregunto. Si no hago algo con toda esta furia, acabaré por atragantarme hasta perecer.

—Saldar cuentas con ese hombre no te servirá de mucho. Más bien todo lo contrario —añadió Pilar—. Fue una bendición que no hayas quedado enredada en un escándalo. Miguel tiene razón, lo mejor es olvidar el asunto.

—Así de fácil, ¿verdad? —ironizó la menor.

—Comprendo que no debe de ser nada fácil, pero hasta aquí todavía cuentas con la posibilidad de recuperar a tu prometido. ¿Qué pasaría si, por llevar a cabo tu venganza, acabas expuesta y peor parada de lo que estás? La gente no te lo perdonará, Gabina, y el señor Urquijo sabrá que está todo perdido.

—Precisamente, es eso lo que he venido a pedirte. Tú podrías averiguar dónde estoy parada. Jacinta –la muchacha se refería a la esclava que cumplía funciones en la cocina del solar– ha visto a Martín mientras hacía las compras en el mercado del fuerte. ¡Regresó, Pilar! Me urge hablar con él.

—¿Y quieres que yo lo convenza de hacerte una visita?

—Da igual si es una visita o un encuentro “casual” —precisó Gabina e hizo hincapié en la palabra que resumía sus planes en caso de que Martín se negase a verla—. Necesito explicarle cómo fueron las cosas, que me ha dejado por causa de un malentendido. No digo que acepte lo de la actuación, pero al menos comprenderá la diferencia entre ser actriz y meretriz.

—Mucha gente cree que ambos oficios… cómo decirlo… son igual

cosa con distinto nombre.

—¡Pues se equivocan! Pero eso ya no tiene caso —suspiró resignada—. Antes pensaba que algún día podría demostrar a esa gente lo equivocada que está, ahora solo quiero que Martín regrese, explicarle. Estoy dispuesta a renunciar a todo por él.

—Hablaré con el señor Urquijo —prometió la mayor, conmovida por la última declaración de su hermana y decidida a ayudarla.

En cuanto tuviera noticias se lo haría saber, concluyó, y hasta que Gabina resolvió que la visita había llegado a su fin, Lucio las acompañó el resto del tiempo que permanecieron juntas conversando de asuntos de menor relevancia.

Complacidas en igual medida al descubrir que aquel paréntesis que había sufrido su vínculo se sorteaba con inefable agilidad y sin mayores esfuerzos, comprendieron que hay lazos invisibles que unen a las personas de por vida, pase lo que pase. Las podía separar un mundo, una diferencia irreconciliable, lo que fuera: las unía la sangre y la añoranza de haberse amado de una vez y para siempre.

* * *

Martín Urquijo abandonó el despacho de su excelencia, don Pedro Melo de Portugal, y se caló el tricornio antes de montar y atravesar las puertas del Fuerte de Buenos Aires. Ignoró la pesadez de su cuerpo debido al cansancio ocasionado por el viaje y enfiló hacia la calle De las Torres que bordeaba el flanco norte de la Plaza de Armas. Tensó la mandíbula al recordar lo humillante que había resultado explicarle a su superior cuál era el motivo por el cual volvía a pedir una licencia. “A ver si nos ponemos de acuerdo de una buena vez, teniente, que se lo precisa en la frontera y su indecisión le está costando caro al cuerpo.”

No se tomaría mucho tiempo, apenas lo justo para saldar algunas cuentas, antes de volverse definitivamente a Luján y ocupar su puesto en la guardia. Tampoco se hacía ilusiones respecto a resolverlo todo de manera satisfactoria; por más que Isidra lo hubiera convencido de darle una oportunidad a Gabina, la explicación que exigiría podía dejar las cosas igual o peor de lo que estaban. A pesar de eso y solo para él, admitía que necesitaba oír la versión de su prometida. “O exprometida”, se dijo; ya no estaba seguro del suelo que pisaba.

Al llegar a la esquina de Santa Trinidad, cruzó a un grupo de oficiales de justicia que llegaba a todo galope y se detenía frente al

edificio del Ayuntamiento. En una de las monturas, guiada a tiro por uno de los agentes, pudo reconocer al peón de la estancia de los Bracamonte. Decidió desviarse para ver lo que estaba sucediendo.

Dos oficiales bajaron a Lito y, maniatado como estaba, lo metieron a empujones dentro del edificio. Varios vecinos comenzaron a apiñarse frente a la plaza, atraídos por semejante espectáculo.

Entre la multitud, a Urquijo le pareció distinguir a Miguel Montiel tomándose la cabeza. Sin apearse del caballo, se abrió paso hasta dar con el joven. Se saludaron con llaneza varonil, sin mucho floreo ni protocolo alguno, y solo cuando el teniente preguntó por qué habían detenido al empleado de su cuñado, Miguel le ofreció tomar un trago en la pulpería.

—Ya me ocuparé de averiguar por qué apresaron nuevamente a Lito —aseguró el muchacho—, pero hay algo que sí sé y me gustaría contarle.

El oficial aceptó la invitación sin dudarlo.

En la pulpería, una vez servidos, Miguel no se anduvo con vueltas.

—Nos dijeron que se había ido a Luján.

—Así fue. Surgió un imprevisto y me vi obligado a viajar entre gallos y medianoche.

—No tiene que excusarse ante mí, don Martín. Yo sé por qué se marchó sin despedirse de nadie; mi hermana me lo contó.

No fue que el muchacho lo supiera, sino la sonrisa con que lo admitía, lo que envaró a Urquijo. Se sintió doblemente idiota. Primero, por creer que lo que había pasado esa endiablada tarde en que descubrió a su prometida en un burdel lo sabían apenas las cinco personas que estuvieron presentes, sin contar a Isidra; segundo, por pretender escondérselo al hermano de la desleal, cuando ella misma se había tomado el trabajo de ventilar su perfidia.

—Gabina suele hacer esas cosas —añadió alegremente Miguel. Martín apretó los dientes, contenido, furioso—. Me refiero a meter la pata hasta el cuello —aclaró al reconocer en las facciones de su interlocutor que había sido malinterpretado—. Se cree que se las sabe todas y no es más que una párvula que cualquiera puede engañar. ¿Sabía que quiere ser actriz?

“De qué carajos se ríe este crío”, se preguntó el teniente. “¿Y a qué viene eso de ser actriz?” No respondió, sino que apuntó la mirada irascible a Miguel antes de beberse de un solo trago el ron que acababan de servirle y ponerse de pie.

—No creo que esta sea una conversación que debamos mantener usted y yo como si fuéramos comadronas —dijo antes de arrojar una moneda sobre la mesa. Quería pagar la cuenta y marcharse cuanto antes de allí.

—No pienso obligarlo a escuchar las explicaciones que debe darle mi hermana —declaró Miguel—, pero, como di por hecho que no volvería a verlo, pensé que quizá serviría de algo hacerle saber que su honor está a salvo. Solo para que duerma en paz —comentó irreflexivo.

—¿Se está burlando de mí, Montiel?

—No se envare. Todo este enredo me causa mucha gracia. Usted encontró a Gabina en un burdel, y entiendo perfectamente cómo se siente. Pero yo le aseguro que, en cuánto sepa lo que en verdad sucedió, dejará de prensar la mandíbula como lo hizo desde que se sentó a esta mesa. No digo que vaya a saltar de alegría ahora que sabe que casi estuvo usted a punto de casarse con una actriz; sin embargo, puede que ese detalle le resulte insignificante a la luz de los acontecimientos.

Urquijo se tomó unos segundos para pensar en lo que Montiel acababa de decirle. Luego volvió a sentarse, alzó la voz para pedir al pulpero otro trago, y espetó al que tenía enfrente:

—Cuénteme lo que sabe, que ya me entenderé yo con su hermana cuando lo crea conveniente.

* * *

Inesita guardó el mechón oscuro de cabello que Lito se había cortado para ella el día que se despidieron en la estancia y cerró la tapa del pequeño cofre. Aquello era lo único que atesoraba con afán, ya que nunca le habían llamado la atención las joyas que dejaba al alcance de su hermana en cualquiera de los cajones. Tenía los ojos inflamados de tanto llorar; percibía en la falta de noticias por parte de su amado una clara advertencia de que algo no andaba bien.

Lo que más la entristecía era la duda. ¿Por qué no había vuelto a saber de él después de que lo dejaran libre? Chelo le había mandado

recado, le aseguraba que Lito estaba bien, que había tenido que marcharse a La Luz y que no sabía cuándo volvería. "¿Por qué no vino a despedirse?", se preguntaba. "Tengo que contarle que mamá ya lo sabe", se decía y, en cuanto se sentaba a escribirle, la embargaba una opresión desmedida en el centro del pecho. "¿Y si ya no me quiere? ¿Y si no ha venido a despedirse porque ya no le importo?"

Las dudas tomaban el control de su mente y le revolvían las entrañas. Incluso, había llegado a cuestionarse por qué nunca se atrevió a preguntarle a Lito por la herida que había sufrido meses atrás. ¿Con quién se había peleado la noche en que los esclavos lo encontraron en el establo del solar? ¿Por qué no había querido mandar recado a nadie de su familia? ¿Qué ocultaba? La amistad con don Santiago Antonini tampoco era cosa que pudiera soslayar ahora que el relojero se encontraba detenido, sospechado de sedición, según repetían los esclavos. En cuanto a la propia detención de Lito, ¿qué hacía por esas horas en la calle y a pocos metros de un hombre que acababan de asesinar?

Decenas de preguntas que no tenían respuesta ni importancia en comparación a la primera: "¿Y si ya no me quiere?" Inés volvió a limpiarse las lágrimas con un pañuelo cuando oyó los golpecitos en la puerta del dormitorio.

—¡Adelante!

—Niña —la llamó Carmen desde el vano—, su madre mandó a buscar al doctor Justo.

—¿Otra vez?

—Dice que lo que le ha dado el matasanos sigue sin curarla. Pascual fue a hacerle el recado y la señora pide que alguien reciba a don Justo cuando llegue.

—¿Gabina todavía no ha regresado? —La esclava negó con la cabeza—. ¿Y Miguel?

—El señorito ha salido.

—Está bien, Carmela. Yo me ocupo.

—A ver si le pide una panacea al galeno para usted, así se le quita esa angustia, mi niña.

—Lo mío tiene un solo remedio —masculló ella para sí—, y no sé

por qué me temo que el boticario ha dejado de fabricarlo.

—Ya le había dicho yo que ese amorío no le haría nada bien.

—¡No lo llames amorío! Lo que siento por Lito no es algo superficial ni pasajero.

—¿Y entonces por qué está así?

—¡Por las malditas dudas que no me dejan dormir! ¡Porque lo extraño y me muero de solo pensar que quiera dejarme!

El llanto de Inés volvió con renovada energía. Carmen cerró la puerta a su espalda, se acercó a la cama sobre la que estaba sentada, acarició la cabeza de la muchacha, y ella se abrazó a su cintura, la cabeza hundida en el delantal de la negra.

—No llore así que se le van a dar vuelta los ojos.

—¿Por qué, Carmela? ¿Por qué no ha vuelto?

—Volverá. Ese chico está tan enamorado de usted como que Dios existe. ¡No se atormente en balde! Piense en la alegría que le dio la niña Pilar el día de ayer y ya verá cómo abandona el martirio por majaderías.

Inés se apartó de la negra; ella le secó las lágrimas con la falda de su mandil.

—Lávese la cara, mejor. ¡A ver si don Justo se cree que la enferma es usted !

Más repuesta, y haciendo caso al consejo de Carmela, la joven recordó lo bien que se había sentido el día anterior, luego de escuchar a Pilar. Lamentaba no tener permiso para salir de la casa, deseaba compartir la noticia con Chelo, quien de seguro se alegraría tanto como ella.

El doctor Justo no tardó en llegar y, mientras recetaba otro antivomitivo a doña Clara, que, al parecer, sufría una severa afección estomacal, debió interrumpir la tarea ante el repentino mareo de la muchacha.

Inés tuvo que ser recostada en el sofá para ser atendida, cuando la sorprendió la primera arcada.

—Le dije a su madre que su mal no tenía relación alguna con la

crisis nerviosa que padece —se ufanó el galeno, harto de escuchar a la señora quejarse por la mala sangre que le hacían pasar los hijos. Inesita se sonrojó al escucharlo—. Mandaré a mi ayudante para tomar una muestra de agua, aunque, según su criada, anoche cenaron pescado.

—Así es —ratificó la muchacha.

—El cuadro que presenta su madre tiene todas las características de una intoxicación. No me atreví a diagnosticarla cuando otros miembros de la familia no presentaban los mismos síntomas, pero, ya ve, su repentina indisposición acaba de confirmar mi sospecha. Beba abundante líquido, señorita Montiel, y no dude en llamarme si alguien más enferma.

—Así lo haré, don Justo. Gracias. Carmela lo acompañará hasta la puerta.

Inesita despidió al médico y volvió a su cuarto. Tendida sobre la cama, se ovilló hasta que las náuseas remitieron y se quedó profundamente dormida.

Capítulo XIX

Doña Luisa Campos y Vidal llegó con un rosario en mano a visitar a su amiga, la viuda de Montiel. Una de sus criadas se había enterado de que la señora estaba enferma e informó a su ama, la cual no dudó en acercarse hasta el solar y encender los cirios que sus muy ingratos hijos no habían prendido a los santos para acelerar la recuperación de su madre.

—Hay que ver lo mal que nos pagan estos desnaturalizados por nuestros desvelos —expresó la muy afligida matrona—. Pero no te preocupes, Clarita, ya encargué a San Ignacio las misas del día hasta que estés repuesta por completo.

—A Dios gracias por haberte hecho llegar la noticia de mi convalecencia, Luisa, pero tendrás que dejar ese rosario para otro momento porque lo que me tiene postrada en esta cama no son la malasangre ni el pescado podrido que acusa el doctor Justo.

—¡Qué dices!

Doña Clara se quitó el trapo húmedo que sostenía contra la frente y se incorporó para que su denuncia fuera tomada en serio por su amiga.

—Me han envenenado, Luisa.

—¡Por el sagrado cuerpo de Cristo! No juegues con mis nervios, Clara. ¿De qué estás hablando?

—No puedo probarlo, pero estoy segura de haber descubierto al asesino del cuchillo. ¿Estás al tanto del caso?

—Por supuesto que estoy al tanto, todo el mundo lo está. ¿Pero qué tiene que ver eso con que alguien te haya envenenado?

—Las autoridades afirman que los hombres asesinados habían golpeado a sus esclavos días antes de morir. En esta casa no hay hombres. Mejor dicho, el único que puede hacerse cargo de castigar una desobediencia, mi hijo Miguel —apuntó—, no tiene el carácter que se necesita para gobernar a la servidumbre, de manera que esa

responsabilidad recae sobre mi persona.

—Comprendo, aunque sigo sin entender cuál es el punto.

—No me interrumpas y verás. Tengo una mulata… —La señora dudó en contarle toda la verdad a la chismosa mujer y decidió saltarse los detalles. Antes muerta que mencionarle las escapadas furtivas de su hija Gabina y mucho menos las razones por las cuales lo había hecho—. Tengo una mulata muy díscola y contestataria. Me vi obligada a llamarle la atención con unos cuantos azotes.

—¡Válgame Dios! —Doña Luisa agrandó los ojos en toda su magnitud—. ¿Acaso estás queriendo decir que el asesino del cuchillo vendrá por ti?

—Creo que ya lo ha hecho —confesó la viuda mientras se dejaba caer sobre el colchón antes de cubrirse la frente con la palma de su mano derecha—. El otro día vi por segunda vez esos ojos malignos acechando mi casa. —La señora Campos y Vidal se persignó con apuro —. Tienes que presentar la denuncia en la Alcaldía. Algo me dice que, esta vez, el asesino del cuchillo ha usado veneno para llevar a cabo su venganza. Se trata de un negro…

Doña Clara no le dijo a su amiga que el propio Miguel había traído a la casa a ese africano con traza de delincuente y que ella lo había echado sin contemplaciones. Aquellos detalles no tenían la mayor relevancia, se dijo y, de mencionarlos, en nada modificaban el curso de los acontecimientos. Dos días atrás, había descubierto que el negro visitaba a una de sus esclavas, y a ella se le metió en la cabeza que aquello no era más que una excusa para acercarse a su víctima: ella.

—Tal vez, como soy mujer, no se ha atrevido a cortarme la garganta. Eso, o el hecho de haberse dado a conocer en su empeño por acecharme antes de dar el golpe.

—¿Has hablado de esto con tus hijos?

—Mis hijos no darían mayor crédito a mis denuncias, Luisita. ¡Son tan egoístas! Si supieras lo sola que estoy a pesar de haber parido media docena de veces. ¡Y todo por culpa de la bastarda!

—Pero si doña Consuelo no ha vuelto a pisar esta casa desde que su marido se lo prohibió —recordó la matrona.

—Tal parece que, antes de irse, dejó en mi familia una semilla

imposible de extirpar, querida. Así como te lo digo. ¡Esa mestiza arruinó mi vida!

—No te alteres. Ya me ocuparé yo de presentar la denuncia y mandar un vigilante a tu casa. No podemos permitir que ese asesino ande suelto y continúe haciendo de las suyas.

—Hazme el favor, Luisita, que, si salgo de esta, te regalo mi rosario de oro con engarces de diamantes por el que tanto suspiras.

—¿De veras? —se ilusionó la señora y la codicia le iluminó los ojos gastados.

—En mis manos, esa joya no ha obrado el milagro por el que vengo rezando hace años. Ya ves, Luisa, mi Teodoro está muerto, Julián se ha ido a Córdoba para no volver, y el resto de mis hijos apenas me dirige la palabra.

—¡Qué crueldad, Clarita!

La señora de Vidal se despidió de su amiga y se dirigió derecho al despacho de la alcaldía. Cuanto antes acabara, mejor, pues ya le sudaban las manos de solo imaginar lo que pesaba ese precioso rosario que don Cipriano Montiel había obsequiado a su esposa el día de su matrimonio, tantísimos años atrás.

* * *

Pilar detuvo a cuanto uniformado salía del Fuerte hasta que uno de ellos miró hacia ambos lados de la plaza antes de responder a su pregunta en voz baja:

—¿Sabe dónde queda el Hueco de los Vencidos?

—¿Se refiere al lugar donde se comenta que algunos hombres han muerto por salvar su honor? —quiso asegurarse ella.

—Ese mismo. El teniente Urquijo retó a duelo a un hombre y en este momento debe de estar ultimando los detalles con sus padrinos.

—¿Sus padrinos?

—En un duelo, cada contendiente lleva uno o dos padrinos para garantizar que el enfrentamiento se lleve a cabo limpiamente —informó el joven oficial—. El doctor Carmona y don Avelino Sastre serán los representantes de don Martín y, en el peor de los casos, los

encargados de hacer valer su última voluntad.

—¡Por todos los cielos! Y luego dicen que los únicos bárbaros aquí son los indios.

Pilar pidió al chico que le diera la dirección de los padrinos de Urquijo y apuró a su criado para que la acompañase hasta el bufete de los letrados antes de que fuera demasiado tarde. Clemente dijo saber, por si acaso, donde quedaba aquel lugar conocido como el Hueco de los Vencidos, famoso por ser escenario de la mayoría de los duelos obrados al margen de la ley.

Como no dieron ni con Carmona ni con Sastre, Pilar le ofreció dinero a un puestero de la Plaza Mayor para que la llevase en su carro, cargado de melones, hasta el legendario sitio.

Frente al puesto del comerciante, Robles, que esperaba hacía más de una hora a que saliera del ayuntamiento el guardia con el que había entablado buenas relaciones para saber sobre Lito, la vio hablar con aquel hombre y subirse al carro con demasiada premura. No lo tranquilizó el hecho de que Clemente la acompañase adónde fuera que se dirigía, sentada incómodamente entre las frutas. Montando de un salto a su zaino, decidió seguirlos.

Para llegar al Hueco de los Vencidos había que cruzar el Tercero Sur, también conocido como Zanjón de Granados. Por esos lados no se veían casas, sino unos pocos ranchos diseminados aquí y allá. Rodeado por una frondosa arboleda, el eventual proscenio de los duelos se hallaba oculto a simple vista, era necesario sortear matorrales y gruesos troncos para ver algo de lo que aconteciera en aquel natural coliseo.

El vendedor de melones detuvo el vehículo a una distancia prudente. Clemente ayudó a apearse a su ama, cuya falda de seda se prendió a cuanto abrojo florecía entre la maleza. Pilar se la recogió como pudo y avanzó aguzando el oído.

—Se oyen voces —comentó—. Debemos darnos prisa antes de que estos energúmenos cometan una locura.

Robles detuvo el caballo y, una vez libre de él, la siguió, agazapado para no dejarse ver. ¿Qué hacía allí esa inconsciente?, era la pregunta que se repetía una y otra vez. Recién atravesó el cerco natural, dispuesto a intervenir en lo que fuera que sucediera, después de haber oído una discusión acalorada y las variadas pero ininteligibles exclamaciones que le siguieron.

Con la pistola en la mano –agradeció en sus adentros haberla llevado– apuntó al grupo de hombres que se amontonaban alrededor de la mujer y no le permitían verla. Solo cuando uno de ellos, a quien reconoció como el doctor José María Carmona –abogado de don Lorenzo Bracamonte– se volvió hacia él, vio que otro sostenía el torso inerte de Pilar, cuya mitad inferior del cuerpo se encontraba sobre la hierba.

—¿Qué diablos…?

No pudo formular la pregunta. Los ojos cerrados de la joven le apretaron la garganta. Pensó en disparar a quemarropa sin que mediaran explicaciones cuando el doctor Carmona se adelantó con la mano en alto.

—Baje el arma.

—¡Olvídelo! Los quiero a todos lejos de la señora Esquivel. ¡Ya! —gritó al ver que nadie se movía.

—¿La señora Esquivel? —repitió uno de los presentes—. ¿Esta mujer es la viuda de don Simón Esquivel?

—¡Aléjense de ella o disparo!

Ninguno de ellos se resistió, a pesar de las armas que dos de los caballeros llevaban en sus manos, según pudo ver. De querer hacerlo, lo habría matado, pensó. Él no tenía mucha experiencia en el uso de las armas, y el joven que sostenía a Pilar lucía un uniforme militar que daba cuenta de su oficio. ¿Qué diablos estaba pasando allí?, se preguntó.

—Tranquilo, no es lo que cree. La señora Esquivel ha sufrido un desmayo —le informó el militar—. Soy el teniente Martín Urquijo de Astorga, para servirle.

—Si quiere servirme, haga lo que le digo. ¡Suéltela ahora mismo!

Martín apoyó a Pilar en el suelo y se incorporó para luego alejarse de ella con las manos en alto. El resto de los hombres lo imitó.

Gaitán aprovechó aquella confusión para marcharse, pero esa vez, Urquijo tomó una de las armas y lo apuntó a la cabeza.

—De ninguna manera. Usted no se va de aquí hasta que no hayamos dirimido este asunto.

—¡Un momento! —gritó el señor Sastre—. Esperemos a que este caballero se lleve a la señora. Una cosa es un duelo entre hombres y otra es dar esta clase de espectáculos frente a una dama.

—¿Dama? Esta mujer es tan pelandusca como su hermana —acotó Gaitán, convencido de que sus padrinos pondrían fin a esa contienda absurda por el honor de una mujer que lo había perdido el mismo día que accedió a visitarlo en su prostíbulo.

Urquijo arrojó el arma y se lanzó sobre el hombre. Ambos se enredaron en una pelea de puño que los demás decidieron no interrumpir. Quizá, una vez descargada la furia, podían dar por finalizado el encuentro.

A pesar de las ganas que Robles tenía de participar de la pelea –habían insultado a doña Pilar–, guardó el arma y se acercó a ella. La alzó en brazos al tiempo que exhortaba a Clemente a ir por su caballo.

—Te me vas derechito a la casa —ordenó—. ¡Allí me vas a explicar adónde tienes la cabeza! —espetó antes de espolear el zaino y salir al galope con Pilar recostada sobre el pecho.

* * *

La declaración de Abel Rojas coincidió con los dichos del relojero, a quien Álzaga había dejado libre de mala gana. La historia no acababa de convencerlo del todo. “Hemos encontrado la imprenta”, le había comunicado Olaso. “Ya no hay dudas de que tenemos al culpable de la supuesta conspiración. Quién iba a decir que era un criollo y no un francés revoltoso”, acotó el alguacil.

“No lo creo”, se repetía el alcalde, aunque se sabía impotente para demostrar el engaño: había que ajustarse a las pruebas, y el virrey ya le había advertido que, de no resolver el asunto, tendría que pedirle la renuncia.

—¡Tanto trabajo para nada! —escupió ofuscado.

—¿Qué dice, su señoría? Tenemos al responsable tras las rejas —le recordó Olaso.

—Un chivo expiatorio, eso es lo que tenemos. Alguna relación hay entre este muchacho y el italiano para que Rojas se haya declarado culpable y rechazado taxativamente la defensa de quien se ofreció a representarlo. —Álzaga se refería al doctor Carmona, quien nuevamente había querido tomar el caso.

Tras la negativa de Lito a ser defendido y declararse responsable por el alboroto de los últimos meses, al alcalde lo acosaban las dudas.

—Alguna deuda, tal vez —precisó el alguacil.

* * *

En la celda, Lito se sentía dividido en dos. La mitad de su ser se encontraba satisfecho: Álzaga cerraría el caso; la orden y los hermanos masones estaban a salvo. La otra mitad, sin embargo, seguía en deuda. Una deuda que jamás saldaría. Había prometido un imposible a la mujer que amaba y moriría, si no ajusticiado en la horca, de pena y remordimiento por haberle fallado.

Estaba casi seguro de que Inés intentaría verlo antes o después de librarse su sentencia. Ya había pensado, en caso de que se lo permitieran, cómo hacer para decepcionarla del todo. Le confesaría su crimen. Aquello era absolutamente veraz, había matado a un hombre y ella tenía que saberlo. Las razones de aquel asesinato se las guardaría para él, no fuera a ser que en lugar de criminal lo considerara un héroe.

Lito pensó en su madre, en la pobre María que lo había criado sola y en la más absoluta miseria. A esa miseria culpaba él por haberla arrojado en brazos de un hombre que –al igual que el primero, padre de Lito– la había engañado sin contemplaciones y abusado de su ingenuidad. Alguna vez se lo dijo a ella para librarla de la culpa que María se adjudicaba por haberlo dejado solo cuando él tenía ocho años y aquel tropero la secuestró. “Madre, usted no me dejó solo, ese hombre se la llevó por la fuerza”. Y ella, mientras sorbía las lágrimas, asentía, avergonzada y contrita, aunque su hijo tuviera razón. Goyo la había violado durante días, el tiempo que la tuvo amarrada a una mesa, hasta que ella consiguió huir del cadalso y volver con su hijo.

A pesar de haber conocido a Honorio Gálvez a partir de aquella desgracia, María había quedado marcada por ese tropero ruin y despiadado. Lito la sabía feliz al lado de ese hombre bueno que le había dado hijos, hogar y alegría, pero, muy en el fondo, sentía que su madre también merecía, como cualquier señora de bien, que alguien limpiase su honor. Él lo había hecho por los tres: por María, por Honorio y por él mismo.

Había buscado al tropero por cielo y tierra. Un día supo que un campamento se alzaba en el Zanjón de Granados y, al llegar, reconoció a Goyo entre los demás reseros. No había olvidado su cara,

a pesar de que los años y la mala vida hubieran hecho estragos en las facciones de aquel hombre.

El tropero aceptó el duelo con hilaridad. ¿Qué se creía el mocoso? Cuando Lito pronunció su condición –a muerte–, los testigos, una argamasa de bárbaros, lo celebraron a los aplausos.

Nada de eso debía saber Inesita. “Un hombre no justifica su atropellos ventilando desgracias ajenas”, se dijo. “Maté al desgraciado y no pienso dar explicaciones a nadie por ello.” Al único que se lo contó fue a don Lorenzo que, al cabo de la confesión, le palmeó el hombro y dijo: “Donde no hay ley que haga justicia, la venganza es el único camino que libera a los hombres”.

¡Cuántos dolores de cabeza le había dado a ese hombre justo que lo apadrinó sin necesidad de sacramentos!, pensó. Ese mismo día se había negado a recibirlo. Ni a él ni a su abogado, remató. Deseaba expiar las culpas en soledad, sin nadie que lo palmeara en el hombro, porque esa vez se sentía responsable de algo mayor: rompería el corazón de su bien amada.

El guardia de turno chistó desde el corredor y le hizo señas para que se acercara a la reja.

—Toma —lo instó el sargento y le entregó un trozo de pan con chicharrones y algo de queso—. Lo ha traído su amigo, el profesor de música.

—Gracias. El señor Robles no debería abusar de su buena voluntad, Bermejo.

—¿Abusar, dice? Ese hombre enseña a mis hijas a tocar el arpa como si fueran ángeles sin percibir un céntimo. Cuando le dije que no podía pagarle las prácticas me dijo que las niñas tienen el don, y un don desperdiciado es un pecado al que él no se presta. Mientras yo esté aquí, don Abel, usted estese tranquilo.

—Tranquilo he de estar hasta que me pongan la soga al cuello.

—Eso ha de verse, muchacho. Eso ha de verse —repitió Bermejo antes de ponerse el mosquete al hombro y girar para recorrer el pasillo.

* * *

Bruno Garrido cruzó la calle. No era hombre de andar con criados que

le sostuvieran un farol para moverse por las veredas oscuras de la ciudad, por eso iba solo esa noche, igual que todas las otras en las que dejaba su casa para tomarse unas copas con los amigos y volvía pasadas las doce.

La certeza de que alguien seguía sus pasos lo instó a recordar la advertencia de su mujer: “Deberías andar con cuidado. No olvides que aquí todo se sabe y que ese asesino todavía anda suelto”. La retahíla tenía que ver con un suceso acontecido días atrás, tras el cual él, hombre de pocas pulgas y a quien lo desquiciaba el desorden, había azotado a una esclava por dejar caer unos papeles de su escritorio. La señora Garrido le había rogado que no tocara a la chiquilla, temerosa de que el asesino del cuchillo lo supiera de alguna u otra manera. “Aquí las paredes oyen, Bruno. Alba se merece unos buenos azotes por atropellada, pero eres tú quien me preocupa”. “Deja que yo me entienda con quien se atreva a decirme cómo debo tratar a mis esclavos”, repuso el marido, seguro de que a él no lo iban a tomar desprevenido ni aun durmiendo.

Garrido tanteó el astil de su cuchillo bajo el saco. Siempre lo llevaba encima, sobre todo ahora que los miedos de su mujer se le habían pegado junto al inclemente deseo de tener frente a frente al tan mentado asesino. Acabaría con él de un solo movimiento, se ufanaría frente a sus amigos y, por qué no, de su amante, que Bruno Garrido había resuelto el caso y ahorrado a las autoridades una búsqueda sin cuartel. ¡A él no se le iba a acercar para después perderse en la noche, y dejarlo a sus espaldas con la garganta abierta!

Mientras pensaba en eso, aminoró la marcha, como si se tratase de un cebo para atraer a la presa. Detrás de él, los pasos del asesino ni siquiera se oían; apenas una sensación certera de que no estaba solo le decía a Garrido que esa noche se convertiría en el héroe de Buenos Aires.

Alcanzó la puerta de su casa y entró. No puso llave ni encendió velas, y se fue directo al despacho, donde usó el yesquero para iluminar la estancia. “Desde la calle, te guiará la luz”, masculló para sus adentros.

—Aquí he de esperarte, rufián.

Garrido tenía un sexto sentido que nadie se había tomado en serio hasta el momento, ni siquiera su mujer. Hizo como si ordenara papeles sobre el escritorio, de espaldas a la puerta, mientras la intuición y la espera le encendían la sangre. En la mano derecha, la afilada cuchilla

del facón brillaba a la luz de la candela sobre el montón de documentos.

De pronto y sin titubear, alzó el brazo, cortando el aire en un semicírculo perfecto que cercenó la garganta del intruso, parado a su espalda con las piernas levemente abiertas. El cuerpo del asesino cayó al suelo, los ojos desorbitados por el desconcierto y la sangre saliéndole a borbotones entre los dedos con que intentaba cerrarse, en vano, la herida mortal.

Garrido hizo una mueca amarga al comprender que tendría que deshacerse de la alfombra en cuanto la policía se llevara al asaltante. Estaba cubriéndose de sangre, la sangre de un vengador de esclavos, del asesino del cuchillo que había tenido en vilo a todo Buenos Aires.

* * *

—¿Usted no debería estar en su casa? —soltó Pilar—. ¿Por qué me ha seguido? ¿Quién lo mandó a meterse en mis asuntos?

—Debería estar en mi casa, es cierto —convino Robles con la acostumbrada paciencia—. Y me tiene sin cuidado su enojo. Si no la hubiera seguido, quién sabe dónde estaría en este momento.

—Aquí mismo, desde luego. El señor Urquijo no habría dejado que me pasara nada malo.

Lo había mencionado a propósito. Esa tarde, cuando volvió en sí en brazos de Américo Robles y se dejó sostener por él sobre el caballo, lo sucedido en el Hueco de los Vencidos había pasado a segundo plano.

Robles no podía saber lo que había provocado su desmayo; sin embargo, se mostraba furioso por haberla sorprendido en brazos de otro hombre, desconocido para él, aunque no para ella. Decidió no sacarlo de la ignorancia; le contó que el apuesto teniente era el prometido de su hermana Gabina, es decir, su futuro cuñado. Lo dejó bufar hasta que Gilberta se hizo cargo de ella y la metió a la tina.

Ahora, después de haber compartido la cena los tres y acostado a Lucio, aunque más calmado, él volvía a reprocharle que se hubiera puesto en riesgo al ir a un lugar tan peligroso y alejado de la ciudad con la única compañía de un criado.

—El teniente se olvidó de usted en cuanto el otro hombre lo provocó.

—¿No mencionó que ese otro hombre me había insultado? Ya ve, el señor Urquijo es todo un caballero.

—¿Qué hacía usted en un lugar como ese?

—Fui a detener un duelo. ¡No me diga nada! —Se apuró a detenerlo cuando lo vio abrir la boca—. Si hubiera conocido a ambos contrincantes, no habría intervenido. ¡Pero cómo iba a saber!

—¿De qué habla?

Pilar se puso de pie y se acercó a Robles. Aspiró con disimulo el perfume a romero de sus ropas, el suave aliento del vino que había bebido durante la cena. Cómo iba a detenerse ahora que lo sabía accesible para cualquier mujer. Antes de sucumbir al deseo de besarlo, se dejó caer en el sillón.

—El teniente Urquijo es el prometido de mi hermana —confesó finalmente, con la mirada perdida y el recuerdo de esa tarde socavando sus fuerzas—. Iba a batirse a duelo con el hombre que engañó a Gabina y puso en riesgo su reputación. Mi intención era impedir que alguien saliera herido, o muerto, en el peor de los casos. Pero cuando vi a ese hombre… Fue como si el pasado se me estrellara en las narices. Gaitán… —añadió como si estuviera en medio de un trance—. Ese hombre dirige una mancebía… Gaitán es el padre de Lucio.

Robles tuvo la impresión de que el estómago se le había vuelto del revés y tuvo que sentarse.

—Él no me reconoció, pero yo sí. Para él debo de haber sido una de tantas, en cambio para mí… Sentí que los oídos se me tapaban y las piernas no me sostenían. Lo que sucedió tras mi desvanecimiento lo sé por usted.

—Él sabe quién es usted.

—No lo creo, yo…

—Lo sabe. Yo la nombré —se acusó él con la desesperación impresa en sus ojos.

—¿Está seguro? —murmuró la viuda.

—De haberlo sabido…

—¡Qué caso tiene! Ninguno de los dos lo sabía.

—De cualquier manera, no debe preocuparse por ese hombre.

—Conozco a los de su clase: me buscará, intentará sacar provecho de la situación. Solo tiene que sumar dos más dos y sabrá cómo beneficiarse a mi costa. Pedirá dinero por su silencio.

—No mientras yo viva.

Otra vez fue presa del deseo, de la ternura que Robles le provocaba. Amaba a ese hombre como nunca había amado antes, pero todavía se sentía insegura frente a él. Amparado en su mentira, él la había mantenido a raya. Ahora que todo había salido a la luz, ¿por qué no daba el primer paso y la besaba? Que no lo hiciera solo podía significar una cosa: ella no le gustaba, no era su tipo. Las mujeres que él admiraba al punto de la adoración eran su opuesto. Tal era el caso de su hermana Consuelo.

—Váyase, Robles. ¿O debo recordarle que ha dejado de usar usted su sotana? Es tarde, la gente hablará. ¿No es eso lo que pretendía evitar cuando se mudó a Buenos Aires? ¿O acaso esa fue otra de sus mentiras y de quien debía protegerme era de mí misma? Tal vez a quien estaba protegiendo era a usted. ¿Me tiene miedo, Robles? ¿Alguna vez, desde que se hospedó en esta casa, se sintió amenazado por mí?

La exasperó que él la mirase a los ojos sin mover un solo músculo del rostro. Incluso, no contestó a ninguna de sus preguntas. La observó detenidamente, mesurado, inexpresivo.

—¡Por qué no se va! —le gritó al fin.

—Dijo que no creía en los hombres —soltó él al cabo de unos segundos durante los cuales no hizo amago de obedecerle.

—¡Y lo sostengo!

—No son los hombres su problema, sino usted misma. Se cree poca cosa, indigna de ser tomada en serio. La inseguridad es su peor enemigo.

—¿Usted qué sabe?

Robles se incorporó tan rápido que Pilar dio un brinco en el asiento. De pronto, él había colocado un brazo a cada lado del sillón y

la acorralaba, sus narices a escasos dos centímetros una de otra.

—Si usted supiera lo que yo, no habría formulado todas esas ridículas preguntas. Tiene el carácter de un demonio, lo cual pone a prueba mi paciencia. Es egoísta, lo suficiente como para que entienda que no me complace compartirla con nadie. Sonríe poco, pero hasta con ese rictus avinagrado posee la belleza más acabada que vi en la vida. No es ni santa, ni virtuosa en extremo, será por eso que me ha enamorado más allá de la razón. Y hasta que usted no se crea cada una de mis palabras, no volveré a poner un pie en esta casa, ¿me ha oído?

Los latidos de su corazón casi no la dejaban escuchar lo que Robles decía. Se le anegaron los ojos, la sangre se detenía por tramos y volvía a impulsarse en veloces torrentes, la respiración de él le robaba el aliento. Moriría, sí, moriría. Estaba segura. Desearlo como lo deseaba no podía ser sano, escuchar esa declaración iba a matarla de un síncope. Muerta de amor, eso diría la partida de defunción.

Robles retrocedió y tomó la capa y el sombrero del perchero. Sin siquiera esperar a ponérselos, salió de la casa a paso rápido antes de que su voluntad y la de ella se derritieran como cebo al calor.

* * *

Martín se lavó la cara en el lavabo de cerámica y se secó antes de mirar el reflejo en la superficie bruñida del metal que hacía las veces de espejo. El malnacido de Gaitán le había arañado el rostro en lugar de pegar a puño cerrado y los rasguños, si bien ya no sangraban, le cruzaban buena parte de las mejillas. “Me dejaré crecer la barba hasta que desaparezcan”, se dijo.

Estaba satisfecho por haber dado a ese desgraciado su merecido. Luego de desahogarse cuanto pudo en un rodar de cuerpos y un sinfín de golpes, el doctor Carmona dio por cumplido el duelo. Él se quejó, pero los representantes de ambos contrincantes estaban resueltos a volver a sus casas con las conciencias limpias. Se conformó pensando que, después de todo, nadie sabía lo que había pasado y la reputación de Gabina seguía intacta.

“Si me entero de que abre la boca…”, lo amenazó antes de dejarlo ir. No le gustó la sonrisa taimada que le dispensó Gaitán, por eso lo había arrojado del caballo para pegarle unos cuantos golpes extra, no fuera a ser que no hubiera sido lo suficientemente claro.

Ahora, solo restaba aclarar las cosas con Gabina. Martín no sabía

si esperar a que ella lo buscara en el Fuerte o mandar una tarjeta de visita a casa de su madre. ¿Qué hacer con ese tire y afloje de su orgullo? Deseaba verla, abrazarla, besarla y perdonarle todo antes de que pronunciara una sola palabra; sin embargo, quería probar hasta dónde era capaz de llegar ella. ¿Cuánto tardarían en verse y reconciliarse si de ella dependía? ¿Podía esperar a que Gabina diera el primer paso sin volverse loco de desesperación?

"Ah… Tan bizarro para el oficio y tan cobarde frente a una pollera", le reclamó la conciencia. Pero Gabina no era solo una pollera, era la mujer que lo hacía reír con sus ocurrencias y temblar como una hoja cuando se dejaba abrazar. Se le estaba haciendo tan larga la espera para volver a verla que no estaba seguro de poder resistirse de besarla delante de su madre.

El teniente decidió salir a dar un paseo. El aire fresco de la mañana le haría bien y hasta podría desayunar en la pulpería más cercana al Fuerte, con algunos de sus camaradas.

El sol despuntaba sobre El Plata, por lo que le llamó la atención que, por esas horas tempranas, hubiera movimiento en la puerta principal del Cabildo. Se acercó para averiguar qué pasaba, sin abandonar ese aire de sosiego con el que había amanecido.

—¿Qué hay, cabo? ¿Por qué tanto alboroto? —preguntó al guardia de la entrada.

—¿No se enteró? Anoche, cuando las campanas de los templos dieron las doce, el asesino del cuchillo volvió a atacar.

—¿Quién fue la víctima esta vez?

—Él mismo, teniente. Don Bruno Garrido no se dejó madrugar, como quien dice, y le cortó la garganta antes de que el atacante pudiera empuñar el arma.

—¿Están seguros de que se trata del mismo asesino?

—Los peritos se han pasado la noche trabajando, don Martín. No hay error posible: el arma, la altura, la forma en que se presentó en la propiedad de los Garrido… Y, desde luego, el móvil. Acá, entre nos, –dijo el cabo bajando el tono de voz–, don Bruno Garrido es medio mano larga con sus criados. Se comenta que le pegó fulero a una mulatilla por tirarle un papel al suelo, vea. Y, como era de público conocimiento que el cuchillero este hacía justicia por su mano, Garrido lo esperó con paciencia de santo y hasta se dio el lujo de

servirse como señuelo.

En ese momento, el alguacil Muñoz de Olaso asomó la cabeza por la ventana de la alcaldía.

—¡Cabo! ¿Qué es ese cotorrerío en la puerta de una oficina pública? ¡Oh! Es usted, teniente. Dispénseme, hemos tenido una noche tremenda con… ¡Oiga! —se detuvo en seco el alguacil y asomado por entre los barrotes de la reja, preguntó—: ¿No está usted prometido con una de las Montiel?

Urquijo asintió, luego de dudarlo por una fracción de segundos. ¿Por qué esa repentina relación entre él y los Montiel? Muñoz de Olaso lo conminó a pasar para explicarle y, aún sin ganas de conversar con nadie sobre el asunto, no encontró razones para negarse.

Capítulo xx

La negra Carmen dudó en dejar pasar al prometi-do de la niña Gabina. No porque pensara que el teniente no sería bien recibido a pesar de no haber anunciado la visita con anticipación, sino porque no había nadie, excepto su novia, en condiciones de recibirlo.

—La señora está enferma, igual que la niña Inesita —explicó la criada.

—¿Y doña Gabina? —se preocupó él.

—Cumple penitencia en su alcoba, señorito.

Urquijo insistió en hablar con algún miembro de la familia, y Carmen decidió por su cuenta.

—Espere en la sala. Le pediré a Panchita que le sirva algo de beber mientras lo anuncio.

Doña Clara, menos indispuesta que otras mañanas, decidió levantarse para atender al joven. La repentina aparición de Urquijo podía significar dos cosas: venía a romper el compromiso o a pedir explicaciones. Para ninguna de las dos opciones debía hacerlo esperar, se dijo. Pidió a Carmen que la ayudara a cubrirse con un salto de cama de terciopelo bordado y se calzó los chapines a juego.

En la sala, el joven se puso de pie al ver llegar a la señora. Lucía más serio que nunca, casi descompuesto, habría advertido la viuda de no ser porque ella solo pensaba en caminar todo lo lento que pudiera del brazo de la criada, arrastrar los pies, desfigurar su propio semblante para exagerar el estado. Podía ser que el teniente se apiadara y diera a su hija otra oportunidad.

—Me lo ha enviado el Señor, don Martín —replicó ella al cabo de un mustio saludo—. Si supiera lo mal que estoy…

“Hasta aquí es suficiente”, se dijo la viuda, hábil en el arte de la manipulación.

—Si usted lo permite, doña Clara, quisiera que sus hijas estuvieran presentes. He venido a darles una noticia que las

compromete a todas.

Incapaz de negarle nada, la mujer mandó llamar a las muchachas. Después de todo, a ella comenzaba a exasperarla tanto misterio y la flojedad de ánimo que había fingido al llegar a la sala ganaba terreno en su cuerpo marchito. También mandó buscar a Miguel, pero las criadas, en voz baja por miedo a su reacción, le hicieron saber que el señorito no había pasado la noche en su cama y todavía no aparecía.

Mientras las niñas se preparaban, la viuda de Montiel aprovechó el tiempo de la espera para ablandar el corazón de su futuro yerno.

—Desde que mi Cipriano murió, el gobierno de esta casa me ha dado un revés tras otro. Una mujer sola no puede con todo, y hasta Miguel, que era mi última esperanza de dirigir el hogar con mano férrea, parece haber pedido el rumbo. Me aflige saber que usted y mi hija se irán lejos después de la boda; solo un hombre con su temple y su fortaleza podría enderezar esta familia. Pero debo estar agradecida de que al menos una de mis hijas quedará en buenas manos. ¿Sabe que me han envenenado? —espetó al cabo de un hierático suspiro.

Martín, que hasta entonces tenía los ojos fijos en los dedos de su mano, la miró impresionado.

—He sido víctima de ese asesino al que todos temen —continuó la señora, asintiendo con la cabeza—. ¡Pero conmigo no ha podido! Dios ha decidido que todavía me queda mucho por hacer. Mi cuerpo ha expulsado el veneno, aunque el esfuerzo me dejó debilitada, como podrá ver.

—¿Cómo sabe que la ha envenenado? ¿Acaso conocía usted la identidad de ese asesino y no lo denunció a las autoridades?

—Puse la denuncia a través de mi amiga, doña Luisa Campos y Vidal, en cuanto descubrí de quien se trataba. Espero que las autoridades ya lo tengan entre rejas.

Gabina entró a la sala y el corazón le dio un vuelco al ver a Martín. Siempre le había parecido un joven serio, demasiado formal y mesurado para su gusto, pero las pocas veces que habían estado solos descubrió que eran solo apariencias: aquel recio militar le había regalado las sonrisas más hermosas y tiernas que ella hubiera visto en la vida. En ese momento, el entrecejo fruncido del hombre y el rictus hosco surcado por arañazos, espantaron la esperanza de una posible visita de reconciliación. La desilusión se instaló en Gabina para quedarse.

Se volvió para guiar del brazo a su hermana hasta uno de los sillones. Inesita seguía indispuesta, con vómitos y mareos, además de la tristeza que le empeoraba el cuadro. Se habían enterado, a través de los criados, que Lito volvía a estar detenido, y esa vez la cosa parecía más grave que una simple sospecha.

Al verlas llegar, Urquijo se puso de pie. Decidió que daría la noticia sin mirar a ninguna de las mujeres a los ojos, incluyendo a Gabina. Lo envaraba la idea de tener que ser él quien las pusiera al tanto, pero se sentía responsable de aquellas tres damas, víctimas de las circunstancias. La declaración de doña Clara también lo había turbado. ¿El asesino había tratado de matarla antes de caer en manos de Garrido? Un escalofrío surcó su espina dorsal.

—Temo que en este preciso momento, medio Buenos Aires conozca la noticia —comenzó a decir. Sudaba bajo el uniforme, el pulso se había acelerado sin control—. Han asesinado a Miguel —soltó, incapaz de dilatar el discurso.

El grito de las criadas, Pancha y Carmela, se mezcló con el de las damas, que aullaron frente a tamaño delirio. El teniente hizo el mayor de los esfuerzos por hacer frente a los semblantes confusos, miradas inquisitivas, bocas abiertas como si quisieran formular una pregunta y no encontraran la voz.

—Lo lamento en el alma —consiguió decir él con los ojos arrasados, fijos en la mujer que amaba.

Luego, la sala de los Montiel fue un pandemonio cuya semejanza con aquel terrible episodio en el que el hijo mayor de doña Clara, Teodoro, fue hallado muerto en un descampado del Retiro, muchos años atrás, apenas podía ser recordada por las hijas menores. Exclamaciones, vahídos, llanto. La cruel realidad que se ensañaba con un hogar, que lo vaciaba de varones por un arbitrario capricho del destino.

Urquijo tomó la capa y el tricornio. No deseaba quedarse y tener que dar las explicaciones del caso. ¿Con qué cara iba a contarle a esas mujeres dolientes que Miguel Montiel había matado a sangre fría a varios hombres, que era el criminal al que todos mentaban como “el asesino del cuchillo” y que le habían dado muerte a punto de cometer un nuevo delito?

Se marchó, incapaz de consolar a su novia. Martín no se soportaba a sí mismo, quería huir con su responsabilidad a cuestas,

alejarse de la casa y del profundo dolor que la envolvió como una nube maligna. Se llevaría las condolencias mudas a la puerta de los demás parientes, a doña Chelo, a la señora Esquivel. Sabía que mejor él que los oficiales de justicia, quienes darían la terrible noticia con la mal disimulada satisfacción de haber cerrado el caso de los asesinatos.

Para cuando llegó a la Casa Grande, en el barrio de La Merced, se sentía descompuesto. Su estómago convulsionaba amenazante, las piernas le temblaban y la boca se le había secado. Pidió por don Lorenzo y conversó con él en la intimidad del despacho. Luego de haber cumplido su parte y a sabiendas que dejaba en manos de otro la noticia que llegaría a oídos de la señora Bracamonte, se dirigió a casa de doña Pilar.

Deseó encontrar junto a la viuda al hombre que se la había llevado del Hueco de los Vencidos el día anterior. No tuvo esa suerte. La criada que le franqueó la puerta le comunicó que su ama estaba sola, que enseguida lo anunciaba y él quedó a la espera de ser recibido por la dueña de casa en la sala.

—Buenos días, teniente —lo saludó Pilar con una cálida sonrisa de bienvenida.

—Buenos días, señora.

—Me complace que haya venido. Ayer interrumpí su singular reunión porque me urgía hablar con usted. Espero no haberle estropeado los planes de darle una lección al bellaco de Gaitán. Sufrí un desmayo en el peor de los momentos —rio Pilar—. ¡Qué incordio! Me habría gustado ver quién ganaba. ¿Por qué mejor no se sienta?

—Creí que estaba decidida a impedir aquella barbarie. Si mal no recuerdo, así lo llamó —dijo él que ignoró el ofrecimiento.

—Entonces no conocía personalmente a su rival, teniente. Ese hombre… ¡En fin! Usted sabrá mejor que yo lo que debe hacerse en esos casos. ¿Va a sentarse o tendremos que conversar de pie?

—Usted tome asiento, yo prefiero permanecer de pie si no le molesta.

—En ese caso…

Pilar se ubicó en uno de los sillones individuales y lo observó risueña. El nerviosismo de Urquijo era palpable, lo cual le pareció divertido. Pero la sonrisa se le escurrió de los labios cuando lo vio

caminar de un lado a otro, las manos unidas en la base de la espalda, la mirada en las botas, y un farfullo que le sonó incoherente:

—No sé cómo dar este tipo de noticias. Lamento… Lamento ser el vocero de un informe semejante.

—Señor Urquijo, haga el favor de ir al grano —se impacientó ella.

—Ha ocurrido algo terrible. Su hermano Miguel… —soltó sin completar la frase.

Pilar se incorporó lentamente, las manos unidas a la altura del vientre y la mirada fija, expectante, en su visita. Gilberta, por instinto, dio un paso al frente, para acercarse por si acaso la noticia que el mozo venía a darle a su señora fuera tan terrible como se leía en su cara.

—¿Qué le ocurrió a mi hermano?

—Lo siento, señora, es mi deber informarle que Miguel Montiel ha sido asesinado.

Una escena semejante a la anterior vivida en casa de doña Clara tuvo lugar frente a los ojos del militar. Debido al nulo trato que había tenido con la viuda de Esquivel, Urquijo pudo mantener la calma y afrontar las preguntas que la mujer hizo tras un leve desvanecimiento.

Gilberta la contuvo en la caída sobre el sillón y mandó a buscar las sales a voz en cuello. Luego, una vez repuesta la conciencia, Martín explicó lo que Muñoz de Olaso le había informado en la oficina ante la mirada incrédula de Pilar. Se marchó, dejando a sus espaldas a otra víctima de las circunstancias. La pérdida de un ser querido siempre era dolorosa, pero, en este caso, la causa del dolor se perdía en la nebulosa de una verdad insospechada. ¿Miguel, un asesino? ¡Ni él podía creer semejante verdad!

De regreso, en las habitaciones del cuartel, Urquijo repasó los datos que el alguacil le brindó a primera hora de la mañana. No había dudas, el cuchillo que habían encontrado al revisar el cuerpo de Montiel coincidía con el arma usada para matar a Bartolo Guzmán, a Marcelino Belloso y a Francisco Ibáñez, según el informe del cirujano interviniente. “Las huellas en cada uno de los cortes –había dicho Olaso– coinciden con las muescas que se encontraron en la hoja del cuchillo. Y, por si faltara alguna prueba que hiciera dudar que el chico Montiel hubiera tenido la mala suerte de llevar esa noche el arma homicida sin saberlo, hemos encontrado su nombre grabado en el

mango de plata".

"¡Qué gran misterio es el ser humano!", se dijo Martín. "Cuánto podemos equivocarnos al juzgar por las apariencias". Miguel siempre le había parecido un muchacho despreocupado, incapaz de matar una mosca, débil en su generosidad. Jamás se lo imaginó haciendo justicia por mano propia porque, dadas las circunstancias, prefería pensar que su futuro cuñado había obrado, aunque equivocadamente, en nombre de una justicia paralela que acabara con el abuso de los amos contra los negros.

El teniente se lavó la cara antes de dirigirse nuevamente al Cabildo. Había prometido a Lorenzo Bracamonte hacerse cargo de todo el papeleo para conseguir que le entregasen el cuerpo y así poder darle cristiana sepultura. Aquello lo mantendría ocupado mientras los deudos asimilaran la noticia y dieran paso al duelo que ensombrecería sus vidas por un largo período de tiempo.

* * *

El sargento Bermejo le había contado lo sucedido. A Lito se le había quitado el apetito y apenas había conseguido ingerir algo de agua desde la noche anterior sin que lo acuciaran las náuseas. Recordó con dolor el día en que, recién salido de la cárcel la vez anterior, Miguel hizo una broma con respecto a las pruebas arrojadas a partir de la autopsia de Ibáñez.

—Precisamente fue un pequeño e importantísimo detalle el que lo ha sacado de la prisión, señor Rojas —terció el abogado lo que contradecía los dichos de Montiel—. Esta mañana ha llegado el informe de la autopsia realizada al cuerpo del señor Ibáñez, y resulta claro que usted no pudo haber efectuado el corte que le produjo la muerte.

—¡Caray! ¿Y eso cómo lo saben? —preguntó Miguel.

—Como le decía, joven, un nimio y, a su vez, trascendente detalle: el corte fue realizado de derecha a izquierda, de lo que se infiere que el asesino es zurdo.

—¿Eso significa que a los investigadores les será más fácil encontrar al criminal? Me refiero… ¿No les dará por detener a cualquier zurdo que encuentren por ahí, o sí?

La carcajada del abogado relajó a Miguel.

—Vea, doctor Carmona, sucede que soy zurdo y estuve muy cerca de declarar que anoche estuve en la cuadra donde asesinaron al señor Ibáñez —explicó con el ceño fruncido.

—En ese caso, joven, habríamos hundido el barco para salvar el bote.

A Lito le costaba creerlo. Bermejo le había dado todos los detalles. Respiró hondo, aunque no consiguió tranquilizarse. Inés estaría sufriendo lo indecible, soportando golpe tras golpe, y eso medraba la fortaleza de Lito que, encerrado en ese hueco del infierno, no podía hacer nada para solazar a su amada.

Se tendió en el apeadero duro y frío de la celda. Cerró los ojos. "Que la Virgen la contenga en sus brazos y la libre de todo mal", rezó en silencio. La vida era injusta, muy injusta, pensó.

* * *

Los miembros de la asamblea decidieron no extender más allá de lo ineludible el ágape con el que celebraban la incorporación de un nuevo iniciado a la Logia Independencia. Se trataba de don Manuel del Corazón de Jesús Belgrano, joven secretario del Consulado de Buenos Aires, a quien retrógrados funcionarios se negaban a apoyar en sus ideas progresistas, como la de crear escuelas de Comercio, Náutica y Dibujo.

Durante la tenida formal, una vez cumplido el rito iniciático, el venerable maestro que la presidía expresó, en un breve discurso, su loa a uno de los hermanos ausentes. El sacrificio de Lito para salvar a la orden y, en consecuencia, a sus miembros, fue aplaudido por los presentes con un excelso respeto y descontada admiración. Ya durante el ágape, se soltaron las voces para expresar opiniones y posibles resoluciones al problema.

La Logia Independencia debía seguir su curso, como si de un cuerpo vivo se tratara, pero sus miembros deseaban proteger al hermano que había demostrado, con hechos, que la fraternidad no era una simple teoría. A casi todos los había rozado la autoridad de Álzaga, había puesto en riesgo el más estimable secreto de los masones, pero finalmente podían respirar, aunque no relajarse. Todavía debían resolver un asunto antes de seguir adelante.

—Hay que sacarlo del país —expresó Antonini, cuyas heridas infringidas en la cárcel aún se le percibían tanto en la piel como en el

espíritu—. Cuanto antes —añadió taxativo.

—En Marsella tengo parientes que pueden darle apoyo y protección —dijo *monsieur* Luis Dumont.

—Que sea en Milán —opinó don Santiago—. Allí está la casa que heredé de mis abuelos maternos y amigos de mi mayor confianza, todos miembros de la orden.

—Necesitamos conseguirle un salvoconducto, además de documentos falsos, pasajes y algo de metálico para que pueda moverse al tocar puerto adonde sea que vaya —señaló don Pablo Mayllós.

—Yo puedo obtener todo lo que enumera —les hizo saber el recién iniciado.

—¿Y cómo se lo arrancaremos a Álzaga de las manos? —objetó don Lorenzo Bracamonte que, hasta el momento, se había mantenido callado y más reservado que nunca.

Todos comprendían las razones por las que Bracamonte prefería mantenerse distante: quería evitar las preguntas de los más curiosos, aquellos a los que pocos les importaría el sufrimiento de su mujer y cederían al morbo de indagar sobre el asesino del cuchillo, el Carnicero, que ahora sabían cuñado de uno de los miembros más notables de la logia. Desde luego, la frialdad y distancia impuesta por don Lorenzo los desalentó a preguntar.

—Podemos intentarlo con la ayuda de uno de los guardias de la cárcel —aventuró Robles—. Si conseguimos el salvoconducto, convenceré al sargento Bermejo. Esta mañana me ha dicho que siente pena por el reo, que la sentencia que pretende Álzaga le parece un desmadre para un crío que se dejó llevar por el fervor de la edad.

—Esa parte del plan quedará en sus manos, hermano Robles —resolvió Antonini—. ¿Para cuándo puede obtener la documentación que necesitamos, don Manuel? —se dirigió a Belgrano.

—Calculo que, a más tardar, en dos días.

—Uno de nosotros hará las averiguaciones que faltan en las oficinas del puerto. Con el pasaje en mano, solo restará sacar a Lito de la cárcel y subirlo al barco.

Una vez resuelto quién cubriría cada parte del plan, Bracamonte se puso de pie y se despidió de todos con un gruñido ininteligible.

Robles lo secundó y, con premura, lo alcanzó cuando llegaba a la puerta de las ruinas donde se reunía la logia.

—Espere. Quisiera hablar con usted —pidió el profesor.

—¿Tiene que ser ahora?

—Esta noche tendrá lugar el velatorio de Montiel. Me preguntaba… cómo tomaría su merced que me presente a dar mis condolencias a la familia.

—Todo Buenos Aires estará presente, Robles, aunque sospecho que por diferentes motivos. Si quiere ir, no pienso detenerlo.

—No es de curioso, don Lorenzo. No conozco mucho a la familia Montiel, pero a quien quiero acompañar esta noche es a doña Pilar.

Bracamonte asintió comprensivo. De pronto recordó lo que sospechaba desde hacía tiempo: Américo Robles se había enamorado de su cuñada.

—Me parece bien. Lo veré en unas horas, entonces.

—Así será.

Robles esperó unos minutos para dejar el patio cubierto de maleza y dirigirse a casa de Pilar. Se había enterado de lo sucedido a Miguel, como era habitual, a través de la criada que había contratado para ocuparse de su nuevo hogar. La prudencia lo conminó a esperar unas horas para acercarse a la viuda de Esquivel y darle su más sentido pésame.

* * *

Gilberta abrió la puerta y respiró aliviada. No se acostumbraba a ver al padrecito –como ella solía llamarlo– sin el hábito, pero doña Pilar le había contado, en medio de una crisis de furia, ese barullo de la mentira por guardar las apariencias. A la negra le había hecho bastante gracia, a decir verdad, aunque se cuidó de manifestárselo a su señora.

—¿Ya lo supo?

—Sí, Gilberta. ¿Cómo está ella? —preguntó Robles al llegar a la sala.

—Como es de esperarse: mal. Después de acostar a su hijo, se

encerró en el despacho. No tengo que decirle a qué, ¿o sí? —inquirió al ver la confusión plasmada en el semblante del hombre.

—¡Que me parta un rayo! ¿Por qué no mandó recado a mi casa? Le di mi dirección para que me buscara en caso de necesidad.

—Clemente fue a buscarlo, pero no lo encontró, padrecito.

—¡Gilberta, cuántas veces tendré que repetirle que…!

—Ya lo sé, ya lo sé —lo interrumpió ella—. No le pierda la paciencia a esta vieja que le prendió una vela a san Benito cuando supo que usted no se debe a más religión que la vida.

Sin dejar pasar otro segundo, Robles se quitó la capa, la dejó junto al sombrero que había colgado en el perchero, y se dirigió al corredor interno de la casa, donde enseguida se encontró golpeando la puerta del despacho cerrada a cal y canto.

—¡Si no abre ahora mismo, tendré que derribarla! —gritó alterado.

Pensó que le daría trabajo convencerla, sacarla de aquel ostracismo espiritual que ella se imponía cuando una situación adversa la devastaba. Creyó que podía estar desmayada a fuerza de sedarse con alcohol.

Nada de eso ocurrió. Tras la amenaza, oyó el ruido del pasador al correrse y lo que vino después lo dejó como atontado. Pilar abrió la puerta y se echó en sus brazos, llorando a mares, traspasándole el dolor que expresaba en cada gemido angustioso. Había bebido, cierto. Lo supo por el efluvio acre que le inundó las fosas nasales cuando la apartó para verle la cara. Le descubrió el rostro de cabellos húmedos y la tomó por los hombros para guiarla hasta una de las sillas, frente a la cual se ubicó él, en cuclillas.

—Cálmate —le pidió sin caer en la cuenta que la tuteaba—. Debiste haberme pedido que viniera. Pensé… Pensé que lo mejor era mantenerme a distancia, respetar tu dolor. —Se sintió torpe al justificar su ausencia cuando ella más lo necesitaba—. Siento mucho lo que ha pasado —prosiguió—. He venido a acompañarte.

—No quiero que me acompañes hoy —repuso ella—, lo que yo deseo es que te quedes para siempre, que no vuelvas a dejarme sola. Nunca más.

Robles se incorporó apenas para poder apretarla contra él. La sintió temblar en ese hueco que crearon, para ella, su pecho y ambos brazos. Quería sostenerla ahí toda la vida, protegerla, cuidarla, hasta que la vejez lo amortajara de arrugas.

—Si voy a quedarme para siempre, será con una condición.

—¿Cuál?

—Mandaré arrojar a la basura todas las botellas que contengan alcohol, jamás volverás a probar un sorbo, siquiera de jerez.

—Se hará lo que tú digas —replicó ella, sumisa y obediente, sorbiéndose la nariz con la manga de la camisa como si fuera una niña.

Él la miró a los ojos mientras acariciaba sus mejillas mojadas con la punta de los dedos.

—Lo resolveremos, Pilar. Resolveremos juntos cada uno de los problemas que debamos enfrentar por el resto de nuestra vida. Pero antes de quedarme a tu lado necesito que me respondas una pregunta. —Ella asintió sin dejar de mirarlo—. ¿Me amas?

—Con toda mi alma —le confesó antes de echarse a llorar nuevamente en sus brazos.

* * *

Las exequias se llevaron a cabo en el salón de los Montiel, por donde desfilaron los vecinos que llegaron a dar sus condolencias a la familia y a averiguar cuánto de cierto había en esa marea de chismes que los ocupaba desde que se había regado la noticia, no bien amaneció. Algunos no se atrevieron a acercarse al féretro por miedo a que el espíritu de Montiel, muerto antes de recibir el perdón de sus pecados a través de la confesión o los santos óleos, les soplara algún maleficio al oído antes de irse al infierno, donde de seguro acababan todos los asesinos.

Doña Clara sufrió dos crisis nerviosas que produjeron gran escándalo a la vista de los presentes. La primera, cuando el cura de San Ignacio, el templo más cercano al solar, hizo colocar el cajón que contenía el cuerpo amortajado de su hijo sobre la mesa. Los gritos de la mujer se oyeron en toda la manzana y no remitieron hasta que una de sus hijas la obligó a beberse una tisana sedativa. A nadie le pareció un exceso, porque la viuda había perdido a su segundo hijo varón.

Pero la segunda crisis se produjo al llegar Consuelo Bracamonte. Aquí sí el escándalo sobrepasó los límites de la decencia. Hubo que agarrar a la señora entre varios para que no se le fuera encima a la hijastra, a quien escupía y llamaba "demonio", "bastarda" y otros cuántos epítetos ignominiosos.

—¡La asesina es ella! ¡Mi pobre hijo fue poseído por este demonio de mujer! —gritó la viuda de Montiel antes de que don Lorenzo Bracamonte se le abalanzara para sacarla a la rastra del brazo.

—Sédela —exigió al doctor Justo al dejarla en manos de su futuro yerno, que procuró tranquilizarla.

—Don Lorenzo, no puedo hacer tal cosa. Su tracto digestivo se encuentra resentido y ya le hemos dado a beber un té de valeriana.

—Sédela, por favor —rogó Inesita—. Usted conoce a mi hermana Consuelo. Ella amaba a Miguel tanto como nosotras; tiene todo el derecho a despedirse de él.

Solo porque el doctor Justo en verdad conocía a esa mujer generosa y más buena que el pan que solía visitar a los huérfanos de la Casa de Expósitos donde él prestaba sus servicios, decidió agregar unas gotas de opio al té de la señora y ponerla a dormir unas horas, mientras las jóvenes se despedían del hermano.

Las plañideras, también llamadas lloronas, hicieron su trabajo. No es que no hubiera en aquella casa suficiente gente para llorar a Miguel, sucedía que la presencia de esas mujeres era una antigua y muy arraigada costumbre. Asistían a los velorios vestidas de negro y se ocupaban de dramatizar hasta el escándalo mientras los deudos atendían a los visitantes. Sus lamentos podían convertirse en gritos desgarradores, golpes en el pecho y tirones de cabello. La finalidad era variada: podía ser que no hubiera suficientes deudos para llorar al muerto; limpiaban con su llanto los pecados del difunto y esto aceleraba su paso por el purgatorio; o, simplemente, *animaban* la ceremonia mientras los dueños de casa recibían sus condolencias.

A Pilar la crisparon los gritos de esas señoras, todas ellas viudas o solteronas que recibían un pago por fingir un dolor que no sentían. Deseó echarlas con cajas destempladas y despedir a su hermano en el más respetuoso silencio. Le dolía tanto el pecho al no poder liberarlo de aquella ausencia injusta. No había tenido tiempo de congraciarse con Miguel, y eso también la mortificaba. Recordó un episodio en que él, de niño, se coló en su cuarto a medianoche y se metió entre las

sábanas de su cama. El frío de ese cuerpo la había despertado. "¿A qué viene esto, Miguelito?" "Tuve una pesadilla", se justificó él, aunque el relámpago que iluminó el dormitorio en ese momento le hizo saber a Pilar que no se había tratado de ninguna pesadilla, sino de un trueno.

—Le temía a los truenos —susurró frente al cajón, al tiempo que estrujaba entre los dedos un pañuelo húmedo de lágrimas.

Robles, que no se había separado de ella ni un solo segundo, se inclinó para besarla en la frente antes de guiarla hasta la silla.

A pocos metros de ellos, Gabina preguntó a Carmela:

—¿Dónde está Inés?

—Doña Chelo se la llevó al patio. Parece que se le han revuelto las tripas y le volvieron las náuseas. ¡Pobre niña, con tanto dolor!

En un rincón del salón, Gabina vio llorar en silencio a Dolores. Empequeñecida por la edad, blanca la mota que alguna vez supo acariciarle, la vieja nodriza de los hijos de don Cipriano Montiel sostenía con ecuanimidad las miradas desaprobadoras de los vecinos. ¿Qué hacía allí esa negra?, se preguntarían muchos. La joven se acercó y, arrodillada a sus pies, dejó reposar la cabeza en el regazo de la mujer.

Dolores la acarició igual que lo había hecho años atrás cuando quería calmar algunos de sus berrinches.

—Nodriza querida… —susurró la muchacha prendida a su pollera —. No muerdas tu dolor por toda esta gente. Ellos no saben nada, no te conocen. Miguel te adoraba. Siempre te consideró parte de esta familia.

—No quiero, pero pienso —confesó la negra—: tal vez esa fue, ciertamente, la causa de su muerte.

—Lo que hizo estuvo mal, viejita, pero quién puede desdeñarlo por odiar la injusticia. Yo no —precisó, vehemente—. Pagó cada uno de sus crímenes con la muerte, no permitiré que se condene también su memoria.

A Urquijo no le pareció adecuado que Gabina estuviera sentada en el suelo frente a toda esa gente, y menos que buscara consuelo en una criada. Se acercó a ellas determinado a llevarse a su prometida. La tomó por el brazo.

—Vamos. La llevaré al patio para que tome un poco de aire fresco.

—No necesito aire fresco. —Ella se revolvió hasta desasirse de su agarre—. Don Martín, le presento a Dolores.

—Encantado de conocerla, señora —la saludó él con respeto.

La negra le sostuvo la mirada, una osadía que solo podía permitírsele a una persona muy querida y de mucha confianza. A Urquijo no pareció importarle, acababa de comprender lo que esa anciana significaba para su futura esposa, de otro modo no se la habría presentado.

—Mi niña, acompañe a su novio, pero no se demore en el patio, que las malas lenguas no respetan ni a los muertos.

* * *

En el patio, Inés se hizo buches para enjuagarse la boca y respiró hondo antes de sentarse en uno de los bancos de piedra. A su lado, Consuelo la observaba con preocupación.

—¿Hace cuánto que sufres estas descomposturas?

—Una semana.

—¿Se lo has dicho al médico?

—No. Él cree que fue el pescado que comí hace tres días. Mejor así, Chelo —añadió, escondiéndole la mirada.

—Dios mío, Inesita. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando estuviera segura.

—No creí que lo tuyo con Lito hubiera llegado tan lejos —expresó la mujer.

—Supongo que es una forma de decir —espetó la muchacha y una sonrisa amarga se desdibujó entre sus lágrimas—. Lo nuestro acabó apenas en el comienzo.

—¿Cómo puedes decir eso cuando llevas a su hijo en el vientre?

—Lo van a colgar, Chelo. Me lo dijo Severo. Él y el criado de los Álzaga suelen ir juntos al fandango. El negro dice que está acusado de

alterar la paz del virreinato, de arengar una revuelta entre los negros. Sedición, lo llaman.

—Lorenzo dice que es inocente.

—¿Y de qué sirve lo que diga tu marido cuando han encontrado pruebas para sentenciarlo? Lito no merece que llore por él; ni siquiera se despidió de mí antes de irse a La Luz. Lo único que me importa ahora es haber perdido a Miguel. Todavía no creo las cosas que dicen que ha hecho.

—Tampoco yo —convino la mayor. Pasados unos segundos en que ambas guardaron silencio, agregó—: Entremos, querida. Nos sentaremos a rezar los misterios dolorosos junto a la ventana para que te dé un poco de aire.

Al dirigirse hacia el interior de la casa, se cruzaron con Gabina y Martín, que ocuparon sus lugares en el banco, bajo un cielo estrellado.

—¿Por qué volvió, Martín?

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de lo nuestro —repuso él, cortante.

—¿Eso quiere decir que todavía existe un "lo nuestro"?

—No estaría aquí si no estuviéramos prometidos. Le he dado mi palabra a su madre y, hasta tanto no resolvamos lo nuestro —repitió con énfasis—, asumiré el papel que me corresponde.

—¡Ilusa! Pensé que estaba aquí por otra razón.

—¡Usted me ha mentido, Gabina! —se ofuscó él.

—Lo sé y, créame, estoy muy arrepentida de haberle ocultado algunas cosas. Cuando lo conocí, usted era para mí un hombre más del montón —prosiguió la joven—, alguien a quien mi madre había señalado para desposarme, me gustara o no. Ojalá pudiera decirle, con toda seguridad, en qué momento empecé a enamorarme. Tal vez fue en la tertulia de los Anchorena, tal vez en La Luz. Lo cierto es que, una vez que lo quise, me sentí dividida en dos.

Urquijo apretó los dientes y su semblante acusó la rabia contenida al escuchar esa última frase. "Dividida en dos", repetía en eco su mente al tiempo que le apuñalaba el amor propio. Para él, Gabina estaba primero que cualquier otra cosa que pudiera querer en la vida.

Ella, en cambio, lo ponía a la par de su deseo de ser actriz. “¡Qué dislate!”, pensó ofendido.

—Temí que al contarle la verdad, me dejara —agregó la muchacha.

—La creí más valiente, señorita Montiel.

—¿Acaso habría aceptado casarse con una mujer que pretende ser actriz?

La pregunta de Gabina quedó flotando en el aire. Los grillos habían dejado de cantar, como si, expectantes, esperasen una respuesta que no pudo ser formulada. El teniente tenía sus dudas al respecto, pero no fue eso lo que le impidió contestar, sino la intempestiva llegada de Panchita.

La mulata se cubría la boca con la mano derecha y sacudía la izquierda como si se hubiera quemado. Sus ojos brillaban como candiles a fuerza de retener las lágrimas.

—¿Qué sucede? —quiso saber Gabina. Era evidente que la esclava venía a decirle algo importante. Pancha se descubrió la boca y exclamó:

—¡Tiene que ver esto, niña!

Ella y Martín siguieron a la muchacha hasta el tercer patio. Cuando atravesaron la cancela que separaba los fondos del interior de la casa, les estremeció el cuerpo una corriente fría al ver el espectáculo que se desarrollaba frente a ellos.

Apenas distinguieron las ropas raídas a la luz de decenas de cirios. De aquellos rostros negros como la noche que los portaban, no se veía más que el blanco de los ojos. Esclavos y libertos de todas partes venían a rendir homenaje a quien, en vida, había actuado en defensa de los más débiles. Para ellos, Miguel no había sido un asesino sino un héroe justiciero, ahora mártir de los negros.

Delante de todos ellos, Zareb se inclinó ante la joven con cabellos del color del trigo.

Gabina se cubrió la boca y rompió a llorar sin consuelo. Urquijo la abrazó y la acercó contra su pecho. Tuvo que apretar los dientes para contener su propia emoción; ella necesitaba de su fuerza para atravesar el duelo.

Ya no tenía dudas: la había perdonado.

Capítulo XXI

Buenos Aires, jueves 14 de mayo de 1795.

Zareb se había marchado del Quilombo de los Pal-mares, al oeste de Pernambuco, por una mujer. No se trataba de la *ladeira* original fundada por los primeros esclavos rebeldes del Brasil –aquella había sido rendida por los soldados cien años atrás–, sino una comunidad de *quilombolas* –así se llamaba a sus habitantes– nueva que adoptó el mismo nombre de la anterior.

En los Palmares se enamoró de Hadiya, la hija del líder. La igualdad y libertad que ponderaba el adalid de los fugitivos que vivían en el palenque fue puesta en tela de juicio de la noche a la mañana. Su hija no podía ser de cualquiera, sino de un hombre que la mereciera. Zareb no le caía en gracia al anciano por puro celo, y entregó a su hija a otro antes de que se la arrebatara un joven que la chica pudiera amar más que a su padre.

Hadiya no se sintió a gusto en el nuevo hogar y, con la complicidad de su mejor amiga, se escapó cuantas veces pudo de la choza donde el marido dormía al fragor de una ingente borrachera para encontrarse con Zareb, su amante. Todo anduvo bien hasta que el marido, ni tan borracho ni tan dormido, apretó el cuello de la encubridora, y ella declaró cuanto sabía.

Hadiya fue devuelta a su padre; a Zareb por poco lo mata el despechado. Tuvo que irse al día siguiente, luego de que el curandero del quilombo le vendara con hierbajos y hojas medicinales el corte que había recibido en el vientre. A partir de ese momento, volvió a convertirse en un hombre sin nación, solitario y errante.

En la Banda Oriental del Uruguay, conoció a un liberto llamado Fidel López. El negrito baladroneaba frente a sus pares, enseñándole a quien quisiera ver su carta de libertad. Fidel, a diferencia de otros, había corrido con la suerte de servir en una casa donde los amos, al morir, manumitieron a todos los esclavos en cumplimiento de una promesa.

Fidel López murió de peste a los pocos meses de compartir una paupérrima vivienda con su nuevo amigo Zareb, en las afueras de Colonia del Sacramento. Así, la preciada carta de libertad quedó en

sus manos; un documento que no le pertenecería excepto que cambiara de identidad. En el corazón, después de todo, seguiría siendo Zareb, el guardián.

* * *

Panchita lo sacudió porque pensó que estaba dormido.

—Hora de irse —le hizo saber la mulata.

Amanecía. Zareb besó la frente de la muchacha antes de dejar el camastro para vestirse.

—Esta noche vuelvo.

—Si yo te dejo —lo provocó ella con los ojos brillantes de picardía.

Zareb y Pancha pasaban todas las noches juntos en las dependencias de servicio del solar donde la chica servía. Se habían confesado su amor al morir don Miguel y, aunque todavía no supieran qué les depararía el futuro, disfrutaban del presente como podían, cuando las luces de la casa se apagaban.

* * *

María Rojas, madre de Lito, se puso de pie en cuanto Inesita se presentó en la sala donde ella la esperaba desde hacía unos pocos minutos.

—Mis condolencias, señorita Montiel.

—Gracias, María. Tome asiento, por favor.

La mujer se sentó luego de que lo hiciera la muchacha.

—¿Le gustaría beber algo? Chocolate, té…

—No se moleste, niña. Espero que me perdone por presentarme cuando cumple su merced riguroso duelo, pero es que si dejo pasar más tiempo, mi hijo…

La voz de María acusó su quebranto. Inesita se inclinó para tocarle la mano.

—Comprendo por lo que debe de estar pasando —dijo—. La justicia finalmente se ha expedido. Lo supe a través de Chelo el día de

ayer.

—La señora Bracamonte también habló conmigo. A pesar de llevar a cuestas su propio dolor, insiste en consolar el mío. Por ella supe que debía entregarle a usted una carta.

—¿Una carta? ¿De quién?

—De Lito. No dice su nombre, pero ahora sabemos que fue escrita para usted.

María sacó un papel doblado en cuatro del monedero y se lo pasó a la joven.

—No sé leer. Le pedí a doña Chelo que se fijara si era importante. Me explicó que era una especie de confesión y que, a pesar de no dar nombres, ella creía saber a quién iba dirigida.

—Entiendo.

—No le quito más tiempo, señorita Montiel.

—¿Se quedará hasta el día de la ejecución?

Enseguida se arrepintió de haber formulado la pregunta. ¿Qué madre querría ver cómo colgaban a su hijo en la horca? María respiró hondo antes de replicar:

—Me quedaré hasta que me dejen verlo. Don Lorenzo dice que no pueden negarnos esa gracia. Quisiera despedirme de él.

Inés no lo soportó más y rompió a llorar convulsivamente.

—Gracias por… esto —consiguió decir y levantó la mano que sostenía la carta que Lito había escrito para ella.

* * *

Don Lorenzo Bracamonte guardó toda la documentación en un pequeño cofre que dejó sobre el escritorio. En su despacho, frente a él, un joven culto y refinado lo miraba expectante.

—Estoy en deuda con usted, don Manuel.

—Los favores no se cobran ni se deben, menos cuando de un hermano se trata —repuso Belgrano.

—Este chico… Lito —precisó, emocionado—. Es como un hijo para mí.

—Entonces, me alegra doblemente poder ayudar. Como habrá visto, hay un solo problema con los papeles.

—¿Tiene algo que ver con los dos pasajes sobrantes?

—Usted dijo que el muchacho no viajaría solo.

—Pero no hablé de tres personas más sino de una —señaló Bracamonte.

—Una cosa es que un hombre viaje solo. A nadie le llamaría la atención. En cambio, si un hombre casado viaja con su mujer, lo más común es que lo hagan acompañados por, al menos, una criada.

—Eso quiere decir que, además de los baúles, tendré que pedirle a mi mujer que prepare, además, a una de nuestras criadas.

—Sería el último detalle a cubrir. Tenga en cuenta que deberá tratarse de una persona de absoluta confianza.

—Lo comprendo. No lo entretengo más, don Manuel. Muchas gracias por todo.

En cuanto el secretario del Consulado se retiró, Bracamonte mandó llamar a su mujer.

—Hemos resuelto nuestra parte, solo resta que el sargento Bermejo nos dé fecha y hora. ¿Cómo va lo tuyo?

Chelo se sentó en la silla que había dejado el joven Belgrano hacía pocos minutos.

—Inesita ya debe de haber leído la carta. Iré a verla al atardecer y se lo contaré todo.

—Hay algo más —dijo su esposo—. Tendremos que despachar al menos un criado para asistir a la pareja durante el viaje. ¿Quién se te ocurre?

—Mm. Cedería a Dolores con gusto –sé que nadie mejor que ella para cuidar de Inés–, pero la pobre está muy vieja para hacer un viaje tan largo.

—¡No mientas, querida! Jamás mandarías lejos a Dolores, aunque

te lo pidiera la reina en persona —le echó en cara Lorenzo.

—Tienes razón. Déjame pensar…

—Resuélvelo con la propia Inés; nadie mejor que ella para decidirlo. Solo recuérdale que deberá ser una persona discreta y de confianza.

—¿Con cuántos pasajes contamos?

—Cuatro.

—Muy bien. ¡Manos a la obra! —exclamó la señora y dio un sonoro beso en los labios a su esposo antes de dejar el despacho.

Todavía debía terminar de llenar uno de los baúles con la ropa blanca. Con la ayuda de Dolores, María, Gilberta y Pilar, había confeccionado y arreglado camisas, vestidos, calzones, chupas, casacas, jubones, varias enaguas y hasta un mínimo ajuar para el niño por nacer. En uno de los cofres, los recién casados llevarían manteles, vajilla, cubiertos, ropa de cama, toallas y otros artículos indispensables para su nuevo hogar, donde fuera que este estuviera; incluso, incluyeron rollos de tela, por si lo que ellas habían conseguido hacer hasta el momento de su partida no alcanzara.

—Cuando nos casamos, no teníamos ni la mitad de todo lo que acabas de meter en estos baúles —bromeó Lorenzo el día que su mujer le enseñó, orgullosa, el resultado de horas y horas de encierro en la sala de costura.

—Eso es porque no me diste más de dos días para llevarme frente al párroco que nos desposó. Hubieras esperado y…

Bracamonte abrazó a su mujer y la calló con un beso febril. Si Inés decidía irse con Lito, rogó que fueran tan felices como ellos por el resto de sus vidas.

* * *

Pilar y Lucio caminaron hasta su casa al atardecer. El niño brincaba feliz de la mano de su madre, y ella se sentía satisfecha a pesar del cansancio. Había pasado el día entero bordando el ajuar de su futuro sobrino, aunque Inés ni siquiera lo sospechara. Ya se encargaría Consuelo de explicarle que “unos amigos” –nadie sabía quiénes con exactitud– planeaban fugar a Lito antes de que se ordenase la ejecución de su sentencia.

Tenían todo tan organizado que, de acceder Inés a participar de la fuga, un cura los esperaría para casarlos antes de tomar el barco que habría de llevarlos a Río de Janeiro y, de allí, a España, desde donde se trasladarían a Génova, en la costa del mar Tirreno, hasta llegar por tierra a Milán. Añadirían a los documentos que *alguien* les había conseguido una partida de matrimonio con sus nuevas identidades. Abel de la Fuente e Inés de los Ángeles Orellana.

Pilar no pudo contener la sonrisa. "¡Cuando Inés descubra la sorpresa que le tenemos preparada!", pensó dichosa.

Ella, mientras tanto, visitaba a su madre y hermanas todas las mañanas, para dedicarse luego a coser a destajo en lo de Consuelo. Aunque Gabina no había resuelto los asuntos con Martín Urquijo, quien más le preocupaba era Inesita. No solo porque ya sabía que esperaba un hijo, sino por lo triste que se la veía. La muerte de Miguel era una llaga abierta para todos, pero el caso de Lito profundizaba el desgano de la menor de los Montiel.

Ya estaban cerca de la puerta de la casa cuando Pilar casi se lleva por delante a dos mujeres que caminaban en sentido contrario por la misma vereda. Pidió disculpas, reconociendo en voz alta su torpeza por ir distraída, y se dispuso a seguir cuando oyó que una de las señoras murmuraba a la otra:

—¡Desvergonzada! No respeta ni el luto por la muerte de su hermano. ¡Salir de la casa cuando ha pasado poco más de un mes!

—Lucio, ve a casa, cariño —pidió la viuda al niño.

Una vez que el chico obedeció y lo vio cruzar el umbral de la puerta de calle, Pilar se acercó a las mujeres en un par de zancadas.

—¿Ve este traje? —le espetó a la que había dicho eso al tiempo que se señalaba el vestido negro que llevaba puesto ese día.

—Por supuesto que lo veo —le respondió la otra frunciendo la nariz.

—Pues no es más negro que el dolor de perder a un ser querido.

—Déjala, Antonia —intervino la tercera; le tocó el brazo a su acompañante—. Después de todo, ese muerto en particular no merece que nadie le guarde el mayor de los respetos.

Aquello fue demasiado para Pilar. Enajenada de furia se lanzó

sobre la vieja y le tiró de los pelos con ambas manos. Los gritos pelados de la otra le recordaron que debía ser generosa con ambas, por lo que soltó a la primera y se prendió a la segunda.

De no haber intervenido Robles, quien por esas horas solía entrar a la casa de la viuda por los fondos para compartir con ella y su hijo la cena de todos los días, las mujeres habrían acabado más maltrechas de lo que ya estaban. Mientras respiraban con dificultad, con las mantillas hecha jirones y el cabello alborotado, gritaron "¡loca!, ¡loca!" y se alejaron con una celeridad que no podía creerse debido a la edad que aparentaban tener.

Américo todavía contenía a Pilar de la cintura mientras lanzaba patadas y manotazos al aire.

—¡Las haré pedazos! ¡Víboras!

—¡Cálmate, mujer!

—¡No me calmo nada! ¡Culebras venenosas! ¡Cornudas!

—¡Basta ya, Pilar! —La sacudió Robles—. ¡Si continúas gritando así creeré que ellas tienen razón y que has perdido el juicio!

—Me llamaron desvergonzada e insultaron a mi hermano —se justificó ella, al tiempo que se acomodaba las ropas con un mohín enfurruñado en cuanto el hombre la soltó.

De pronto, él explotó en carcajadas y Pilar lo miró pasmada.

—¿Cuál es el chiste?

—Me habría gustado ver cómo las destrozabas —confesó desternillado de risa.

—Muy gracioso.

—En serio. Te ves magnífica cuando te pones en pie de guerra.

* * *

Gilberta, que había escuchado cerrarse la puerta de calle, se asomó al zaguán para asistir a su señora. Abrió los ojos cual luna llena cuando vio lo que vio y salió disparada hacia la alcoba de Lucio. El *padrecito* y la irredenta pecadora se amalgamaban en una comunión *non sancta* contra las paredes de la antesala.

—¿Está listo para su baño, mi niño? Deje que lo ayude —dijo una vez adentro del dormitorio.

—No. Mi madre ya viene —explicó el inocente.

—Su madre se irá a la cama. —La negra sintió un sofoco al decir aquello—. Está muy cansada, de manera que usted no saldrá de esta pieza ni para cenar, ¿estamos?

Lucito se alzó de hombros y se entregó al cuidado de la nana. Había pasado el día entero jugando con sus primos en la Casa Grande; él también estaba un poco cansado, reconoció. El cambio operado en su madre el último tiempo había sido tan maravilloso, que no pensaba hacer un berrinche por una vez que ella se acostara sin darle la bendición y el beso de las buenas noches.

* * *

En la vereda, el chispazo que provocó el encuentro de sus miradas encendió la hoguera. Se metieron al zaguán, como si huyeran de algo maléfico cuando en realidad escapaban de la prudencia que los mantenía alejados uno del otro. Adentro, ya no hubo espacio para el decoro y la mesura: se besaron con una urgencia, casi se diría, violenta.

No hubo luto, dolor ni pasado. No hubo mentiras ni secretos que se interpusieran a las manos que acariciaron, los labios que se abrieron, las lenguas que ardieron. Robles acalló la interna diatriba que le recordaban las formas, el respeto, la decencia. Pilar colaboraba con gusto. Se había portado con tanto descaro a partir de su viudez que decenas de veces se encontró entre lamentos por haberse reformado precisamente cuando conoció al amor de su vida.

Separándose lo justo y necesario, entre besos, jadeos y miradas fogosas, llegaron al dormitorio rodando por las paredes de la casa y la galería. De vez en cuando, espiaron como ladrones para cerciorarse de que ningún criado los viera, aunque poco les habría importado: esta vez no dejarían el vaso por la mitad, los atrapara quien los atrapara. Beberían toda el agua para saciar la sed.

El rumor de la falleba, una vez cerrada la puerta de la alcoba, les indicó que ya estaban a salvo, aislados del resto de la casa y del mundo.

La eternidad se resumió en ese espacio de tiempo que les llevó despojarse de la ropa. Lazos y botones que los desquiciaron y

alimentaron las ansias. Encontrarse la piel los emocionó por igual. No había frivolidad en el deseo, no eran solo carne y necesidad, la pasión entre ellos ocupaba el mismo volumen que el sentimiento que los unía más allá de los cuerpos.

Pilar le acarició el pecho con la mano abierta y, por un breve instante, dejó de besarlo para poder mirarlo a los ojos antes de decir, emocionada y llorosa:

—Quisiera no haber conocido un hombre antes de ti.

—Cada uno de los hombres que pasaron por tu vida me trajeron a ti, Pilar. El pasado ha dejado de importar. De ahora en adelante, serás una virgen en mi altar. Cada vez que te tome, cada vez que te entregues a mí.

Se abrazaron con los dientes apretados y el pecho caliente. Eran quienes eran, con todo el bagaje de sus vidas a cuestas, con el amor abriéndoles la puerta al futuro.

La unión de sus cuerpos se había anticipado urgente y, sin embargo, fue lenta, delicada. Américo deseó eternizar aquel momento en el que horadaba el alma de Pilar a través de la carne. La tomó tan despacio como le fue posible, consumiendo su aliento en cada beso, imprimiendo en cada embestida el sello posesivo de su hombría. Ella lo recibió con lágrimas en los ojos y lo abrazó como si se adhiriera a una balsa en medio del mar. Había esperado toda una vida para sentir lo que sentía. El amor obró ese milagro.

Cuando no pudieron dilatarlo más, ella se convulsionó entre jadeos agónicos que lo arrastraron a él hasta la cumbre del placer. Por costumbre, o apenas un gramo de raciocinio, intentó apartarse a último momento para echar su simiente fuera de aquel reducto fértil que lo condujera al origen de la vida. Pilar no se lo permitió. Lo retuvo con fuerza, clavándole las uñas en las nalgas y Américo, finalmente, se dejó ir.

Atravesados sobre la cama, sudorosos y ahítos, permanecieron durante algunos minutos. Apenas se movieron para verse a los ojos.

—Gracias —susurró ella al tiempo que le apartaba algunos mechones húmedos de la frente.

—Esto no ha sido un servicio para que me agradezcas —repuso él pellizcándola en la nalga.

—Gracias por no haberme exigido que me comporte con decencia hasta la boda.

Robles sonrió.

—¿Quién dijo que habrá boda? —espetó para provocarla. Esa vez, el pellizco lo recibió él.

—Si no te casas conmigo y me conviertes en una mujer honrada, lo que le hice esta tarde a esas señoras encopetadas será poco al lado de lo que te espera.

Se besaron como si el hambre de tenerse los hubiera condenado a no saciarse jamás. Cuando se separaron, él la miró serio y dijo:

—Esperaremos unos meses, lo que obligue la moral debido al luto que guardas. Luego, te haré jurar fidelidad antes Dios y no habrá ser humano ni circunstancia que nos separen.

—No es necesario esperar a la boda para prometerte mi amor eterno, mi fidelidad y entrega absoluta, mi devoción, por el resto de la vida. Te amo, Américo Robles. Soy tu esposa a partir de hoy, y para siempre.

—Te amo, Pilar —le correspondió dichoso antes de sellar los esponsales en un apretado abrazo.

* * *

Consuelo se asomó por encima del portón de mulas. No vio a nadie en el último patio del solar donde había crecido y mandó entrar a Cayetana, su criada. Rogelio, el cochero, las esperaba en la esquina.

—¿Ves esa puerta a la izquierda? Es la cocina. Le dices a cualquiera de los criados que te manda doña Chelo…

—Sí, señora.

—¡Espera! Diles que vengo a ver a Inesita. Doña Clara no puede saber que estoy aquí, ¿me has oído? Si te ve en la cocina, le dices que eres la criada de… No sé, invéntate algo para que no me descubra o se nos arma una buena.

—Entendido, señora.

La negra Cayetana ardía de emoción. Eso de espiar los patios y entrar furtivamente a la casa le parecía alucinante, habida cuenta de

lo rutinaria que era su vida. No alcanzó a llegar a la puerta de la cocina cuando, de soslayo, un movimiento más allá de la ancha puerta del establo llamó su atención.

El sol se había retirado, apenas quedaban unos minutos de luz para que la noche se tragara el atardecer. Desde el interior de aquel cobertizo, alguien chistó. La negra se detuvo en seco.

—¿Quién anda? —preguntó con el ceño fruncido, sin caer en la cuenta de que la intrusa, en ese caso, era ella.

Un perfil oscuro se asomó en el umbral. La penumbra del interior no le permitía ver el rostro de su interlocutor cuando le respondió con otra pregunta:

—¿Usted quién es?

—Cayetana, la criada de los Bracamonte.

En el galpón, Zareb miró a Pancha, como quien pide instrucciones. La muchacha soltó el aire que retenía en los pulmones por miedo a ser descubierta y salió de las sombras. Consuelo, que maldecía entre dientes porque se le desmadraban los planes, decidió entrar.

—¡Doña Chelo! —la saludó la mulata.

—Buenas tardes, Panchita. Haz el favor de ir por Inesita. Le dices que… ¿Quién es él?

—Mi novio —respondió alegremente la chica. Sabía que con doña Chelo no corría riesgo de ser denunciada—. Su nombre es Zareb.

—Tu novio, ¿eh? ¡Anda, que te has vuelto una sinvergüenza!

Para horror del negro, Pancha rio.

—Enseguida voy por la niña, doña Chelo —dijo al cabo—. ¿Va a pasar a la cocina? Jacinta se pondrá feliz de verla y le convidará esos pastelitos que le salen tan ricos.

Consuelo le dijo que en otro momento volvería a visitarlos, pero que ahora le urgía ver a su hermana.

Mientras la esperaba, conversó con Zareb. El negro se había relajado al advertir que estaba en presencia de una dama singular, para nada mandona y estirada. Él le contó cómo había conocido a

Panchita y el tema derivó en su amistad con Miguel. Para cuando llegó Inés, los dos hablaban como si se conocieran de toda la vida.

* * *

En la intimidad del establo, Inesita lloró desconsolada en brazos de su hermana mayor.

—Me duele haber dudado de su amor. La carta… La he leído cientos de veces hasta aprendérmela de memoria. ¿Por qué, Chelo? ¿Por qué es todo tan difícil?

—Inés, quiero que dejes de llorar y me escuches —la exhortó Consuelo—. Lo que vengo a proponerte merece que prestes toda tu atención a cada una de mis palabras.

—De acuerdo.

Se lo contó todo. Le habló del rescate que se llevaría a cabo el día siguiente, pasadas las doce de la noche, en las mazmorras del Cabildo; de la boda, si ella accedía a acompañar a Lito a Italia; de los documentos que acreditarían la nueva identidad y el salvoconducto; de los arcones listos. Cada una de las declaraciones de Chelo asombró a la muchacha que, boquiabierta, solo conseguía asentir con la cabeza.

—¿Tienes alguna duda? ¿Preguntas?

—¿Cómo piensan sacarlo de la cárcel?

—Eso no importa. Tú concéntrate en lo que viene después. ¿Estás segura de que quieres irte con Lito?

—¡Por supuesto que sí, Chelo! Aunque…

—¡Qué!

—¿Cuándo volveré a verlos? ¿Alguna vez podremos regresar a Buenos Aires?

—Me gustaría darte una respuesta satisfactoria, Inés, pero no quiero mentirte. Nadie sabe con certeza si Lito podrá volver a poner un pie en estas tierras alguna vez. Comprendo que será un enorme sacrificio para ti, por eso te pido que lo pienses bien.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Poco más de veinticuatro horas. Si decides irte, Rogelio, mi

cochero, te esperará a las once en punto en la esquina de Santo Domingo y Santa Trinidad. No tienes que despedirte de nadie para no levantar sospechas, ¿has entendido?

Se demoraron unos minutos más para resolver, en caso de que Inés decidiera viajar, a qué criada se llevaría con ella.

Las cartas habían sido echadas sobre la mesa, solo restaba esperar.

Capítulo XXII

Buenos Aires, viernes 15 de mayo de 1795.

El cielo amaneció radiante y una brisa fresca anticipaba lo que sería el intersticio de otoño a invierno. Gabina bordaba la última prenda de su ajuar de boda, todavía sin saber qué destino le daría a todo lo que había preparado para ocupar las manos y matar las horas. Por más que Martín continuara visitándola, a pesar del luto que se observaba en esa casa, la distancia entre ellos se había vuelto una tapia difícil de demoler. La reserva de él la exasperaba. "Tiene un carácter del demonio", solía quejarse al cerrar la puerta, después de despedirlo.

Su madre no colaboraba en nada. Cuando alguna de las criadas le avisaba que el teniente estaba al llegar, se instalaba como buena carabina en la sala y no se movía hasta verlo desaparecer. No solo eso, acaparaba toda la atención del futuro yerno hablándole de lo buena madre que era y de la ordalía que fue criar a sus hijos con la bastarda de su esposo, "un demonio con disfraz de cordero", según lo que decía. "Me hizo la vida imposible", alegaba. Gabina callaba para no armar un escándalo –otro de los tantos que se generaban en esa casa desde la muerte de Miguel–; las fosas nasales se le dilataban y apretaba los dientes.

Una tarde, durante una de las visitas de Urquijo, doña Clara hizo traer cuatro tazas, en lugar de tres, para que se sirviera el chocolate. "Carmen", dijo luego a la criada, "dile a Miguel que lo estamos esperando, que no son horas de dormir". Todos la miraron con asombro y preocupación, aunque la señora siguió como si nada. Su amiga Luisa le había comentado ese día que luego de haber presentado la denuncia que ella pidió, al morir Miguel en aquella particular circunstancia, las autoridades dieron por hecho que la madre había pretendido desviar la investigación para encubrir al hijo. Aquello derivó en una crisis nerviosa que puso histéricos a todos los integrantes de la casa, incluidos los criados. Gabina estaba segura de que eso había obrado como punta de lanza de todas las incoherencias que a su madre le daban por decir a partir de ese día.

Mientras bordaba en el estrado, la joven reconoció con tristeza la realidad: su madre estaba perdiendo el juicio a cuenta gotas. Se le había puesto en la cabeza casar a la menor de sus hijas, si fuera

posible, antes de finalizar ese año. "¿Qué será de nosotras, Dios mío? ¿Qué será de Inesita si, a pesar de todo, me caso con Martín?", no pudo dejar de preguntarse.

Como si hubiera sido llamada con aquel pensamiento, su hermana entró en la sala y tomó asiento junto a ella.

—Es la primera vez en mucho tiempo que no amaneces con los ojos hinchados —señaló Gabina.

—Alguna vez tenía que dejar de llorar y pensar en lo que voy a hacer.

—Me parece bien. Tu vientre no tardará en crecer y, por mucho que puedas ocultarlo a los ojos de mamá, habrá que ver qué hacemos cuando el niño esté por nacer. Quizá deberías irte lejos por un tiempo —añadió sin saber que eso era precisamente lo que había desvelado a su hermana durante toda la noche en lugar de la angustia a la que solía entregarse—. Podría ser a cualquiera de las dos estancias: La Florida o La Luz.

—No quiero dejarte sola con mamá. No sería justo para ti.

—Inés. —Gabina la miró seria—. Quien no quiere dejarte sola con mamá soy yo. Pronto estaré casada y me iré a vivir al pago de Luján. ¿Qué será de ti y de tu hijo al lado de una orate?

Sin proponérselo, sin saber, Gabina acababa de darle a Inés la respuesta que necesitaba. "Los extrañaré horrores, pensó, pero seré feliz junto al hombre que amo y al hijo que espero." Habría deseado despedirse de sus hermanas con palabras de afecto; en lugar de eso, abrazó a Gabina y contuvo un sollozo. Lo que no podía decirle se lo dejaría escrito en una carta. Una para cada uno de sus hermanos.

—No te preocupes por mí, estaré bien —le aseguró al oído—. Quiero que seas feliz en tu matrimonio, que me des una docena de sobrinos.

—¡Estás loca! Tendrás que conformarte con seis —se mofó la mayor.

* * *

Martín Urquijo se miró al espejo por última vez antes de salir; últimamente le costaba reconocerse en la imagen que le devolvía. Se había metido tan hacia dentro de él mismo que le parecía estar viendo

a otra persona. Casi no sonreía, en el cuartel lo habían apodado “el gruñón”, ya que era a través de gruñidos que respondía a casi todas las preguntas que sus camaradas le hacían.

Antes de salir para visitar a su prometida, se preguntó por qué, si ya la había perdonado, no conseguía derretir el témpano de hielo en que se había convertido la relación. No soportaba el hecho de tenerla tan cerca y tan lejos a la vez. La amaba, estaba seguro, pero… ¿y ella? ¿Cuáles eran los sentimientos de Gabina hacia él? Lo desesperaba no conocer la respuesta y, a raíz de eso, se convertía en el ser más inseguro de la tierra. No. Ese no era él. Al hombre seguro, pagado de sí, lo había transmutado el amor.

Caminó como enajenado hasta el solar de la calle San Francisco. Cuando llegó, no lo sorprendió ver a doña Clara sentada en el sillón de siempre, frente a cuatro tazas prestas a llenar. Gabina se puso de pie para recibirlo, las manos cruzadas a la altura del ombligo y una mirada que él nunca le sabía interpretar. La estancia estaba alumbrada por velas, a pesar de la hora: eran apenas las cuatro de la tarde. Los crespones en todas las ventanas no dejaban pasar la luz natural y los vestidos negros de las damas aumentaron la oscuridad de su ánimo.

—Hoy no habrá pastelitos, teniente. A Teodoro se le antojó una tarta de manzanas y no pude negarme a darle el gusto —desvarió la mujer—. ¿Le hago servir una porción?

Martín miró a Gabina, desconcertado y sin saber qué decir. Fue la primera vez que la joven, con los ojos llenos de lágrimas, movió los labios como si quisiera decirle algo sin que su madre la oyera. Urquijo mandó al diablo las formas. Se puso de pie y acercó la oreja a los labios de ella.

—Sácame de aquí.

El ruego sollozado de la mujer que amaba le partió el corazón. La tomó de la mano y, vacilante, preguntó:

—¿Te parece lo correcto?

—Me importa un bledo si no; necesito respirar aire fresco: me ahogo.

Gabina había dicho esto último en voz alta. Doña Clara la miró confusa.

Salieron de la casa sin hacer caso a los gritos amenazadores de la

señora ni a los vecinos que verían con malos ojos a una pareja de prometidos sin la compañía adecuada, tomados de la mano y en pleno proceso del duelo. Caminaron hasta el río bajo aquel cielo fastuoso del otoño.

Al llegar a la bajada de Santo Domingo, Martín ayudó a Gabina a sentarse en una roca saliente de la ribera.

—No lo soporto más —le confesó ella a punto de llorar—. Todo está de cabeza: la situación de Inesita, mi madre, nosotros —dijo en medio de su quebranto—. No quiero que te cases conmigo por obligación, por no faltar a tu palabra. Lo entenderé si prefieres dejarme. He cometido un error y mi arrepentimiento no ha bastado para volver a ser los que fuimos.

—No quiero dejarte, Gabina.

Martín se preguntó en qué momento habían comenzado a tutearse. Parecía irrisorio que se fijara en eso en un momento como ese, pero no lo pudo evitar. Él era así, tan formal, tan cauto, tan conservador.

—Si alguien va a ponerle un fin a esto, tendrás que ser tú —prosiguió—. Dime qué es lo que quieres.

—Te quiero a ti. Quiero al Martín del cual me enamoré en la estancia. No soporto que nos tratemos como dos desconocidos.

Gabina lloraba. Él se acomodó a su lado, sobre la piedra, y ambos miraron en silencio el horizonte, allí donde el Río de la Plata se fundía con el cielo.

—Yo tampoco lo soporto —admitió él tras la pausa—. Te amo, Gabina, pero me enferma no estar seguro de lo que sientes por mí.

—También te amo. —Entonces, ella lo miró para añadir—: Más de lo que puedas imaginar. Te amo con toda mi alma.

—¿Por qué hemos perdido tanto tiempo en decirlo?

—Te lo dije en el patio de mi casa, cuando velábamos a Miguel —le recordó.

—Entonces justificabas tus mentiras. No lo tomé en cuenta. Además, nunca dijiste “te amo” así, como lo acabas de hacer ahora.

—¡Por Dios! ¡Eres tan exasperante! —exclamó ella con las manos encrespadas—. Martín, no somos perfectos. ¡Ni tú ni yo! Deberíamos probar si nos funciona decirnos las cosas a la cara, descartar dudas y suposiciones hablando como personas adultas. Lo justo es que sepas que soy terca, caprichosa, que a veces despierto malhumorada sin razón alguna. No soy perfecta. Lo único perfecto en mí es el amor que te tengo —concluyó.

Martín se quedó sin palabras. Cerró los ojos, sintió como un portento que el alma volvía a su cuerpo y apretó los labios para que Gabina no viera esa tonta sonrisa que pugnaba por encorvárselos.

—Merezco cada minuto que pasé amargado por ser tan idiota —reconoció en voz alta—. ¿Volvemos a empezar? —propuso al tomarle las manos de Gabina para llevárselas a los labios.

—Solo si no tenemos que tratarnos más de usted.

—Por supuesto que no. Ahora, dame un beso.

Sellaron el nuevo comienzo con un beso que escandalizó a los vecinos que pasaban por la calle Santo Cristo, en la bajada de Santo Domingo.

* * *

Lito hizo lo que el sargento Bermejo le indicó y, en cuanto oyó a lo lejos las campanas de los templos que anunciaban las doce, se pegó a la reja de la celda y llamó al guardia.

—¿Qué hay? —lo increpó.

—Me quiero confesar.

—¡Ja! Y yo quiero una limeta de vino francés multiplicada como en las bodas de Caná.

—No pueden negarme el sacramento cuando estoy a horas de ser ejecutado.

—Está previsto que mañana lo asista un cura antes de llevarlo al patíbulo. Ahora, vuelva a dormir y deje de hacer tanta bulla.

—¡Cabo! ¿Qué es lo que pasa? —quiso saber Bermejo desde la otra punta del pasillo.

—¡Este infeliz se quiere confesar! —rio el guardia—. En buena

hora le llegan los remordimientos de conciencia.

—Si se quiere confesar, que lo haga —dijo el sargento—. No vaya a ser que los remordimientos nos lleguen a nosotros por no asistir a un condenado a muerte.

—¿Y de dónde vamos a conseguirle un cura a estas horas? —rezongó el otro.

—Usted lo lleva a la capillita que yo me cruzo a la Iglesia Mayor.

Con las muñecas preventivamente amarradas, Lito fue sacado de la celda y conducido hasta el cuarto que oficiaba de capilla y confesionario de los reclusos. Ahí esperó unos pocos minutos que se le hicieron eternos hasta que vio entrar a Bermejo acompañado por un sacerdote, cuyo rostro se le hizo vagamente familiar. El otro guardia regresó a su puesto. Entonces, todo siguió su curso según lo planeado.

Un grupo de hombres, encapuchados y armados, ingresaron al Cabildo por los patios del fondo, redujeron a los guardias atándolos entre sí y les taparon las bocas con telas para evitar que gritasen. Las luces de los faroles fueron apagadas a medida que avanzaban hasta ingresar en el edificio. Robles y Bracamonte se dirigieron a los sótanos, mientras dos vigilaban la entrada trasera del Cabildo y otro par iba por Lito y su confesor. En menos de diez minutos, Bracamonte había desmayado al cabo de un certero golpe en la base de la nuca, Robles atado al inconsciente y al sargento Bermejo –juntos, para que, al despertar, el cabo no pusiera en duda la inocencia de su compañero– y reunido con los demás, que esperaron fuera, prestos para consumar el rescate. Debían completar el plan en pocas horas, antes de que el barco aprovechase la primera pleamar para dejar el puerto de Buenos Aires.

Llevaron a Lito hasta la casa de Pilar. Ella había dispuesto todo en el salón y aguardó impaciente a que llegaran. Consuelo y Dolores se ocupaban de preparar a Inés en el dormitorio principal cuando la dueña de casa oyó el taconeo de botas en el patio y unos siseos.

—¡Están aquí! Gilberta, descubre la tina y echa otro cubo de agua hirviendo por si la que pusimos se enfrió demasiado.

Lito disfrutó del baño, aunque le habían ordenado no demorarse. Se vistió con ropas elegantes que jamás imaginó usar. Frente a un espejo en el que podía verse de cuerpo entero, se asombró al notar que tanto el calzón como la chupa y la chaqueta le sentaban a la perfección. Si bien había adelgazado un poco en la prisión, ese traje

debía de haber sido hecho por alguien que conociera su contextura física a la perfección, porque estaba claro que era nuevo.

No le llevó mucho tiempo descubrir la identidad de la experta. A través del espejo del dormitorio que le habían asignado para arreglarse, vio que alguien se asomaba por la puerta y preguntaba si podía pasar.

—Loado sea Dios —rezó antes de que se le quebrara la voz al reconocer a su madre.

—¿Qué… qué haces aquí?

—No iba a perderme la boda de mi hijo por nada del mundo.

—¿La boda? ¿Qué boda?

María cerró la puerta y se acercó al muchacho. Le tomó ambas manos y, mirándolo a los ojos, dijo:

—La señorita Inés está aquí.

Lito echó la cabeza hacia atrás. En esa posición, mirando al cielo, lloró embargado de emoción. Nadie le había dicho que la fuga incluía a su amada. Supo que no le alcanzaría la vida para agradecer a todas las personas que lo habían ayudado.

—Claro que, si te niegas a desposarla…

—¡Nunca! —exclamó atragantado con las lágrimas.

—Mejor así, de otro modo habría tenido que obligarte —aseveró la madre—. ¿Estás listo?

El cura que había hecho la pantomima de confesarlo en prisión, lo obligó a concretar el sacramento. Amenazó con retirarse si Lito no se reconciliaba con Dios antes del enlace.

Según los dichos de Gilberta, no hubo boda en Buenos Aires más hipada que aquella. Lloró el novio al ver a la novia, lloró la novia al ver al novio. Lloraron las hermanas junto a Dolores y, finalmente, lloró el cura que bendijo aquel matrimonio: el padre Julián Montiel.

Julián se había puesto en marcha no bien recibió la carta de su hermana Consuelo. La noticia sobre la muerte de Miguel lo devastó y no quiso demorar un día más el viaje a Buenos Aires que venía prometiendo a su familia desde que lo enviaron a Córdoba. Necesitaba

estar junto a sus hermanas, ver a su madre, deseaba recordar con los suyos a los tres hombres Montiel que Dios se había llevado con él: Cipriano, Teodoro y Miguel.

Como Inés no dejaba de llorar, su hermano ladeó la cabeza para verle los ojos sobre el pañuelo que no se sacaba de la nariz.

—¿Aceptas o no? —repitió.

—Acepto. ¡Claro que acepto! —consiguió articular ella antes de ahogarse nuevamente.

Nada más maravilloso que llorar de alegría, pensó Consuelo.

"Dios, tú que todo lo puedes, rezó Pilar, haz que sean felices y cuida de nuestra adorada Inesita."

María fue la primera en felicitar a los novios, después del padre Julián. Américo y Lorenzo, los únicos que mantuvieron a buen recaudo sus emociones durante toda la ceremonia, instaron a los contertulios a acercarse a la mesa.

—¡Y a celebrar la boda como Dios manda! —expresó Bracamonte con su copa en alto.

Robles tocó el piano para amenizar el banquete. Mientras lo hacía, Pilar se acercó al instrumento y lo tentó con una empanada.

—¿Has probado el vino? —quiso saber él.

—Ni una gota. El único vino que quiero probar está en esta botella —repuso ella, empujándole el hombro con el dedo índice.

—Esta noche no, pero mañana… —prometió el músico.

Julián, a quien le habían llamado poderosamente la atención los cruces de miradas elocuentes entre su amigo y su hermana, acabó por confirmar sus sospechas al observar el apretón de manos que se dieron frente al piano cuando creían que nadie los veía. "Segunda boda en puerta", pensó divertido.

* * *

Madrugada del sábado 16 de mayo.

Gabina se incorporó asustada, el corazón le latía frenético. Un ruido inusitado la había despertado. Tanteó la superficie de la mesa de

noche en busca del yesquero y encendió la vela. La cama de Inés se hallaba deshecha pero vacía, advirtió. Lo más probable, se dijo para tranquilizarse, era que su hermana hubiera salido a vomitar sobre algún cantero de la galería.

Todavía adormilada, se sentó en la cama y se calzó las chinelas para salir a dar un vistazo. El aturdimiento le congeló la voluntad cuando, al abrir la puerta de la alcoba, una sombra enorme se abalanzó sobre ella y la empujó hacia adentro. El miedo le paralizó el corazón.

—¡Sh! No grites. Soy yo.

La voz de su asaltante le resultó familiar, aun así, comenzó a agitar brazos y piernas mientras él seguía cubriéndole la boca con una mano e intentaba controlarla con la otra, al tiempo que la apretaba contra su cuerpo. Entonces, le bastaron unos pocos segundos para reconocer ese perfume y dejar de resistirse.

—¿Ya puedo soltarte? —preguntó en voz baja el teniente. Gabina asintió con la cabeza.

Recién entonces, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo verlo a la luz de la vela.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está mi hermana?

—En el puerto —respondió él como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué…?

—No tenemos mucho tiempo, Gabina. Doña Pilar me ha pedido… Te lo explicaré de camino —resolvió—. Tengo un uniforme escondido entre los malvones del patio. Su dueño es más o menos de tu talla. ¿Podrás vestirte sola?

—Supongo que sí.

Estuvo lista en quince minutos. Lo que más trabajo le dio fue ponerse una buena cantidad de horquillas para que sus rizos no se salieran del tricornio y rellenar las botas con algunos de sus pañuelos para que se le ajustaran al pie.

—Me siento un adefesio —protestó mientras Urquijo la sacaba a la rastra de la casa.

—Haz de cuenta que esta es una obra de teatro y tú, don Julián Romero de Ibarrola.

—¿Y ese quién es?

—¿Tú no eres actriz? Las hazañas del maestre de campo y caballero de Santiago, don Julián Romero, han inspirado a innumerables poetas y dramaturgos españoles.

Mientras mantenían esta conversación, él jovial y ella un poco malhumorada, montó cada uno un caballo. El teniente lo tenía todo preparado.

—No soy actriz —lo corrigió Gabina.

—Lo serás, amor mío. Prometo que, una vez casados, haré todo lo posible para que cumplas tu sueño.

El hombre le besó la mano antes de espolear al caballo. Ella lo siguió con gusto. Su humor había dado un giro de ciento ochenta grados.

* * *

En el puerto, carros de altas ruedas esperaban para trasportar a los pasajeros hasta las barcazas que, finalmente, los conducirían a la nave mayor.

—Los arcones fueron subidos esta tarde y llevados al camarote —explicó Chelo a Inesita.

—No sé cómo agradecer todo lo que han hecho por nosotros —manifestó la menor.

—Sean felices, y nos daremos por bien pagados. ¡Y escríbenos, por lo que más quieras!

Panchita y Zareb intentaban ahogar el entusiasmo caminando de un lado a otro. Ella se había mostrado encantada de irse a vivir a la Europa con la flamante pareja, y él accedió solo cuando su amada le juró que Inés y Lito no serían sus amos sino sus patrones. “Aunque a mí no me importaría que lo fueran, había añadido la muchacha, son buena gente, no como la vieja loca de doña Clara. ¡Con amos así, da gusto!”

Gabina llegó a tiempo para despedirse de Inés. Apenas había

dejado de llorar, abrazada a su hermana, cuando vio por encima del hombro al sacerdote que le sonreía.

—No puede ser —balbuceó—. Esto… Esto tiene que ser un sueño.

—No, Gabita. Es Julián —le hizo saber Inés después de seguir su mirada.

—No puedo entender de dónde sacan tantas lágrimas —caviló Bracamonte al observar la próxima escena, entre Gabina y Julián.

A su lado, Robles se mostró de acuerdo.

—A pesar de ir vestida de hombre, te ves preciosa —dijo Julián —. ¿Cómo es posible que aún no estés casada, Gabina?

—Mi belleza atrajo a una docena de pretendientes —se ufanó, para luego añadir—: pero mi carácter los espantó a todos.

—A todos, no —terció el teniente mientras daba un paso al frente —. Encantado de conocerlo, padre Montiel. Martín Urquijo, prometido de Gabina.

—El gusto es mío, señor Urquijo. ¿Y para cuándo la boda?

—Bueno, quién sabe si no nos aprovechamos de usted para acelerar la dispensa y casarnos cuanto antes.

—Veré qué pudo hacer, Urquijo —convino el cura.

* * *

En una mixtura de felicidad y zozobra, los hermanos Montiel – Consuelo, Julián, Pilar y Gabina– despidieron a Inés y a una parte de ellos mismos. Sabían, en el fondo, que jamás volverían a verla. Pero con ella sería distinto que con Teodoro y Miguel, a quienes ya no podían traer de vuelta ni siquiera a través de una carta. Les dolería por siempre la ausencia de los seres queridos, pero, al menos, Inés les relataría su historia junto al hombre que amaba, les describiría a los hijos que tendría en Italia, les contaría que era feliz y les demostraría que la vida se tejía entre lazada y lazada.

“Por más invisibles que sean los hilos, se dijo Pilar, la trama conforma el destino que cada uno forja de acuerdo a las decisiones que toma a lo largo de toda su vida.”

* * *

Mientras el barco se alejaba de la costa, el Cabildo de Buenos Aires se convertía en un hervidero. A medida que empleados y funcionarios menores comprendieron la gravedad del asunto, flotó entre ellos la pregunta que nadie se atrevió a formular: ¿quién le daría la nefasta noticia al alcalde?

Capítulo XXIII

Buenos Aires, julio de 1795.

Pilar protestó hasta el cansancio, pero el padre Montiel se mantuvo firme.

—Si no te confiesas, no hay boda. ¿Cuál es el problema, si hasta tu criada lo ha hecho?

—¿Gilberta? —se asombró ella. Había visto entrar a la negra hecha una carmelita al despacho de su finado esposo, donde Julián había confesado previamente a su amigo y futuro cuñado.

—Así es. Solo quedas tú, hermanita —la acicateó él.

Tuvo que entregarse mansamente, resignada. Por mucho que quisiera librarse de sus pecados, contarle su historia a Julián le daba vergüenza. Decidió llevarle la corriente y separar al hermano del sacerdote. Finalmente, le tomó casi una hora descargar la conciencia. Para su completo asombro, el cura no se mostró escandalizado a medida que ella fue soltando aquel enjambre de faltas. Amó más que nunca a su hermano por ayudarla a creer en un Dios misericordioso y devolverla al rebaño.

—Lo que no me has dicho es cómo mataste a tu esposo —inquirió él antes de darle la absolución.

—Una conocida de Gilberta es despenadora. No digas nada, sé que la Iglesia está en contra de esas prácticas —apuntó ella—. El caso es que conseguí que me mandase el… —Pilar tragó saliva— el veneno.

Julián frunció el entrecejo, abrió y cerró la boca varias veces, hasta que formuló la pregunta:

—¿Qué hiciste con él?

—Vertí el veneno en el vaso de vino que Esquivel bebió esa noche. Al día siguiente, Jesusa lo halló muerto en el dormitorio.

—Pilar, eso no era veneno —aseveró el sacerdote.

—Sí. Puedes preguntárselo a Gilberta. Fue ella quien me lo trajo.

—Tendrás que hablar con tu criada. El secreto de confesión me prohíbe contarte lo que ella habló conmigo, pero te aseguro que no tuviste nada que ver en la muerte de tu esposo. —Julián juntó las manos frente a la nariz, como si se dispusiera a rezar. Después de respirar hondo, las apartó para declarar—: Ese frasco no contenía veneno.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Habla con Gilberta —insistió—. Aquello fue un desafortunado malentendido y, aunque tu pecado fue haberle deseado la muerte a Esquivel, eso no te vuelve una asesina.

Esa tarde, Pilar tuvo la impresión de que el peso que había llevado sobre los hombros todos esos años la abandonaba. Por gracia divina o lo que fuera, confesarse la había liberado. La plática que mantuvo con Gilberta poco más tarde hizo el resto.

* * *

La doble ceremonia de boda –Julián casaría a Gabina y a Pilar en la misma celebración– se llevaría a cabo en el solar de los Montiel. Para disgusto de doña Clara, no habría más testigos que los Bracamonte y algunos criados.

Habían pasado apenas tres meses desde la muerte de Miguel, y Julián tuvo que usar sus influencias en la curia para conseguir las dispensas. Aun así, los futuros contrayentes prefirieron celebrar la unión en una ceremonia íntima.

Las tres hermanas, vestidas de negro, disfrutaban de los tibios rayos de sol que les regalaba el crudo invierno de Buenos Aires, sentadas en un banco del patio. Mientras esperaban a que Julián las llamara para dar comienzo a la celebración, el correteo de los niños que jugaban a la mancha a su alrededor las llevó a recordar con nostalgia los años de la infancia, cuando Teodoro tocaba la guitarra y componía algún que otro verso, cuando Julián leía con admiración la vida de un santo y Pilarita hacía gala de sus primeros vestidos de señorita.

—Tú te lo pasabas en la cocina, Chelo —recordó Pilar.

—O en el despacho de papá, ayudándolo a ordenar los papeles o escribiéndole alguna carta —agregó Gabina.

—O aquí mismo, en el patio —dijo Consuelo—, enseñándole

juegos y canciones a los más chicos.

Aquellos cálidos recuerdos de infancia fueron interrumpidos por el llanto de Lucio que, al tropezar, se dio de bruces contra los ladrillos del suelo. Pilar amagó con levantarse, pero el niño fue más rápido y, tan pronto como estuvo de pie, corrió a refugiarse en sus brazos.

Ese nimio episodio pasó desapercibido para Gabina y Consuelo, no así para Pilar, que miró al cielo y agradeció, en silencio, con todo su corazón: la distancia que había agrietado el vínculo entre ella y su hijo había desaparecido.

* * *

Dos días después.

Gilberta abrió la puerta, y el hombre que acababa de tocar la aldaba le sonrió.

—Buenas tardes. Vengo a ver a la señora Esquivel.

—Aquí no vive ninguna señora Esquivel —dijo la esclava.

Damián Gaitán frunció el entrecejo y se frotó la mandíbula.

—¿Está segura?

—¿Y cómo no? —se mofó ella—. ¡Sirvo en esta casa desde que me pusieron el nombre!

—¿No es esta la vivienda del finado Esquivel?

—Usted ha de haberse equivocado de dirección, señor.

—Puede ser —repuso él de pronto asaltado por la duda. “Es posible que esa noche me haya pasado de copas y no haya sido esta la casa”, admitió para sí—. ¿A quién pertenece esta propiedad? —decidió cerciorarse.

—A la familia Robles —contentó Gilberta sin que se le moviera un músculo de la cara.

—Evidentemente tiene razón: me he equivocado de dirección. Disculpe usted las molestias, morena.

—Vaya con Dios, caballero.

Una vez cerrada la puerta, Gilberta descruzó los dedos.

—¡Qué Dios ni qué ocho cuartos! —exclamó furibunda—. Que este cerdo se pudra en el infierno con todas sus meretrices. ¡A otra zonza con esa cara de diablo!

Ella nunca olvidaba un rostro, y antes muerta que volver a quedarse de brazos cruzados cuando alguien amenazara la tranquilidad de su ama. “Ahora que por fin es feliz, sobre mi cadáver le amargan el dulce”, se juró.

Nota de la autora

En *Hombres y mujeres en tiempos de revolución*, Rogelio Alaniz escribe:

> Es probable que la historia de la humanidad sea la historia de las rebeliones y las revoluciones derrotadas. Sin embargo, no se puede entender la historia sin esas rebeliones, sin Moisés, Espartaco o Túpac Amaru […]; parecería que los precursores están condenados a ser vencidos, aunque esa derrota sea luego el ejemplo, la bandera de lucha, el mito sobre el que se sostienen los posteriores movimientos liberadores.

Trascribo esta cita porque fue leerla y entender que debía escribir esta novela, es decir que fue la responsable de *Antes de la revolución*. ¿Por qué "debía"? Porque la Historia no se entiende a partir del estudio de hechos aislados, sino a través de procesos; es precisamente eso lo que quise demostrar en la presente obra. Si bien las rebeliones de finales del siglo XVIII en el Alto Perú fueron tratadas en mi novela anterior, *La rebelión de los príncipes*, hacía falta hablar de lo que nos dejaron, de su trascendencia, de este proceso que permitió la germinación de otras rebeliones o revoluciones.

Y de otra pregunta que también tiene que ver con procesos, surge la masonería: ¿qué pasó en la América española entre 1781, cuando surgieron las rebeliones del Alto Perú, y 1810, la Revolución de Mayo? ¿Qué ideas germinaron en la mente de nuestros criollos? ¿Cómo vieron al resto del mundo, sobre todo a Francia y a Estados Unidos de América? Es imposible abarcar en una sola novela la multiplicidad de factores que concluyen en la Revolución de Mayo, pero en esta obra de ficción me di el gusto de pensar como un criollo que conoció al rebelde Túpac Amaru II, de mencionar a los ciudadanos franceses que se instalaron en la Buenos Aires virreinal y fundaron la primera logia masónica en el Río de la Plata, de mencionar a los mismos que el alcalde de primer voto, don Martín de Álzaga, señaló como responsables de una conspiración jacobina que

nunca pudo probar.

El desafío fue recrear la sociedad secreta de aquellos días a partir de las escasas fuentes que prueban su existencia, ya que, como dice el doctor Enrique Arturo Morra en *Historia de la Masonería en Argentina*:

> En el año 1740 el rey de España Felipe V prohíbe la Masonería en todos sus dominios. […] Los peligros corridos por los masones eran por demás concretos, imponiéndose el máximo secreto en sus actividades para no caer bajo las sospechas de las autoridades coloniales y en especial de la Santa Inquisición. Esto explicaría racionalmente los vacíos documentales en el período posterior a 1738 y durante la primera década del siglo XIX.

A pesar del brazo inclemente del oscurantismo de la época, el escritor Francisco Guilló, en su libro titulado *Episodios patrios*, refiere que la sede de esta sociedad secreta estaba ubicada en "una de las calles que conducen a la plaza y cuya salida se prolongaba por una mina hasta los pozos de la residencia". Morra aclara que ese caserón no sería otro que las ruinas de un viejo templo conocido con el nombre de San Miguel. Y apunta a continuación: "Los primeros integrantes de la Logia Independencia habrían sido franceses". La logia de la que hablan es la que menciono en esta obra; su nombre me pareció más que sugerente: Independencia.

Ya en 1957, el doctor Alcibíades Lappas escribió *La masonería argentina a través de sus hombres*: una recopilación minuciosa de datos que completa, en su segunda parte, la biografía de los hombres que formaron parte de esa sociedad. San Martín y Alvear no fueron los únicos masones de nuestra historia, se sorprenderían como yo al repasar la lista interminable que nos detalla este autor. Pero lo que me interesa destacar de Lappas es la clara intención de reivindicar a la masonería, de desterrar de una vez por todas los prejuicios a través de los cuales se la observa solo por ignorancia.

> Es de esperar que, a pesar de la premura con que se ha escrito y sus consiguientes defectos, este libro [*La masonería argentina a través de sus hombres*] proporcione a los que lo lean suficientes elementos de juicio como para apreciar en su verdadero valor a

la masonería, desechando prejuicios, leyendas o informaciones malévolas.

Por último, imitando a Alcibíades Lappas, transcribo una pequeña parte del estatuto constitutivo de la Gran Logia de la Argentina que él mismo menciona en varias partes de su obra:

> La masonería es una institución esencialmente filantrópica, filosófica y progresista. Sus principios son: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la solidaridad humana. Su base: la libertad civil y de conciencia. Su objetivo: la investigación de la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes; el ejercicio de la caridad y la práctica de todas las virtudes. Sus fines: el amor a la humanidad y su perfeccionamiento. Sus preceptos: la honradez, la ilustración y el trabajo. Su divisa: libertad, igualdad y fraternidad.

Por poca información que haya podido recabar respecto de la masonería de aquellos años, espero que esta historia de las hermanas Montiel eche luz sobre un tema sombrío para muchos de nosotros y responda algunos de los interrogantes que yo misma me he formulado desde que estudié la biografía de San Martín en la escuela primaria. ¿Qué es la masonería, cómo nació, cómo fue su transformación, por qué se la persiguió, qué significa ser francmasón? Lo que me queda claro es que, por años, el desconocimiento ha tejido las más disparatadas leyendas alrededor de una sociedad que debió su reserva a la persecución de los poderosos, incluida la Santa Inquisición.

Espero que les haya gustado.

AGRADECIMIENTOS

A Claudio, Rocío y Pablo Fontana. Por todo.

A Nilda M. Nicolai. Siempre.

A María José Zaldívar, por acompañar, revisar, sugerir y alentar.

A Natalia Vezzosi, por ser la gran amiga que sos y, además, corregir y pulir este manuscrito. No me voy a cansar de agradecerte.

A Paola Calandria y Julieta de la Rosa, por ese misterioso ramo de rosas que inauguró un día muy especial para mí, por la amistad y el empuje. A Viviana Cinto, por estar siempre al pie del cañón. A Gabriela Stefanazzi, por tu alegría y complicidad. A Claudia Frattini, porque todavía me late fuerte el corazón cuando recuerdo Maciel.

A dos seres que adoro, Marcela Aricó y Edgardo Moreno. Por la amistad, el aguante y tantísimos momentos compartidos. ¡Gracias por creer en mí!

A cada uno de mis lectores. Ojalá tuvieran una vaga idea de lo que significa saber que le han dedicado parte de su tiempo a este pedacito de mí. Gracias por tanto.

A Dios. Eternamente.

Table of Contents

Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Nota de la autora
Agradecimientos